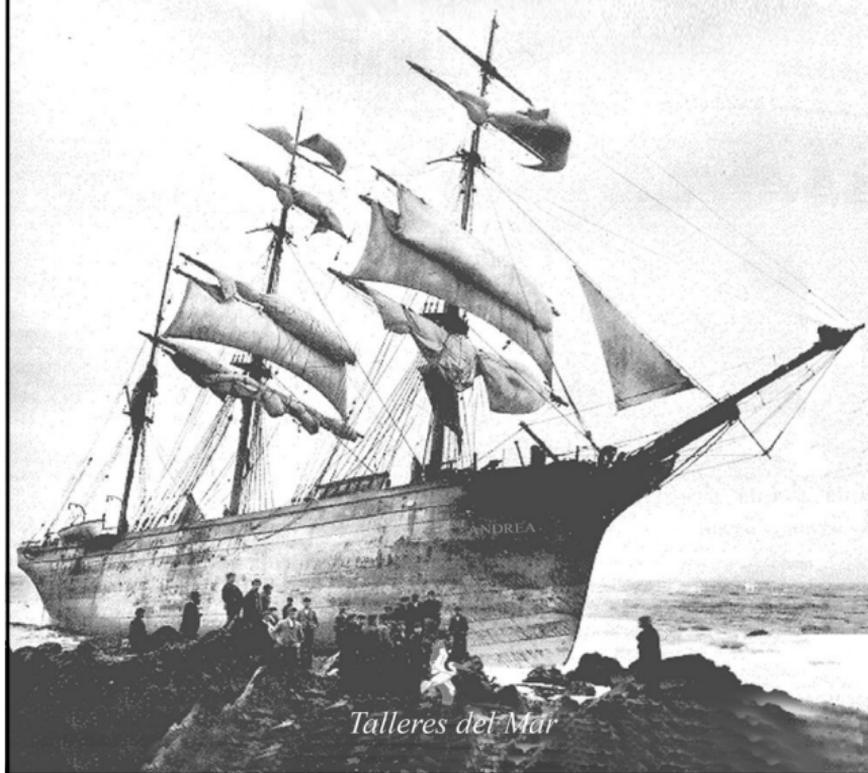


Adolfo Pardo
Los Insobornables



Talleres del Mar

Adolfo Pardo

Los Insobornables

Un testimonio ejemplar

Edición facsimilar de la publicada en Santiago de Chile
en 1997 por *Talleres del Mar*

AGRADECIMIENTOS de la edición de 1997

El autor y Talleres del Mar agradecen a todas las personas e instituciones que de una u otra manera han contribuido a la publicación de este libro y muy especialmente a: Olivier Coussieu, Héctor Cabello, Frederique Lemituard, Juan Castillo Díaz, Ulises Gómez Navarro, La Favorita, Cecilia Gómez Urrutia, Merlin y Matías Pardo, Raquel Armanet, Adolfo Caupolicán Pardo, Guadalupe Álvarez de Araya, Apgarito, Carla Castro, Rodrigo Vicuña, Opera Bouffe, Guadalupe Cid Zelaya, María Amalia, Angela, Raquel y Susana Pardo, Soledad Bianchi, Eugenio Llona Muat, Jaime Valenzuela, Latina LTDA, Roberto Segovia, Carlos Ortuzar Navarro, Oscar Bustamante, Antonio Gil, Juan Carlos Bustamante, Marcela Arrau, Danai, La Dolce Vita, Sergio Sánchez, The New Rolling, Armando Alfaro, Alberto Lagos, Luis Bocaz, Patricia Jeréz, Rodrigo Sánchez, Barlovento Impresores, Oscar Espinoza, Milton Lee, Alerce Talleres Gráficos, Felipe Martínez, Museo de Arte Virtual (MAV), Francisco Rivas, Ariel Poblete (padre e hijo), Alberto Lagos, Luis Cousillás, Pardo & Asociados.



Los Insobornables

ISBN, 956-7759-00-6

© Adolfo Pardo

Reproducción de originales, composición
producción y edición

Editorial Reflexiva

Santiago, septiembre - Chiloé, octubre 2023

Chile

Los Insobornables



Índice general

1. El desembarco	9
2. El Cojo, el Ciego y el Onanista	11
3. Breve biografía del Judío sefardita	13
4. El Capitán y el Argentino visitan al Onanista	17
5. Una velada	20
6. Amanecer	23
7. El último viaje del Andrea	25
8. Galápagos	36
9. La Pierna de Madera	39
10. Explicaciones y advertencias	42
11. Tortugas	44
12. La Sirena	47
13. Vida y amores de la sirena	51
14. Hombre al Agua	58
15. La Señal	62
16. Celos	65
17. La Ley de la Maldad Universal	70
18. El Ciego auxilia y salva la vida del Capitán	96
19. Ortope dia	103
20. Cabalística	108
21. El Vigía	115
22. Un transatlántico, una nueva e interesan te vela, la Generala y por fin la Polinesia	129
23. El Reino de los Cielos	157
24. Segunda jornada en tierra	170
25. Una fiesta memorable	184
26. Nuevamente el mar	218
27. El cardumen	235
28. El mar muerto	246
29.Un romance	256
30. La desilusión	270
31. Solo en el mar	277
32. Valparaíso e	279
33. Epílogo	299
34. Léxico Marino, anexo	301

PROLOGO

Un año antes de que yo naciera mi abuelo Ernesto Armanet hizo un viaje al Norte. Abogado de profesión y agricultor por vocación quería comprar en el desierto para producir mediante un sistema de regadío que ignoro. Con ese propósito llegó a Guanillos, en la costa, al Sur de Iquique.

La noche de su arribo fue a comer a la pulpería de Chang Chi Hua, un chino muy recomendado. Famoso cocinero.

Seguramente con el bajativo Chang sacó el manuscrito: "Los Insobornables", que mi honorable antepasado terminó adquiriendo por alguna suma.

Supongo que durante esa velada solitaria el libro divirtió la curiosidad de mi abuelo, pero de vuelta a Santiago fue engullido por su biblioteca jurídica.

Después de una digna agonía, mi abuelo murió en 1958. Yo estuve junto a su cama. En 1968, mi abuela, con la única compañía de su hija menor, Consuelo, decidió vender la casa quinta familiar para construirse algo más acorde con su viudez y solicitó mi ayuda para empacar.

De esa mudanza aun conservo un ajedrez de viaje, cuyas piezas encajan en el tablero, actualmente incompleto; el retazo de un gobelino francés que en invierno tiendo a los pies de mi cama y el manuscrito que mi abuelo había traído del Norte.

Yo mismo lo descubrí entre unos volúmenes de la enciclopedia Larousse arrumbados debajo de un piano de cola empolvado.

Mi abuela no sabía de su existencia y no se opuso a que yo lo conservara.

A esa edad no le di mucha importancia. Tuvieron que pasar otros diez años para que comenzara a leer. Era una ruma de papeles oxidados.

En 1978 viajé al Norte y pregunté por Chang. El chino estaba bien muerto y enterrado.

El 83 partí a Francia y entre las pocas cosas que metí a la maleta estaban *Los Insobornables*, a la sazón mi libro de cabecera.

Allá compré mi primer computador y le di un soporte magnético. El manuscrito había sido escrito con distintos lápices y en diversos papeles percutidos por la humedad y el tiempo.

Con el texto en pantalla, ordenado por capítulos, concebí la idea de presentarlo como obra mía y lo envié a una editorial española. Meses después recibí una carta: “Una historia interesante en un lenguaje demasiado arcaico”. No podía ser de otra manera.

Posteriormente lo envié a la “Casa de las Américas”, en Cuba, pero el paquete o la respuesta debió perderse en el correo.

En 1988 viajé a Chile y en Santiago me puse en contacto con un lector profesional.

—Como no seas una figura pública, carece de valor comercial —me dijo— Y no puedo darme el lujo ni de leerlo.

De vuelta en Francia me dirigí a la editorial Stock, en el boulevard Saint Michel, que tiene una colección de autores extranjeros. Haciendo una antesala interminable cometí el error de abrir una estantería sin candado que se encuentra allí. Estaba repleta de manuscritos similares.

De vuelta en mi casa hice una gran tontería: eché a la basura una copia que yo había impreso y el original lo metí en un frasco de vidrio que, cerrado cuidadosamente, en una solitaria y triste ceremonia lo lancé al Sena, rumbo al mar, desde el Pont de Tolbiac.

En 1990 regresé a Chile, con camas y petacas, incluido el olvidado disquete de *Los Insobornables*, que ahora entregamos a la publicidad, tal como lo transcribí del original, sin agregarle ni quitarle una letra.

Juzgue usted su valor histórico.

Adolfo Pardo

NOTA. Esta edición como la anterior incluye un diccionario del metalenguaje marino, anexo.



Ilustración de la versión original

1. El desembarco

— ¡Tierra, tierra! —grité. Me acuerdo como si fuera ayer.

El Capitán consiguió salir del chinchorro y caminar sin que la pata de palo se le hundiera demasiado en la arena. Avanzó unos metros y se agarró del bichero que el judío tenía clavado en la playa, con su camiseta enganchada al garfio a modo de banderola. Apoyado de esa asta el veterano sacó del bolsillo un pañuelo blanco (con sus iniciales bordadas con hilo blanco) y secándose la frente dijo: “¡Aquí, en medio del Pacífico, escribiremos la novela ejemplar de la literatura moderna! ¡Con mayúsculas!”

— ¡Efectivamente! —lo refrendó entusiasmado el Sefar dita, agachándose a golpear madera en la prótesis del lisiado— Anticipo en este preciso momento e idílico paraje el libro del futuro: *Descripción del Universo y Explicación de todas las Cosas*. ¡En cursivas!

El judío tras correr todos los caminos, desde la fría Varsovia hasta las sagradas fuentes del Ganges, y demostrar que ninguno conduce a Roma, prefirió embarcarse en el Loncomilla.

— Nunca me había sentido tan a gusto —decía. ¡Por fin a salvo de las majaderías del amor, por no mencionar el sexo!

Dos o tres años antes, y gracias a los oportunos consejos de sus inolvidables —mitológico Berttoni (cartógrafo) y el tan mentado Guatón Albornoz (agente de correos)— había comprado, consiguiendo un descuento considerable, su económico pasaje. (1)

1. Aunque en lo que al nudo de esta historia se refiere no tenga ninguna importancia, no quiero pasar por alto el hecho de que el dinero con que el judío contribuyera al viaje del Loncomilla no provino directamente de sus ahorros, sino de la venta de una silla de ruedas holandesa perteneciente a su madre, muerta en su cama algunos meses antes del zarpe. Nota del texto original.

—¡Mamarrachos! —ladró la llama da Generala, recogiendo-se la falda para brincar a su turno, sombrilla de papel en ristre, fuera del bote.

Había que oírla rechinar las muelas durmiendo o cuando el alcohol le anegaba las neuronas que, sin exagerar, parecía tenerlas en escabeche. Enojada se acercó al judío y lo apuntó con el parasol, enseñándole su valiosa dentadura.

—No le veo ninguna gracia —le dijo, escupiendo al suelo, para después alejarse playa arriba dando cortas pero enérgicas zancadas, hasta perderse entre los inclinados troncos de las palmeras.

Yo que sujetaba el esquife por la proa, con los pantalones arremangados a las canillas y los pies en el agua, me di vuelta contagiado de risa por el argentino, que aún apoltronado en el bote disfrutaba del espectáculo. Y cómo olvidar, más atrás, a contraluz, el Loncomilla balanceándose en la laguna. Y arriba de los mástiles, agazapado como un gato, el “Onanista”, que no se resolvía a bajar a tierra.

—¡Damas y Caballeros! —declaró el sefardita, ignorando las protestas de la dama— ¡El demorado desembarco, tras no sé cuántas peripecias, de este arriesgado grupo que desafiando los mares arriba enriquecido con el incalculable tesoro de la experiencia!

—¡Cacorro! —gritó el argentino desde el bote.

Entre paréntesis, el argentino había sido encontrado solo y ciego en los manglares ecuatorianos y acompañado al Capitán hasta esta isla hospitalaria.

—¡Aventura más intrépida que cualquiera de Simbad! —continuó el judío.

—¡Y no menos instructiva que los prolongados viajes de Marco Polo! —agregó el Capitán.

Yo miraba para todos lados, apenas menos desconcertado que el resto de la concurrencia. Decían lo primero que se les venía a la cabeza.

2. El Cojo, el Ciego y el Onanista

Hace hartos años, no tantos después de *La Guerra a Muerte*, cuando las hordas de Benavides, en nombre de Dios y con la venia del Rey de España, asolaban las tierras de Arauco y La Frontera, en la ciudad de Santiago, castigado por la veleidosa Fortuna e ignorado del pícaro Cupido, intentaba resolver su existencia un cesante dedicado a la sazón a imprimir volantes subversivos.

Cuentan —no los pocos que frecuentaba sino las malas lenguas— que pervertido por la soledad practicaba el *onanismo* y que obsesivamente perfeccionista, lo habría elevado —merced al infatigable ejercicio— a las *virtuosas cumbres del arte*.

Ya por esa época se dice que el Argentino había perdido casi por completo el sentido de la vista. Sus ojos azules se habían transformado en dos lamparones empavonados, exagera la crónica. Vivía, si a eso puede llamársele vida, entre las aberrantes iguanas que pueblan, mansas y horrorosas, los roqueríos volcánicos de Galápagos; desde donde pasara, de puro aburrido, al Ecuador.

Sorprendido allí una mañana por un naufragio, quiso el destino que encontrara moribundo al único sobreviviente de aquellos despojos. Este no era otro que nuestro ilustre, querido y respetado Capitán. Viejo carcamal, abandonado entonces a su desdicha y a las termitas y camarones que amenazaban devorarlo vivo en su inconsciencia.

Parece que la soledad a tenuó la tradicional rivalidad chileno-argentina. La edad del Capitán y la miseria del Argentino también contribuyeron a la mutua tolerancia. Pero quizás las pulgas que intercambiaron establecieron el primer vínculo entre esas dos almas dispar es.

Según el Argentino, el Capitán se negaba a evacuar la nave, siendo que estaba irremediablemente perdida, y sólo a último minuto había conseguido arrastrarlo a tierra, prolongándole la vida contra su voluntad.

—Con ese barco zozobra mi carrera —le dijo el viejo, mirando desde la playa el naufragio. Y después, porque necesitaba un puntal, el Argentino lo habría invitado a emprender el ignominioso camino del regreso.

—A lo mejor el clima chileno le sienta —le dijo, intentando convencerlo.

—Por mi parte quisiera ser enterrado en Valdivia, en la tumba de mi familia —agregó el anciano.

De paso por Santiago el Capitán se sintió más extranjero que el propio argentino. Muchas calles habían cambiado de nombre o el sentido del tránsito; manzanas enteras habían sido demolidas, incluida la casa de su tía Pinita, la de sus primos Ramírez y la de los Gumucio-Pardo, en la avenida Ejército. En la Alameda, donde no quedaba ningún álamo, encontró la iglesia de San Francisco rodeada de edificios modernos, revocada como una prostituta vieja posando para el recuerdo. Terminaron sentados en un banco de fierro a los pies del cerro Santa Lucía, donde hallaron pisoteado en el suelo uno de los estrafalarios volantes del irreductible editor, y siguiendo las instrucciones de ese mal impreso pero sugestivo panfleto, pudo vérselos esa misma tarde subiendo a duras penas la empinada escalerita que conducía hasta los altos donde moraba el Onanista.

Después de todo el viejo cojo y el ciego no hacían mala yunta.

3. Breve biografía del Judío sefardita

El sefardita amasó tempranamente una fortuna pero perdió hasta la camisa por el amor de una gitana que terminó acuchillándolo, por la espalda, en una pensión de Barcelona. La Generala podía confirmarlo, ella por casualidad estaba esa noche allí: “el Judío dormía boca abajo porque inconscientemente temía que lo castraran, y no lo castraron, pero sí le asestaron la famosa puñalada”.

—¡La tenía aburrida el muy tacaño! —se burlaba ella.

La Generala había llegado esa misma mañana, con su uniforme de misionera, en una cruzada personal por la moral y las buenas costumbres. Pero esa ya es otra historia, muchísimo más triste todavía: una niña feita que desde chica soñó fugarse con un circo, aprendiendo contorsionismo.

El judío rodó y a través de las lágrimas vio a la gitana, pero no dijo absolutamente nada, como si esperara el sablazo de gracia. La mujer dio media vuelta y abandonó el cuarto, dejándolo en el suelo, de sangrándose. Fue en realidad la Generala, alojada en la pieza contigua, quien acudió a socorrerlo. El Judío hubiera preferido morir allí, pero la misionera, no sin pericia, le extrajo el puñal y lo arrojó por la ventana, hiriendo accidentalmente de muerte a un hombre que de no haber acabado así probablemente habría unificado Sudamérica: Karl Marholz, un inmigrado de origen alemán que había desarrollado una a una cada fibra de su impresionante musculatura, y cuyos funerales se celebraron con tanta discreción que nadie fue al entierro.

Sí señor, aquí comienza la historia del errante que buscando consuelo ahorró una fortuna y que perdió hasta el nombre por el cariño de una ingrata. Un genio que a los cinco años se interesó por Averroes, que a los diez resolvió la poesía aritmética de Tardieu, y que a los diecisiete era el mercader más activo de la cuenca mediterránea.

La primera vez que el argentino lo encontró pensó que se trataba de un *clochard* (sic), a juzgar —según él— por su menesterosa indumentaria y por los perceptibles ahorros en materia de agua y jabón.

—¡Es por la alergia! —se defendería años después el sefardita, que si bien tenía un eccema en las manos igualmente hubiera podido bañarse, como no sufriera de una verdadera fobia al agua y sobre todo a malgastar su dinero en artículos de tocador.

¿Pero qué extraña coincidencia pudo reunir a esos dos hombres en un club de ajedrez poco antes que el hebreo partiera a Libia a instalar una planta desalinizadora de agua de mar?

¿Simple coincidencia? ¿Influjo del futuro? O bien lo que el mismo usurero comentara entre enroque y gambito dama, a saber, “la mala conciencia de estarse muriendo, a pasos agigantados, y continuar miserablemente perdiendo el tiempo”.

El argentino, impermeable al existencialismo, con los mismos dedos amarillos con que sostenía el cigarrillo avanzó un alfil para amenazar al rey de su adversario, dejando caer cenizas sobre el tablero.

—¡Jaque! —dijo.

—¡La dura! —exclamó el judío, resoplando entre las piezas.

Entonces el argentino aprovechó la debilidad de su oponente para destilar una gota de su veneno filosófico: “Los problemas personales, amigo mío —le dijo—, son un laberinto sin salida”.

Cuando el sefardita conoció a la gitana alcanzaba el pináculo de su carrera. Controlaba el tráfico de estupefacientes por Barcelona y Marsella, había abierto una tienda de alfombras belgas en el Líbano y tenía una industria de queso de cabra en Marruecos.

La primera noche le costó su peso (que no era poco) en oro, y no logró conciliar el sueño. Tuvo que resignarse a dormir en la alfombra. Al día siguiente la llevó a almorzar a la Rambla, le llenó los dedos de sortijas y mientras le abrochaba al cuello un collar de perlas artificiales, emulando a Porfirio Rubirosa, le ofreció matri-

monio. Y antes que terminara la semana, quebrantando la tradición y dogmas de su pueblo, los casaba el mismísimo Cardenal de Venecia, en la catedral de San Marcos.

—“Ella quería llegar hasta la iglesia en góndola”.

Pero como si todo ello fuera poco, tuvo que seguir rogándola durante meses, cediendo y adulando de acuerdo a las enseñanzas de Richelieu y Maquiavelo, y administrándose en la sopa de espárragos raspadura de Piedra Alumbre para soportar sin secarse con su propia mano en la forzada continencia. Pero finalmente, no sin antes renunciar por completo a su ya menoscabada dignidad, consiguió meterse con ella sin ropa a la cama. Aunque la muchacha insistió en conservar las calcetas de lana cruda tejidas por su madre.

La gitana lo esquivaba.

—Estoy en ferma —le dijo.

—¡Ni aunque tuviera lepra, mi reina! —porfió el Judío, incapaz de seguir reprimiendo mi ansiedad congénita.

“Yo ya había aprendido a sacar partido de la adversidad, pero aún no podía gozar del sufrimiento”, explicaría después, a bordo del Loncomilla.

Pero para qué confundirnos con abundantes e inciertas versiones pudiendo como arriba transcribir el conmovedor testimonio. “La pécora resultó un verdadero cilicio. En un año de matrimonio derroché más de lo que tenía, sin sacar un pie del barrio chino. ¡Y ni siquiera conseguí que me planchara una camisa!”

—¡No logro echarle la zarpa! —lloriqueaba en el club, donde acudía a refugiarse.

—¡No cobro y tengo que pagar a manos llenas! ¡Y sin facturas! Pero quizás lo peor es que no puedo saber lo que piensa y he comenzado a creer que ella no es más que un espejismo de mis pesadillescos apetitos venéreos.

Evidentemente esta relación estaba condenada. La gitana terminó fugándose con un mulato sueco que, después de todo,

había cruzado el Báltico a nado con tal de conseguir sus favores o morir en la empresa. (2)

El judío se dio cuenta de que este negocio no podría controlarlo y efectivamente no lo controló, hipotecando inútilmente hasta el futuro de sus eventuales nietos. Por eso cuando recibió la puñalada agradecía, deseando que sin amor, dinero ni patria conocida todo acabara allí de una vez y para siempre.

2. Peter Weis, quién terminaría sus días en el hospicio de Charenton, Francia. Nota del texto original.

4. El Capitán y el Argentino visitan al Onanista

Vagos y pocos son los indicios que tengo de esta primera y fundamental reunión que bien podemos considerar como el punto de partida del viaje del Loncomilla. Yo no estuve presente y por lo tanto se menos de lo que deduzco, conocedor de los hechos posteriores. En todo caso me consta que el Capitán y el argentino llegaron hasta allí atraídos y orientados por el antes mencionado panfleto, cuyo texto ignoro absolutamente, así como la forma y contenido de los múltiples volantes que al parecer solía imprimir el Onanista.

Paradójicamente —considerando el carácter reservado de este último—, ya durante ese primer encuentro se habló del entonces “Proyecto Loncomilla” o “Polinesia”, cuyo autor intelectual, de acuerdo a todos mis antecedentes, no pudo ser otro que ese lunático, como se verá a medida que exponga los hechos y documentos que obran en mi poder.

Parece evidente que el Argentino, al calor de la charla y entusiasmado con los planes, habría recordado con cariño a su amigo, contendor y virtual protector sefardita y que habría terminado, en su euforia nostálgica, proponiéndolo como un miembro más de la futura empresa. Sospecho, por otra parte, que ni el Onanista ni el Capitán lo habrían tomado muy en serio, ni los habría conmovido el relato de aquella azarosa existencia, referida esa noche por el argentino, dudosa versión sobre la cual he basado gran parte de la breve biografía precedente.

De cualquier manera entiendo que el Onanista, para deshacerse del mentado argentino, lo habría enviado en búsqueda de su compinche, cuyo paradero a la fecha era tan conocido como la naturaleza del suelo marciano.

—¡A ver qué tal se desenvuelve frente al tablero! —dicen que le dijo, al tiempo que descolgaba del muro ante sí un mítico espejo de marco dorado a fin de que el argentino lo comercializará para financiar el viaje.

Sé, también, aunque no tiene ninguna importancia, que ese objeto, junto a un óleo sin firma de la Batalla de Trafalgar, que posteriormente habrían sacado a remate, constituían los dos únicos adornos en el piso del Onanista.

¿Por qué hago esta salvedad, aparentemente sin interés? Porque tanto el cuadro como el espejo nos hablan de un posible origen social del solitario Onanista, como de sus eventuales inclinaciones artísticas. Nada más.

Cabe señalar, asimismo, para hacerse tempranamente una idea de los curiosos hábitos de este individuo, que ya en aquella época acostumbraba a pasarse la mayor parte del tiempo desnudo, sin importarle la estación del año, igual que los patagones Onas; y si bien dudo que haya salido sin ropa a la calle, todo el mundo coincide en que al interior de su apartamento no usaba nada, ni aun cuando recibía visitas, y es muy probable que por esta razón el vecindario le motejara de “Onanista”.

Salta a la vista, por otra parte, que entre él y el Capitán se estableció desde un primer momento una sana corriente de simpatía. Lo desprendo de mi larga convivencia con ambos a bordo del Loncomilla y de las declaraciones del argentino en relación al fin de esa reducida asamblea.

Afirma el testigo que no bien lo hubieron despachado con el pesado espejo en los brazos, el Onanista habría encendido una estufa a parafina, e instalado encima una tetera o “pava”, disponiéndose a agasajar al oficial de marina con alguna bebida caliente; en circunstancias de que a él, si bien le confiaron el espejo, “cuyo marco roció por lo demás era de yeso”, durante toda la velada no le habrían ofrecido ni siquiera asiento.

Finalizo este apartado con una precognición anecdótica comentada muchas veces después a bordo. Dice el argentino que al despedirse y teniendo ya la puerta de calle entreabierta, quiso saber si en el supuesto viaje que eventualmente emprenderían juntos se incluirían mujeres, en el entendido que la presencia femeni-

na daría equilibrio al conjunto, la nota indispensable de alegría, sentimiento que mucho me temo no era el predominante por aquellos días y especialmente entre esos tres confabulados.

—¡Ché! —dice que preguntó— ¿Y no vamos a llevar ninguna mina?

Entonces el Capitán, como si la pregunta estuviera completamente fuera de lugar y aparentemente muy implicado ya en el proyecto, soltó la frase que lo hiciera célebre entre los suyos y que tan a menudo fuera citada más tarde a bordo del Loncomilla, en alta mar.

—¡Viejo, las mujeres se nos darán por año didura! —le respondió.

Y válgame Dios si no tenía razón.

5. Una velada

El cieguito acomodó como pudo el espejo entre sus brazos y tanteando las gradas con su junquillo blanco comenzó a descender la escalera, mientras el Onanista y el Capitán se instalaban en torno a la estufa prontos a esa milenaria espera: tiempo que el agua toma para alcanzar los cien grados en el mar y adecuado intermedio para conversar o referir antiguos episodios, a los que tanto se aficionaba el marinero.

Había dispuesto el Onanista taburetes de su manufactura, desde donde extendían las manos para aprovechar al máximo el calor de la estufa. No difería mucho la escena de otra similar en Altamira, un millón de años atrás: ancestros en cuclillas junto a la fogata, intercambiando gruñidos, sorprendidos de su propia capacidad de pensar.

—¿Y quién era esa tal Generala? —preguntó el Onanista, verificando la altura de la mecha.

—Bueno —dijo el marino, preparándose para tomar la palabra—, no quisiera empañar nuestra velada afligiéndolo con esa historia.

—¡Adelante! —lo alentó su anfitrión— ¡Sepa que soy un hombre completamente satisfecho y en consecuencia muy resistente al dolor, más aun tratándose de terceros!

El Capitán alcanzó su chaquetón, sacó una bolsita de tabaco y un papelillo de arroz. Lió diestramente, con una sola mano, y lengüeteando el engomado frotó una cerilla contra su pierna ortopédica.

Entre tanto la calderilla comenzó a silbar y el Onanista, valiéndose de un cajón que hacía las veces de mesa y alacena, ordenó azúcar y café, dos jarros y un par de cucharillas de plata afiladas por el uso.

—¿Cuántas? —preguntó.

—Para mí sin azúcar, por favor —lo detuvo el lisiado, atento a la maniobra.

—No pretendo aburrirlo —retomó inmediatamente después— pero esa historia debería iniciarla por el principio.

—¡Expláyese! —lo animó el Onanista— El tiempo no se apresura ni detiene.

—¡Yo la conocí en un circo! —soltó por fin el Capitán.

—¿En un qué? —preguntó el otro, tentándose de risa.

—Bueno —repitió el oficial, como disculpándose—, ella era contorsionista.

—¿Pero cómo?

—¡Sí! —afirmó el marino— ¡Yo la vi con estos ojos besándose las nalgas para deleite de la marinería en Le Havre! Calafateábamos El Andrea —dijo, haciendo una clara alusión a sus glorias pasadas— y la oficialidad disponía de unos días para emborracharse y divertirse a su amaño... Reconozco que esa noche bebí más de la cuenta. Derivábamos con un grupo de piratas entre bares y lupanares, como perdidos en los sargazos...

—¡Aún tenía yo mis dos piernas buenas y sanas! —concluyó, con una voz bastante sombría.

Evidentemente la memoria del marinero levaba el ancla. Y como la noche era propicia para recordar cogió nuevamente su grueso chaquetón, sacando esta vez una petaca metálica para templarse la garganta.

El Onanista aprovechó el intervalo para ponerse de pie, y dirigiéndose a la ventana desempañó una circunferencia en el vidrio. Se aproximó hasta sentir hielo en la nariz, intentando penetrar la oscuridad, pero insatisfecho hizo girar la españoleta y abrió.

Llovía torrencialmente.

¿Fue el agua contra las calaminas, una estrella titilando en la borrasca, la monotonía del viejo o un relámpago fantasmagórico? ¿Qué sustrajo su atención de la velada? Yo lo ignoro, pero en todo caso cuando el Capitán rotando sobre su taburete lo miró para ofrecerle un trago, se espantó con ese tipo de safiando la intemperie desnudo.

¿Y cómo reaccionó el marinero? Entumido reculó a pretérito, a las mil y una pequeñas y grandes batallas y similar número de derrotas. Recurrió también a su petaca para inducirse un sopor que, rescatándolo de este mundo, lo transportó por el no menos tormentoso de sus sueños.

Sin parafina, carbonizada la mecha de la estufa, comenzó a helar en aquel piso, invirtiéndose el intercambio termodinámico en la piel del veterano, movimiento que disipándole por osmosis el alcohol terminó por interrumpir sus pesadillas para devolverlo malhumorado a su crepuscular vigilia habitual. Soñaba con la heroica jornada de Trafalgar, donde El Andrea se hundía con el casco perforado por un espolonazo. Por eso al despegar sus párpados creyó despertar se en su camarote, pero el examen del cuadro ante sus ojos, que la batalla del sueño representaba, lo hizo recapacitar. Recordó entonces, giró, y su pata trazó una curva sobre las tablas.

Su anfitrión aun continuaba como un maniquí junto a la ventana.

El Capitán carraspeó varias veces, buscando inútilmente llamar su atención. Preocupado y con ganas de escupir se enderezó, crujiéndole la prótesis y los huesos, y rengueando se acercó a su compañero.

“Parecía un sonámbulo con el pelo escarchado”.

—¡Váyase a la cama! —le susurró al oído, deseando y la vez temiendo despertarlo. Pero como el otro continuara sin dar señales de vida, lo levantó, “como si de una dama se tratase”, y con el nudista en vilo atravesó la pieza conduciéndolo hasta su pequeño dormitorio, mientras mascullaba para sí: “éste sea quizás el último chileno y helo aquí, en mis brazos, como un miserable pederasta”.

“Una vez en su lecho —un colchón apelmazado en el suelo— el Onanista fue recuperando paulatinamente sus colores y terminó sumiéndose en un plácido sueño”.

Entonces el Capitán regresó a la ventana, todavía abierta en la otra pieza, para respirar una que otra bocanada de aire fresco. Apoyó una mano en el alféizar, como tantas veces lo hiciera anta-

ño a bordo y mientras con la otra desabotonaba su cuello miró hacia afuera: había dejado de llover.

Inhaló profundamente y remontando la frente ubicó, próxima al cenit, la Cruz del Sur y hacia la izquierda, asombrosa, la Cordillera nevada hasta abajo.

—Amanecerá despejado —se dijo, escupiendo a la oscuridad.

6. Amanecer

El argentino apodado “*Transandino*” por quienes a pesar de todo fueran sus amigos, nuestro conocido ajedrecista ciego, trajo noticias por la mañana.

Tipo siete, y tal como lo pronosticara el viejo marino, despuntaron los primeros rayos solares, reverberando en la melena del Onanista que parado sobre el tejado parecía orar. Los tobillos juntos, las piernas paralelas, recta la espalda y las manos palma a palma contra el pecho, como dando gracias, semejava un abad.

Quien no haya visto amanecer en Santiago después de una noche de lluvia torrencial lea este extracto del devocionario de misia Teresa, patrona de los Andes:

*“Lavado el aire recobra su impoluta nitidez
y todas las cosas
parecen recién puestas en el mundo.
Inspiran los pulmones
y se deleitan las pituitarias,
como con el delicado aroma
de los difuntos aureolados.
Y para los oídos atentos canta el zorzal,
los gorriones y el chincol,
mientras en las cornisas duermen aún
guarnecidas las palomas jubiladas.
Y si la frente volví al Levante,
impacta la fronteriza cordillera amortajada*

*que en su periplo
el sol descubre primero por el Este,
desde las verdes pampas deshabitadas,
dibujando el contorno de los cerros,
como en un croquis infantil.
Y si a esa gran muralla natural
le atribuyésemos intenciones,
pareciera que al Astro quisiera detener,
hasta que desborda da por el vértice
del más bajo de sus recortados ángulos,
un filamento luminoso traza la bisectriz.
Tirante saeta
que al valle viene a desenlutar”.*

Precisamente cuando ese filamento encendía el rostro del Onanista y el canto de los pájaros alcanzaba su apogeo, el frío matutino que la nieve cercana transmite a la ciudad despertó al empalado lobo de mar, rendido la víspera sobre el entablado.

—¡Cresta! —maldijo, sentándose e intentando devolver a sus articulaciones una soltura de la que hiciera gala en sus años de cadete, en la escuela naval Arturo Prat.

Dos horas más tarde caía el argentino. Venía todo sonrisas golpeteando con su bastoncillo. La puerta estaba junta, el piso en silencio. El marino se encontraba en el baño y el Onanista, sentado en la ventana, tomaba sol despreocupadamente.

—¡Está en Santiago...! —gritó el ciego— ¡Rondando a una viuda!

—¿Quién? — preguntó el nudista.

—¡El calculista! ¡Quién iba a ser! —respondió el argentino.

El navegante intervino desde el baño:

—¡Mira bien con tus dos ojos lo que dices, hereje!

El Argentino, turbado por tan agria acogida, buscó refugio en una nube nicotinoso que no pareció salirle de la boca, sino por entremedio de una abundante pilosidad que confundía cabellos, barba y bigotes.

—¡Digo lo que oí, porque yo no puedo ver absolutamente nada! —replicó enojado.

El Onanista abandonó la ventana y silenciosamente fue a pararse detrás de él.

—¡Qué es lo que oíste exactamente! —le gritó al oído.

El Ciego saltó, perdiendo completamente el equilibrio, y fustigando el vacío con su vara cayó de mala manera al suelo.

—¡Pero bueno! ¿Qué pasa? —exclamó a su turno el viejo que, atraído por el ruido, hacía su aparición en la pieza.

7. El último viaje del Andrea

El por qué la luna gira y gira en torno a la tierra es un fenómeno que probablemente nunca terminemos de comprender, lo que no significa que su presencia en órbita carezca de una buena razón. Sólo los tontos no ven sentido y la soberbia reclama injusticia cuando el seso no encuentra explicación. De la luna, sobre todo cuando opuesta al sol se muestra entera, principalmente conocemos sus efectos carismáticos, su irresistible influjo sobre el océano, que atraído magnéticamente por el satélite sube y baja dando origen a sus mareas.

Y si la luna llena alumbra el bosque tenebroso, no será raro escuchar desde algún empinado peñón el aullido lúgubre del lobo que, libre, triste y solo como alma en pena que, por alguna ignorada deuda eleva arrepentido devotos salmos.

También los enamorados gustan sellar con besos su compromiso bajo la reflejada luz selenita, y un secreto de belleza exclusivo de las más sofisticadas damas consiste en exponerse desnudas a sus plateados rayos. Y me intriga que los casados, como si fueran furtivos amantes, las más nobles señoras, como deleznales prostitutas, y los mismos poetas, como si fueran proscritos, prefieran su fúnebre y albina penumbra a la alegría vital y esplendorosa de la claridad solar, como si la vida nueva, concebida

en tinieblas, se nutriera de la descompuesta y, recíprocamente, la muerte encontrar a sustento entre los vivos.

Y si la luna llena es símbolo amoroso, menguante sería guerra. ¿Si no por qué los belicosos turcos, que plancharon a la casta Europa, la estampan blanca y afilada como una cimitarra en su bandera? Del mismo modo que, advirtiendo a sus enemigos, Pakistán en el Asia, Libia, Argelia y Mauritania en África y muchas otras naciones del mundo, así como la independiente Singapur, la esgrimen en sus estandartes.

Y la temible y alegórica hoz, que cruzada al martillo utilitario luce la escarapela soviética, ¿no es semejante a la puntiaguda luna nueva y ésta, como en los cuentos de hadas, al perfil afilado de las hechiceras?

Pero dejemos éstas y otras posibles asociaciones a los astrólogos, que dicen leer en ella como en un libro, y concedámosle únicamente a esta empolvada veterana, por su acción y efecto gravitacional, poder sobre las aguas en general y particularmente sobre el mar y, en consecuencia, sobre los maltratados hígado y corazón de un viejo carcamal.

Me refiero a nuestro querido Capitán, que por tercera noche consecutiva y bajo una luna redonda como una torta platicaba animadamente en casa de su nuevo amigo.

Y tan absortos, digo, y olvidados del mundo se encontraban que, sin exagerar, parecían una a trabiliaria pero feliz pareja de recién casados que libres aún de las preocupaciones y cargas del matrimonio se complacen exclusivamente en su recíproca satisfacción, como si justamente gozaran de la tan dulce como corta temporada de la Luna de Miel.

El Onanista, anfitrión limitado por la escasez, entretenía las manos y calentaba el cuerpo sirviendo cada tanto té, café o mate, a los cuales el Capitán con la misma frecuencia agregaba una generosa medida de ron. Y conforme bebían esas piratescas tisanas, más la influencia lunar citada, la temática fue derivando hacia las

historias que complacían al marino, recuerdos y fantasías inspiradas por la noche, el satélite, la compañía y las infusiones con malicia.

El viejo gustaba hablar de botes, chalupas y goletas; de armadores tramposos, borracheras, expediciones al Polo, corrupción y vicios del puerto y de raras especies avistadas mar afuera.

Sorprendido el Onanista de la manera con que su visita infería una idea de otra, escanciaba a intervalos cada vez más breves, para finalizar sacando, como un mago tira palomas y conejos del cordero, un tarro de anchoas importado y un pan de centeno; provisiones que el Capitán devoró elogiando cual comunicativo gastrónomo las propiedades de la gramínea y el pez, llegando en su entusiasmo a jurar que básicos en su dieta macrobiótica habrían contribuido sobremedida a su notable longevidad.

—¿Así que usted estuvo a cargo de un barco? —lo interrumpió de pronto el Onanista.

—¡Querido amigo! —le respondió ofendido el marino. ¿Tengo cara de comerciante? Comandé, que es muy distinto, una flotilla de guerra y me retiré al mando de mi propio navío! Y desahogándose: El Andrea, que me parece habérselo mencionado.

El Capitán sintió palpar las arterias del muñón. Tensó el arnés que sujetaba su pierna y miró a su interlocutor. Por un instante como dos mascarones se midieron frente a frente.

Pero si bien la memoria del Capitán guardaba episodios trisísimos, otra cosa lo había turbado mirando a su anfitrión: algo indefinible en sus ojos. Su desnudez, las uñas largas, su manera de guardar silencio.

El Capitán levantó la cabeza, como pidiendo al Altísimo socorro, concediéndosele el refugio del arte en la forma de la hermosa marina que decoraba la habitación: la Batalla de Trafalgar, representada por varias naves semi hundidas cañoneándose a dos bandas entre nubes de humo y llamaradas en el agua.

El Capitán respiró, tomó su jarro y le dio un giro para revolver el concho.

—¡El Andrea! —suspiró, como quien evoca los irrecuperables olores de su gran amor.

El Onanista dejó al Capitán con sus recuerdos. Le dio sedal, pero volvió a tironearlo con la pregunta siguiente:

—¿Entiendo que se fue a pique en las Galápagos?

—Sí... —dijo el viejo, como si regresara por el oxígeno de la superficie—, ahí empezó la fiesta, pero la tragedia vino a consumarse rumbo a Guayaquil. En alta mar.

—¿Y sabe usted cómo? —preguntó a su vez, recobrada el habla y la compostura.

—Ni la menor idea —repuso el Onanista—, pero le aseguro que me gustaría mucho saberlo.

—Pues bien —dijo el Capitán mientras se ajustaba, soltando esta vez, el complejo apero que lo cruzaba en todas direcciones a la altura de la cintura, bajo vientre y entrepiernas y que cumplía la múltiple función de fajarle la panza por delante, los riñones por atrás y ceñirle la prótesis por debajo—. Zarpamos desde Nantuket, un poco más al Norte de Nueva York...

—¡Nantuket! —lo interrumpió sorprendido el Onanista, como si dicho nombre le recordara una vida anterior.

—¿Conoce? —le preguntó el marino.

—No lo creo —dijo el Onanista. Pero por favor continúe.

—Decía que zarpamos con destino a las Galápagos... Traía la intención de dar caza a esas inmensas tortugas que las habitan y dan nombre al archipiélago, para extraerles su delicado aceite que por aquellos años, como hoy, era muy apreciado como ungüento afrodisíaco y curativo y alcanzaba mucho valor en toda la costa del Pacífico. Especialmente en el sofisticado mercado asiático.

“El Andrea fue cuidadosamente equipado para tan larga travesía. Cargamos tres calderos de cobre amartillado, por lo menos cincuenta y seis toneles de roble —sin contar los ciento cincuenta que ya estaban a bordo—, cuchillos, picos, palas y azadones de destazar, y entrada la primavera nos hicimos a la mar con una dotación de treinta y dos marineros contratados.

“Navegamos con vientos favorables durante un mes, siempre alejados de la costa, hasta toparnos con las fangosas aguas con que el Plata tiñe hasta muy afuera el Atlántico, a la cuadra del populoso Buenos Aires... Como usted en sus viajes habrá podido observar, ese puerto monopoliza prácticamente todo el tráfico mercantil desde y hacia el exterior de la vecina república, aglutinando también en torno a ella y junto al mar, como en todas las capitales sudamericanas, un altísimo porcentaje de la población, dejando abandonadas e incultas las fértiles tierras y selvas del interior”.

El Onanista, que desde su última intervención había guardado absoluto reposo, se espabiló con la imprevista opinión geopolítica del narrador:

—Curioso —murmuró.

—¿Qué? —preguntó, desconcertado el marino.

—Lo que acaba de decir.

—¿Usted no está de acuerdo?

—Sí, sólo que a mi juicio éste es un fenómeno reciente, puesto que hasta la llegada de los europeos las principales culturas y centros poblados se desarrollaron y construyeron al interior del continente y únicamente los pueblos más primitivos vivían mariscando en la costa.

—¡Efectivamente! —dijo el Capitán, con un aire de entendido— El Cuzco, por ejemplo.

—Y no sólo el Cuzco, replicó el Onanista, Machupichu y Tenochtitlán que, aunque le vantada sobre un lago, geográficamente se ubicaba en plena meseta mejicana.

—Es que en esa época América aún no había sido bautizada y se organizaba en función de sí misma —acotó el Capitán.

—¡Exacto! —dijo el Onanista— ¡No como ahora, al servicio del comercio extranjero!

Y tras expresar apasionadamente estos patrióticos conceptos regresó a su mutismo anterior y un silencio de fondo marino envolvió la habitación. Se hubieran podido escuchar los cañona-

zos, gritos y lamentos de la batalla representada en el cuadro, así como el rechinar de esos dos cerebros en actividad.

El Capitán miró a su alrededor. La pieza estaba iluminada por la luz de la luna que entraba por la ventana y por la insuficiente que emitía la estufa, cuyas ranuras superiores se proyectaban en el techo, e irracionalmente le pareció que la casa, como una nave hundida, se encontraba bajo el agua; angustiante sensación también inducida por los escasos y lentísimos movimientos de su acompañante. Pero no sabiendo exactamente a qué atribuir su congoja decidió proseguir con su relato.

“En ese puerto me ofrecieron una carga de cueros salados y dos mil fardos de tabaco, destinados a Hamburgo y Southampton respectivamente, pero estimando insuficientes los beneficios que me ofrecía este viaje y sintiéndome mucho más atraído por mi proyecto en el Pacífico, rechacé la oferta y me dispuse a zarpar tan rápidamente como me lo permitieran la compra y estiba de tasajo, agua dulce y otras vituallas que nos hacían falta.

“Hay un detalle que se me ocurre puede interesarle. La noche antes de zarpar sentí deseos de tomarme un par de copas en tierra y alejándome algunos metros del muelle fui a meterme en el mesón “La Boca”, donde me sirvieron vino con soda, tal como acostumbran a beberlo en la Argentina. Estaba distraído en la observación de los parroquianos cuando se me acercó un joven que a poco hablar me manifestó su interés por embarcarse conmigo para regresar trabajando a su tierra. Resultó ser un ciudadano chileno de apellido González, oriundo de Chiloé y conocedor del oficio y religión del mar. Práctico en las peligrosas aguas que nos apr estábamos a surcar.

—¡He dado siete vueltas al Cabo, Capitán! —argumentó, despreocupadamente en su favor. (3)

3. Ese no es otro que yo mismo. Venía saliendo de la cárcel, pero ese asunto dejémoslo pasar (Nota del texto original).

“Yo le di crédito por el prestigio marino de que gozan los chilotes. En realidad no sé muy bien por qué me inspiró confianza y lo acepté a bordo, asumiendo poco después el pilotaje hacia el Sur.

“De madrugada y con nuestro nuevo tripulante, con el que sumábamos treinta y tres, bajamos con la marea al encuentro del temible Cabo, el que enfilamos recién un mes y medio después. Seis semanas e estuvimos dando bordadas, avanzando y retrocediendo según el capricho del viento, que en ese confín se arremolina como a las puertas del infierno. Tanto así que en un momento dado González pidió y fue absolutamente necesario amarrarlo a la caña para que pudiera gobernar sin ser barrido por las olas. Pero ya desde antes de incursionar en esas aguas turbulentas, donde los océanos se abrazan como dos gigantes eufóricos, comenzamos a sufrir las inclemencias del tiempo. No sólo de las arenas cálidas del Sahara arrancan terribles huracanes que azotan el Atlántico; de la Patagonia, por una análoga consecuencia, se lanzan con frecuencia tan fortísimos vendavales sobre esta zona que al sólo nombre de Pampero tiritan hasta los más aguerridos. Sorprendidos a la cuadra de Bahía Blanca por uno de estos ventarrones corrimos a palo seco durante nueve días y cuando estábamos en lo mejor nos dimos cuenta que, por una negligencia imperdonable que no quedaría sin sanción, el agua que suponíamos embarcada en Buenos Aires había quedado perfectamente embarrilada en el muelle. Yo autoricé a la gente a consumir todo el vino que quisiera con tal que no tocara las escasísimas raciones de agua. Y esta equivocada orden que al principio causó gran regocijo no tardó en aumentar la desesperación que produce la sed, porque es necesario sufrirla para darse cuenta del sacrificio que impone. En los breves momentos que el crujir del barco y sus balanceos nos permitían dormir soñábamos con ríos y lagos, de la misma manera que cuando nos oprime la pobreza en el campo soñamos con vetas de oro y en el pueblo con la lotería. Para colmo de males veíamos el horizonte cubierto de chubascos pero ni una sola gota tocaba la nave. Sin

embargo al séptimo día el cielo se descargó sobre la cubierta. Rápidamente hicimos unos toldos con las velas de fortuna, sobre los que pusimos planchas, candelabros y otros objetos para que las velas tomaran la forma de embudos, en cuyas puntas instalamos toda suerte de recipientes. Y enteramente desnudos, de Capitán a grumete (porque necesitábamos beber hasta por los poros), recogimos en menos de una hora por lo menos setenta litros de ese jugo celestial, pocas veces recibido con tanto entusiasmo. Pero fue tanta el agua que bebimos, y con tal carga de alquitrán tras recorrer la jarcia y velas ensebadas, que aún no habíamos recobrado los vestidos cuando al jolgorio sucedió el más ridículo desconsuelo. Deplorables fueron los efectos gástricos de esa agua contaminada, por mucho que virtualmente nos haya salvado la vida.

“A la cuadra del Estrecho se nos opuso el viento, la lluvia y la neblina. Sin embargo cuatro días después logramos doblar el Cabo, pero como estaba escrito o por escribir (que es prácticamente lo mismo) que aún no íbamos a descansar, estábamos perdiendo por la popa las islas Dieg o Ramírez, últimos restos de los Andes, cuando un golpe repentino de viento tronchó una verga que cayó estrepitosamente matando en el acto a un muchacho portugués que la recibió en la nuca. Además una ola pasó como un torrente a lo largo de la cubierta arrastrando al mar a otros dos infelices y una lancha, causándonos además tales destrozos que, junto con hacernos perder las esperanzas de llegar a destino, nos hizo temer seriamente por nuestras vidas. Pero como el hombre, igual que la bestia, en la emergencia de su misma flaqueza saca fuerzas, y a pesar de que la noche agravaba la situación, trabajamos con tal ahínco para mantenernos a flote que al día siguiente, expulsados por los vientos del Pacífico, nos encontramos nuevamente en el Atlántico y ya no nos fue posible pensar en otra cosa que en una buena caleta donde guarecernos. Así fue como el desmantelado Andrea soltó, dos días después, el ancla al abrigo de puerto Egmont, en las deshabitadas Malvinas, donde pudimos descansar y dormir a pierna suelta”.

La petaca del Capitán volvió a circular entre los dos corderillos. Tanto hablar el marino parecía hipnotizado por el sonsoneo de sus propias palabras, y el Onanista también, como quien recibe un oráculo que comunica el futuro desde otra esfera.

“Las Malvinas no son cuatro islotes estratégicos sino un verdadero archipiélago. La costa generalmente es baja, pero tiene algunos farellones que alcanzan los cien metros desde el nivel del mar. No hay árboles, pero en cambio ricos y abundantes pastos se prestan magníficamente, bajo un clima relativamente benigno, para la ganadería, como lo demuestra algunas vacas y caballos silvestres que a balazos perseguimos por el campo.

“La presencia de animales domésticos en el archipiélago obedece a las muchas intenciones por parte de otras tantas naciones para apoderarse de las Malvinas, alegando derechos que nadie parece tener perfectamente claros. Algunos creen que fueron descubiertas por Vesputio, revelando su ignorancia sobre la materia. Davis las avistó en 1592 y Hawkins, el corsario, igual que nosotros se refugió en sus playas en 1594. Strong ancló en el estrecho que separa las dos islas mayores en 1602. La manía que tenían estos navegantes, como el propio Cook, de dar nombres a cuantas islas encontraban, sin preguntarse si ya habían sido bautizadas, es el motivo por el cual este archipiélago ostente tal cantidad de apellidos. El viejo Cowley las llamó Pepys. Richard Hawkins, Virginia, como para enrostrarle al mundo las virtudes de su soberana. Los franceses venidos de Saint Malo, Malouinas y otros Falkland, como actualmente las llaman los ingleses. Como quiera que sea, al parecer fue Bougainville el primero que tomó posesión de ellas, *au nom de la France et de la liberté* (sic), fundando en 1763 la avanzada Saint Louis (sic). Inglaterra al ver “amenazada su soberanía”, que como no le proviniera de Dios quién sabe de dónde le venía, envió tres navíos artillados y se estableció en puerto Egmont, y su comandante, Capitán Mackriddle, exigió a los galos entrega de las disputadas islas. España que miraba de reojo como querían apo-

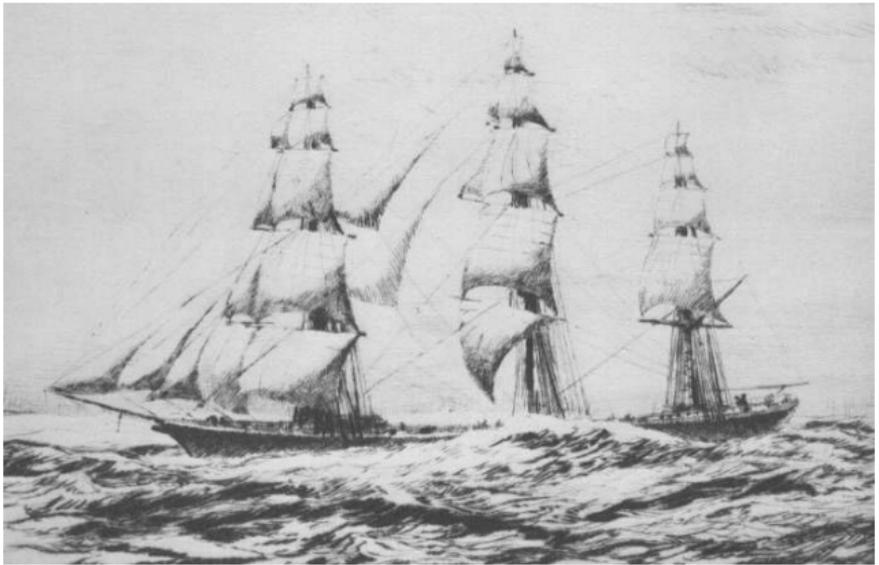
derarse de lo que legítimamente le pertenecía, por encontrarse las Malvinas al Oeste de la línea que en América dividía los dominios españoles y portugueses, de acuerdo al tratado de Tordecillas, asumió tan severa actitud que no sólo los ingleses se hicieron a un lado; los franceses, contentándose con una amortización por los gastos hechos en San Luís, dieron orden al propio Bouganville para que, al mando de la fragata Boudese, entregase las islas con la consabida ceremonia de 21 cañonazos a don Felipe Ruiz de la Fuente, comandante de *La Esmeralda* y *La Libre*, fragatas de la Armada Real, el 17 de Abril de 1767. Pero como los españoles tenían en este continente tanto y tan bueno de donde cosechar, como para malbaratar brazos y recursos por el sólo gusto de ver campear su pabellón en esos remotos escollos, no tardaron en abandonar la fría colonia, cuyos restos encontramos en nuestras correrías. Ya conoce usted las aspiraciones argentinas de incorporarlas a su soberanía desde que lucha por su independencia, como también sabrá del poco caso que hicieron de ellas los ingleses, quienes, a pesar de todo y de todos, tomaron posesión hasta nuestros días, en 1833, justamente pocas semanas después de nuestra estadía.

“En fin, nueve días después volvimos al Cabo, el que pasamos casi con tantas dificultades como en nuestra primera intentona. Pero finalmente, con el aparejo de tormenta gualtrapeando como en un buque fantasma, entramos al Pacífico, pusimos en seguida proa al Norte y continuamos hasta San Carlos de Ancud, en la isla grande de Chiloé, donde fuimos recibidos con la hospitalidad que caracteriza a los habitantes de los sitios apartados y poco frecuentados por navíos extranjeros. Allí remendamos el velamen y la jarcia y, por qué no decirlo, nuestros corazones en la grata compañía de esos sacrificados compatriotas y valientes mujeres chilenas.

“Luego, favorecidos por la corriente helada que sube a lo largo de la costa, seguimos al Norte, haciendo nuestra siguiente

escala en Valparaíso. Allí nuestro piloto, que había sabido ganarse el cariño y el respeto tanto de los hombres como mío, bajó sus bártulos a tierra y luego de despedirse calorosamente desembarcó y se perdió por las concurridas callejuelas del puerto.

“Volvieron allí a ofrecerme carga para el Báltico y Estados Unidos, salitre para Europa y trigo, carne y otras mercaderías para California, que ya gritaba a los cuatro vientos ¡oro, oro! También me pidieron transportar 17 esclavos negros para rematarlos en Lima, antes de que recobran su libertad en Chile, por decreto supremo, con la consiguiente pérdida para su propietario, el jesuita don Raimundo Larraín. Pero por segunda vez, igual que en Buenos Aires, desestimé esas ofertas y puse proa al Callao, desde donde y a favor de los Alisios me separé de la costa en búsqueda de las raras Galápagos”.



El Andrea pone rumbo a Galápagos
Archivo Talleres del mar

8. Galápagos (4)

El Onanista se cubrió los hombros con una frazada vieja, aún lisible el membrete del ejército.

— Tome usted montoncitos de carboncillo —dijo el Capitán, alcanzándole su petaca—, disemínelos aquí y allá en un descampado, imagine que algunos de ellos han crecido hasta alcanzar el tamaño de una montaña, imagine a continuación que el descampado es el mar y tendrá una idea aproximada de estas islas malditas. Sin duda ningún otro sitio en la tierra aventaja a éste en desolación. Hasta los más remotos mares reflejan estrellas que nos son familiares, como ocurre en el Golfo de Penas y en el aire nítido de un hermoso día polar, cuyo hielo radiante adopta tonalidades azules, pero estos despoblados no conocen evolución ni cambios de estación, ni cese de los infortunios. Vecinas del Ecuador no conocen el Otoño ni la Primavera y reducidas a cenizas la destrucción no puede proseguir su obra devastadora.

— Pero —intervino el Onanista— ¿Tenía entendido que se encontraban habitadas?

— ¡Se equivoca, amigo mío! —replicó el marino— ¡Tan sólo algunas bestias se refugian allí! El hombre, la ballena y hasta el lobo huyen de ellas. Únicamente abundan los reptiles: tortugas, lagartos, serpientes y esa singular anomalía de la naturaleza, la enorme iguana. Y en cuanto a la vegetación, es más ingrata que en los yermos de Atacama: matorrales sin fruto, flor ni nombre conocido surgen en las grietas de las piedras. Y también espinudos cactus.

4. Curiosamente en el volumen titulado «Las Encartadas», del autor Herman Melville, editado por Seix Barral en 1970, se ha encontrado un texto muy similar. Nota de editor.

—La costa está conformada por rocas que parecen escorias: una materia negroverdosa que forma grutas sombrías en las que el mar vierte la espuma de su espantosa furia. Sus pendidos sobre ellas flotan torbellinos de bruma y bandadas de pájaros que con sus graznidos intensifican el tenebroso estrépito del mar. Por muy calmadas que mar afuera se encuentren las aguas no existe reposo para estos oleajes, ni para estos riscos cortantes, porque el embate de las olas no cesa jamás. ¡Sólo en este océano ilimitado pueden existir semejantes lugares!

—En algunos sectores de la costa, perdonados por el fuego, se extienden anchas playas cubiertas de conchas y pedazos podridos de caña dulce, bambúes y cocos lanzados a ese mundo desde las encantadoras riberas, sembradas de palmeras, que se hallan hacia el Este, en el continente.

—Aparecen también, algunas veces, maderos y astillas carbonizadas: restos de naufragios. Y no es sorprendente encontrar esos despojos si se consideran las contradictorias corrientes que se entrecocan en casi todos los canales del archipiélago. Y la inestabilidad de estas corrientes marinas armoniza con las aéreas. En ninguna parte del Pacífico el viento es tan ligero, descordante, inseguro ni tan propenso a enigmáticas calmas.

—¡Cerca de un mes tardó El Andrea para ir de una isla a otra!, a pesar de no mediar más de 90 millas entre ellas, pues debido a la fuerza de la corriente los botes empleados para remolcarlo apenas bastaban para impedir que el barco se fuera contra los acantilados y en nada contribuyeron a acelerar la marcha. A decir verdad, estas poderosas corrientes pueden cambiar el curso de una nave, haciendo inútil su timón y todos los esfuerzos de la tripulación.

—Las diferencias registradas en los cálculos de distintos navegantes, derivadas de esta causa, junto con los variables vientos, dieron origen al mito de que existían dos grupos de islas, separadas por cien leguas. Tal fue la opinión de sus primeros visitantes,

los bucaneros. Y si nos remontamos a 1750, se verá que las cartas de la región incluyen este error. La aparente fugacidad de estas islas dicen que indujo a los españoles a denominarlas «Encantadas», pero yo personalmente me inclino a creer que ese nombre se les dio por esa áurea mágica que las envuelve. Y ese calificativo de Encantadas, amigo mío, tampoco parece fuera de lugar si atendemos a ese singular quelónido que las habita y cuya presencia da al archipiélago su más conocido nombre: *Galápagos*. Y fíjese usted que la mayoría de los marineros abrigan una grotesca superstición. Creen seriamente que los oficiales malvados, en especial comodoros y capitanes, cuando mueren se reencarnan en tortugas y moran en adelante sobre estas arideces como mudos y solitarios señores de las escorias.

—¡Inquietante creencia! —observó el Onanista.

—Cosas que dice la gente. Pero lo cierto es que una idea tan absurda debió inspirarse al principio en ese paisaje y después de las mismas tortugas, pues aparte de su forma física, hay curiosamente algo de autocompasión en el modo de estas criaturas. Una perdurable tristeza, un castigo sin esperanza no se han expresado en ninguna otra forma animal de manera tan evidente, y su asombrosa longevidad pareciera acentuar su suplicio...

9. La Pierna de Madera (5)

Entiendo que al terminar el Capitán su desfavorable descripción de Galápagos, el Onanista se habría puesto de pie para dirigirse al cuarto de baño. Y que el Capitán, embriagado por esa naciente amistad y seguramente urgido por otras necesidades, habría intentado imitarlo, poniéndose él también bruscamente de pie, olvidando que había aflojado el complejo arnés que le afrenillaba su pierna de madera. Distracción que le habría costado el costalazo que inspiró el texto que sigue.

«Patética, digna de lástima y compasión es la condición del desmembrado. Con razón el monomaniaco Ajab no titubeó un instante antes de arrojarle furioso contra las fauces y coletazo letal de la ballena, con tal de no soportar mansamente la ignominia de vivir disminuido, apuntalándose en una puntiaguda astilla de marfil.

«Es evidente que ningún capitán que se respete andará correteando por cubierta, como un simple grumete, y mucho menos cuando en el puerto deba bajar a tierra. Pero anuncie a ése o a cualquier otro cristiano que ya nunca podrá correr ni saltar para que obsesivamente no desee otra cosa. Así, no es tanto la pata amarrada al muñón, sino uno mismo para siempre encadenado a ella.

«Pienso que muchos hombres viven añorando su gran amor malogrado. Y que entre ellos algunos saben, o al menos creen, que tarde o temprano se concretará su esperanza de sentir otros brazos que, como mágicas varitas, tocándolos apenas despertarán antiguos y casi olvidados sentimientos.

5. Este texto, de carácter netamente literario, parece haber sido escrito por el mentado Onanista, como el mismo González lo sugiere el final de sus memorias. Nota del Editor.

«Y si la fortuna se esfuma sobre la mesa de juego, o en una apuesta, aún habrá tiempo para recomenzar. ¡Pero cuidado con perder una pierna, por que hasta el fin de tu desdichada vida quedarás varado, como un pontón en desuso, sobre los arrecifes de la existencia!

«Y cuando por las calles te vean pasar, ten por seguro que los niños —inocentes, francos y atrevidos— te arrojarán piedras como a un leproso, y colmándote de insultos huirán de ti como de la misma muerte.

“No hay cojo bueno”, dice el aforismo popular. Y como todo refrán alguna verdad debe tener. Y posiblemente ella resida en el odio que poco a poco el mutilado va concentrando en su obligado zanco, que a cada paso le recuerda su repelente desventaja frente a los demás.

«Y disculpe el lector mi irreverencia, pero ¿qué harías si el día menos pensado, baldado, y a pesar de ti y de mí, loco de deseo cruzaras el umbral del lupanar?

«¿Qué harías con tu pata fabricada?

«¿La apoyarías contra el espejo para duplicar su cómica erección o la dejarías en el pasillo, como una atroz advertencia: *no molestar*”?

«¿La encargarías a la regenta o la conservarías bajo las sábanas para herir a tu amante con sus correajes y hebillas...?

«Desde el primer día, desde el mismo momento en que el hombre asoma la mollera entre las piernas maternas corre el riesgo de perder uno de sus miembros y en algunos casos extremos, como en el del iracundo Robespierre, la propia cabeza; quedando sunco, rengo o decapitado según la altura del corte.

«El mar, en el que se origina toda la vida, nos ofrece un envidiable ejemplo. Hablo de esos crustáceos que habitan en las rocas y la arena: sepultureros voraces que se escurren de lado por las rendijas (en el litoral llamados jaivas), a los que el Creador ha dotado de facultades regenerativas, pues si accidentalmente pier-

den una o más de sus múltiples patas, otra nueva les comienza a crecer. Sin embargo preferiría no imaginarme a un hombre hecho y derecho con un débil bracito de niño.

«Pregunto a continuación, a los mayores de 18: ¿quién no lloraría de felicidad si de la noche a la mañana la natura nos renovara los dientes?

«En realidad no podemos ni soñarlo y mucho me temo que lo perdido sea irrecuperable. Como los peones por el cuadriculado no andamos para atrás y ni siquiera estamos seguros de que salvadas las siete casillas, surtidas de trampas y amenazas, logremos coronar.

«Pero si el cojo es malo, el manco a menos que lleve garfio no puede serlo tanto. Pongo de ejemplo al hidalgo mutilado en Lepanto, quien sirviendo en la guerra perdiera un brazo y acosado por sus acreedores terminara preso y sin embargo, lúcido en las sombras, tuvo el temple para redactar las extensas aventuras del Andante, noble y ridículo Caballero de la Mancha.

«En fin, para terminar. ¿Cuánto pierde un hombre cuando la espada o el bisturí le cercena una pierna? Yo digo que sobre todo pierde velocidad. Que como un galeote quedará para siempre encadenado a su remo. ¿Pero por qué de searía cambiar rápidamente de lugar? ¿No será que ante todo anhela alejarse de sí mismo, como de la prueba de su desgracia? Pero como ello no es posible en vida, debe buscarse un apoyo antes de retomar su derrota por el empedrado. Y como de aquel palo o hueso depende su marcha, lo ajusta, lo pule y quizás termina amándolo. Pero en el fondo de su alma, como a todo lo impuesto, lo detesta; se desprecia y maldice su condición, por que rengo y lerdo menos se parece al lobo solitario que a una terrible tortuga.»

10. Explicaciones y advertencias

Así como los ríos aquietan sus aguas en remansos que les permiten potenciarse y redefinir su cauce antes de seguir al mar, yo pido licencia para escarbar entre los escombros de mi memoria y, aplicándome cataplasmas en el pecho, traducir los mil dialectos que, como en la ambiciosa Babel, se me confunden en la cabeza.

Como cualquier analfabeto podría comprobar con una simple ojeada, muchas dificultades encuentro para exponer mi historia. Problemas, por ejemplo, con el gran número de antecedentes y con mi imperiosa voluntad de ceñirme letra a letra, como un juramentado testigo, rigurosamente a la verdad. Evitando incluso, en la medida de lo posible, mi propia y necesariamente interesada interpretación.

Aunque reconozco que para mis fines personales nunca de joven me detuve a consultar la opinión de los demás, lo que probablemente me ha costado este fin, ahora no quiero sorprender a nadie y prefiero que, por lo menos en lo que respecta a estas memorias, cada cual libre y responsablemente saque, juzgue y asuma sus propias conclusiones.

Pero no acaban aquí mis problemas. Si usted se da el trabajo, más adelante podrá ver que a bordo de este barco hicimos un viaje como para desquiciar al más sereno. Y utilizo la palabra desquiciar en lugar de otra que prefiero no emplear, pero que sin duda ilustraría mejor mi caso.

Confieso también que a veces suelo confundir las cosas. La realidad con productos de mi imaginación. Eso se debe a que en el mar, cuando el horizonte es un círculo perfecto, cuando no sopla una sola ráfaga y las velas flácidas se reflejan en el agua como en un espejo, uno divaga y dormita tumbado en cubierta o encaramado en los palos, sin ganas ni de hablar. Y de pronto ya no sabes si efectivamente aún estas allí, en cuerpo y alma, o perteneces al delirio de otra mente trastornada.

Durante esas terribles calmas se distorsiona el tiempo y los pensamientos desbocados en ninguna dimensión encuentran referencias ni freno.

Y si digo que pretendo decir la verdad, describir objetivamente, referir lo ocurrido en este viaje, cualquiera puede comprender la magnitud de la tarea que me impongo. Es por ello que pido facilidades, como ir entregando perlas sueltas, una hebra resistente y la pertinente aguja, para que cada cual hile y se cuelgue su propio collar.

Amigo, si por fortuna algún día estas desordenadas notas, atravesando los mares en una botella, llegan a sus manos, le recomendaría considerarlas como el testamento de un necio. Creo que ese será el mejor punto de vista. Piense que examina el discurso de un débil mental. O el de un viejo loco que hace mucho tiempo debería haber dejado de contaminar con su corta y pestilente respiración, y que desde esta improvisada casucha, construida aprovechando el esqueleto de un cachalote y restos del naufragio, escribe como si ya estuviera en el más allá, pero que sin embargo, contra su voluntad, sigue recordando, traduciendo pensamientos e intentando, sin resultados, orientarse hacia el faro de la cordura, desde el cual le llegan cada vez más mortecinos sus intermitentes destellos.

11. Tortugas

Siempre me quedó dando vueltas en la cabeza esa matanza de tortugas de la cual me salvé por milagro, cuando abandonar a El Andrea en Valparaíso. Una triste historia que al Capitán dolía recordar. Decía que esa carnicería no sólo había resultado inútil, puesto que el aceite terminó derramado en el mar, sino también tan atroz que él nunca tuvo el valor de cobrar con sus propias manos un sólo ejemplar. “Era como matar inocentes maniatados de un garrotazo en la nuca”, decía.

La otra persona que hubiera podido darme detalles era el mentado Onanista, quién en Santiago habría escuchado el relato; pero adelantándome un poco a los hechos diré que durante toda la travesía del Loncomilla nunca tuve ocasión de entablar con él un diálogo formal.

El Onanista pasaba el día entero equilibrado en la punta la roda, apenas cubierto con una tosca de capa de cuero. O abrazado al bauprés con la vista fija en el agua, o colgado de la jarcia más arriba de la cofa, donde prácticamente vivía, atormentado con quién sabe qué. En todo caso su carácter ensimismado no facilitaba mucho el diálogo. Y cuando se dignaba dirigir la palabra, parecía confundirnos con personajes míticos o de su imaginación. Al Capitán le ponía nombres del Antiguo Testamento y a mí solía llamarme con su propio nombre: Ismael.

Y al propio Capitán, que era hombre muy tratable, no me gustaba interrumpirlo con cuestiones fuera de lugar, sobre todo cuando en la intimidad de su cámara pasaba horas estudiando las resquebrajadas cartas; o cuando después de me dir repetidas veces la cubierta con su renguera se quedaba meditando con una mano en alto, tomado de un obenque, mirando el mar.

Después de la tragedia del Andrea el Capitán definitivamente no era el mismo. Abruptamente abatido por una indolencia senil se distraía constantemente, al extremo que yo, último de a bordo e ignorante de la ruta, tenía que dirigir el barco.

Y lo más raro es que a nadie parecía preocuparle, como si estos señores pensarán que ninguna vía conduce a ninguna parte, porque hacia los cuatro puntos cardinales sólo se extiende el mar. O que por donde quiera que vayas siempre llegarás al mismo lugar. Por último, más que llegar a destino, a lo mejor navegaban por el simple y trivial gusto por la aventura.

El caso es que no podía dejar de pensar que, en vez de acercarnos a un puerto cualquiera, todos a popa iban quedando atrás.

En realidad no podía parar de pensar. Pero sabía que sería inútil sondearlos directamente, con preguntas que llegado el caso tampoco sabría formular. Por eso prefería abocarme a las

múltiples tareas que siempre me reclamaban, y cumpliendo mi cometido procuraba abstraerme, concentrado en mi deber.

El judío sacaba solitarios, leía y se complacía preparando succulentos platos, como si su contextura atlética de antaño hubiera dejado de preocuparle. Parte importante de su tiempo lo dedicaba también a la charla y a tomar cantidad de notas en una pequeña libreta, con una letra muy bonita. Caligrafía de monja, decía el argentino. De una memoria sorprendente, el Judío gustaba recitar párrafos enteros de Platón, Homero y otros autores tanto o menos célebres. El era el más locuaz, especialmente cuando se ponía a jugar ajedrez con el argentino.

Me acuerdo muy bien de una frase suya:

—El mundo sólo puede conocerse a través de la poesía.

—Sólo así entiendo la astrología —decía, distrayéndose del tablero.

— ¡Patrañas! —lo picaneaba el otro, tomándole una pieza—

La astrología ni poética ni científica sólo interesa a las damas insatisfechas y ocupa un lugar importante en ciertos espíritus desorientados y sedientos de ilusiones consoladoras.

Y así, mientras el Onanista escrutaba en el cielo sus pensamientos, y en la cabina el Capitán repasaba los mapas, este perdía su tiempo inocentemente, como si estuvieran en el limbo.

Y el Argentino, como si se hallara en un crucero de placer por el calmo Mediterráneo, cuando no estaba con el Judío se lo pasaba en cama, o borracho como cuba incomodando en la cocina. Debo convenir, sin embargo, en su descargo, que gozaba de un agudo sentido del humor y que con sus bromas contribuía a la moral de a bordo.

Por último, yo, faltó de sueño por las continuas guardias, no tenía mucho tiempo para preguntas, aunque día por medio me arrepentía de haber confiado mi vida a una banda de irresponsables. Entre tanto, para conservar la calma procuraba concentrarme en mi trabajo y hacerlo bien, como siempre he creído que se debe hacer.

—¡Que cada cual ocupe su puesto, cumpla con su deber y se haga plenamente responsable de sus actos! —había sido la orden impartida al momento de zarpar. Y esa instrucción fue en definitiva la única que se dio y cumplió durante casi toda la travesía. Y a ella intentaba ceñirme, ante la duda, en todo momento y lugar.

12. La Sirena

Colmadas las bodegas con aceite de tortuga, el más fino de cuantos pueden extraerse del mar y sus inmediaciones (6), El Andrea estuvo a punto para zarpar, cargado como si tuviera la sentina lastrada con lingotes de oro.

Después de tanto trabajo esa mañana el Capitán desayunaba en cama, examinando las cuentas con la misma satisfacción con que se lee, junto al café con leche, el periódico dominical. Había legado al primer oficial, de acuerdo a la costumbre, las maniobras del zarpe. Todo parecía desarrollarse normalmente, pero de pronto uno de los marineros que giraban forcegeando al cabrestante, al levantar por un momento la cabeza, percibió en la playa distante un paño blanco en movimiento. Como una suerte de señal.

Advertido, el oficial estiró el catalejo, comprobando asombrado que, efectivamente, alguien agitaba lo que parecía ser una banderola.

A una orden el ancla reingresó al agua y un bote de cuatro remos se separó del barco.

Un hombre bajó a dar aviso al Capitán.

Este se calzó, se puso una camisa desplanchada y calándose la gorra salió a cubierta.

Como el barco estaba relativamente cerca de la costa, el bote ya se aproximaba con su misterioso pasajero, y cuando sus tres ocupantes pudieron distinguirse a simple vista, para sorpresa y alegría general, vieron que el presunto náufrago no era un hombre, como todos tácitamente suponían, sino curiosamente una mujer.

Mientras atracaba y se izaba la chalupa el Capitán regresó a su cámara para arreglarse y enjuagarse la cara. Y sin ninguna razón

(6) Con la única excepción, quizás, del ámbar que se obtiene del cachalote. Nota del texto original.

aparente se puso una pistola al cinto antes de volver a cubierta. Y una vez allí siguió hasta la elevada toldilla, donde debió alcanzarlo la mujer para presentarse.

Ella subió escoltada por el primer oficial, don Enrique Grez, quien permaneció a disposición de su superior.

Pese a tratarse de un náufrago, la mujer lucía una extraordinaria belleza, a juzgar por la descripción del Capitán:

“De haber tenido cuarenta y cinco años, difícilmente representaba veintiséis, sobre todo considerando la lozanía de su rostro, barbilla y cuello, así como los preciosos pliegues que destacaban sus ojos verdes. Yo con las botas puestas y ella descalza, como estaba, no le llevaría más de un centímetro. Una interesantísima estatura, tratándose de una dama.

“Sus cabellos rojizos se despeinaban al viento reflejando el sol en todas direcciones.

“Yo, inconscientemente, como cada vez que me encuentro con una dama atractiva y con mayor razón si, como en este caso, hace mucho que no veo a ninguna, observé la estructura de sus tobillos, lo que permite formarse una rápida impresión, sin ser indiscreto: eran delgados pero firmes, la perfecta articulación entre sus pantorrillas fuertes y sus ligeros aunque maltratados pies.

“Era una mujer que en cualquier salón habría causado una grata impresión.

“Llevaba un simple vestido blanco, con el que seguramente hiciera las señales, confeccionado por ella misma en la isla con el rudo paño de algún saco harinero. Dos angostos tirantes lo sujetaban por sobre sus hombros y caía recto hacia abajo, apenas dibujándole el pecho y las caderas, para terminar a la altura de las rodillas, desflecado a falta de hilo y tijeras.

“Era el más rústico de los trajes, pero en ella parecía hecho sobre medida para la ocasión.

“Paralizada la maniobra, todos los ojos del barco le prestaban atención, como si esa verdadera aparición fuera el justo premio a tantos esfuerzos y devaneos solitarios.

“Desde la costa podía escucharse suave la rompiente y el barco anclado, pero con mucho trapo suelto, gemía como un condenado”.

—Me llamo Natalie —dijo la mujer, pronunciando perfectamente su nombre francés. Y después, en ese mismo idioma, agregó: “*Je suis néé à Moscou, mais j’ai fait toutes mes études à Paris*”.

Dick, un negrito dicharachero y supersticioso que formaba parte de la tripulación, apoyándose en el hombro del cocinero, que también había subido a curiosear, le habló al oído, pero lo suficientemente fuerte como para que escucharan otros que estaban cerca: “Parece una princesa, pero juraría que se trata de una sirena”.

—Si así fuera —le contestó el viejo pastelero— mejor sería que el Capitán la devolviera a tierra, antes de que comience a cantar y sea demasiado tarde para rellenarnos las orejas con cera.

Entre tanto, en la toldilla, sacándose un anillo del anular para cancelar con esa prenda su pasaje, la mujer dijo al Capitán.

—¡Quiero un pasaje para cualquier parte del mundo, Señor!

El Capitán dio un paso adelante, le tomó la mano y devolvió la argolla a su lugar.

—¡Por favor! —le dijo. Y dirigiéndose al oficial, que continuaba acompañándolos, le ordenó.

—¡Don Enrique, vea que arreglen un camarote para la señorita! ¡Y que conduzcan su equipaje!

—¡Ho! —intervino ella— ¡Eso no hará falta! Y como quien hace gracia de una falta menor, agregó: ¡Todo lo que traigo lo llevo puesto!

Y a continuación soltó una risa traviesa que encontró eco en todos los hombres, quebrando el hielo de la recepción.

El Capitán levantó la visera de su gorra y también rió. Y todos los marinos abandonando sus posiciones expectantes regresaron contentos a sus respectivos puestos.

—¿Todo en orden? —preguntó el Capitán.

La mujer se limitó a encogerse de hombros. Y a sonreír.

— ¡Tome el mando don Enrique. Y de las órdenes de zarpas!
— dijo el Capitán.

— Yo acompañaré a la señorita.

— ¡Si señor! — respondió el primero.

Este se cuadró, parodiando el estilo marcial, y después giró sobre sus talones para tomarse de la baranda de la escalerilla y bajar lentamente a cubierta.

Continuó en silencio hasta el mayor, se agarró de uno de los tantos cabos que junto a ese palo corren hacia lo alto y mirando el mar ordenó le var anclas.

Esa corta frase estremeció cada uno de los ansiosos corazones de a bordo y avivó a los seis hombres que durante todo ese rato habían permanecido echados sobre los toletes del cabrestante.

Ellos, aludidos directamente por la voz de mando, comenzaron a moverse, girando en redondo, pero con mucha flojera, como si se sintieran fatigados ante la sola perspectiva del trabajo. Y mientras, cobrando velocidad, enrollaban la cadena, bromeaban por lo bajo, conteniendo apenas la risa, como si en realidad se burlaran del oficial.

— ¡Rompan esos espeques, manga de marmotas! — los arengó éste.

— ¡Hagan rechinar esa rueda mohosa que el alegre infierno nos espera!

El Andrea, libre al fin de sus amarras, clavó el bauprés en el agua, levantando dos cortinas de espuma, crujió de la quilla a los topes e inclinó sus tres mástiles hacia tierra, empinando después la proa mar afuera.

El oficial se agarró con todas sus fuerzas al cabo y elevando su mano libre giró la cabeza, para gritar hacia atrás. ¡Todo a babor, timonel! Y adelantando ese mismo brazo, con el índice estirado.

— ¡Por el mer o culo de la vieja mar!

13. Vida y amores de la Sirena

Según el argentino esta historia sería más falsa que Judas, pero en todo caso es lo único y poco que sabemos de la Sirena.

—¡A mí me consta que son puros cuentos! —alegaba el argentino. A la Natacha, como le decíamos en Guayaquil, la conocí bailando en cueros en un bareto de mala muerte. Aunque el hecho de que dominara tres idiomas: francés, ruso y castellano, reconozco que daba que pensar...

Sea como sea, yo me limito a repetir la historia con la mayor fidelidad posible:

Sube y baja, como los caballos de un carrusel, El Andrea dividía el océano cargado hasta los topes. A la caña el timonel entonaba una vieja canción, acompañado rítmicamente por un cascabeleo algo inquietante: la pandereta del negrito Dick.

La noche había encapotado el cielo como con una lona aporillada, por cuyos agujeros titilaban algunas estrellas, distinguiéndose hacia el Polo las Tres Vírgenes María y, muy abajo, la Cruz Sur.

Bajo cubierta, en la iluminada cámara de popa, el Capitán y su pasajera cenaban un menú dispuesto especialmente para la ocasión: sopa de tortugas; porotos negros con arroz, champiñones y lonjas de tortuga a la pimienta. Miel y frutas secas de postre y el infaltable reservado de Bordeaux.

Escarbando en los baúles del Capitán, la Sirena había encontrado y lucía un vestido negro de seda, sin forro, con arabescos de mostacillas en el escote. Y unas pantuflas chinas que el Capitán conservara de un viaje a Oriente.

El: camisa de lino blanca, con encajes en el pecho y los puños. Pantalones bombachos del mismo género y color, sandalias de cabritilla y en la cabeza un turbante abrochado con un hermoso prendedor.

“Mi verdadero nombre es Natascha, dijo la Sirena, iniciando su relato. Pero mis camaradas parisinos me llamaban Natalie. Mi infancia la pasé en Moscú, sin embargo soy de origen ucraniano. Mi padre pertenecía a la familia del Zar y mi madre descendía directamente de los antiguos tártaros. Tuve tres hermanos: Miguel, Ángel y Ricardo. Todos destacados oficiales del ejército blanco.

“A los doce años, acompañada de mi tía Gemita, que me servía de institutriz, fui enviada a la casa de unos parientes diplomáticos en París, donde ingresé al colegio del Sagrado Corazón, cuyo establecimiento se levantaba en la avenida Raspail, junto a la escuela de Arquitectura. En ese oscuro claustro leí los clásicos e impresionada por la apasionada fidelidad de Penélope se despertó mi imaginación.

“Al cumplir los quince me invitaron a una gran fiesta. Condes, duques y marqueses eran parte de la concurrencia y hasta el propio Delfín había enviado a su *aid de champ* (sic).

“El mundo se desplegaba como un abanico ante mis ojos...

“Cuando dieron las doce y se destapaba el champagne, tal como si hubiese sido el reverso de Cenicienta, apareció en el salón un oficial de su Majestad la Reina de Inglaterra. Su entrada pareció redoblar la iluminación de la sala, como si los botones de su guerrera tuvieran luz propia. Era alto, delgado y joven, pero su rostro pálido, casi enfermizo, reflejaba las contradictorias fuerzas que pugnaban en su interior y que se encontraban estallando en sus pupilas retintas.

Recostado en un pilar, con una copa y un cigarro en la misma mano, miraba a los bailarines y en medio de ellos a mí, insistentemente.

“Durante un intervalo, mientras las parejas se apartaban o se dirigían intercambiando miradas y risas a las mesas colmadas de bebidas y manjares, con una osadía desconocida en mí y pasando por encima de las más elementales normas sociales, me le acerqué, aterrorizada”.

—¿Me parece que no hemos sido presentados? —recuerdo que le dije, aparentando una seguridad que me faltaba.

“Él se inclinó para besarme en el dorso de la mano como si afectado de la columna cada movimiento le significara un tormento”.

—David Heart fire, Teniente del Quinto Regimiento de Caballería —me dijo, confundiendo su voz enronquecida con los primeros compases de un nuevo vals.

“Hablabas bastante francés, a pesar de su acento”.

—¡A propósito! —la interrumpió el Capitán— Tengo aquí una caja de música que quizás le gustaría escuchar.

Y levantándose, sin esperar respuesta, recorrió, como quien inaugura un monumento en miniatura, el género de terciopelo con que la protegía.

Levantó la tapa para verificar el rodillo, le dio cuerda y la puso en marcha. Era una pieza que él conocía de memoria. Su madre la interpretaba con mucha gracia al piano y él mismo, de niño, la cantaba junto al coro de su parroquia, donde se había destacado como un afinado contralto.

Las notas resonaron contra los tabiques de la cámara produciendo ricos armónicos que se propagaron sutilmente por toda la nave. El Capitán regresó a la mesa, rellenó las copas y levantando la suya invitó a brindar a su pasajera.

Una lágrima corrió por la mejilla de la mujer y fue absorbida por el mantel.

—¡Bailar en sus brazos era tan agradable como la cadencia de su barco, Capitán! Pero tan emocionante al mismo tiempo como encontrarse de improviso en medio de una batalla...

“Mi tía Gemita, entre un grupo de señoras apoltronadas en una *chaise longue* (sic), me reprochaba con la mirada, vigilándome entre sorbitos de anís, *pâtes d’amandes* y otros *petites bouchées* (sic).

“Danzamos, conversamos y reímos hasta el alba y sobre las frías baldosas de una terraza, amaneciendo, sellamos con un beso nuestro juramento de amor.

“Ese mismo día él se marchó al frente. Sólo me dejó un pañuelo y su recuerdo penándome en los húmedos pasillos del internado. Mientras esperaba una carta que nunca habría de llegar.

“Al cumplir los 17 mi padre me llamó a su lado. Me había comprometido con el hijo de un prominente funcionario, recién incorporado a la administración.

“Con sólo verme quedó encantado, como si desde siempre hubieras reinado en mi corazón.

“Yo estaba en la flor de la edad. Sin embargo, a su lado me sentía triste y sola, como si sus innumerables atenciones en lugar de agradarme fueran levantando un muro de hielo que virtualmente me separaba del mundo, sofocando mis impulsivos anhelos”.

—¡Me regaló este anillo de compromiso que todavía conservo! —dijo, como para probar la verosimilitud de su relato.

“Bajo las multicolores cúpulas de San Basilio le di el sí y cuando salíamos de la basílica, al fondo de la nave, junto a la puerta, descubrí una mirada incandescente. Fija en mí.

“Lo reconocí inmediatamente.

“Un estremecimiento incontrolable multiplicó los latidos de mi corazón y el ritmo con que el aire cargado de gomorresina entraba y salía por mis narices.

“Bajo el tul de mi traje sentí que mi cuerpo se humedecía y el *bouquet* (sic) que apretaba en la mano cayó sobre la alfombra que cubría el pasillo central de la iglesia.

“Durante la fiesta, en el Palacio de los Espejos, y mientras mi flamante marido era obligado a beber por el grupo de sus amigos solteros, pudimos reunirnos en un saloncito privado.

“Había desertado en Crimea durante una cacería de tigres para volver a reunirse conmigo”.

—¡Espero que no sea demasiado tarde! —me dijo, besándome en los ojos, en los labios, en el cuello y al oído.

—¡Nunca es tarde para el amor! —respondí titubeando y sellando con esa frase leída mi destino.

“Esa misma noche, en una troika cerrada, nos escabullimos de la ciudad, despidiéndonos para siempre no sólo de las comodidades de nuestra posición, sino de la propia vida civilizada.

“En Gorki recién conocimos la magnitud del escándalo que habíamos provocado, porque durante todo ese trayecto no tuvimos pensamientos más que para nosotros dos. Adolfo, mi despechado consorte, había lanzado 33 jinetes seleccionados con la orden de rastrear Siberia si era necesario. Y el propio Zar ofreció 17 mil rublos por la cabeza de David.

“Vestidos como mercaderes nos embarcamos en una barcaza y descendimos por el Volga hasta Volgograd, donde fuimos interceptados por los soldados, los que después de verificar nuestras supuestas identidades nos permitieron continuar.

“Al despuntar la primavera llegamos a Astrakhán, donde ese caudaloso río vierte sus aguas al Caspio. Vendimos siete tapices por el valor de uno y nos hicimos a la mar hasta el pintoresco puerto de Anzalie, ya en territorio persa. Allí compramos caballos y nos dirigimos a Teherán, donde todavía nos rastreaba la larga mano del soberano ruso.

“Atravesamos al galope tendido los campos de esa nación y en el Golfo de Persia abordamos otro barco, cuya tripulación era íntegramente africana, y que nos condujo hasta Bombay, donde podríamos habernos instalado si la India no hubiera estado bajo la dominación inglesa. Por eso escapamos a Matará, en la isla de Caylán, y de allí a Napán, en Nueva Guinea, donde con nuestros últimos recursos, incluyendo las pocas joyas que yo había alcanzado a llevarme, compramos un viejo casco que aparejamos — ¡usted no lo creerá!— para echarnos contra viento y marea al Pacífico, en una fuga ya casi sin sentido ni fin; asistidos por cinco indígenas que no usaban más ropas que el taparrabos.

“Tres de ellos se arrojaron enloquecidos al mar, cinco meses después, y los dos restantes se mataron desgarrándose mutuamente la garganta a mordiscos, como verdaderos lobos.

“Nosotros llegamos a Galápagos con la sentina anegada, el alma y las velas hechas tiras y sin mucho aliento como para continuar alentando ilusiones condenadas”.

Literatura del corazón, en opinión del argentino.

El Capitán, en cambio, aparentemente se tragó la historia de punta a cabo. El Onanista nunca hizo comentarios. Tampoco me corresponde hacerlos a mí, para dejar esa tarea a quien menos implicado pueda juzgar con imparcialidad.

Pero, atención, que aún resta el epílogo.

“Vivimos en esta isla insalubre cerca de dos años, cultivando los vestigios de nuestro amor, pero fracturada su alma deserta no bastó mi cariño para sostener su quebrantado físico, menos habituado a la guerra y a las privaciones de la vida silvestre que a los confortables chalecitos londinenses.

“Comenzó con pequeñas incoherencias. Me confundía con su madre o quién sabe con qué mujer. Decía que era una tortuga. E incluso se negó a continuar durmiendo conmigo al interior de nuestra carpa, culpándose de haberme arrastrado a la desventura.

—¡Mejor que duerma a la intemperie y no compartas el lecho con una tortuga! — me decía.

“Yo por supuesto me resistía, aunque no siempre de buena gana. Era tal su identificación con esos monstruos que remedaba hasta su manera de caminar y con ese tranco lentísimo rondaba por los roqueríos ramoneando algunos líquenes como único alimento. Dejó de asearse y paulatinamente se le fue combando la espalda.

“Finalmente una mañana divisé una vela en el mar. “Deben ser balleneros, pensé. Vendrán por agua o a sepultar algún cristiano en tierra firme”.

Al llegar a este punto la muchacha apoyó los codos en la mesa y tomándose la cabeza rompió a llorar. El Capitán, abandonando su silla, detuvo la música y fue a pararse a su lado, pero sin atreverse a tocarla. Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos, como

si le estuviera suplicando perdón. En ese momento los interrumpió el cocinero. Puso una tablita con quesos y retiró los cubiertos y platos sucios. El Capitán esperó a que el viejo saliera.

—¿Qué pasó después? —preguntó en seguida.

“Fondearon en el mismo sitio que El Andrea, echaron una chalupa y vinieron hasta la playa, donde yo los esperaba ansiosamente.

“Pero no eran balleneros ni militares, ni su matrícula chilena ni inglesa. ¡Ni de ninguna parte como no fuera la matrícula del infierno!”

—¡Era una jauría de filibusteros! —exclamó sollozando sin vergüenza.

El capitán vació su copa de un trago y la depositó con un leve golpe seco sobre la mesa.

—¡A él le partieron la columna de un machetazo, y a mí...

—Oh —la detuvo el Capitán—, por esta noche será mejor retirarse a descansar. Y ayudándola a levantarse la condujo del brazo hasta su cámara.

El subió después a cubierta, cruzó sin saludar a un hombre de guardia y se quedó afirmado en la amura, contando las estrellas, hasta que el Lucero del Alba lentamente fue hundiéndose en el mar.

14. Hombre al Agua

A la mañana siguiente nuevamente vinieran a despertar al trasnochado Capitán. El barco, que durante el día anterior se había alejado a toda velocidad de Galápagos, por la noche, y sin que nadie se percatara, arrastrado por la corriente había regresado a “*Las Encantadas*” y pese a la densa neblina a simple vista podían distinguirse los escarpados roqueríos de la costa. El viento estaba completamente revuelto y hacía gualtrapear el paño igual que ropa tendida, y volar suelta como loca, de lado a lado, la botavara. El mar era un remolino. Pero de todas esas fuerzas encontradas, incluyendo el estridente chivateo de a bordo, la resultante empujaba contra los escollos. Hasta que una voz oportuna se impuso a las demás. Era el Capitán que, apoyado en la baranda de la toldilla, como un cura exhortando desde el púlpito, impartía órdenes a todo pulmón.

—¡Abajo las velas! ¡Arríen los botes! ¡Amarren ese palo antes de que aturda alguna cabeza hueca!

Gritaba haciendo amplios ademanes con los brazos, como si pudiera descargar por los puños su furia contra los elementos.

Con dificultades a ferraron las velas, atrincaron la botavara y tres chalupas, con cuatro remeros cada una, fueron botadas al agua. Para tratar de remolcar el barco. Pero por más que forcejeaban, apenas lograban evitar que la nave se fuera contra las peñas.

Todo el santo día estuvieron remando, por turnos, y en la noche hasta el cocinero tenía desolladas las manos y la espalda adolorida, como si se la hubieran molido a martillazos. Lo que se llama un día pesado. Con el cielo bajo, plomo y húmedo, como un baño de vapor.

Los marineros que no hacían turnos en los botes traspiraban los calzoncillos tumbados en cubierta, boqueando como tiburones fuera del agua.

El Capitán, que había amanecido con dolor de cabeza, se sentía abotagado, narcotizado con esa atmósfera espesa, como si sufriera la resaca de una borrachera. Y por ello estaba doblemente contrariado, pues las circunstancias le exigían gran lucidez. En todo caso la idea de resistir la corriente con los botes era correcta y, a mi juicio, demostraba su experiencia en el mar.

Y así como en la mañana había enronquecido gritando, durante toda la tarde se quedó serio y silencioso, con las pupilas indeterminadas, cual un busto de bronce equilibrado en lo alto de la toldilla. Pero en realidad, sin mirar, estaba pendiente de los botes, como si concentrándose pudiera infundir vigor y resistencia a los hombres que, como prolongaciones suyas, doblaban el lomo haciendo rechinar dientes y chumaceras.

Mientras tanto, refugiada en el lecho, la Sirena parecía dormir un sueño eterno, como si en realidad estuviera muerta, bella e incorrupta, como una santa descansando para ejemplo en un féretro de cristal.

Dos veces estuvo el cocinero golpeando la puerta de su cámara, para ofrecerle de comer, sin obtener respuesta.

Al caer la noche mejoraron las condiciones. Se afirmó el viento y cedió la corriente. Recogieron los botes y desplegaron nuevamente las velas. Y El Andrea, por segunda vez desde esa misma isla, enfiló hacia el continente. Pero durante esas maniobras se produjo un accidente que sería el primero de una serie lamentable.

Cuando se izaba el último bote, con sus remeros adentro, se soltó el pescante de proa, quedando colgado únicamente por el cáncamo de popa. En consecuencia sus cuatro ocupantes se fueron de cabeza al agua.

Desde el barco tiraron algunos cabos, una escala, una boya y dispararon varias veces al aire, pero sólo tres hombres lograron subir a cubierta. El otro, que era un ecuatoriano nacido en la Sierra, desapareció. Fue imposible ubicarlo en la oscuridad. Parecía haberse ido al fondo como si le hubieran amarrado una piedra de molino a los pies.

Y más tarde, cuando ya la nave hubo reencontrado el rumbo, lejos de la costa, bajo el castillo de proa, donde duerme la tripulación, comenzó a circular un rumor que acusaba a la dama de los inconvenientes de la jornada y específicamente de la desgracia del otavaleño perdido en el mar.

—¡Es su culpa! —decía Dick— ¡Esa mujer es bruja! ¡Ya lo dije ayer y lo repito dos veces hoy! ¡Y si lo digo tres veces es verdad! ¡Es una endiablada sirena!

Todos los hombres que se hallaban reunidos allí, reconfortándose con una ronda de alcohol por cuenta del Capitán, le prestaban atención. Abatidos por los sucesos de la jornada se hallaban proclives a toda suerte de conjeturas.

En realidad no es tan raro que la hombres, enfrentados a situaciones extremas, casi insuperables, busquen explicaciones sobrenaturales, mágicas o religiosas. Así nos ayudamos a sobrellevar la desgracia.

Es muy evidente este fenómeno entre los presidiarios que, angustiados tras las rejas, inscriben con las uñas, o con lo que tengan a mano, burdas cruces en los muros de sus celdas, y a menudo juren mandas implorando devotamente a todos los santos. Y, pensándolo bien, son reacciones bien comprensibles pues, a medias conscientes, vamos a tientas por la vida y la mayoría de las cosas nos dejan desconcertados. Como ignoramos la totalidad de las causas recelamos de los imprevisibles efectos. Con mayor razón en el caso de los marinos se justifica esta conducta. A flote, tambaleándose en el agua con un abismo bajo los pies, es doblemente insegura su posición. Por último en tierra siempre es posible cobijarse a la sombra de un árbol, a menos que en una tempestad eléctrica se descarguen rayos, pero por lo menos los árboles permanecen fijos al suelo, mientras que a bordo todo se mueve, como debe habersele movido el piso al infortunado Jonás. El ancla únicamente, como un flaco brazo articulado, extiende su garra buscando en el fondo un punto fijo, una referencia concreta desde la cual orde-

nar. Pero si de este recurso nos vemos necesitados en alta mar, pocos resultados pueden esperarse, por muy largas y sólidas que sean nuestras cadenas.

El cocinero, aquel viejo lobo que había visto entre muchas otras cosas de este mundo a la Sirena llorando, cuando entrara con los quesos a la cámara del Capitán, fue el único que se atrevió a interceder en su favor.

—A este negrito —dijo— no deberían darle de beber. Me parece que el alcohol se le sube demasiado rápido a la cabeza.

15. La Señal

Ayer estuve acordándome de un amigo de infancia (ya muerto y enterrado seguramente), quién pocos días antes de casarse sufrió la pérdida de su joven prometida. Cuando salíamos cabizbajos del cementerio, sin saber en qué pensar, nos detuvimos un momento para servirnos una copa en el popular “Quita Penas”, a las puertas del camposanto. Y mientras mitigábamos con un pipeño el dolor observamos que en la vereda del frente una cuadrilla, armada de picotas, chuzos y palas, comenzaba a demoler un vetusto caserón.

—¡Mira —me dijo— este mundo miserable ya comienza a dejarla atrás!

Y yo comprendí que ese cambio insignificante era el primer olvido de una serie interminable.

—¡Pero así se parta de alto a bajo el cielo —se lamentó mi amigo, con melancólica vanidad— yo seguiré recordándola para siempre!

Algo bastante similar ocurrió por la noche en El Andrea. Pocas horas antes había perdido a uno de sus tripulantes y aunque medio acongojados y secretamente atemorizados —tal si la desgracia del otavaleño presagiara otra peor— uno tras otros los marineros fueron quedándose dormidos, postergando para el día siguiente el duelo por la muerte del compañero. Y más temprano que tar de treinta gargantas sincronizadas comenzaron a emitir allí, en el tiznado entrepuente, un ronquido profundo y continuo, como si el barco llevara un rinoceronte narcotizado en la bodega.

Pero no toda la actividad estaba suspendida, porque mientras la mayoría conciliaba el sueño dos hombres de guardia velaban en cubierta, otro dormitaba a la caña y en la cabina, aún iluminada, el Capitán y la Sirena trasnochaban leyendo y escuchando música.

De pronto él dio con unos versos de Melville, que le parecieron pertinentes a propósito del hombre desaparecido en el mar.

Se puso de pie y los leyó en voz alta, traduciendo del inglés a medida que leía:

*Haberle conocido, haberle amado
Después de una larga soledad
Para llegar a ser dos extraños
Aunque ni el uno ni el otro tenga la culpa
La muerte ha puesto su sello.*

Pasada medianoche se produjo un fenómeno imprevisto, pero que de tarde en tarde no es raro observar en aguas tropicales.

El viento se detuvo completamente, el cielo se abrió como un prado de margaritas y el mar se puso liso y brillante, sin una onda, como una lámina metálica. En medio de esa extensa superficie, la nave, con todo el velamen desplegado y flojo, parecía una miniatura tallada en un colmillo de gato.

Inútil, en ese trance, la caña quedó abandonada cuando el timonel se reunió a conversar, junto al mayor, con los hombres de guardia.

—¡Qué calma! —dijo— ¡Ni una mísera ráfaga en la escandalosa!

Para esa hora se había detenido la música y nadie podría precisar qué hacía el Capitán si no dormía, mientras el barco flotaba en completo silencio, como un caballo durmiendo de pie en la estepa.

Las personas que han viajado de noche en tren recordarán que, pese al intenso traqueteo, los pasajeros duermen con las piernas encogidas tan profundamente como si estuvieran en sus mullos lechos. Sin embargo al detenerse el convoy en alguna estación, y sobrevenir el reposo, recuerdan igual que si hubieran escuchado la campanilla del despertador.

Así mismo sucedió esa noche. Poco después de establecerse esa imprevista calma, uno a uno los marineros comenzaron a

surgir en cubierta, bostezando y restregándose los ojos; desvelados, como si algo asombroso estuviera a punto de ocurrir. Y efectivamente de pronto se escuchó, a pocos metros, un resoplido tenebroso, como debe sonar el fuelle que aviva el fuego eterno.

—¡Ahí es! —gritó uno de los muchachos, corriendo hacia una banda.

Todos los hombres que se encontraban levantados (pues siempre y hasta en los peores momentos algunos prefieren continuar durmiendo) corrieron a mirar: una ballena inmensa había emergido como un volcán a la superficie.

—¡La señal, la señal! —se puso a gritar Dick, abriendo tanto los ojos que, en la oscuridad, parecía tenerlos enteramente blancos.

El cetáceo echó un par de veces el surtidor y, probablemente molesto con la gritería del negrito y de muchos otros, alzó la cola y lánguidamente volvió a sumergirse.

Tan grande era el animal, y tanto el berrinche que armaron los hombres, que el jaleo alcanzó la cabina.

El Capitán, visiblemente molesto, asomó la cabeza por la escotilla.

—¿Qué diablos sucede? —preguntó. Y luego dirigiéndose al oficial de guardia, como si lo culpaba:

—¿Y qué hace todo el mundo levantado a estas horas? ¿No se suponía que estaban agotados?

—¡Hemos visto una ballena, Señor! —respondió tímidamente el oficial. Y luego, arrebatándose la palabra unos a otros, lo pusieron al tanto de la aparición.

—¡Yo no veo ninguna ballena! —dijo el Capitán, regresando malhumorado a su cámara.

— ¡A dormir, haber si ahora sueñan con dragones!

Efectivamente por más que miraron a proa, a popa y por ambas bandas no se volvió a ver el mamífero, ni tampoco se escuchó más su resoplido brutal.

Una hora después se le vantó suavemente la brisa. Se relevó la guardia y el timonel, y los demás regresaron a la cama. Y al día siguiente, cuando el sol iluminó el cielo, el mar y las conciencias, todos amanecieron muy contentos, como quien después de una noche de sobresaltados sueños se ríe por la mañana de sus propias pesadillas.

16.Celos

Después de la aparición de la ballena, durante varios días no se registraron novedades en la bitácora del Andrea. Vientos moderados y un mar tranquilo constituían condiciones óptimas (con excepción del intenso calor) para la navegación. El barco surcaba el océano libre y sin frenos, como si atravesara al galope tendido la llanura marina.

A bordo también reinaba la armonía. Para los hombres la vida transcurría tan apacible como si se hallaran en sus propios hogares, y entre el Capitán y su pasajera prolongadas charlas y paseos por cubierta, compartiendo el humo de la pipa, iban sentando las sólidas bases de una interesante y estrecha amistad.

Pero cierta tarde, a la hora del crepúsculo, después de estudiar largo rato las cartas, el Capitán resolvió salir a cubierta para estirar las piernas y renovar el aire de sus pulmones. Rumiando el futuro subió lentamente por la encajonada escalera, como si fuera numerando los peldaños a cada paso, para encaminarse después hacia proa, donde puede respirarse oxígeno casi puro, jamás atrapado por nariz alguna. En el horizonte el sol, como una rebanada de naranja, teñía rosado el cielo con sus últimos rayos dorados. Entonces, cuando el Capitán se encontraba a la altura del mayor, distinguió nítidamente contra la luz del astro la inconfundible silueta de la Sirena, junto al primer oficial. El Capitán, cubierto por el mástil, se quedó un instante observándolos. Como la pareja se encontraba a contraluz, sólo podían distinguirse los perfiles, recortados sobre aquel fondo estelar; engañosa perspectiva hábil-

mente aprovechada en el teatro de sombras y cuya interpretación, sobre todo en casos como este, corre casi exclusivamente por cuenta del espectador.

Las pupilas del Capitán se contrajeron hasta transformarse en dos puntos ínfimos, como para enfocar y fijar con precisión en su retina esa imagen de odiosa belleza, y después, girando en redondo y con la vista en la punta de sus botas, volvió a guarecerse en la intimidad de su cámara.

A la mañana siguiente, según una prudente costumbre, estaban bombeando la sentina cuando notaron que junto con el agua salía aceite. ¡Algunos toneles debían estar filtrando! Por este motivo, y quizás por otros que ignoro, se produjo entre la gente mucha preocupación y el primer oficial consideró oportuno bajar a informar a su superior.

Normalmente en un barco cargado de aceite, y especialmente en el caso de los balleneros, se tiene por norma meter al menos dos veces por semana una manguera a la bodega para empapar los barriles con agua de mar, la que paulatinamente se va chupando por medio de bombas. De este modo se consigue que los toneles se mantengan perfectamente ajustados y al mismo tiempo, examinando el agua que se saca, descubrir cualquier fuga de consideración que pueda estar afectando a la preciosa carga.

El Andrea se acercaba ya a las costas de Ecuador, donde el Capitán preveía hacer su primera escala en tierra continental, dejando por fin atrás esas islas malditas. Por eso cuando el oficial se detuvo en el umbral de la puerta encontró a su jefe con un detallado mapa de América extendido ante él y con otro, a medias replegado, de las recientemente abandonadas Galápagos.

De espaldas a la puerta el viejo tenía los ojos fijos en el mapa. Pero por más que lo repasaba, sus dislocados pensamientos se ocupaban de una realidad muy diferente: aún no podía sacarse de la cabeza la imagen de la dama abrazada con su hombre de confianza.

—¿Qué tengo que ver con una loca que se abraza con el primero que encuentra? —se decía— Supongo que ella es libre de hacer con su alma y con su cuerpo lo que mejor le convenga, y su conducta no tiene por qué afectarme... ¡Evidentemente no es la mujer de mi vida!

Pero por más que se repetía estas y otras ideas similares, es un hecho que desde que sorprendiera a la pareja no había podido dejar de pensar en eso, y que por esa causa había pasado la noche en vela.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, sin volverse, al escuchar ruidos en la puerta.

—Soy yo, señor —respondió el oficial.

—¡Fuera, a cubierta!

—¡Señor, hay una vía de aceite! Tenemos que detenernos y abrir las escotillas para revisar la bodega.

—¿Abrir las escotillas ahora que nos estamos aproximando a la costa? ¿Ponernos a la capa para calafatear un puñado de barriles?

—O si no perderemos diariamente el trabajo de una semana, Señor. Con todo respeto Capitán, pienso que valdría la pena perder un par de días y ahorrarnos ese aceite que hemos venido a buscar de tan lejos.

—¡Si claro, bonita puesta del sol!

—¡Hablo del aceite, Señor!

Recién entonces el Capitán se dio vuelta para descargar su amargura.

—¡Y qué me importan a mí las vías de aceite! ¡Estoy hasta la tusa de aceite, y de tortugas! ¡Déjeme solo!

Y después, volviendo a dar la espalda al oficial, como si quisiera refugiarse en el mundo virtual de sus mapas, agregó, más calmado.

—Y sepa que yo también estoy lleno de sangrías, si, varias sangrías. Y sin embargo no me detengo a remediarlas.

Y como si dialogara consigo mismo:

—¿Por qué quién puede encontrarlas en la bodega repleta y cómo se puede esperar remendarlas, si se encuentran, en el vertiginoso tráfago de la vida?

Y para dar por terminado el asunto encaró nuevamente al oficial.

—¡Señor Grez, no vamos a bajar las velas, ni abriré las escotillas!

—¡Capitán! —exclamó el oficial, avanzando un paso, como si con su proximidad pudiera hacerlo entrar en razón. Pero el Capitán, que definitivamente había montado en cólera, cogió un mosquete del armero que formaba parte de su mobiliario y apuntando al oficial lo increpó de la siguiente manera.

—¡Hay un Dios que es el Señor del cielo y de la tierra y un capitán que es el Señor de este barco! ¡Largo!

Durante un instante un resplandor en los ojos del oficial y el color de sus mejillas habrían hecho pensar que había recibido la descarga del cañón que lo apuntaba, pero en realidad se dio vuelta lentamente y antes de abandonar indemne la cámara se detuvo un momento.

—No entiendo qué le pasa —le dijo—. Porque no creo que esté perdiendo el juicio. Búrlese de mis consejos si quiere, pero cuídese de sus propios pensamientos

Y abandonando definitivamente el cuarto le lanzó un insultante “cuídese viejo”.

—Larga amenazas, pero sin embargo obedece —se dijo el Capitán, cuando el hombre hubo desaparecido. Y sin darse cuenta, utilizando el mosquete a modo de bastón, comenzó a dar vueltas alrededor de su silla, hasta que finalmente se detuvo a mirar por la claraboya. Entonces dejó el arma en su lugar y subió a cubierta.

—Aprecio el celo con que asumes tu deber —le dijo, acercándose al oficial— y espero no me guardes rencor por una discusión insignificante.

Don Enrique lo miró un tanto desconcertado, pero no alcanzó a decir nada antes de que el Capitán levantara la voz para

hacerse oír por todos los que se encontraban afuera.

— ¡Tomar rizos y prepararse para abrir las escotillas!

Quizás sea inútil conjeturar por qué el Capitán reaccionó tan contradictoriamente. Aparentemente doblegó su orgullo en favor de la sensatez que le aconsejaba atender, en contra de sus sentimientos pero a favor de sus intereses, las inquietudes de la tripulación y de ese modo salvar la carga y sofocar a tiempo el incipiente descontento que su oficial, sin decírselo, había intentado comunicarle.

Sea como sea, sus órdenes fueron cumplidas, se redujo el velamen y abrieron las bodegas.

En la investigación comprobaron que los últimos toneles estibados estaban perfectamente herméticos y que por lo tanto la fuga debía estar más abajo. De manera que, como los pronósticos del tiempo eran buenos, se fueron metiendo cada vez más profundamente, removiendo las enormes pipas, que de aquella media noche diurna subían a cubierta. Y llegar on tan abajo, y era tan mohoso el aspecto de los barriles inferiores, que casi se hubiera buscado a continuación algún viejo tonel que atesorase piezas de plata y cobre babilónicas, así como algunos ejemplares del pasquín que en vano anunciara al mundo el advenimiento del diluvio.

Se sacaron, además, nueve barriles de agua y otros tantos de carne salada y galletas rancias; paquetes de duelas y montones de zunchos amohosados, hasta que llegó a ser difícil caminar por la atestada cubierta, y el casco resonaba bajo los tacos como si se caminase por encima de las tenebrosas catacumbas.

Alguien dijo que El Andrea se bamboleaba en el océano como una chuica sin otro contenido que un S. O. S. garrapateado en un papel.

17. La Ley de la Maldad Universal

Esta ley natural, como todas las de su género, expresa la observación de una constante en la naturaleza. Fue descubierta por el Judío sefardita poco después de fracasar en su tercera empresa matrimonial, con una bailarina afrocaribañola conocida como “la Perla del Caribe”. Dice así: *“Si algo puede salir mal, sale mal”*.

Las leyes naturales constituyen parte medular del acervo científico de la humanidad y nos son de gran ayuda para comprender el mundo en que vivimos. Sería conveniente, por esta misma razón, que algunas personas meditaran y en el mejor de los casos observaran en su vida cotidiana si este enunciado se cumple o no.

Por mi parte considero que La Ley de la Maldad Universal se aplica perfectamente al caso que nos ocupa, como lo demostraré a continuación.

En relación a este complejo asunto de las leyes, se me ocurren algunas relaciones que me gustaría aprovechar de apuntar. Los expertos distinguen tres grandes ramas: las Leyes Divinas, que serían las que a través de un «iluminado» nos son «reveladas» por Dios; las Humanas, aquellas que dicta una autoridad civil o militar y las Naturales, a las que brevemente me he referido más arriba.

Es al respecto de las leyes Humanas y aunque nos apartemos un instante del tema, hacia donde apuntan mis alcances, que evidentemente apenas pretenden recordar algunos puntos, puesto que cualquiera de estos tres grandes grupos nos exigiría un tratado, como numerosos sabios lo han hecho antes y mejor que yo.

Las leyes humanas, por su inestabilidad y directa injerencia en la vida social, siempre han resultado muy polémicas; especialmente por la distancia que generalmente separa a la «letra de la

ley» de la forma en que se aplica, comúnmente en compañía de esa discutida y antipopular, pero muy difundida Ley del Embudo, que se emplea rigurosamente a la mayoría y con gran amplitud a la minoría, induciendo a las personas a desobedecer esa suerte de norma natural que espontáneamente nos inclina a obrar bien independientemente de los preceptos legales, conforme a eso que llamamos Virtudes Morales, y a confundir el Sentido Común o esa facultad que la generalidad de las personas tiene para juzgar razonablemente lo que debe hacerse u omitirse.

Las Leyes Humanas, a diferencia de las Divinas y Naturales, constantemente está siendo cambiadas, derogándose unas con la promulgación de otras de acuerdo al tipo de organización, creencias del pueblo y conveniencias de quienes detentan el poder. Ejemplos de leyes clásicas en desuso: la Sálica y la Suntuaria, donde se excluía del trono a las mujeres, en la primera, y se ponía tasa a los gastos, en la segunda.

Las Leyes Humanas institucionalizan un determinado status quo, un «orden social» que impone un grupo que gana fuerza y fija sus condiciones en un territorio que hace suyo. No se diferencia mucho en esto el hombre de las focas, cuyos machos luchan por un sitio donde copular con sus parejas.

Cuando el hombre dicta una ley, lo que desea es obligar a que otros, sus vecinos subordinados, hagan lo que él, el legislador, que es la autoridad, quiere y juzga conveniente para sus intereses y supuestamente para los de la comunidad que controla. Es por esto natural que los sometidos a la ley quieran infringirla, porque invariablemente contradice sus deseos y muchas veces sus legítimos derechos.

Sin embargo, aunque la ley nos coarte y esclavice, no podremos prescindir de ella mientras nos dominen las péfidas inclinaciones que nos gobiernan. Pero a medida que el hombre progrese, en el sentido de que cultive su inteligencia y eduque sus sentimientos, irá eliminándolas según las vaya dejando obsoletas,

hasta que libre de todas únicamente quede sujeto a las leyes naturales; para más adelante independizarse incluso de ellas, de la vida y de la muerte. Entonces nos las veremos cara a cara con el Creador y su ejército de seres luminosos.

Estimo que la simplificación del código será un síntoma inequívoco del progreso, de la decadencia de los tinterillos, caga tintas y chupa medias. Por eso deberíamos procurarnos leyes cada vez más sencillas e iguales no sólo para los andrajosos y todas aquellas que nos some tan injustamente deberíamos infringirlas, y burlar en lo posible la pena que nos imponen, porque de ese modo no sólo nos libramos del castigo, sino además la invalidamos.

Las leyes conforman nuestros límites, sociales en el caso de las Humanas; vitales, en el caso de las Naturales y morales o espirituales en el caso de las Divinas. Podríamos pensar en consecuencia que las Leyes Humanas surgieron como una necesidad de establecer una convivencia armónica y de estipular los derechos y las prohibiciones de cada cual. Posiblemente, pero en la práctica han terminado sirviendo para que unos abusen del poder que les confieren, con el fin de reservarse una proporción mayor de bienes y ventajas de las que en rigor les corresponden. Otras muchas personas sospechan que estas leyes fueron inventadas por los «débiles» para defenderse de sus «superiores», atenuando artificialmente las diferencias que los separan y que siempre habrían existido; y que la injusticia, en tanto que desigualdad, es anterior a la ley y que por lo tanto estas sólo han conseguido normarla, legalizarla y probablemente aumentarla, puesto que en un mundo justo nadie necesita leyes, ni mucho menos de un código como el que nos rige, que ha demostrado su impotencia para librarnos de esa justa o injusta Ley de la Selva, con la que opera en última instancia la injusticia divina.

Y si ni antes ni después de la ley ha habido justicia, la justicia entre los hombres no se ha ejercido jamás y ninguna ley ha podido conseguirla, porque dar a cada uno lo que se merece, lo

que le corresponde o lo que le pertenece no es asunto fácil, más bien dicho bien difícil, como premiar virtudes y castigar culpas, y quizás el juzgar verdaderamente sea atributo divino, al menos por lo que se ha visto y vemos en la actualidad.

Sin embargo, los hombres parecen necesitar de un gobierno justo, capaz de detener el crecimiento constante de la desigualdad. De ahí que algunos digan obrar con justicia cuando por fuerza «restablecen el orden», como si existiese una igualdad original, mientras que otros escépticos, que no creen en dicho equilibrio paradisiaco, sino, a lo mejor, en una evolución a partir del caos, proponen otra organización, una que jamás ha existido antes, variable, como en realidad, aunque no lo veamos, sería hoy: distintos entre nosotros e iguales para el sistema del que formamos parte. En todo caso la historia se encargará de desmentirme y entre tanto continuemos con nuestro relato.

Hacia exactamente seis meses que en la latitud de las Galápagos no se producía una tormenta y precisamente cuando El Andrea con toda la carga en cubierta se encontraba completamente desestibado, como un estudiante hambriento pero con la cabeza atiborrada de sueños, tuvo que desencadenarse la peor tempestad que se recuerde desde los tiempos de Cavendish hasta la actualidad.

Es justamente lo que el sefardita había observado: “Nunca serán suficientes las precauciones, pues basta y sobra con una sola posibilidad para que irremediamente se produzca la tragedia.

Un cabo suelto puede ser fatal —advertía— del mismo modo que un pequeño orificio en la sentina es suficiente para mandar a pique una fragata.”

Ese día, la tripulación del Andrea —súbitamente inspirada— parecía ofrecer un concierto de percusión. Todos apretujados en cubierta y premunidos de sendos martillos ajustaban los barriles que la víspera habían sacado de la bodega. En efecto la desafinada orquesta producía un matraqueo infernal, parecido al que puede

escucharse junto a un edificio en construcción, sólo que en este caso —aunque las maldiciones eran iguales cuando se martillaban los dedos— los mazazos retumbaban sórdidamente en el vientre vacío del barco, como si cada hombre estuviera claveteando su propio ataúd.

Hacia medio día el cielo empezó a cubrirse rápidamente y la brisa picaba la mar, y como a las cuatro de la tarde tanto había empeorado el tiempo que hubo que suspender la faena para volver a estivar la embarcación.

Las órdenes no se hicieron esperar.

—¡Metan esos barriles a la sentina, manga de zancudos!

—¡Atrínquenme esos juanetes, que se nos viene encima un temporal!

Los gavieros, como si les hubieran puesto ají en el trasero, se treparon como monos por los obenques, mientras el resto de los hombres se afana con las plumas para bajar, a través de las escotillas, los pesados barriles de regreso a la bodega, donde los hacían rodar hasta sus lugares respectivos.

El viento soplabá del Oeste y empujaba el barco en dirección al Continente. Un poco más y la nave se despegaba del agua. Correr la tormenta se dice en nuestra jerga. Arrancar como alma que la pilla el diablo, se diría tierra adentro. Y sin grandes resultados, me permito agregar, porque la tragedia estaba escrita y yo no hago más que transcribirla, como un modesto amanuense.

Cuando bajaban uno de esos barriles, oscilando en medio de ese baile, golpeó con la inercia de su enorme masa contra el borde de una escotilla y, partiéndose como un huevo, vació parte de su contenido en la bodega y el resto corrió por la cubierta.

Los marinos que se encontraban debajo, con los brazos en alto para recibirlo, quedaron bañados en aceite. Y como la bodega ya estaba medio anegada, tenían el agua hasta las rodillas. Y en la cubierta, recién aceitada y barrida sistemáticamente por las olas, la situación no era mucho mejor.

Un grupo de hombres, contraviniendo las órdenes, quería cerrar las escotillas para evitar que siguiera entrando agua. Asustados querían, además, largar por la borda todos los barriles que aún permanecían en cubierta. La gran mayoría. Pero los marinos más experimentados se negaban a darse por vencidos y proponían, con dos buenas razones, continuar bajando los toneles a la bodega. Salvar la carga y al mismo tiempo estivar la nave.

Pero este debate que hacía demorar la decisión, no iba a resolverse a favor de nadie ni por intermedio de razones.

Mientras los hombres discutían a gritos para hacerse oír en la ventolina, un bandazo violentísimo volcó los barriles que esperaban en cubierta y, como troncos por una ladera, rodaron atropellando todo a su paso y despedazándose contra los mástiles y bordas desparramaron su contenido por todo el barco.

Las pocas velas que habían sido dejadas en los palos no tardaron en quedar reducidas a jirones. Así, cuando cayó la noche, El Andrea, fuera de todo control, era gobernado únicamente por la mano de su destino.

El Capitán, aferrado a la rueda del timón, era uno de los pocos que a esa hora continuaba en pie, observando a su alrededor como si se negara a creer lo que todos sus sentidos le informaban. Sin embargo exteriormente parecía tranquilo, mientras buscaba una posibilidad de salvar su barco.

A las once de la noche se le ocurrió una idea. Abandonó la caña y con grandes apuros se dirigió a proa, desde donde soltó un ancla de mar con el propósito de hacer girar el barco en 180 grados, para que pusiera la proa al temporal. Esta maniobra de sespada salvó momentáneamente la nave.

*Cuando el viento azota en el agua
y las olas se levantan como por encanto
reproduciendo la cordillera en el mar
y sus cerros temblorosos
con sus cimas de espuma*

*comienzan a caminar
reza y prepárate para hacer entrega del alma
que temporalmente te ha sido confiada.*

Fue el texto que, con conocimiento de causa, dictó Jonás para su lápida. En cuanto al mío, que nadie esculpirá jamás, pondría:

*Se nos da y quita la vida
Independiente de nuestra voluntad.
Pero si hemos de perderla
que sea con la proa al frente*

Yo que sin ser tonto no soy ningún letrado, siempre he creído que no basta con orar y que hay que hacerse cargo del timón. Sobre todo durante la tempestad. Trazarse un rumbo y mantenerse resueltamente en él, aunque nos conduzca a un precipicio. ¡Así descubrió tierra Colón!

Quiero decir, si se me permite una simple opinión, que siempre es necesario obrar, avanzar un poco cada día, sin rendirse jamás. Al menos eso es lo que yo creo y como siempre he procurado actuar. Y se me ocurre que mi actitud se asemejaba a la del Capitán, no tanto en lo de hacer como en lo de mantenerse firme.

En cuanto a él yo diría que más que obrar evitaba errar, sin embargo en esta oportunidad hizo lo que debía: echó el ancla. Pero después, con los años y el incumplimiento de sus aspiraciones fue cambiando y, como si hubiera perdido la confianza en sí mismo, poniéndose cada vez más prudente. Excesivamente cuidadoso.

—¡Cacorro, no seas tan cacorro! —lo amonestaba familiarmente el Judío.

Pero ¿quién puede pedirle a un anciano la vehemencia de un muchacho? Por lo demás lo que se pierde en audacia se gana en experiencia y yo estoy seguro de que ya en esa fecha tenía respuestas para todo. O antes, como lo a firmara en su optimismo cuando zarpara el Loncomilla.

—¡Lo sé todo! —decía— Cuando una ola se te viene encima... ¡Ponle la amura! (7)

Y es eso exactamente lo que hizo en esta ocasión, con resultados parciales. Pero después, durante el viaje del Loncomilla, parecía haber perdido la capacidad de tomar decisiones. “La montaña” era su lema, que compartía con el Onanista, y de acuerdo a esa fórmula, que era toda una filosofía, permanecía días, semanas, meses y hasta años sin hacer otra cosa que pensar y soportar unas jaquecas espantosas. “Como si me apretaran la cabeza con un torno”.

Quizás sus dificultades radicaban en el hecho de que después de pensarlo tanto siempre era demasiado tarde para comenzar ninguna cosa. Pero en el viaje del Andrea, como en una reencarnación anterior, asumió sus responsabilidades y cumplió su cometido hasta el último y como el mejor.

Cualquier marinero de agua dulce debería saber que el ancla de mar consiste en una especie de cuadro de lona sobre un bastidor de madera que, introducido verticalmente en el agua al extremo de un cabo, actúa en el sentido contrario a la dirección que lleva el barco. Es una especie de freno primitivo pero eficiente. Así, empujada por el viento la nave, como tomada por los cables por esta ancla, va retrocediendo y cortoneando su voluminosa popa. Es decir que, con la proa al frente, recula como si fuera hacia adelante.

“En el momento de arrojar esa armazón por la borda me acordé de la sirena”, relataba él. “Hacía por lo menos 24 horas que no la veía, ocupado como estaba, pero en realidad no había podido parar de pensar en ella.

“Por ello decidí alcanzar la cabina. Pero antes, improvisando una bocina con la mano, llamé a mis hombres a buscar refugio bajo cubierta.

7. Ver Léxico marino, anexo al final de este documento.

— ¡Todo el mundo abajo! ¡Cierren las escotillas! —gritó con todas mis fuerzas.

“Esta maniobra de emergencia da cuenta de la violencia con que se descargaba el temporal. Una vez arrojada esa ancla, la tripulación debe guarecerse bajo cubierta, y aseguradas las escotillas no queda más que apretar los dientes y rezar y, eventualmente, arrepentirse de todo lo malo y de lo que pudiendo dejamos de hacer. Y rogar en silencio que se apacigüe la tormenta que nos pasa por encima de la cabeza.”

— ¡Abajo! —volvió a gritar.

“Después alcancé y corté, con mi cortaplumas, las escotas de los dos focos que aún estaban a ferrados al bauprés.

“Una de esas velas se levantó con el viento y quedó gualtrapeando hacia popa al tope del trinquete, como si el barco hubiera desplegado una bandera blanca, en tanto que la otra barrió el castillo de proa derribándome en su camino, para después quedar adherida también al trinquete, encapillada, de la misma manera que los pantalones se apegan a las piernas cuando sobre una colina nos exponemos al viento.

“Desde el piso vi a dos marineros rezagados que desaparecían por una escotilla, a no más de cuatro metros de donde estaba yo y me di cuenta que la aseguraban por dentro dejándome solo arriba.

“Pensé que si me dirigía hacia allí, con el ruido no me escucharían golpear. Por eso decidí regresar a popa para tomar la escalerilla que descendía a mi cámara y a la de la sirena. Y mientras literalmente gateaba hacia allá me reprochaba no haberme dado antes el tiempo de preocuparme de ella.

“Quizás, si no hubiera sido por los sentimientos que me inspiraba esa mujer me habría dejado arrastrar, cansado e indolente, por las trombas de agua que regularmente, cuando el barco clavaba la proa, pasaban a todo lo largo de la resbaladiza cubierta.

“Cuando logré alcanzar la escotilla me puse de pie y permanecí un instante contemplando con una especie de fascinación suicida las furias elementales. El mar se retorcía como un pulpo y el viento aullaba en la jarcia como una jauría de gatos, y contrapunteando a esos lamentos desgarradores me pareció escuchar, como en sueños, una voz de opereta que fundida a ese coro infernino apenas podía distinguirse. Era el miedo, yo creo.

“Me di vuelta, abrí la escotilla, entré, cerré a mis espaldas y saltando los escalones bajé como un loco repitiendo su nombre en cuatro idiomas.

—¡Natalia, Natalie, Natascha..!

“Abajo, prácticamente derribé la puerta con el hombro y allí mismo me quedé paralizado.

“La cámara se encontraba pulcramente ordenada, como la celda de un sacerdote. Desde la percha, que yo mismo había hecho instalar al costado de la puerta, colgaba el vestido de mostacillas que había estrenado durante nuestra cena. Y sobre el lecho, de espaldas, con el pelo chorreándole hasta el piso, la sirena con su cola de pescado (!).”

Desvariaba, evidentemente. Y esa fue, me acuerdo muy bien, la primera ocasión en que, más que dudar, tuve la certeza de que el Capitán durante la tragedia del Andrea no sólo había perdido una pierna, sino también varios tornillos. Hipótesis que, como se comprenderá, me sumió en las más graves cavilaciones, pues de entre los hombres del Loncomilla únicamente en él, ciego e ingenuamente, había depositado mi confianza. ¡Si porque lo conocía a él me había vuelto a embarcar y aceptado participar de esta aventura!

Pero mis preocupantes conjeturas no consiguieron desinteresarme de su relato. Por el contrario, lo animé a continuar.

“Delante de su naturaleza me quedé como flotando, encandilado. Y Luego, igual que si me hubieran disparado por los cuatro costados, se me doblaron las rodillas y fui a caer de hinojos a sus pies”.

— ¡Dios mío! — dije yo.

“Sus párpados cerrados, como si estuvieran espolvoreados de impalpables estrellitas, descomponían la luz de los relámpagos. Parecían maquillados con los siete colores del arcoíris. Y sus pestañas, dos medias lunas córneas, a diferencia de las humanas, eran negras y brillantes como los élitros de algunos insectos. La nariz, ligeramente afilada, que habría sido la envidia de muchas damas empingorotadas, exhibía dos hoyuelos palpitantes con forma de pepas de uva. Y el joyero entreabierto de su boca ofrecía perlas en la púrpura de sus labios. ¡Un organismo privilegiado! Su cabello de cochayuyo mojado, azul como la noche poblada de astros, emitía destellos y parcialmente cubría sus pechos enhiestos. Sus hombros tersos eran mates, como de la mezcla de chino con negra.”

Era una tarde apacible. El Loncomilla navegaba suavemente y como de momento ninguna urgencia me reclamaba había subido a cubierta a pensar tranquilo en tanta cosa que uno siempre tiene en la cabeza. Y allí, medio colgado de un obenque, encontré al Capitán. Y sin saber cómo, una cosa llama a la otra, recordando el viaje anterior, habíamos hilvanado la charla.

El estaba mirando el mar y hablaba como un poseso, como si fuera leyendo el pasado escrito con letras difusas en el agua.

En otras circunstancias quizás me hubiera disculpado, pero una serie de factores favorecieron ese día el diálogo. Surcábamos las mismas aguas donde, según decía, habían ocurrido estos hechos y era esa hora transparente e imprecisa que anuncia la noche. La oración. Quizás la más apropiada para dejarse envolver por la fantasía. Por otra parte, por respeto, me parecía casi una obligación prestarle oídos. Y, después de todo, ¿quién puede considerarse completamente a salvo del delirio? Y lo que es más importante y muy concreto: él me había dado una mano en Buenos Aires, cuando yo me encontraba en un aprieto, y vuelto a contratar en Valparaíso al inicio de este viaje, y de sus manos recibiría antes de bajar a tierra la totalidad de mis honorarios.

—Un caso de metamorfosis, con todas las de la ley —le dije, tanteándolo.

El, como si hablara sonámbulo, o en todo caso sin darse por aludido, continuó por la cintura describiendo la anatomía de la sirena.

“El ombligo se lo adornaba con una esmeralda u otra piedra similar, del tamaño de un puño infantil, atada con una huincha alrededor de la cintura. Y era esa piedra su único adorno y vestidura. Esa gema hacía las veces de hito que demarcaba la frontera entre sus partes humana y animal. Y si uno se detenía en sus caderas llamaba la atención el que aparentemente careciera de genitales. Y que allí donde nuestras mujeres lucen su partido monte venusino no tuviera más que una leve colina lampiña, cual pubis virginal, que apenas se levantaba para descender suavemente a los largo de la cola, en cuyo extremo tenía una aleta doble y horizontal, muy parecida a la caudal de los delfines y otros cetáceos menores.”

En ese momento una ráfaga de viento nos trajo bastante amortiguadas pero nítidas y al unísono las inoportunas carcajadas del Judío y del argentino, los que habitualmente a esa hora, antes de cenar, se instalaban al abrigo de la tilla a jugar ajedrez o a las cartas, o a beber sin ningún pretexto los sabrosos vinos de los cuales no estábamos mal provistos, como de pisco y otros fuertes criollos y extranjeros. Y esas risotadas, en ese preciso instante, me parecieron tan fuera de lugar que a punto estuve de subir a hacerlos callar. ¡Cómicos pueden ser los velorios, pero no para reírse delante de los deudos! Quizás me contuve porque el Capitán no pareció escucharlos y poniéndome una mano sobre el hombro continuó.

“Y no debe sorprenderse, amigo mío, de esta aparente mal formación de las sirenas. Son así, como todos los hijos de distintos padres. Y no pueden reproducirse, al igual que los mulares, híbridos de burro y yegua. Son frenos que pone la naturaleza para impedir la confusión de las especies. Bastardos estos seres son el fruto de ocasionales relaciones entre marinos solitarios (jóvenes impetuo-

sos alejados demasiado tiempo de sus hogares y de sus iguales) con nuestros parientes marinos de sangre caliente. Seguramente usted que nació en el Sur habrá oído de los apareamientos entre hombres y chivas. ¿Entiendo que no son muy raros en el campo?”

—Es cierto —intercede dí.

“Entonces, a lo mejor a escuchado de las relaciones entre hombre y elefanta, a las orillas del Ganges. O entre mujeres y toros en la antigua Creta y otras costas del Mediterráneo. Entre mujeres y perros, en la gran ciudad. Entre hombres y focas, en los roqueríos helados del Estrecho de Magallanes. Y entre hombres y marsopas, en el caso de las sirenas, que son mamíferos igual que nosotros.”

El Capitán despegó la vista del agua y me miró. El cielo se estaba llenando de estrellas.

“¡Es un error muy común creer, como aparece en los libros, que las sirenas tienen escamas de la cintura para abajo!”

—¡Cómo así? —pregun té, verdaderamente sorprendido.

—¡Carecen absolutamente! —me replicó— Le acabo de explicar. No son peces ni ondulan la cola como el congrio. Se impulsan con ella como si tuvieran las piernas pegadas, igual que los delfines.

El Capitán me miró directamente a los ojos. Y después se sumió nuevamente en sus recuerdos.

“También he visto en grabados muy bellos pero apartados de la realidad, que a las sirenas les dibujaban aletas en el dorso de la cola, como si erróneamente quisieran emparentarlas al tiburón.”

“Lo que sí y que naturalmente no aparece, por lo menos en los documentos que yo he visto, es que las sirenas tienen en las manos unas especies de membranas natatorias, casi invisibles, pues apenas les alcanzan la primera falange de los dedos”.

—¡Jamás se me hubiera ocurrido! —comenté con sinceridad.

“Si —me aseguró—. Y le garantizo que no sería demasiado raro que nos encontráramos con alguna, aunque esta no zona no es tan fr ecuentada como los archipiélagos (se refería a Galápagos).

En realidad, no son tan escasas como cree la gente, aunque tímidas y prudentes prefieren reservar sus encantos y dejarse ver muy de vez en cuando. De lo contrario no serían un mito ni estaríamos hablando de ellas, y tendríamos los zoológicos atiborrados de sirenas nostálgicas en lugar de juguetonas focas.”

—¿Pero y el barco? —le pregunté.

“El barco supongo que continuaba reculando y arrastrando el ancla. No sé, yo estaba como paralizado, deslumbrado ante ese portento. Y a tal extremo que, sin exagerar, no podía impedir que me castañetearan los dientes. Le ruego que me entienda. Ni por mucha experiencia que usted haya ganado en la vida podría permanecer indiferente al encontrar durmiendo plácidamente tal criatura, por mucho que la cama fuese completamente normal. Y quisiera confesarle una cosa, pero para que permanezca entre los dos”.

Se me acercó, como si alguien pudiera estar espiándonos, y me susurró al oído: “¡Era extraordinariamente hermosa! ¡Tanto o más que el mito! ¡Una prueba viviente de como la realidad supera con creces la facultad del pensamiento para representarse con imágenes más o menos toscas nuestros pueriles ideales!”

—Una verdad que se cae de madura —dije, repitiendo no sin vergüenza una frase ajena.

“No sabría decirte cuanto tiempo permanecí junto a su cama —continuó—. Hipnotizado por su sola presencia se me anquilosaron las piernas. Y el cerebro. Absorto en una especie de contemplación catatónica, llámelo éxtasis, olvidé la tempestad y a mis hombres guarecidos en los diferentes compartimientos.

“Era como si mi conciencia hubiera finalmente encontrado, después de una búsqueda transgeneracional, el objeto de su actividad: la belleza pura y simple, única e inimitable. Porque ¿qué otra cosa, dígame, hacemos sino buscar infatigablemente nuevas y más perfectas imágenes? ¿Y cómo podríamos reaccionar, al encontrar la última, sino entregándonos indefinidamente a la adoración de su belleza?”

—¡Capitán! —le dije— Lo que pasa, con todo respeto, es que usted cayó profundamente enamorado.

—Puede que tengas razón. En todo caso, muchacho, tenía muy buenas razones.

—Gracias patrón.

—¿Por qué?

—No, por lo de muchacho.

—¿Qué edad tienes hijo?

—Voy a cumplir los 44 señor.

El volvió a ponerme una mano en el hombro para decirme: “te queda mucho por ver todavía Alfredo. Tu perfectamente podrías ser mi nieto.”

Durante un instante que se me hizo largo permanecimos en silencio. Me sentí un poco incómodo por el grado de familiaridad. Por dar un ejemplo, pero guardando las diferencias: como cuando en la calle nos abraza un borracho.

—Tráeme el tabaco —me pidió, como si hubiera leído mis pensamientos y/o el también pensara que estábamos demasiado maduros para tanto sentimentalismo.

Hice sonar los tacos, parodiando a los militares, y dando media vuelta me dirigía a popa, donde estaban las cuatro cámaras del Loncomilla, sin contar mi cuchitril, aislado como un féretro, en todo el ángulo de la proa. (8)

El camarote del Capitán, como el de la Sirena, estaba muy ordenado. Con la única excepción de que sobre el escritorio aparentemente había olvidado extendida la carta del Pacífico, trazada meticulosamente con gran lujo de detalles. Yo, que soy más prudente que curioso, no pude sin embargo evitar tomarme algunos minutos para examinarla, antes de que el Capitán advirtiera mi demora.

(8) Ya veré si me alcanza el tiempo y las fuerzas para describir esta curiosa goleta armada en Constitución, con las cuadernas, roda, quilla y codaste en roble maulino. Nota del texto original.

El mapa mostraba todas las islas y archipiélagos: Tahitii, como la principal de las Tuamotu; Las Marquesas, las Fiji, Pascua, Sala y Gómez, Juan Fernández —donde encontró refugio el famoso Crusoe—, Hawái, Las Marianas, Las Aleutianas, muy al Norte, por donde se dice pasaron caminando de Asia a América los primeros habitantes de este continente. En fin, muchas islas, sin contar ésta donde escribo, que no aparecía, pero que cualquiera podría ubicar si consigue de terminar el centro de este océano que cubre dos de las tres caras de la tierra.

Encendí el farol que pendía sobre mi cabeza y pude ver que también estaban marcadas las corrientes eólicas, entre las cuales cómo no iba a reconocer a los alegres y constantes Alisios, bajo cuyo influjo navegábamos esa noche. Asimismo, se detallaban los ríos o corrientes marinas, como el gran torrente helado y rico en peces que junto a la costa chilena sube desde Polo. Mostraba también, entre otras, las rutas migratorias de la albacora y de las ballenas, que tienen sus propios y regulares recorridos.

Como el Capitán frente a la Sirena, me entretuve contemplando esa carta. Pensaba que esa hoja de papel avejentado podía esconder la clave de nuestro destino. Después de todo aún no se me había informado hacia dónde nos dirigíamos ni con qué motivo, y naturalmente esos detalles no me dejaban indiferente, como cualquier hijo de vecino puede comprenderlo.

El mapa estaba cubierto, además, de anotaciones manuscritas y se notaba, por lo marcado de los dobleces, que había sido consultado muchas veces y por diferentes personas, de acuerdo a las distintas letras, y que era bastante antiguo, por lo apergaminado del papel.

En la parte baja y a la derecha aparecía un número, que yo supongo correspondía a la escala, y otros datos técnicos que los estudiosos interpretan para orientarse en el mar, no como uno acostumbrado a estimar su situación.

En el ángulo superior derecho, con una letra de imprenta muy elegante decía Océano Pacífico, e inmediatamente debajo: “compilación de las últimas informaciones hasta 1847”. Y finalmente, más abajo, ese nombre adjetivado que tanto sonara a bordo y que me parece el título más apropiado para estas memorias: *Los Insobornables*.

Aunque hubiese querido continuar revisando ese documento, consideré oportuno volver a cubierta antes de que el Capitán me extrañara. Revolví apresuradamente los seis cajoncitos del escritorio hasta que, como siempre, en el último que abrí encontré la bolsita de tabaco y un atado de papelillos con un dragón multicolor pintado en la protección de cartón. Y sin más pérdida de tiempo regresé junto al Capitán que continuaba con una mano en alto, medio colgado del mismo obenque.

Al verlo, torcido por la postura y el peso de su pierna de madera, experimenté un confuso sentimiento de lástima y cariño, un sentimiento que, de no ser él el hombre que era, hubiera parecido compasión.

—¡Su tabaco, Capitán! —le dije, acercándome.

El no pareció escucharme. Absorto como estaba en sus pensamientos. En todo caso, últimamente se le había acentuado mucho la sordera; tanto que a veces daba la impresión de que miraba a su interlocutor para leer en sus labios las palabras que sus oídos ya no alcanzaban a escuchar. E incluso solía ponerse un embudo en la oreja, el mismo que perdía continuamente, al igual que la pipa y el bastón. Y generalmente a mí me correspondía buscarle esos adminículos, pues, aunque tenía una memoria de elefante para recordar su juventud olvidaba fácilmente donde había dejado sus enseres un momento antes.

Me acerqué otro paso hacia él y me di cuenta que, sin frío, estaba temblando. Padecía de una suerte de tercianas, como las que produce el paludismo.

Esperé a sus espaldas a que pasara esa crisis y después avancé hasta ponerme a su lado.

—Muchacho —me dijo.

—Su tabaco, Capitán. No podía encontrarlo —le mentí.

A pesar de esa larga interrupción yo seguía interesado en la historia que me contaba y como él sufría esa noche de un verdadero arrebató nostálgico, mientras liaba continuó por iniciativa propia.

“No puedes hacerte una idea del intenso deseo que me impelía a besar esos labios dormidos, pero por pudor y respeto a ese ser en reposo apenas me atreví a tocarla levemente en el vientre. Ella despertó sobresaltada, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Levantó la cabeza y curvó graciosamente la cola, estremeciendo su aleta a guisa de abanico. Mientras sus ojos verdes, que le hacían juego con una piedra que cubría su ombligo, me miraron sorprendidos.

“No sé qué impresión pude causarle en ese momento, porque inmediatamente cayó desvanecida, para reaccionar algunos segundos después y, esta vez, mirarme un poco más tranquila. ¡Qué ojos! ¡Nunca, ninguna mujer me había mirado así, ni causado semejante conmoción!”

—¡Me imagino! —le dije, sin cinismo.

“Producía un extraño efecto de (no se me ocurre otra palabra mejor) insaciabilidad. Algo así como querer calmar la sed con agua de mar.

“Cuando uno cruza los ojos con una muchacha se establece una suerte de instantánea complicidad, que se interrumpe cuando el más tímido desvía la mirada. Pero con ella ocurría otra cosa, como si ni por mucho que se la mirara fuera posible verla. Como si su imagen perteneciera a una fotografía.

“Sus ojos subyugaban como el abismo. Nunca se terminaba de conocerlos y en consecuencia era imposible llegar a su corazón.

“Lo que ocurre es que la mirada de las sirenas guarda el secreto de un alma híbrida, que a la sutileza humana suma la for-

taleza animal, y eso les confiere enorme superioridad sobre el hombre y sobre el bruto. De allí el hechizo irresistible de sus ojos, el encanto de su voz y la belleza sublime. Y por eso atrapados en su órbita no podemos escapar, prisioneros de su magnificencia imposible, como el Pacífico entero abrazado en llamas”.

—¡Ave María! —exclamé, persignándome.

“Al despertar, su respiración se había agitado y aunque yo no osaba mirarla demasiado podía adivinar sus senos subiendo y bajando, su vientre tembloroso...”

“¡Estaba a su merced y gustoso hubiera rendido la vida por ella!

“¡Sentí la Fe, Alfredo, y era un deseo incontenible e irracional! Como la fanática adoración que los ídolos despiertan en la multitud.”

—El becerro escamado, Capitán —me escuché decir, un poco incrédulo.

“¡Hablo en serio! Y le diré que si en ese momento se hubiera ido a pique El Andrea, estoy seguro que a mí, primer accionista y capitán, no me hubiera importado. Y quizás, en mi delirio, era lo que estaba esperando, para fundirme para siempre con ella en el profundo azul del mar.

“Era su esclavo. Aunque supuestamente ella dependiera de mí, era yo el que estaba dispuesto a seguirla por cielo, mar y tierra, como si de su cuello pendieran las siete llaves de la eternidad.”

—¿Pero cómo, qué llaves? —lo interrumpí, escéptico, tratando de volverlo a la realidad.

—¡Eso pregúntaselo al cabalista, que está en la tilla jugando sus últimas cartas! —me respondió, bastante enojado.

Se había alterado mucho y yo, temiendo por su salud, intenté calmarlo arriesgando sin fortuna un chiste quizás no del todo malo.

—Bueno —le dije— en todo caso a mí no me interesan más que las llaves del agua caliente y en el mejor de los casos la del Banco del Estado.

— ¡Tómelo a la broma, si lo de sea.

— No patrón, disculpe. Es que su relato, con todo respeto, resulta difícil de creer.

— ¡Véalo como le guste!

— No se enoje. Se lo ruego Capitán.

— No, no me enojo, y te concedo el derecho a no creerme. De pensar y juzgarme como te parezca. Pero recuerda, y te lo digo yo que he vivido más que tú, no todo lo que parece cierto es verdad, ni lo que nos cuesta creer es necesariamente falso.

— ¡Si, pero...!

— ¡No mi amigo, no hay pero que valga! Dime niño, ¿crees en Dios?

— ¡Por supuesto Capitán!

— ¿Y cuántas veces los has visto?

— Bueno...

— ¿Y entonces?

— No —repliqué, sin argumentos—, yo sólo me preguntaba Capitán, ¿cómo es que la cola, es decir la falta de piernas, no desalentaban la pasión que su torso y rostro despertaban?

El no dudó antes de responder.

— ¡Por la sencilla razón que ese asunto ni se me pasó por la cabeza! ¡Y maldita la falta que me hacían esas huesudas extr emidades repletas de malformados dedos! ¡Como si sus caderas redondas no fueran suficientemente atractivas y mucho más hermosas que el anca peluda de nuestras yeguas!

— Puede que tenga razón, mi Capitán...

— ¡Claro que la tengo! Y espero a que le cuente: de pronto a mi asombro se sumó el pavor, como cuando se retiran las aguas antes de un maremoto. Sus labios comenzaron lentamente a extenderse hasta encender una sonrisa en su cara. ¡Eva debe haber esbozado una similar para enseñarle la fruta a su compañero! Adiviné que se disponía a hablarme y esa sola perspectiva me aterraba, como si sordo desde la infancia fuera a recuperar el oído de un instante a otro.

—Necesito agua —me pareció entenderle.

“Yo no sé qué idioma hablaba, pero su acento era polinésico, como si a las vocales antepusiera una *h* aspirada.”

—¡Heva! —dije, apenas. El Capitán no pareció escucharme.

“Después cerró nuevamente los ojos, como para dejarme en libertad de movimientos. Entonces me percaté de que estaba de rodillas, hipnotizado, como un devoto ante el altar.”

—Se rebelaba usted contra el hechizo, patrón.

—Sí, yo creo que lo intentaba. Pero con la voluntad de un perrito faldero, porque obedeciéndole, es más, deseando complacerla me levanté, no sin trabajo porque tenía las piernas entumidas, y eché un vistazo a mi alrededor.

“Una guerra que no mucho más tar de perdería se había declarado en mi interior, pues si bien deseaba satisfacer ése y cada uno de sus deseos, al mismo tiempo trataba de reencontrar, sin conseguirlo, esta conciencia con que habitualmente interpretamos el mundo, y que suponemos normal y objetiva.

“Cómo te explicara... Yo también, como tú, y es por eso que te comprendo, me negaba a aceptar su existencia, su tangible presencia y su ascendencia sobre mí.

“Era como estar despierto, durmiendo y soñando, con los ojos desmesuradamente abiertos, una pesadilla única por la naturaleza del sujeto y vulgar porque, como en todas ellas, estaba a merced de los acontecimientos.

“Sin embargo la cámara conservaba sus dimensiones originales, la puerta estaba allí, entreabierta, y los mamparos todavía se juntaban en ángulo recto.”

—¡Increíble!

“¡Escúcheme! Sobre un tocador, que tenía un espejo de tres lunas para verse de frente y perfil, había una botella de vidrio esmerilado que estaba encajada en su respectivo calzo. Yo me acerqué y pude ver mi reflejo en el espejo y a través del mismo, más atrás, extendida sobre el cubrecama, su hermosa aleta caudal, cuyas dos alas harían por lo menos dos cuartas largas.”

—¿Cuarenta centímetros, Capitán?

—Más o menos.

—¿Y?

“La botella tenía un vaso boca abajo en el gollote. Era un vaso de plqué que formaba parte del ajuar de mi abuela, que en paz descanse, y que hasta el día de hoy, como usted lo habrá notado, conservo en mi velador.

“Lo levanté, pero con un pulso tan malo que lo hice tintinear contra la botella y por poco se me escapa de las manos. Sentía su mirada a mi espalda y todos los movimientos los ejecutaba deliberadamente, como si perdida la memoria cada acto fuera el primero. Incluso al llenar el vaso derramé agua sobre el tocador y ese insignificante accidente me acercó a la realidad. Comencé a sentir nuevamente los tremendos bandazos del barco, el ruido del viento y del mar.

“Aun dándole la espalda bebí un sorbo del agua que colmaba el vaso y después me di vuelta para ofrecérselo, estirando el brazo.

“La sirena, que se había despertado sedienta, bebió ávidamente, como cualquier mortal de carne y hueso, y en seguida, irguiéndose un tanto para colgar seme del cuello, volvió a hablarme, para pedirme que la condujera a cubierta.”

—¿Cree usted en el Juicio Final? —me preguntó el Capitán, interrumpiéndose.

—Supongo que sí —le respondí, sin comprender que pretendía.

—Pues suponga que sea cierto. Ahora imagine su alegría cuando el Tribunal Supremo, después de una angustiosa espera, lo absuelva y ubique del lado de los justos para gozo eterno. Así me sentía yo. Tan dichoso que no atinaba con ninguna cosa.

“Ella percibió mi turbación; se levantó otro poco, curvó la cola para equilibrarse y meneando su aleta, como un pandero, rió de buena gana.

“Me sentía avergonzado como un niño que por primera vez comparte el lecho con una mujer. Pero me atreví a tomarla en mis brazos y con ella en vilo abrí la puerta. Salí al pasillo y comencé a subir la escalera.

“Debo advertirle que no era esta la primera dama que estrechaba en mi vida, pero puede estar seguro de que fue la última y que ningún deseo he sentido, en todos estos años, de abrazar a ninguna otra.

“Tenía el pelo tan largo que desde mi codo alcanzaba el suelo, y su aliento era tan exquisito que por esa sola delicia la hubiera amado para siempre.

“Su cabeza, su rostro tan cerca, su pecho y su talle entre mis brazos me infundían un júbilo que fortificaba mi cuerpo, al punto que no sentía su peso. Transportarla tonificaba mis músculos, pero no me significaba trabajo, como si la sostuviera bajo el agua.”

—Sí, creo que después de todo tienes razón.

—¿Yo, por qué?

—Porque nunca estuve tan enamorado.

“Recuerdo que mientras subíamos la escala, como un par de novios, ella musitó mi nombre. Y también recuerdo claramente que al llegar arriba no nos esperaba un lecho con nuestras iniciales bordadas en las sábanas, sino el implacable temporal en todo su apogeo.”

—Pareciera que nunca dejamos de forjarnos esperanzas — lo interrumpí.

—Exactamente, hijo. De lo contrario sería imposible tolerar la existencia. Aunque sean vanas.

Nos quedamos un momento pensando.

—Ve a dormir — me dijo después. Mi historia no le interesa a nadie.

—¡De ninguna manera, Capitán! ¡Por favor continúe!

“Bueno, la primera escotilla, delante del trinquete, había sido abierta y por ahí habían emergido algunos hombres que formaban un grupo apretado, como si buscaran apoyo unos con otros. Ellos nos vieron y son testigos en el cielo de estos hechos.

—De bien poco sirven los testigos muertos, don Rubén.

—¡Afortunadamente, porque si no imagínate!

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? ¡Los testimonios del más allá! No podríamos soportarlos.

—De acuerdo. ¿Pero qué cara pusieron al verlo aparecer en semejante compañía?

—No tengo ni la menor idea porque todavía estaba demasiado oscuro como para distinguir sus expresiones a esa distancia. Además, no bien llegamos arriba se nos vino encima la ola que entre otras cosas se llevó, aparte de la sirena, mi pierna derecha.

—¡La ola, la ola! —sentí que gritaban, gesticulando hacia babor.

“Yo alcancé a darme vuelta y a verla. Parecía que viniera acumulando aguas desde Japón y, con toda sinceridad, espero que en toda su vida no tenga oportunidad de encontrarse con una similar.

“Venía casi perpendicular al oleaje que se nos presentaba, gracias al ancla, por la proa y en el punto que interceptaba a las otras se producía una verdadera explosión. De sólo verla provocaba espanto. Y cuando en dos o tres segundos estuvo encima me pareció que el barco tocaba el fondo y que el Pacífico entero se había puesto de pie para trezarse, como un Hércules furioso, a manotazos con las estrellas.

“En seguida se nos desplomó como un castigo divino. Entre el barullo escuché un crujido, como una bala de salva. Aún con la sirena entre los brazos busqué cubrirme tras el mesana, pero sin que pudiera evitarlo se me escurrió, como un pez, cuando estuvimos bajo el agua y yo me fui al suelo.

Entonces el palo me cayó encima, cazándome la pierna, lo que para mí desgracia me salvó la vida.”

—No diga eso patrón.

—¡Al contrario! ¡Lo digo y lo repito cada vez que me acuerdo! Porque cuando pasó la ola ella ya no estaba. Seguramente había sido arrastrada al igual que los marinos que un momento antes se agrupaban a proa.

—¿Todos ahogados?

—Permítame explicarle.

“En breve se produjo otro fenómeno curioso, aunque he sabido de casos parecidos. Como si esa ola hubiera concentrado toda la furia del mar, a su paso turbulento se iba restituyendo la calma. Y hasta el viento, con su ruido ensordecedor, se retiraba con ella.

Entonces pude sentirla cantar.

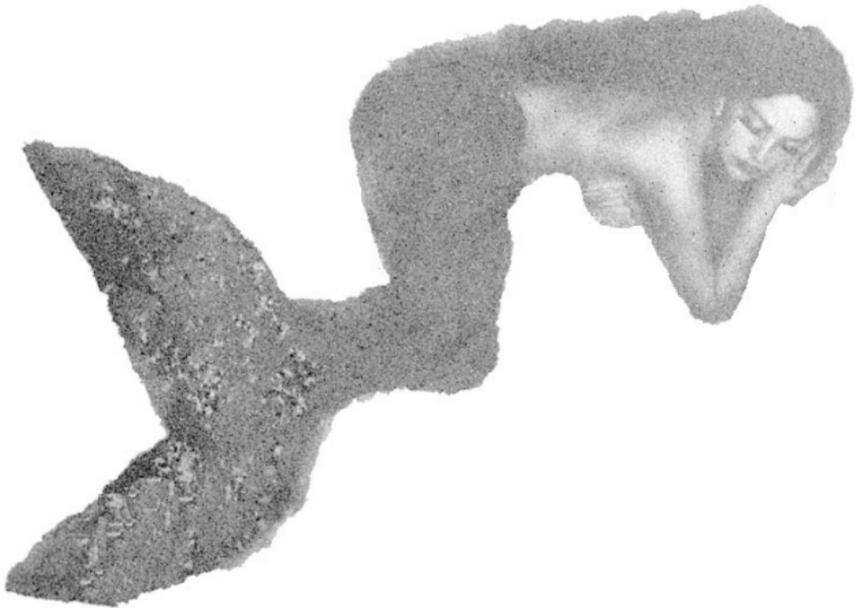
“No voy a esforzarme inútilmente tratando de explicar esa voz, ni trate de imaginarla. En todo caso los marinos, que en su gran mayoría continuaban bajo cubierta, comenzaron a salir, atraídos como zombis, y a proferir gritos desgarradores, como si los escaldaran vivos. Y daban saltos desarticulados a la manera de los ritos satánicos, para después precipitarse sin vacilar por encima de la borda.”

—¿Y usted, Capitán?

—Yo también gritaba como endemoniado, y les imploraba que vinieran a liberarme del palo, pero sin resultados, porque en medio de esa locura colectiva nadie se acordaba de sí mismo y menos de los demás. Esa fue otra circunstancia que salvó mi vida, porque si me hubieran soltado, no le quepa la menor duda, habría sido el primero en saltar al mar.

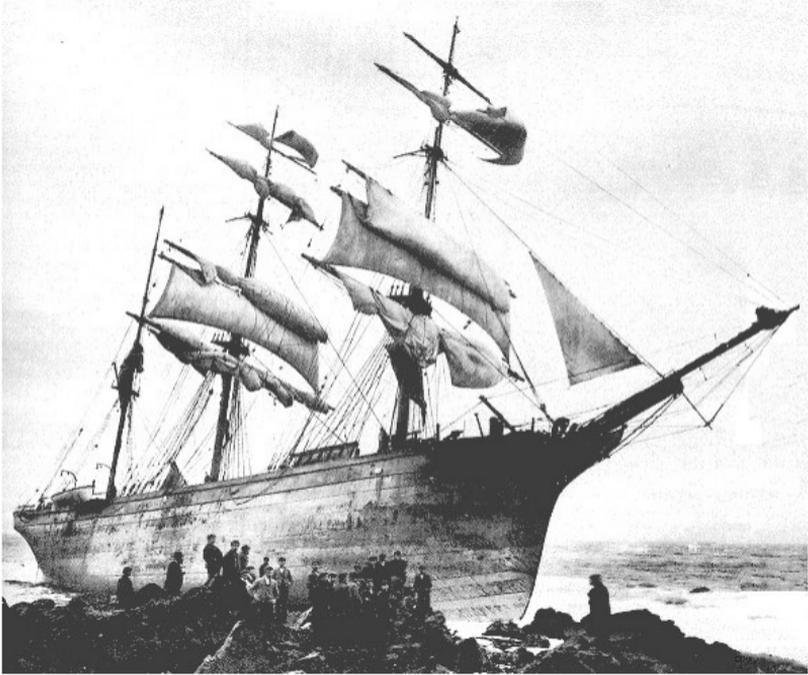
—¿Y el barco, resistió entonces...?

—El barco continuó derivando a media agua, hasta la desembocadura del Guayas, en la costa ecuatoriana, donde terminó por vararse como una ballena enferma... Pero tú ya conoces esa historia y no te la voy a contar otra vez. (9)



Una sirena, archivo Talleres del Mar

(9) Ver capítulos II y XVIII.



El Andrea encalla en la desembocadura del río Guayas. Archivo Talleres del Mar

18. El ciego auxilia y salva la vida del Capitán

Ciertamente el Capitán debió haber estado en lugar de a menudo molesto, más bien agradecido del argentino, pues merced a su oportuna intervención salvó la vida y posteriormente pudo regresar, aunque lisiado, a Chile; para desde allí emprender a la cabeza de *Los Insobornables* la travesía cuyo recuerdo constituye el meollo de estas memorias.

Cuando encalló El Andrea al Sur de Guayaquil, el argentino hacía varios meses que vivía allí, en los manglares a que da lugar el Guayas en su desembocadura. Son unos pantanos salobres donde abundan el Mangle (un arbusto nervioso cuyas hojas her vidas sueltan una sustancia útil para curtir) y cierta variedad de cangrejos azules que pululan en el fango. Es un territorio detestable que hasta los prófugos prefieren eludir.

Sin nada en particular de que ocuparse, el Ciego subsistía allí alimentándose de esos crustáceos repelentes, pero aparentemente satisfecho con esa vida solitaria pero relativamente fácil, sobre todo para aquellos que, como él, no exigen demasiado y se adaptan a las incomodidades de una existencia errática pero libre.

—Para mí —decía— todos los días son iguales: por la mañana sale el sol y al anochecer desaparece, como un velero, en el horizonte del mar.

—Sí, pero ¿qué le interesa? —preguntaría cualquier cristiano.

—¡Nada! O si usted prefiere mi libertad, mi inalienable derecho a la pereza.

—¿Y eso le parece bien? —insistiría el otro.

—Ni bien ni mal. Es simplemente una forma como cualquiera otra de pasar esta existencia miserable. Pero en ningún caso la peor.

El también había estado en Galápagos escamoteando huevos de tortugas e iguanas, hasta que aburrido de esos brutos se había trasladado al continente baldeando la cubierta de un ballenero.

Digno de crédito, en este caso, el rumor dice que le habrían ofrecido contrato en ese barco, pero que él (y de esto doy fe), a menos que fuera absolutamente indispensable, prefería no trabajar. Así parece que había llegado hasta esos baldíos, donde vivía vagando sin culpas ni dirección.

Pero este estoico trasandino no fundamentaba su conducta en una desordenada búsqueda de placer, como podría deducirse por su abandono de las molestas obligaciones profilácticas y deberes sociales en favor de una abnegada consagración al examen de sus pensamientos y “consideraciones de los misterios del alma” (contemplación bien amenizada, por cierto, con importantes cuotas de tabaco y alcohol); sino más bien en el cotidiano ejercicio de “ciertas virtudes tendientes a la auto liberación”, que de acuerdo a sus postulados —cosmopolitismo, igualdad social y retorno a la naturaleza— le permitirían desapegarse de los bienes externos o materiales.

Según sus propias palabras: “la última y única actitud válida cuando todas las creencias han perdido crédito. Un camino provisional, quizás, pero útil en tiempos de crisis”.

Es muy probable que debido a esta manera de pensar se haya sentido interpretado por el atrabiliario Onanista y atraído por su proyecto.

—¡Vivir conforme a la naturaleza es mi filosofía! —decía cuando le daba por tomar. O más exactamente cuando se le pasaban los tragos. Aún mejor, cuando tenía para tomar. Lo recuerdo con mucha claridad recostado contra el árbol de mesana.

—¡Es lo más razonable! —decía— ¿O no es la naturaleza un ejemplo viviente de orden y belleza?

Entonces soltaba ese palo y zigzagueando llegaba hasta el mayor donde, echándose otro trago y llorando de risa, a quien quisiera escucharle, preguntaba:

—¿Felicidad...?

Y como no encontrara respuesta entre su auditorio imaginario, respondíase: “Aceptar mansamente lo que nos tiene reservado el destino”. Y regresando al primer palo repetía la operación.

—¿Sabiduría...?

Nuevo silencio, o el graznido de una gaviota.

—¡Querer lo que los dioses quieren!

Y así de palo en palo.

—¿Amor...?

—...

—¡Una perniciosa tendencia hacia la perfección!

Y volviendo a cambiar de lugar.

—¡Para mi gusto bastante vulgar!

De acuerdo con estos antecedentes hasta el más obtuso de mis camaradas estaría de acuerdo si afirmara que el Ciego no esperaba mucho de los hombres, y nadie podría negarme que merced a su filosofía personal —de bolsillo, decía él— se daba el lujo de conservar el humor en cualquier circunstancia, con la excep-

ción, claro está, de que nadie lo obligara a hacer esfuerzos o “laburar”. Y allí, en los manglares, como no le faltaba comida, le sobraba agua y no necesitaba ropa, podría decirse que había encontrado su ambiente ideal.

Fue justamente en uno de sus tantos paseos por la playa cuando descubrió el naufragio.

“El Andrea varado en la arena como un esqueleto blanqueándose al sol”.

Venía sonámbulo con una cuelga de cangrejos vivos, estirando las piernas antes de desayunar.

En el mar, la vida es más sabrosa —cantaba.

En el mar, todo es felicidad.

Cedo la palabra: “En aquel tiempo me le vantaba y acostaba con el sol, pues no tenía siquiera un cabo de vela con que alumbrarme, artificio que por lo demás no me hacía falta.

“Me despertaba con los pájaros y en seguida me internaba en el pantano a pescar los cangrejos dormidos, antes de que los arrastrara la corriente producida por la marea. Con una media docena, que juntaba en un rato, me iba a pasear por la playa para estimular el apetito con un moderado ejercicio y la brisa que a esa hora viene del mar para invertirse después, alrededor de las ocho, cuando empieza la calor.

“A veces recolectaba también, en la misma playa, unos cuantos moluscos que solían abundar cuando durante la noche había estado fuerte el mar, y de regreso un par de cocos maduros y así, antes de las nueve, estaba desayunando como un bacán.

“El resto del día lo dedicaba a la pesca y al ejercicio de mis facultades intelectuales. Pero esa mañana se me fue a las pailas mi rutina con el descubrimiento del naufragio.

“Escondido entre los matorrales me instalé a espiar el navío que, a escasos metros de la playa, con más de una cuaderna a la vista, parecía un cachalote varado.

“Creo que la mañana entera la pasé al acecho, porque cuando finalmente decidí abordar la nave, convencido que nada se movía a bordo y que yo era el único merodeador, el sol estaba alto y como andaba sin chupalla se me había recalentado la coronilla.

“De los tres mástiles que tenía ese barco, dos apuntaban todavía, inclinados, al cielo. Pero el tercero, que parecía astilla do a la altura de cubierta, caía diagonalmente de popa a proa y tenía la punta enterrada casi en seco, evitando así, a modo de escora, que el casco se volcara completamente a estribor.

“¡Que triste espectáculo, amigo mío! Pero como no hay mal que por bien no venga, observando esos despojos conseguí por fin sintetizar mi pensamiento, lo que no había logrado expresando la filosofía y la ciencia moderna: quién nada quiere, pide ni espera, recupera la inocencia del primer hombre y la fortuna vuelve a sonreírle gratuitamente”.

Y los porfiados hechos parecieron darle razón, no tanto por las riquezas halladas a bordo, que entre otras cosas le permitieron (abandonando raudamente y sin remilgos su dieta naturalista) comer gratis durante un año, sino por la amistad que estableciera con el Capitán, quién posteriormente lo invitará a Chile, donde conocerán al inefable Onanista, conformando así —incluido después el sefardita— el grupo que no mucho más tarde se hiciera a la mar con el pabellón de *Los Insobornables*.

“Por el palo caído subí a bordo. En la escorada cubierta imperaba el caos: retazos de velas, cabos sueltos, duelas, zunchos retorcidos, toneles desfondados e, inexplicablemente, una enormidad de sombreros abandonados por doquier. Y todo untado de aceite azumagado.”

Como ningún movimiento delatará la presencia de vida en el barco —“más le temo a los vivos que a los muertos”, decía—, el Ciego fue paulatinamente ganando confianza, mientras hurgueteaba golpeteando todo con su varilla blanca. Pero no había progresado mucho su inspección cuando bajo unos cabos y medio

aplastado por el mástil caído descubrió un cuerpo que, por el corte de sus adornadas ropas, atribuyó a un Comodoro o a algún pirata enriquecido.

Según deduzco, porque al respecto el argentino nunca fue muy explícito, en lo primero que se habría fijado e interesado fue en lo que estaba a la vista: sus laboreadas botas de caña hasta la rodilla. De por sí un pequeño tesoro para ese patipelado.

—Murió con las botas puestas —murmuró a modo de lacónico responso, inclinándose para apoderarse a tirones de su botín.

Pero no bien lo intentara se dio cuenta de que la pierna y bota derecha estaban apretadas bajo el mástil, y lo que es mucho peor, que el hombre vivía, porque gemía.

Sintiéndose sorprendido, como un escolar que desfalca a su madre dormida, abandonó su empeño y la nave, precipitadamente, para correr a camuflarse más allá de las dunas, en el manglar. Pero como pasara media, una y hasta dos horas sin que nadie saliera en su persecución, recobró el aliento y apropiando valor subió nuevamente al barco, pero esta vez como parte de una curiosa comitiva.

Los camarones que mantienen limpia la playa, devorando los desechos que arroja el mar, también habían descubierto el reciente naufragio y al aristocrático moribundo, cuyo cuerpo recorrían buscando entre sus ropas donde tomar contacto con su carne. El Trasandino, en un acto que no quiero dejar de mencionar, espartó las alimañas a varillazos y tomando de las axilas al Capitán intentó librarlo del palo, pero debido al enorme peso de éste y a los lamentos del herido, tuvo que improvisar primeramente un aparejo para levantar el mástil.

“Tomé con ese objeto un grueso cabo que pendía del mayor, lo hice pasar por debajo del palo, luego por una pasteca y en seguida colgándome del mismo conseguí levantar unos milímetros el pesado madero, los suficientes en todo caso para aliviar a ese infeliz.

“Después bajé a la cabina —¡El Andrea sí que era un barco!— y regresando con un paño y una jarra de agua le enjuagué la frente y los labios. En ese instante el Capitán, que lo arrasaba la fiebre, recobró parcialmente la conciencia. No como para darse cabal cuenta de su situación, pero al menos para sentir su pierna comprimida dentro de la bota, y así manifestármelo débilmente, antes de perderse nuevamente en su delirio”.

—¡Natascha! —musitó, aferrándome una mano.

“Con la misma cuchilla que utilizaba para mariscar le abrí la bota y entonces un feo espectáculo se ofreció a mis empañados ojos, y una hediondez peor aún a mi olfato. Tenía la pierna podrida hasta la rodilla y no se necesitaba haber estudiado medicina para prescribir cirugía de urgencia”.

Deliberaciones del improvisado galeno: “¿aguardar a que el enfermo recobre el conocimiento, lo que parece improbable, o tomar la responsabilidad de amputar aprovechando la inconsciencia a falta de morfina?”

Solo con su alma, pero animado por el desafío que en ese momento le proponía la vida, decidió operar. Y poniendo manos a la obra volvió a incursionar la nave en busca de instrumental.

En uno de los paños de la cocina encontró una hachuela de hoja ancha y pesada que le pareció apropiada, y armado con ella regresó junto al paciente.

Sin pretender abusar de la paciencia de nadie, me gustaría incluir aquí una reflexión de mi cosecha a fin de destacar un aspecto positivo de este sórdido asunto.

He escuchado decir muchas veces, y seguramente yo mismo lo he repetido sin pensarlo muy bien, que en ciertas situaciones críticas, como la que estoy tratando, es cuando se mide el verdadero valor de una persona. Cosa que yo no sé si sea necesariamente así. Pero, y aunque resulte difícil de aceptar por muchas señoras respetables, no es imposible que hasta los peores villanos en determinadas circunstancias revelen ignoradas facetas virtuo-

sas de su normalmente malvado carácter. En todo caso es lo que sucedió con este desdichado, puesto que, después de una áspera brega entre sus inclinaciones naturales y su conciencia, hizo descansar la pierna en cuestión sobre una de las vergas del mástil, como si se tratase del cuello de un condenado, y levantando el hacha por encima de su cabeza, cerró inútilmente los ojos, y la descargó con toda su fuerza salvando así la vida de ese hombre sin par.

19. Ortopedia

Si Dios existe, sin duda por su intermedio cicatrizó el muñón de nuestro añorado Capitán. Pero la carga de su destino, y en particular las mencionadas desgracias que culminando en la tormenta troncharon sus proyectos, le abrió en el pecho una herida invisible pero tan irremediable como la de su perdida pierna; enconada llaga por donde le supuraba el alma. Todo el santo día pasaba encerrado en su cámara escorada, echado la mayor parte del tiempo en la cama cuyas patas había aserruchado irregularmente para nivelarla. Yo no sé si valga la pena insistir sobre este detalle subjetivo, pero estoy convencido que su voluntario encierro no obedecía tanto a la gravedad de sus lesiones físicas como a una rebeldía imposible por jalar, fuera de su alcance, una palanca que revirtiera el tiempo, en un vano esfuerzo por rechazar el imprevisto e indeseable presente y volver atrás.

Una causa perdida.

Sin embargo yo prefiero juzgarlo con indulgencia porque, como decía un lúcido poeta popular, autor de “La Montaña Rusa” entre otros aciertos, “muy distinto es cuando el infortunio nos golpea a los treinta que a las sesenta” y, lógicamente, mucho peor a esa indefinida pero avanzada edad que no representaba el Capitán.

«Es que hasta la célula estoy fatigado y asimilo menos castigo», versificaba el citado vate.

Entre tanto el Trasandino, pese a tan amarga compañía, sentía el despertar de su naturaleza coloquial.

—¡Me quebraba la cabeza, che, buscando levantarle el ánimo! Pero parecía que su corazón había encallado junto al barco. Todos los días —decía— bajaba a su cámara para invitarlo a cubierta. Aconsejábale salir al sol y eventualmente, con mi ayuda, a aventurarse por la playa.

Cauteloso, pero en repetidas ocasiones le propuso abrir un bazar, inventariar y liquidar los muchos objetos de valor que aún podían rescatarse del naufragio.

—¡Bastaría echar a correr la noticia entre los indios! —le decía.

Soñaba viéndolos bajar de la selva. Uno o dos exploradores primero y luego familias enteras en canoas repletas de niños, piedras preciosas y frutas jugosas. Y más tarde tribus completas atraídas por la noticia de un barco lleno de espejos y medicinas en la desembocadura del río.

Imaginó que drenaban el pantano y que un pueblo con las calles radiales, “Nueva París”, surgía de la noche a la mañana en esa costa deshabitada. Veía al Andrea restaurado, como un templo, en la plaza de armas y a sí mismo con la mitra del sumo sacerdote. El Gran Recaudador. Y al Capitán como a una especie de Cristo de Palo, que se sacaba y ponía sin esfuerzo una pierna ante miles de fieles y conmovidos creyentes.

—¡La venta de lugares de privilegio en el cielo nos hará tan ricos como el Papa! —le decía.

En su delirio financiero calculó inundar el Amazonas de escapularios, recortados de las velas del barco, y de palitos santos tallados con sus maderas.

—¡Estamos sentados sobre una mina de oro, che, y seguimos tascando galletas rancias, como si nos quedaran muchos dientes!

Creyó posible, incluso, reflotar la nave y asaltar Valparaíso con una tripulación de jíbaros. En suma, el hallazgo del Andrea y la

indolente compañía del Capitán no sólo le habían despertado las ganas de conversar sino un tardío pero pujante espíritu de empresa, que poco se compadecía con su temporalmente olvidada filosofía hedonista. Pero el Capitán, que no en vano después encabezaría *Los Insobornables* y que tenía horror de cualquier actividad mercantil con posibilidades de éxito, se negó rotundamente y en reiteradas oportunidades a cualquier género de comercio, convencido de que todos los negocios eran más o menos fraudulentos y que más temprano que tarde conducían a la especulación, a la usura y al delito. La verdad es que la única aventura económica que había emprendido a lo largo de su carrera, la expedición a Galápagos, había arrojado un balance tan negativo que con esa primera y última experiencia había escaementado de por vida; y a todas luces no iba a haber forma de distraerlo de sus infaustos recuerdos como no fuera porque la casualidad primero y la naturaleza después determinaron ciertos hechos y en consecuencia los futuros acontecimientos de su marcado destino.

Me refiero a una apacible tarde, cuando el argentino tropezara con el hacha que había utilizado para amputar a su amigo, que todavía estaba clavada en la verga que usara como descanso.

—¡Una pata de palo! —asoció espontáneamente. Y sin detenerse a consultar al lisiado se abocó a su talla con esa misma verga y herramienta.

Inútil preguntarse cómo y en qué momento le tomó las medidas. Desconozco la respuesta. Pero le oí que había trabajado más de una semana y sé que una vez acabada la dedicó y firmó con letras en bajo relieve: “Para Charly, con todo cariño, Roberto Segovia”.

Estoy en condiciones de transcribir este detalle caligráfico debido a que en cierta ocasión, durante la travesía del Loncomilla, ingresé sin querer a la cámara del Capitán mientras él se encontraba durmiendo y tenía la pata apoyada a los pies de la cama. Recuerdo que empujado por no sé qué imprudente curiosidad, como

ante una mórbida escultura, me acerqué a observarla, encontrándome al palparla con esa escritura de ciegos. En todo caso cuando el argentino bajó orgulloso con su obra concluida no recibió la acogida y menos las alabanzas esperadas. Bien por el contrario, entiendo que el Capitán no se sintió para nada halagado con tal obsequio y que con inesperada fortaleza se la habría zumbado por la cabeza, causándole un leve traumatismo en la forma de una hinchazón occipital muy prominente.

“No hay caso —habría filosofado el Trasadino, sobándose el cototo—, nuestras buenas acciones por encontrarse precedidas de pocas malas pero de tantas mediocres son insuficientes para proporcionarnos felicidad”.

—¡Hubiera preferido que te que das con mis botas y estar muerto pero tranquilo, y no tener que soportar tus insolencias! —lo amonestó severamente el Capitán.

Pero el argentino, que no estaba dispuesto a desalentarse, le contestó:

—¡No tendría inconvenientes en que darme con sus botas, que después de todo les hace falta tapilla y media suela, Capitán, pero si quiere aceptar un buen consejo pruébese esta pata que con la madera de su propio barco me he tomado la molestia de tallarle, en reemplazo de la podrida que en su beneficio tuve a bien amputarle, Capitán.

—¡Capitán, capitán! ¿Capitán de qué? ¡Por favor tendrías la amabilidad de no llamarme más Capitán!

—¡Pero Cap... —se le escapó sin proponérselo— razone! ¡Con este remo por lo menos podrá volver a caminar!

—¡Caminar! ¿Y para dónde quieres que camine?

—¡Y para cualquier parte, ché!

—¡Claro, como si fuera tan sencillo! —replicó el marino. Y después, incorporándose en el lecho meneó la cabeza y dijo: “Caminar... otro error. Más todavía con esa gamba de palo. A cada paso soltaría una maldición”. Y volviendo a levantar la voz: “¡Mira,

mírame bien!” —le dijo. Y agarrándose el chongo con las dos manos: “¡Mira lo que queda de mi barco, y de mí! Y dejándose caer nuevamente sobre la almohada: “Te agradezco, pero cualquier movimiento que haga no será más que el primer paso de otro fracaso”.

—De acuerdo —le dijo el argentino—, pero con ese fatalismo más le valiera no haber nacido.

—¡Escúchame! —le dijo el Capitán— Para serte franco no tengo interés en seguir discutiendo contigo un asunto que es exclusivamente mío.

—Disculpe —se excusó el argentino, levantando la prótesis que había quedado tirada en el piso—, yo simplemente pensé que podía serle de utilidad.

Apoyó la pata en un rincón y como si se diera por vencido abandonó la habitación, pero antes de juntar la puerta asomó su cabeza hirsuta y con una sonrisa le lanzó el siguiente desafío:

“Después de todo, Capitán, cada uno tiene derecho a labrarse su propia desdicha”.

—*¡Ça suffit!* —le gritó en francés el Capitán, disparándole un cojín que se desplumó en el aire.

Las gaviotas anidaron sobre las gavias del Andrea y volar on sin retorno muchas hojas del calendario; hasta que un día de sus días, apuntalado en aquel trozo de cedro, don Rubén Navarro subió trabajosamente a cubierta donde quedó bamboleándose, obnubilado, con una mano en alto prendido de un obenque, en la misma postura que tantas veces lo viera años después en el Loncomilla.

Según el argentino se había deshecho la trenza y el pelo le caía como una cascada helada hasta los hombros, y la barba rala no le alcanzaba el pecho porque se la torcía el viento.

Yo no estuve allí, pero igualmente lo compararía con Darío, con Ciro, con el propio Napoleón mirando la mar desde el destierro. Me conmuevo imaginando su estampa de moribundo levan-

tándose para regresar al frente. Valiente derrotado que voltea la última página y yergue triste pero orgulloso la mirada al mañana, el cual sólo ofrece renovadas miserias, pero que en definitiva es lo único que tenemos: fe, otro poco de vida y de nuevo el naufragio.

El mar, tal si quisiera saludarlo a su manera comenzó a levantar pesadas olas. El desvencijado Andrea se bandeó aun más, crujiendo entero, como un caballo que se echa a morir de viejo.

Apenas tuvieron tiempo el Capitán y su amigo ciego para ganar la seguridad de la playa, desde donde el viejo con una mano de canto en la sien rindió honores a su bergantín.

Lágrimas corrían por las grietas de su cara.

Los dos hombres, como dos rieles oxidados, permanecieron inmóviles en la orilla hasta que del Andrea no quedó más que un montón de leña. Entonces comenzaron a caminar.

Tres suelas iban quedando nítidas en la arena y un orificio redondo y profundo donde el Capitán apoyaba la pata de madera, lo que perfectamente habría confundido a un rastreador

inexperto induciéndolo a pensar que seguía las huellas de un monstruo de tres patas que buscara apoyo en un bastón.

20. Cabalística

No sé por qué, a diferencia de mis compañeros de escuela, nunca sentí mucha admiración por los bomberos. Reconozco sin embargo que si esa institución se hubiese organizado antes, agradecida la humanidad estaría hoy varios pasos más adelante. En Valparaíso, por ejemplo, los bomberos me parecían un tanto estrambóticos con sus escalerillas, campaneos y mangueritas rojas, y algunas veces algo precipitados en su voluntario afán cuando concurrían a un incendio.

Recuerdo una noche que me detuve a observarlos en acción en una casa de familia de la que apenas salía humo por una ventana y que ante sus acongojados moradores, en pijama parados en la calle, levantaron todo el techo hasta no dejar una teja sin quebrar.

“Es que el fuego se propaga por debajo”, explicaron.

En fin, hablar mal de otros, como escupir al cielo, no ayuda sino a desprestigiarse. En mi descargo y en descargo del Cuerpo de Bomberos quiero declarar que si dicho organismo hubiera estado organizado en los tiempos de la antigua Alejandría seguramente del famoso incendio que afectó a la biblioteca de esa ciudad se podrían haber salvado preciosos documentos cuya pérdida lamentamos treinta siglos de después. Voy al asunto. Obra en mi poder una libreta que hasta no hace mucho perteneciera al difunto Calculista y que constituye una de las caras herencias que todavía conservo de mi aventura en el Loncomilla. La libreta contiene innumerables guarismos y notas (la mayoría incomprensibles para mí) entre las cuales he buscado sin fruto las claves que nos condujeron al Pacífico y al trágico fin de este viaje. Entiendo que estos complicados apuntes corresponden a una especie de enciclopedia que él compilaba, citada por el suscrito en las primeras páginas de esta memoria(10). De estas notas, y de acuerdo a mi limitado alcance (nunca fui muy aventajado en matemáticas), seleccionaré unas cuantas, pero más por su valor poético o meramente ilustrativo que por las relaciones, que no veo, entre ellas y el viaje del Loncomilla.

En primer lugar hace el llamado sefardita una comparación entre judíos y cristianos, que me parece de interés. Dice así: “El judaísmo a diferencia del cristianismo eligió como base de la comunión religiosa la práctica y no los dogmas. El cristiano se halla vinculado al cristianismo por las mismas creencias, mientras que los judíos por las mismas observancias”.

Bien, si interpreto correctamente, los descendientes de Moisés, entre los que debo incluir a nuestro autor e incomparable compañero de viaje, se negaban a aceptar mientras no fueran comprobadas o al menos entendidas ciertas verdades fundamentales, admitidas por los católicos con el concurso de la Fe (la Santísima Trinidad y la resurrección de la carne, por ejemplo) y únicamente

(10) Descripción del Universo y Explicación de todas las cosas.

Nota del texto original.

estaban dispuestos a observar determinadas prácticas, prescritas por la Ley de Dios en la Biblia y el Talmud. Consideraban, en una actitud que hoy llamaríamos científica, que le estaba reservado a la razón comprender el origen y orden del universo. De acuerdo a esta libreta deduzco que a través de esas leyes los judíos obedecían y así se relacionaban con su Dios, y que estudiando las Sagradas Escrituras buscaban explicar se el mundo y, cito, “los misterios de la criatura”. Sin embargo, como hasta un inculto marinero puede entender, estas leyes —véase Los Diez Mandamientos— disponen una serie de normas muy aconsejables y aunque sólo los dos primeros se refieren a Jehová ninguno explica ni define nada, a saber:

- 1 Amar a Dios sobre todas las cosas*
- 2 No jurar su santo nombre en vano*
- 3 Santificar la fiesta*
- 4 Honrar padre y madre*
- 5 No matar*
- 6 No fornicar*
- 7 No hurtar*
- 8 No levantar falso testimonio ni mentir*
- 9 No desear la mujer de tu prójimo*
- 10 No codiciar los bienes ajenos*

Sigo adelante. Tengo entendido que la Cábala (disciplina y escuela de pensamiento esotérico con la que todo esto está muy relacionado) era, y probablemente lo sigue siendo, una suerte de arte combinatorio de letras del alfabeto hebreo con palabras de las escrituras sacras. Por consiguiente, si esto es así, el estudio de los problemas teológicos, para los judíos, habría estado íntimamente ligado a sus conocimientos matemáticos.

Vuelvo a la libreta. Dice aquí, en una de las páginas del medio, que Filón (filósofo alejandrino, explica) a la edad de cuarenta años habría conseguido determinar una especie de principio básico, aparentemente distinto de Dios y al que, en nuestro lenguaje,

tendríamos que denominar como el “Inefable”, algo así como lo “inexplicable con palabras”, formulado por el Cabalista con el nombre de ENSOPH.

De Filón, víctima del lamentable incendio antes citado (que lo sorprendiera estudiando), poco más es lo que se consigna, pero dice que le bastó enunciar este concepto para ingresar por la puerta ancha a la historia, como el padre de la filosofía hebrea.

Mil quinientos años después, en el siglo XI, José al Basir y su condiscípulo Jesua ben Judá retoman el principio de Filón, que a pesar de su importancia comenzaba a perderse en el olvido, y anuncian la existencia de otros tres principios que emanarían del inefable *Ensoph*.

En ese momento, dice, si no hubiese sido por María Inmaculada, el olimpo hebreo poco se hubiera diferenciado del católico romano: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Entre el 1020 y el 1070, aproximadamente, aparece en Fes (Norte de África) Abengabirol, un respetado mercader que complica otro poco la baraja al subdividir los tres principios de al Basir y ben Judá en tres trinidades.

En definitiva, del Ensoph original deriva nueve principios ordenados de a tres, a los que llama *Sephirohim* o *Sephirath*.

Una generación después, en Andalucía, Abenpakuda y Abraham bar Hiyya, corroborando los cálculos de Abengabirol, se consagran a la definición de los nueve Sephirohim y consiguen establecer el primero: Kether, el Ser, al que representan alegóricamente con la imagen de un rey visto de perfil, con la cabellera completamente blanca (símbolo de la experiencia, creo yo) y en torno a él un conjunto de ángeles en la forma de una banda de cisnes volando mientras sostienen con el pico un estandarte con la esvástica bordada en negro sobre blanco. “Número cabalístico”: el cuatro uno (?).

En 1149, Abensadik, en Venecia, establece el segundo Sephirohim: Chokmah, la Sabiduría, a la que representa con la fi-

gura de un guerrero que se enfrenta cara a cara con Dios, mientras en un gesto irreverente se levanta con una mano su miembro viril. Esta alegoría, dice, suele representar se en Oriente con el Lingam y en otras teologías occidentales con la simple línea recta. Número cabalístico: el cuatro dos.

El tercer Sephirohim fue descubierto en una fecha cercana al anterior, pero éste en la fría estepa ucraniana por un profesor de Arameo llamado Yehuda ibn Ezra: Binah, la Inteligencia. Se representa con una mujer, la Matrona, y naturalmente se la relaciona con los símbolos de la madre, la fecundidad, la vida y el mar, como origen de todo lo que respira sobre la tierra. Si se mira a través de los ojos de esta señora, hacia adentro, dice, en su retina, como en una muralla iluminada, se verá proyectado con gran nitidez todo el dolor humano.

Símbolos: el cáliz en Occidente y el Yoni en Oriente. Animal (universal) la ballena. Número cabalístico: el cuatro tres. Color: carmesí.

De este modo se completa la primera tríada.

En 1192, Jacobo Mann, un prestamista germano (perseguido por usura) define en la cárcel el cuarto Sephirohim y primero de la segunda tríada: Kjesed, la Misericordia. En la alegoría volvemos a encontrar la figura de un rey, pero esta vez visto de frente, sentado como un Budah entradito en carnes y enseñando al mundo las palmas de sus manos. En el reino de los cielos, dice, se le reconoce simplemente como *Él*, y por virtud de este principio, agrega, se comprende el sentido de la obediencia y se experimenta el “verdadero amor”.

Aún hay más: “La Misericordia suele estar acompañada de la gula”. ¡Ojo!

Símbolo esotérico: una esfera dentro de una pirámide.

Color: morado. Número cabalístico: el cuatro cuatro.

Entre tanto en Bagdad, bajo la puerta que abre el camino a la Meca, un limosnero apenas vestido con una andrajosa chilaba canta por unas monedas a los pasantes.

*Ya se aproxima en su carro —grita, bailando manos arriba.
El poderoso guerrero de fuego.
Viene el Severo radical,
a plantar en el centro del mundo un pilar.*

Se detiene para producir un silencio y luego continúa. Siempre bailando:

Fuerte es el Justo
Adornado con serpientes en el cuello.
¡Preparaos infieles y pecadores!
Ya conoceréis la energía del poder,
la divina crueldad y la destrucción.
¡Cuidaos de su diestra!
Espada roja y negra.

Es el quinto Sefirohim, Queburath, la Justicia.

Número cabalístico: el cuatro cinco. Representación geométrica: el pentágono.

Fueron necesarios otros doscientos años para que en el 1300, en el potro de torturas, Maimónides, quemado posteriormente por brujo, descubriera el sexto Sefirohim: Tipareth o la Belleza.

En relación a este principio estético existen dos alegorías fundamentales y muchas otras asociaciones.

La primera es el Dios sacrificado. Piense en Cristo crucificado, al crepúsculo, mientras querubines y serafines entonan un miserere o salmo penitencial.

La segunda dice relación con el niño embriagado, como la corrupción de la inocencia.

La belleza se vincula al orgullo (el pavo real) y a su antípoda, la humillación (la esclava).

Cito textual: *de allí que el sadomasoquismo no sea sino una búsqueda estética de goce y perfección. Hermoso es el ser cuando lacerado suplica más castigo, bajo el rigor del látigo, y más inocente el imberbe cuando es ultrajado.*

Figura (geométrica): el cubo. Número cabalístico: el cuatro seis. Experiencia (?): Visión de la armonía. Metal y color: oro.

Un siglo más tarde, en la ciudad eterna (Roma), Hillel ben Samuel encuentra el séptimo Sefir ohim: Netzach o la Victoria.

La alegoría de este principio es quizás la más compleja y sugerente: sobre un campo de batalla se ven millones de cadáveres de las más diversas razas. Al medio, entre los cuerpos mutilados, se levanta una columna dórica de mármol impecable en cuya cúspide se encuentra de pie e indemne la mujer más bella que usted pueda imaginar, completamente desnuda y “absorta en las contemplaciones de la fe”(?).

Localización en el cuerpo humano (?): el Monte de Venus. Color: esmeralda. Símbolos: la Flor de Lis y la Corona de Laurel. Número cabalístico: el cuatro siete.

El octavo Sefirohim lo descubre Seb tob Falaquera (un corredor de propiedades radicado en Londres) a mediados del siglo XV: Hod o Jod, la Fuerza.

Imagen alegórica: un hermafrodita sentado plácidamente a la sombra de un baobab.

La fuerza, dice, correspondería a la “inteligencia perfecta” (?).

Color: naranja. Localización en el cuerpo humano: el pecho. Símbolo: el mandil. Número cabalístico: el cuatro ocho.

Finalmente Cresdai Crescas, hacia 1600, en su lecho de muerte dicta a su segunda esposa, Raquel, el noveno Sefirohim: Yesod o el Fundamento (?) Representado por un gigante lampiño cuyo perfume exquisito permite soportar la vida en esta tierra(?). Es la inteligencia misma y única capaz de comprender los mecanismos del mundo. Entre los arcángeles(?) le llaman Gabriel y en su honor se han esculpido y sucesivamente perdido una serie de estatuas, una de las cuales podría encontrarse en el museo de los faraones del Cairo y otra confundida entre las diecisiete gárgolas que se agazapan en los techos de Notre Dame.

La frase, “*el mundo se desmorona y reconstruye simultánea y constantemente*” ofrece, dice, una idea aproximada de este principio.

Color: púrpura. Símbolo: las sandalias. Localización en el cuerpo: los pies. Número: cuatro nueve.

En una de las últimas páginas de su libreta el sefardita apunta: “al árbol de la vida le falta el fruto”. Y más abajo: “el Sefirohim Supremo”. Y en la otra página: “Si al primer sephirohim corresponde el blanco al último debería corresponderle el negro”. Y abajo esta ecuación:

$$\{(4 \times 1) + (4 \times 2) + (4 \times 3)\} + \{(4 \times 4) + (4 \times 5) + (4 \times 6)\} + \{(4 \times 7) + (4 \times 8) + (4 \times 9)\} = 360/2$$

El semicírculo, dice.

Amplifica por dos y obtiene la circunferencia.

Anota: “así como en el primer sephirohim la esvástica simboliza el movimiento perpetuo, en este último el círculo sugiere la inmovilidad, la perfección y la nada, el Huevo Cósmico (densidad infinita y volumen cero) y la negación como actitud y postulado”.

A este Sefirohim Supremo (SS), el décimo, nuestro cabalista lo llama Malkuth, la Muerte, y como alegoría propone a “una virgen de ébano vista por detrás”: el anillo negro. En el “orden angélico”(?): el “fuego eterno”. Número: no el cuatro diez sino el último número conocido: el cero. El círculo completo, que en Oriente suele representarse con una serpiente mordiendo la cola.

21. El Vigía

Hacia más de diez meses que habíamos zarpado, abandonando a nuestras espaldas la farándula porteña, y desde ese día no habíamos vuelto a tocar ni a ver la sólida tierra. Creo haber señalado anteriormente que al levantar la cabeza desde cubierta no era raro descubrir al Onanista entre los palos, camuflado por allá arriba entre las velas. Horas de horas pasaba allí, inmóvil, escudriñando la superficie del mar, como si loco de insomnio anhelara avistar las luces del puerto en cualquier momento. Quién sabe

si esperaba, como las ánimas del purgatorio aguardan durante milenios, que alguna fuerza sobrenatural viniera a abrirle de una vez por todas las puertas del Cielo. Yo ya estaba acostumbrado a sus hábitos extraordinarios, igual que a los de toda la estrafalaria tripulación, pero en esta oportunidad hacía por lo menos cinco días que el empecinado “vigía” no pisaba el puente, aunque más no fuera para atender a sus necesidades más elementales: comer, dormir, por mencionar sólo dos. A menos que, como un escurridizo licnobia, descendiera durante la noche mientras yo me encontraba durmiendo.

Involuntariamente comencé a vigilarle. Con diversos pretextos procuraba permanecer en cubierta: amarrando un cabo, cazando la botavara o sosteniendo la caña para disimuladamente observarlo siempre ahí, como un dragón estampado en la mayor para ahuyentar a los espíritus y al enemigo.

Era como si el Loncomilla llevara, en lugar de un mascarón ensamblado a proa, un esclavo rebelde encadenado para escarmiento a la cruz del trinquete.

Por lo menos una semana estuve pendiente de él y puedo jurar que sólo en una oportunidad lo sorprendí en movimiento. De pronto saltó al vacío y fue a parar, a tres o cuatro metros, sobre otra verga, donde se quedó agazapado como una gárgola.

Yo comencé a preocuparme por su salud. Cualquiera en esas condiciones hubiera pescado una pulmonía. Así que, después de mucho pensarlo, acudí donde el Capitán, pero fue prácticamente imposible distraerlo de sus lecturas.

—Ya bajaré —me dijo, justificando aparentemente su conducta.

Al día siguiente se me ocurrió hablarle al Judío, en el supuesto de que él era el segundo de a bordo, lo que no era evidente. Lo sorprendí encucillado en un tablón saliente que yo mismo había clavado a popa, sembrando sus deposiciones en el surco que la quilla iba abriendo en el agua.

¡Propuso observarlo otra semana!

Entonces me dirigí al mentado Trasadino, que estaba bebiendo y masticando la letra de un tango:

«El mundo fue y será una porquería, ya lo sé
en el quinientos tres y en el dos mil también...»

—¡Y no le des bola! —fue su consejo.

Entonces, y como cada vez que había que tomar una decisión, no me quedó otro camino que proceder de acuerdo a mi iniciativa.

En realidad, maldije, inútil esperar órdenes de quienes ni siquiera se interesan por el rumbo ni parece preocuparles su destino.

De manera que consulté un par de veces mi conciencia y como teníamos un viento moderado amarré la caña y me fui a buscar la capa de cuero con que solía cubrirse nuestro impertérrito vigía. Preparé una cantimplora de té, armé algunos cigarros y echándome una caja de fósforos al bolsillo subí por los obenques hasta la cofa del mastelero, donde quedé a pocos metros del empinado punto que ocupaba él.

El hombre no pareció percatarse de mi presencia, lo que me permitió, desde la guarnecida cofa, observarlo a mi antojo.

Estaba parado sobre el cabo marchapiés que corre a ese efecto por debajo de las gavias y apoyado apenas con una mano en la verga respectiva, con la misma naturalidad con que los pájaros se posan cómodamente en el aparejo, anunciando con su presencia la proximidad de la costa.

Es extremadamente difícil para mí, y muchísimo más para quienes no le conocieron, imaginarse a la madre de este excéntrico marino, pero si ésta, cualquiera que haya sido, hubiese estado en mi lugar de sólo verlo se le habría detenido el corazón.

Nos encontrábamos a tal altura que el barco a nuestros pies parecía de juguete y la llanura azul que podía cubrirse desde allí era tan amplia que, de no mediar la memoria, se hubiese jurado

que el mundo no es esférico, como enseñan en la escuela, sino un disco líquido girando sin rumbo en el espacio.

Su rostro calcinado por el sol, expuesto día y noche a la intemperie, no se le había por eso tostado. Por el contrario, le blanqueaba día a día, como si se le lavara la cara con salmuera. Recordaba esas estampas de hombres y mujeres achicharrándose desnudos en los hornos del infierno. Y sus largas canas, dispersadas por el viento en todas direcciones, acentuaban su aspecto mortificado. La espalda, desnuda como el resto de su cuerpo, la tenía salpicada de parásitos que se le adherían como moluscos a las rocas; pero quizás lo más inquietante eran las uñas de sus pies, verdaderas garras aferradas al cabo como la zarpa extinta de alguna especie antediluviana.

Aunque era poco más de mediodía, la fresca se me colaba por las mangas, el cuello y los ojales, calándome hasta la médula de la columna y enfriándome los sesos. A eso atribuyo que su figura silenciosa no me haya infundido sólo temor sino también una cierta compasión, como si aun viviera en él el niño que debió ser en su ignota infancia.

La tarde entera transcurrió sin que cruzáramos una palabra. Larga y lenta, como la vigilia del condenado, y recién cuando el horizonte se cubrió de arreboles, tal si una rebelión celestial estuviera derramando sangre, alcé la voz para distraerlo con estas palabras:

—¡Le subí su abrigo! —le dije.

El viento cambió de lado y toda la arboladura se inclinó a sotavento. Yo tuve que aferrarme en mi reducto para evitar ser arrojado por el bandazo. En cambio él, como si formara parte del aparejo, apenas flectó las rodillas.

Tal era su alienado arrebató que de seguro si hubiera sido despedido por los aires habría llegado al agua sin proferir un grito. Quizás qué tormentos atenuaban sus sentidos y le conferían, a la vez, esa aptitud extraordinaria para el mar.

De más está decir, por otra parte, que en ningún lado mi contrato estipulaba que yo sirviera de enfermero (y nunca fue mi vocación), sin embargo avancé por el palo que me conducía hasta él y le eché la sobada capa sobre los hombros, cerrándosela con sus tientos al cuello. Amabilidad de mi parte que aceptó con la misma gratitud con que un difunto, por respeto a los vivos, permite que lo cubran con una sábana primero y lo sepulten definitivamente después.

A continuación tomé la cantimplora y desenroscándole la tapa vertí en su interior la cálida infusión. Tampoco dio resultado. Encendí dos pitos y le encajé uno en la boca, pero como no chupara la brisa húmeda lo consumió parcialmente por un lado y después lo apagó.

Me tomé el té servido, antes de que se enfriara, y escanciando otra ración volví a ofrecerle.

—¡Beba un poco! —le dije. Y después agregué la frasecita de rigor: ¡Le ayudará a entrar en calor!

Él, por fin, volvió la cabeza y me miró.

—Gracias —me dijo, recibíendome el vaso.

Ahora atención. Juzgue otro por favor su manera de actuar. Se acercó el té a la nariz, olisqueándolo como si pudiera estar envenenado, y recién cuando estuvo satisfecho se lo llevó a los labios para enjuagarse repetidas veces la boca y escupir hacia sota-vento.

—Una vieja costumbre —me dijo, leyendo seguramente en mi cara el desconcierto.

¿Dije que me miró e incluso que me habló? Sí, pero no he dicho que me haya visto, como yo veo este paraje a mi alrededor, porque sus ojos por alguna extraña enfermedad tenían desteñido el iris y sólo sus pupilas se destacaban en sus globos hepáticos. Su mirada hacía pensar que, como Saulo camino de Damasco, sufría una visión. Pero como en frente suyo sólo podía verse agua y acaso los últimos arreboles, pensé que lo único que podía estar vien-

do eran sus propios pensamientos. En todo caso esos ojos no se fijaban en el mundo que me incluía sino, como los vidriosos de un ciego, miraban para adentro. Y sin poder explicármelo imaginé que si me hubiera asomado por esos pequeños orificios negros, como quien mira al revés por un par de binoculares, me hubiera encontrado con el reflejo en miniatuira del océano que nos rodeaba y elevándose al aire, impetuosa como un puño, una ballena chorreando espuma desde su joroba erizada de arpones.

Prendí otro fósforo y protegiendo la llama le encendí el pucho, pero curiosamente el humo no se disipaba inmediatamente con el viento sino que demoraba en torno a su cabeza, igual que la ofrenda del malvado Caín.

—Va a llover —pronosticó de pronto.

El mar se había fundido con el cielo en un sólo tono y era difícil distinguir el aire del agua. Y nosotros en la altura parecíamos volando sobre la espalda de un pájaro mecánico.

—¡Tengo preparado un *caldillito creaturero*! —le dije yo, invitándolo.

Fue una tímida humorada de mi parte que dio por terminado el diálogo. Sin embargo permanecí aun un momento compartiendo su silencio y luego me dispuse bajar, preocupado por las condiciones del tiempo.

Nadie sabe cuánto me gustaría conversar con un genuino gaviero. Él comprendería lo que significa transitar esas escalas de cuerda, de noche, sin ver donde uno pone los pies. Y no es que quiera hacerme el preparado, porque otras son mis intenciones: dar cuenta, describir e, imprudentemente quizás, ofrecer algunas impresiones en mi calidad de testigo ocular.

En fin. Al llegar abajo, gratamente sorprendido, vi que el Capitán había desatado la caña y con mano firme, en la creciente borrasca, se hacía cargo del timón. Lo saludé a la distancia y seguí hasta mi cuarto para cambiarme la ropa, que estaba estilando, y volver a cubierta a ponerme a su disposición.

Ahora quisiera sucintamente comparar dos sentimientos contradictorios que me embargar on en la ocasión. Cualquier hombre con sus dos pies puestos en la tierra comprendería, sin necesidad de volver sobre ello, el estado de ánimo en que pudo dejarme mi lacónica entrevista con el Onanista, sin embargo merece una breve explicación la alegría que me dio ver al Capitán erguido a la caña.

Debo insistir, para que esto se comprenda mejor, que durante esos tres meses, de Valparaíso hasta las cercanías de Galápagos, prácticamente toda la responsabilidad de las maniobras había recaído sobre estas dos manos con que me ha dotado el Creador, lo que explica de por sí la inmensa tranquilidad que me significó ver al Capitán al timón. Y de paso aprovecho de recordar que esta costumbre de pasar tanto tiempo sin recalar no es corriente para los navíos de cabotaje, ni para los mercantes, pero he sabido de balleneros navegando alrededor de la tierra sin fondear en cuatro y hasta en cinco años, y de adolescentes románticos que soñando con conocer el mundo se han embarcado en tales buques para regresar a casa transformados en hombres hechos y derechos, y muchos casos también en que sus madres, esposas y hermanos se han quedado esperándolos en la playa hasta el día del Juicio Final.

—¡Buenas noches! —saludé, acercándome al Capitán.

—¡Buenas, pero regulares! —me contestó, mirando para el cielo.

—¿Capitán —le pregunté— quiere que lo releve?

—No gracias —me dijo—, retírese no más.

—¡Pero...! —alcancé a protestar.

—¡Vaya a acostarse Alfredo! —me ordenó, de un modo inesperadamente cortante, como si mereciese una amonestación.

Bueno, donde manda capitán no manda marinero. Obedecí. Me metí a la cama (que se zarandeaba como una cuna), desde donde podía escuchar con cierta alarma esa especie de lamento que el viento, cuando sopla fuerte, arranca de los cabos. Y oyén-

dolo no podía dejar de pensar en ese desquiciado arriba de los palos, desnudo en la tormenta. Y, antes de rendirme definitivamente al sueño, busqué instintivamente mi Nuevo Testamento y con él contra el pecho recé, como un niño, el Ángel de la Guarda, esa dulce compañía que nos ampara noche y día.

Sí, me quedé dormido, pero más me hubiera valido desvelarme porque tuve una pesadilla que todavía no puedo olvidar.

Que agobiante es comprobar cómo encima de las dificultades de la vida cotidiana debemos soportar crueles pesadillas que terminan por transformar nuestra existencia en un calvario. Quiero decir que si nuestros problemas provinieran exclusivamente del mundo de las cosas tendríamos oportunidad de encararlos con éxito y gozar de la paz que los brutos e inocentes conocen sin saberlo, pero más temprano que tarde comprobamos, como yo esa noche, que la tormenta (como el pecado original) la llevamos a costas.

Soñé que estaba en una pieza sin ventanas, ciega como una celda de castigo, parte de una inmensa casa abandonada. Me encontraba sentado como un oriental, con las piernas cruzadas sobre el único mueble de la habitación: un catre sin colchón. Mejor dicho un somier de alambre apenas cubierto con una frazada gris, con el murete del ejército.

Una mujer me hacía compañía. Dormitaba de espaldas en la cama, completamente desnuda y sin pudor, igual que yo. Nunca en mi vida había visto ni veré a esa señorita, que reconocería entre un millón, pero en el sueño más que amigos éramos dos tórtolos chiflados. Reposábamos intercambiando algunas palabras intrascendentes, comentarios alegres que hacen los enamorados después de colmar sus apetitos, mientras comparten en silencio momentos de felicidad.

La puerta, chueca y única vía al exterior, no cuadraba en el marco, permitiendo la entrada de tres filamentos luminosos que revelaban el polvo en suspensión y trazaban una letra u en el piso de tierra apisonada, atenuando la penumbra del cuarto.

Jamás desearé a nadie como a esa muchacha que vino a presentármeme en ese aposento soñado, húmedo e impregnado de transpiración. Una y otra vez repetíamos el misterio gozoso del amor, como si infatigables nos deleitáramos desde la misma mañana en que Eva, separando las piernas, ventilara su fruto prohibido.

Su piel era tan blanca que cuando caminaba por la pieza y sobre todo cuando se movía en la cama parecía un pez ondulándose a flor de agua. Y mi propia epidermis, aunque de naturaleza más oscura, habituada a las sombras refulgía pálida y transparente, como la de los gusanos que se ocultan bajo las piedras. En realidad parecíamos fantasmas en esa ruinosa mansión.

Pero atención. Ese indolente apasionado era y no era yo, pues mi conciencia alerta pero inerte se encontraba prisionera en aquel cuerpo ajeno, mucho más delgado que el mío, y que independiente de mi voluntad me hacía protagonista y espectador en una perfecta amalgama de intenso placer y dolor.

Y esos dos amantes, que me incluían, parecía que nunca fueran a saciarse, porque con breves intervalos se complacían mutua e indefinidamente, alimentándose sin comer absolutamente nada.

Ella no era una belleza clásica, ni mucho menos. Pero sus ojos vivaces cautivaban, como cautiva el fuego o el incesante con-toneo del mar, y a medida que la penetraba parecían desbordarle las cuencas y ocuparle la totalidad de la cara.

Sus pechos se diferenciaban el uno del otro por su tamaño y orientación. Si el menor apuntaba al cielo el otro se doblaba dócilmente hacia un lado, otorgándole a su anatomía una perfecta irregularidad.

Sus pies largos y delicados, concebidos para el musgo forestal, los habría envidiado Afrodita y sus piernas de carrera y salto alcanzaban todo su vigor en sus muslos y caderas poderosas. Y todo su cuerpo producía olores que se acentuaban bajo la cumbre selvática, en la estría roja y negra, trágica y romántica bandera de la anarquía.

Y a tal extremo era de mi gusto ese manantial que no había forma de calmarme, a no ser por lo ocurrido a continuación. A medida que la noche se cumplía su vientre comenzó a crecer por virtud de un embarazo vertiginoso, aumentando también el volumen de sus pechos, por los que comenzó a manar el néctar que sin estarme destinado libé a disgusto, mientras decaía mi ímpetu amoroso para dar lugar a la ira y al desprecio. Lo que no me impidió continuar lamiéndola hasta que la parturienta rompió en aguas, bañándome la cara y el pecho.

Pero ese líquido en lugar de atenuar mi furor lo acrecentó, de la misma manera que el tiburón al olor de la sangre es capaz de volver la mandíbula contra sus propios hijos.

En los dolores del parto ella intentó escurrirse de mis brazos ingratos, agonizando mientras alumbraba, en tanto que yo/él la maltrataba sin piedad ni respeto por la vida ni la muerte, como si nada importara tanto como el placer.

Entonces apareció un piececillo azuloso. Pobre infante, se asfixiaba al nacer. Y sin embargo yo, en lugar de socorrerlo, lo tiré brutalmente de ese miembro y llevándome su cuello nonato a los labios mordí sus venas para beber de esa fuente mi propia sangre condenada.

Cuando tiré los despojos enjutos al suelo ya la muerte se había compadecido de la púérpera. Entonces lancé un grito y abrí los ojos y, como si la pesadilla me persiguiera hasta la vigilia, lo seguí escuchando porque no sólo procedía de mi boca amarga, sino de la garganta del Onanista enredado arriba de la arboladura.

—¡Tiburón, tiburón! —gritaba, emitiendo unos alaridos desgarradores.

Subí a cubierta corriendo. El sol ya estaba alto. Y protegiéndome la vista con una mano pude verlo al tope del mesana, agiéndose como un macaco y señalando con un brazo hacia popa.

Tanto gritaba que la voz se le distorsionaba en el guargüero, produciendo dramáticos falsetes.

Como a diario veíamos ti burones, sin que eso nos alarmara particularmente, pensé que algo extraordinario llamaba su atención, y no me equivoqué. El Judío, el argentino y el Capitán ya se encontraban en la toldilla y yo, restregándome los ojos para espabilarme, fui rápidamente a reunirme con ellos.

Allí me esperaba la cara más grande y fea que he visto en mi vida, un verdadero cíclope del mar. Era un escualo de proporciones gigantescas que nos seguía a pocos metros.

Tenía la cabeza ancha y chata, como una rana, y una mandíbula de dos brazas de cuyos extremos le colgaban largos belfos hacia atrás. El cuerpo, grueso y tan largo como el barco, terminaba en una aleta curva y afilada, como una guadña perpendicular al agua, lo que demostraba que no pertenecía a ninguna especie de ballena. Perezoso el bruto nadaba lentamente detrás de nosotros, mostrando los dientes como un perro ñato que no se resuelve a suspender la siesta. La enorme y redonda aleta dorsal se proyectaba claramente fuera del agua y a veces también la caudal, y cuando quedaba entre dos olas el mar le resbalaba por el lomo como si fuera un arrecife moteado de guano. Delante de él formando un abanico, avanzaba un cardumen de peces pilotos, rayados como cebras, y grandes rémoras y otros parásitos se le adherían y viajaban en su comitiva, conformando toda una corte marina.

Roberto, el argentino, bajó por medio de una lienza un atún de trece kilos que había pescado en la mañana y al verlo una avanzada de pilotos se adelantó para examinarlo, pero sin tocarlo regresaron velozmente donde su amo. El tiburón, como el mitológico Polifemo, se acercó majestuosamente al atún, que a su lado parecía una sardina, y sin dignarse abrir las fauces le dio un golpe despectivo con la punta de la nariz, dándonos a entender que no le valía la pena ensuciarse los dientes por tan insignificante bocado. En ese momento, cuando el gigante se aproximó, rozó con la espalda la pesada pala del timón, haciendo estremecerse todo el barco y ofreciéndonos la oportunidad de observarlo a corta dis-

tancia, tan corta que pensé que no sólo yo había enloquecido, atormentado noche y día, pues todos con los nervios de punta reíamos a carcajadas con la fantástica aparición.

Era un tiburón ballena, el más grande de los peces conocidos. Es extremadamente raro, pero de vez en cuando han sido vistos algunos ejemplares en estos mares ecuatoriales. Mide, como promedio, 17 metros y de acuerdo a los cálculos zoológicos pesa regularmente 15 toneladas, pero se dice que los más desarrollados pueden alcanzar una longitud de 21 a 22 metros.

Una de estas criaturas, que fue arponeada por un barco oceanográfico francés, tenía un hígado de 300 kilos y una fabulosa colección de 3000 dientes en cada mandíbula, lo que les habría significado, de acuerdo a su libro de a bordo, "Expedición a la Prehistoria", una apreciable fortuna en marfil blanco y una inesperada y sabrosa provisión de *paté de foie* para dos años.

Tan largo era nuestro acompañante, que cuando pasaba bajo el casco podíamos ver su enorme cabeza por una banda mientras gran parte del cuerpo le quedaba todavía en la otra. Y tan indescriptiblemente grotesca era su cara que no podíamos dominar la risa, aun cuando nos dábamos cuenta de que debía tener en su poderosa cola fuerza suficiente como para astillarnos de un solo golpe las cuadernas y la quilla.

Todos, con excepción del Onanista, que aun arriba del mesana era el más asustado, permanecíamos pegados a la borda siguiendo las evoluciones del pez con los arpones dispuestos, aunque estos parecían mondadientes en relación a la bestia que nos amenazaba. Por su parte el tiburón continuaba sus paseos alrededor nuestro y no parecía tener la menor intención de abandonarnos. Se diría que estaba absolutamente decidido, como un amante suicida, a escoltarnos manso pero severo hasta los umbrales del Averno.

Era tan excepcional tener a ese bruto siguiéndonos los pasos que de pronto creíamos sufrir una suerte de espejismo colecti-

vo. Y aunque después sacamos la cuenta de que en total no había estado más de una hora, todos estuvimos de acuerdo en que su visita se había prolongado demasiado.

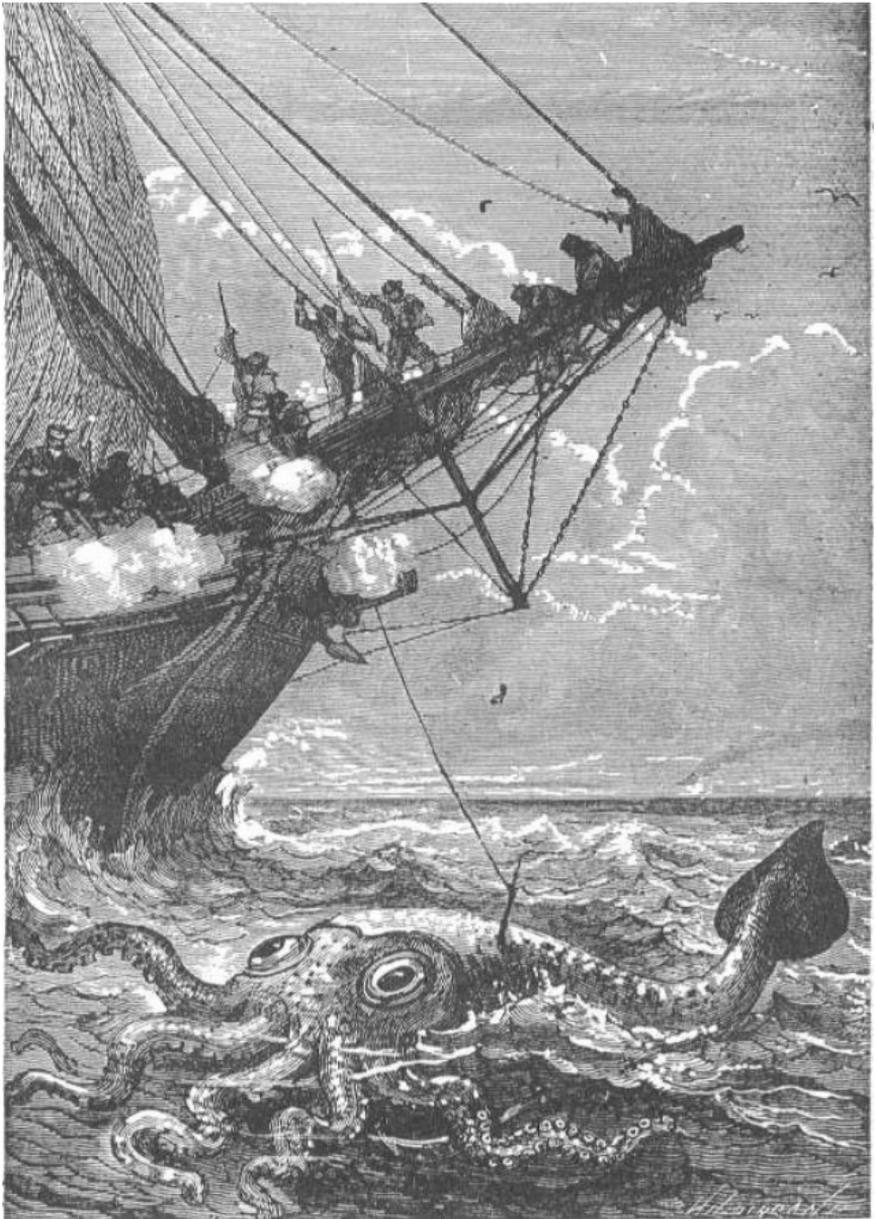
Finalmente el sefardita, animado por el argentino, se armó con un arpón de dos metros. Y cuando la bestia pasaba de un lado a otro del barco, se lo descargó con todas sus fuerzas clavándose profundamente en la cartilaginosa testa. Uno o dos segundos transcurrieron antes de que el tiburón comprendiera exactamente lo que le había ocurrido. Pero entonces, en un instante, aquel estúpido se transformó en una montaña de acero. Un silbido se escuchó mientras el cabo del arpón raspaba contra la regala y, como si emergiera un volcán, se levantó el agua cuando el monstruo sacó la cabeza ensartada y se precipitó hacia el fondo.

El argentino, el Judío y yo salimos disparados y fuimos a estrellarnos contra una barandilla y ellos dos, que recibieron el latigazo del cabo, sufrieron quemaduras en el pecho y los brazos.

Afortunadamente ese grueso sedal, resistente como para arrastrar una ballenera, se cortó casi instantáneamente, como un débil trozo de pita.

Momentos después, a unos doscientos metros, apareció quebrada la caña del arpón, mientras una muchedumbre de pilotos nadaba desesperadamente para reunirse con su herido señor.

Largo rato esperamos a que el torpedo regresara para cobrarlos la insolencia, pero por suerte no lo volvimos a ver más.



Arponeando un mounstro marino. Archivo Talleres del Mar

22. Un transatlántico, una nueva e interesante vela, la Generala y por fin la Polinesia

Que el Capitán se había trastornado y que esta aventura podía terminar mal pude darme cuenta mucho antes de que llegáramos a la Polinesia.

Una vez, cuando ya las sombras de la noche como cortinas de terciopelo cubrían el firmamento y el mar se revolvía invisible bajo su sábana espesa y nosotros, recién comidos, nos preparábamos para ir a la cama, como si hubiera emergido desde las profundidades del futuro, se perfiló muy cerca la gran silueta de un buque.

Era un navío extraño pues avanzaba velozmente con las velas replegadas, tal como si navegara a palo seco sin que corriera mucho viento. En verdad, prácticamente carecía de aparejo. Apenas tenía dos mástiles pequeños y unas vergas flacuchentas. Y sin embargo su calvo casco provocaba una considerable turbulencia a su paso, como si lo impulsara una poderosa fuerza interior.

Por el costado que nos presentaba (y probablemente por el otro) tenía una especie de rueda hidráulica, similar a las que mueven las pesadas piedras de los molinos, y por arriba, entre los magros palos, ostentaba una alta chimenea por la que soltaba humo y llamaradas, como si fuera una especie de dragón transoceánico.

Ni banderas ni gallardetes, ni luces de posición, podían vérselo por parte alguna y esta carencia de señales terminaba por conferirle un aspecto tenebroso. Pero lo más alarmante era que por el cuadrante de proa se aproximaba rápido e inexorablemente en una trayectoria de colisión, a menos que el Capitán, que desde temprano se hallaba al timón, rectificara de inmediato nuestro rumbo.

Yo que estaba en el castillo de proa, tomando el fresco, de puro asustado me puse a dar vueltas como trompo, deteniéndome para mirar ya a la nave extraña ya al Capitán, que inexplicablemente demoraba la maniobra y conservaba fija la caña, como si no se hubiera dado cuenta del peligro, aunque yo mismo había dado la voz de alarma.

—¡Barco a estribor! ¡Atención Capitán! —le grité.

Sin embargo él continuaba recto, como si mentalmente estuviera calculando que la nave nos cruzaría por delante sin que fuera necesario alterar nuestro curso.

Al acercarse más pude escuchar claramente el chapoteo de las ruedas al girar y remover el agua, ruido de cadenas y un impresionante chirriar de fierros. En pocos segundos el buque se había aproximado tanto que su alta borda amohosada se nos anteponeía como un muro de acero, y por más que yo daba gritos y saltos, y gesticulaba con los brazos y el pañuelo, ambos timones permanecían como atados en sus respectivas posiciones.

En ese momento, sin saber (es cierto) lo que hacía, tomé una carabina del 44 que por casualidad estaba ese día junto al cabrestante (porque el Judío y el argentino la habían olvidado allí después de haber estado haciendo puntería durante la tarde) y sin pensarlo ni un segundo la levanté y la descargué dos o tres veces al aire, y a continuación contra el casco metálico de la nave que nos amenazaba, como si a balazos pudiera apartarla del rumbo que traía. Pero como ni con una pieza de artillería hubiera logrado detenerla, totalmente ofuscado, volví el cañón contra el Capitán, que aún y a pesar de todo permanecía inmóvil agarrado a la caña, como si exprofeso buscara nuestro fin. Con el dedo temblándome en el gatillo ubiqué el blanco de su frente a través de la mira, pero antes de dispararle solté el rifle, atravesé a saltos la cubierta, subí hasta la toldilla y de un empujón lo derribé y quebré la caña a barlovento.

El transatlántico nos cerró el paso, cruzándose nos como un elefante sonámbulo por la proa y quebrándonos el bauprés como si fuera un palo de fósforo, para perderse después con toda su carga de misterio. El Loncomilla hundió profundamente la proa, sacando sin escrúpulos del agua toda la popa, crujió como si se le hubiera partido la quilla, y después siguió dando cortas y lentas bordadas, como un borracho.

—¿Qué ocurre muchacho? —me preguntó el Capitán desde el piso, tal si viniera despertando.

Yo lo ayudé a incorporarse y después me apuré a recogerle el sombrero.

—No se preocupe patrón —le dije—, parece que se quedó dormido a la caña, señor.

Un momento después todo el equipo, a saber: el sefardita, el argentino y hasta el Onanista se reunían con nosotros y acto seguido recibí la primera reprimenda del viaje. Fue como si el Judío hubiera leído mis pensamientos. Me reprochaba justamente haberle confiado la caña al Capitán, a sabiendas que no estaba bien de la cabeza, cuando el hebreo me dijo: “¿Se da cuenta González que ha puesto en peligro la nave, que si no cumple su deber arriesga su propia vida y la de los demás?”. Yo levanté la cabeza para replicarle, pero la severidad de su expresión me indujo a callar y a asumir humildemente la responsabilidad del accidente.

—Sí señor —fue todo lo que dije.

Después, alumbrándonos con un par de farolitos, todos nos dirigimos a proa para considerar la gravedad de los perjuicios. Arrancado de cuajo el bauprés había cortado el viento que por la punta lo tensa al trinquete y que pasando por todos los topes va a morir a popa, de manera que toda la estructura del aparejo se había resentido con el tirón. Los dos focos, que también van atrincados al bauprés, se habían rajado de alto a abajo, pero afortunadamente la roda, por lo menos a la luz de las linternas, no había sufrido un rasguño.

Visto y considerando bajamos el pico y nos pusimos al paio, y después preparamos un tecito y cada uno con su choca caliente en la mano se retiró a su respectivo aposento a la espera del nuevo día.

Por la mañana, tempranito, me dirigí nuevamente a proa para verificar a la luz del día la verdadera magnitud de las averías.

Pero el Judío, que era un gran madrugador, se me había adelantado y secundado por el argentino (que nunca lo había visto de pie a esa hora) revisaba minuciosamente la jarcia y la arboladura. Rápidamente, de acuerdo a los comentarios que hacía a su trasnochado secretario, comprendí que no sólo pretendía remendar el bauprés y la jarcia sino innovar en el aparejo “para mejorar la eficacia del Loncomilla”.

¡Sin duda había encontrado una buena oportunidad para llevar a la práctica sus conocimientos teóricos! Y como yo sabía lo que eso iba a significar até unos cuantos cabos sueltos y, meditando en mi salario, regresé a la cama para continuar durmiendo. ¡Allá él con sus hipótesis!

Efectivamente el sefardita se instaló con los planos del barco en la tilla y, de sembalando una resma de papel milimetrado, se puso a dibujar ángulos y vectores, “a fin de calcular la mejor forma de aprovechar el viento”. El argentino, que le hacía compañía, cebaba uno y otro mate, le sacaba punta a los lápices y, ciego como era, seguía atentamente sus audaces trazos, escuchando y celebrando cada una de sus explicaciones e ideas. La mesa, el suelo y toda esa sala, que yo ordenaba, fue llenándose de borradores, libros de consulta, vasos sucios, botellas, puchos e infinidad de otras basuras por el estilo. Poco más tarde se les unió el Capitán que, a pesar de que durante las sesiones se quedaba dormido, se hizo indispensable por su larga experiencia y oportunos consejos. Y así quedó conformado ese centro flotante de estudios náuticos. Pero como esta escuela se avenía mejor con los sofismas que con el rigor científico y menos con el viril tesón que con la afeminada abulia, se reunían principalmente de noche (“para evitar la canícula”) y por la mañana, cuando se retiraban a sus respectivos camarotes para discutir con Morfeo sus proyectos, era mi turno en esa amplia sala, que parecía una galería cuadrada con ventanas hacia los cuatro vientos, y mientras hacía el aseo me distraía hojeando los croquis que sin mucha destreza bosquejaban. ¡Estaban dise-

ñando una absurda e inmensa vela para reemplazar los dañados focues!

No sabría decir cuánto tiempo estuvimos detenidos allí, en ese mar de vida bullente, pero recuerdo que uno de esos días al asomarme por la borda para tirar los desperdicios al agua, vi que al casco le habían crecido largas algas que se mecían, según el flujo y reflujo, igual que el cochayuyo que se adhiera a las rocas de la costa; y que hasta los mástiles se estaban cubriendo de musgo, y que el adolescente Loncomilla comenzaba a adquirir un triste aspecto de anacoreta, con el pelo por la espalda y la barba hasta el ombligo.

El Onanista bajó de los palos y se echó a dormir en su chinchorro como si nunca en su dilatada vida hubiera conocido el sueño. Yo de vez en cuando le bajaba una bandeja de comida, pero siempre la dejaba enfriarse y hasta descomponerse en su velador, sin tocarla, e incluso el agua de su botella parecía un caldo de cultivos.

Yo mismo, sin mucho que hacer, me acostumbré a siestear después de almuerzo y a despertarme cada vez más tarde por las mañanas y, con el desorden de los horarios, perdí la cuenta de los días, de las semanas y, aunque parece ridículo, ¡de los meses!

Ocioso me dediqué a la pesca y a la cocina (con los peces voladores que caían sobre cubierta inventé un ceviche cuya receta prometo en el epílogo) e incluso de aburrido me aventuré por la biblioteca que cubría los tabiques de la tilla. De primera me interesé en los nombres impresos en los lomos de los libros y más tarde me llevé algunos para mi cuarto, donde hice mis primeras letras. En rigor aprendí a leer y, con todo respeto, a escribir en Ancud, con la señorita de la escuela, pero en tierra nunca pasé del silabario y de los titulares de "La Prensa". En el mar leí a Dante y su Divina Comedia, a Garcilaso, y las polvorientas jornadas del Campeador contra los moros. Como no tenía donde ir, la biblioteca se transformó para mí en una suerte de ciudad de las ciencias y de las

artes (es una metáfora, por supuesto), pero que en lugar de levantarse en un plano se extendía por las llanuras del tiempo. Y recorriendo sus calles, plazas y avenidas viajé al pasado y conocí el pensamiento de los griegos y los textos poéticos de los autores romanos: Horacio, Catulo y Virgilio. Repasé la Biblia y reconocí algunas estampas del Antiguo Testamento: los judíos huyendo a pie por el fondo del océano y a Abraham degollando un cordero; pero no quise leer el Corán para no ofender a mi familia ni confundir mis sentimientos.

Del Libro de los Epodos, del bucólico recién mencionado Horacio, que consta de 17 odas, aún recuerdo algunos versos, dedicados a la vida en el campo:

*Dichoso aquel que alejado de los negocios
como en pasados tiempos los mortales
con sus bueyes los campos heredados ara y cultiva.
Libre de la usura ni lo despierta la cruel trompeta
ni teme al mar airado.
Y el foro evita y las soberbias casas de los potentados.*

Pero no sólo mataba el tiempo en la biblioteca y en la cocina, porque nunca me ha gustado el encierro. Para aprovecharme fabriqué un embudo de seda en un aro de alambre y con él sacaba los organismos chiquititos, casi invisibles, que flotan en el agua por cantidades industriales.

Son millones de especies que habitan las capas más superficiales. Unos parecen arbolitos y otros caballos, pollos y vacas en miniatura, o huevos de renacuajo. “La fauna —dice Alexander Rudloff en su completa »Botánica Moderna«— vive de la flora y ésta del amoníaco, nitratos y nitritos que producen los animales muertos en descomposición”.

En todo caso, mientras ellos se comen unos a otros de común acuerdo, todos juntos constituyen un magnífico alimento.

En aguas ricas (porque igual que la tierra, las hay ricas y pobres, vírgenes y agotadas) miles de ellos caben en un vaso y sin embargo muchos náufragos hmducen una fuerte fosforescencia, igual que las luciérnagas, y sacarlos da la impresión de estar cosechando perlas a puñados, pero una vez que se los tiene en la mano el tesoro se convierte en larvas y camarones enanos, aunque siguen brillando mientras permanecen mojados.

Sí, son tan repugnantes de cerca como atractivos a la distancia, igual que algunas damas elegantes que procuran ocultar sus años y acrecentar sus encantos con tinturas y untos. Pero si bien huelen mal, tienen en cambio un sabor agradable. La cuestión es tener el valor de llevarse sin respirar una cucharada a la boca, si se los prueba crudos, o de saber prepararlos como una salsa rusa, con aceite y limón. Si predominan los pequeños camarones, saben a langostinos y si abundan los huevos nada tienen que envidiar a la centolla ni a las ostras, con su sabor retardado que dejan en el paladar.

Los vegetales también son perfectamente comestibles, pero hay que separar unas especies de bolitas de vidrio y otras algas gelatinosas bastante amargas. Lo demás puede ingerirse frío, aliñado como una ensalada, o agregarse bien picadito a la sopa marinera cinco minutos antes de retirarla del fuego.

Desde luego que los gustos son diferentes y mucho se ha escrito al respecto. Para mí como para el Capitán, que era muy amante de la buena mesa, este plato era excelente; para el argentino regular, pero para el sefardita su sólo aroma, crudo o cocido, era más que suficiente.

Desde el punto de vista nutritivo puede considerarse a estos pequeños organismos al mismo nivel de los mariscos y bien condimentados, con cebollita picada y cilantro, deben resultar un bocado de primera para quienes gustan de los manjares marinos. El hecho de que la ballena azul, que es el más grande y apacible de los animales existentes, y el de mejor apetito, viva y crezca alimen-

tándose únicamente de estos liliputenses deja sobradamente demostrado que contienen suficientes proteínas como para sustentar de sobra al hombre.

Pero dejemos de lado estos tópicos culinarios, que siempre resultan tan amenos, y retomemos la historia de “Los Insobornables” que, con su conducta disparatada, siempre estaban poniéndome en dificultades.

Un ejemplo cualquiera: qué sentido tenía fabricar esa vela supuestamente mejor si diseñándola se perdía más tiempo del que, en el mejor de los casos, se podría ganar. Yo desconozco la respuesta, hasta ahora.

Esas eran las típicas cosas que me obligaban a recordarme, para no perder los estribos, que yo no había sido contratado para pensar ni para dar opiniones y que en definitiva no tenía por qué apurarme en llegar donde quiera que fuéramos, pues yo ganaba al día mientras estuviera a bordo, así nuestro destino estuviera en la Polinesia, en Hong Kong o en el otro lado del universo.

A esas alturas recuerdo que contaba mis ahorros, e ingenuamente soñaba con regresar a Chiloé. Ampliarle la casita a mi vieja, construir un lanchón y, Dios mediante, encontrar una negrita dispuesta a compartir una vida humilde pero tranquila. Conservaba todavía la esperanza, por mucho que el horizonte no se viera muy claro.

Pero como no hay mal que dure cien años, ni vida por monótona que sea que no tenga de vez en cuando algún sobresalto, una sorpresa iba a terminar con nuestra abulia y a cambiar diametralmente el ambiente de a bordo.

Estaba ese día pelando unas nueces para el almuerzo, y mirando nostálgicamente por la ventanita de la cocina, cuando de pronto me pareció ver un objeto flotante, difícil de identificar, que se aproximaba chapoteando, como una tortuga herida. Me enjuagué las manos y subí a cubierta para mirar desde más arriba, saboreando por anticipado el caldillo que venía nuestro encuentro. Pero

desde allí se me reveló como una suerte de canoa con un remero. ¡Otro loco infatigable, decidido a dar la vuelta al mundo contra el viento!

— ¡Bote! ¡Bote a la vista! —grité, extr emadamente sorprendido de ver una embarcación tan insignificante en alta mar, a la vez que feliz de encontrar, después de tanto tiempo, una nueva cara, un rostro distinto que mirar.

El Capitán, el Judío y el argentino, que a esa hora recién venían levantándose, subieron medio dormidos y se acodaron a mi lado sobre la borda para seguir los acontecimientos; y hasta el Onanista apareció en cubierta y de acuerdo a sus costumbres se trepó, “en pelotas” como decimos en el campo, por los obenques hasta su sitio predilecto, en las alturas del trinquete.

Cuando el solitario remero se hubo aproximado lo suficiente como para verlo con mayor claridad, nuestra sorpresa se transformó en asombro, pues nos dimos cuenta que la dichosa embarcación no era propiamente un bote sino una rara suerte de baúl, aguzado en los extremos como un féretro, y que su ocupante, que remaba enérgicamente a uno y otro lado con su único remo, no era el clásico náufrago de camisa desgarrada sino una dama bastante bien vestida y en pleno ejercicio de sus facultades.

La mujer continuó bogando sin desmayo hasta ponerse junto al barco, mientras nosotros seguíamos cada uno de sus movimientos absolutamente perplejos, al punto que nos habría sido imposible convencernos de lo que estábamos viendo si no hubiera sido porque ella misma se encargó de espabilarnos, abriendo intempestivamente el diálogo.

— ¿Qué miran caballeros, o es que nunca habían visto una falda? —nos increpó, a modo de saludo, ofreciéndonos la oportunidad de apreciar su dentadura ricamente engastada en oro.

Sin poder salir de nuestro asombro, poco nos faltó para comenzar a refregarnos los ojos y a pellizcarnos mutuamente, toda-

vía renuentes a dar crédito a lo increíble pero cierto que estábamos viendo.

Y mientras intentábamos reponernos, convencernos de que su presencia era un hecho bien concreto, ella, completamente dueña de sí misma y de la situación, dio otro par de paladas con su remo y consiguió, a pesar del oleaje, poner su embarcación prácticamente debajo nuestro, a tracada al casco. En seguida se paró sobre el baúl, haciendo una verdadera demostración de equilibrio, y nos hizo un gesto muy popular con la mano, como par a transmitirnos por ese medio la deplorable opinión que tan tempranamente se había formado de nosotros; alzando inmediatamente después por segunda vez la voz, pero no en el tono y forma de súplica de quien eleva una solicitud, como era el caso, sino del modo perentorio con que la autoridad se dirige a sus remolones subordinados.

—¿Qué esperan? —preguntó— ¡Tiren un cabo, manga de ..!

Nuestras miradas se cruzaron en diversos puntos y finalmente yo arrojé una escala de cuerdas, por la que ágil y rápidamente la mujer se encaramó a bordo.

—¡Usted joven, que parece el más despierto —me dijo—, suba por favor mi equipaje!

Así lo hice y con mucho gusto, pero no sin esfuerzo, porque el mentado baulito estaba pasado de agua y pesaba como un yunque. Y cuando logré depositarlo sobre cubierta, por medio de la pluma par a bajar y subir el bote, la dama, con la espalda muy derecha y las piernas separadas, se hacía cargo de la situación, como si habituada al mando no hiciera otra cosa que ocupar su legítimo puesto.

El Capitán, que casualmente ese día se había levantado con una gorra sobre cuya visera decía “CAPITÁN”, en letras bordadas con hilo dorado, era sometido a cuestionario.

—Dígame Capitán —estaba diciendo—, ¿cuántos hombres lleva a bordo?

—Sólo cinco Madame. Incluyéndome —le respondió éste.

—¿Cómo cinco si veo cuatro? —le replicó la mujer— ¿O es que el otro remolón está durmiendo?

Y mirándome, sin esperar respuesta, me ordenó: ¡baje inmediatamente a despertarlo!

Fue el argentino quien, tentando de risa, la sacó de su error levantando el pulgar para indicar que en los palos debía buscarse al quinto tripulante.

La mujer alzó la cabeza, siguiendo con la mirada la dirección indicada, y todos los que estábamos junto a ella hicimos lo mismo, pero con tan mala suerte que cuando lo descubrimos entre la maraña de la arboladura estaba encucillado en una verga, en la misma posición que adoptan las mujeres en Tierra del Fuego para dar a luz, con la diferencia de que no era precisamente un niño lo que alumbraba.

Todos quedamos a la expectativa, como pujando sin respirar para ayudarlo en su callado pero siempre difícil parto.

El vigía, sin sospechar que cuatro testigos presenciaban y en cierta manera compartían sus esfuerzos, consiguió relajar el intestino y su deposición cayó en línea recta, como un puño, esquivando milagrosamente la intrincada jarcia para terminar dando un golpe seco en el centro del grupo de mirones que conformábamos, sin desparramarse.

Involuntariamente todos nos agachamos a examinarlo y, aunque parezca raro, el mojón, igual que la dentadura de la señorita recién subida a bordo, era completamente dorado y absolutamente inodoro, como deben ser las heces de los ángeles; todo lo cual no pareció impresionar en lo más mínimo a la decidida dama quién, levantándose la pollera, echó una pierna hacia atrás y de un certero puntapiés lo disparó al mar, sin que restara el menor rastro en la punta de su botín ni sobre la pulida superficie de la cubierta, donde había caído.

La Generala (apodo que daban a esta mujer) frisaría los cuarenta años y si la natura no la había favorecido en lo físico con muchos encantos, largamente la había compensado con una inteligencia brillante y un carácter definido y enérgico. Le bastaba una mirada para medir a las personas y no carecía de astucia para salir

bien parada de las más difíciles situaciones. A diferencia de Los Insobornables, como gustaban autodenominarse mis patrones, tomaba sus decisiones rápidamente y las ponía en práctica de inmediato. Acostumbrada al duro trato de los marineros y a vivir en el extranjero, utilizaba algunas palabras que sería inútil buscar en el diccionario, sin embargo de vez en cuando cantaba con una afinada voz de contralto y sabía componer versos bien rimados que daban cuenta de su sensibilidad y educación. De acuerdo a su tamaño, casi se la hubiera podido tomar por un pigmeo, si no fuera porque nunca se quitaba unas cocorocas botitas de hebillas, punta y talón metálicos, de las cuales sabía servirse hábilmente como armas de defensa y ataque. Usaba una pollera-pantalón de franela, como las que antaño se ponían las señoras para cabalgar, de un color marrón terroso que disimulaba posibles manchas sin abrillantarse con el uso frecuente. Esa abrigadora falda, efectivamente, no se la cambiaba nunca, así hiciera frío o calor, pues aunque le llegaba a los tobillos le permitía una gran amplitud de movimientos. De la cintura para arriba, en cambio, su tenida era más sofisticada. Llevaba una blusa de encajes blancos y encima una ceñida chaquetilla corta y ornamentada que por una parte destacaba su esbelta cintura y por la otra le afirmaba el pecho. Su pelo era negro, largo, espeso y liso, y se lo ataba a la nuca en un moño salomónico para mayor comodidad y probablemente para agregar un par de centímetros a su estatura. Los ojos los tenía chiquitos, oscuros y penetrantes. La nariz larga y perspicaz, y la frente alta, limpia y redonda, fiel reflejo de su nobleza espiritual, como de sus valores intelectuales. Pero sin duda lo que, a primera vista, destacaba primero en su persona era el tesoro que llevaba en la boca: su valiosa prótesis. Allí había reducido los ahorros de quince años de exilio, casi medio lingote de oro repartido en treinta y dos piezas de veintiún quilates y sesenta y dos miligramos cada una.

— ¡Tendrían que pasar sobre mi cadáver antes de robarme los dientes! — me advirtió un día, con una mano apoyada en la cacha de la pistola que enfundaba entre las tablas de su pollera.

Esa carísima dentadura, que se la había hecho montar en Francia, le confería un aire un tanto diabólico cuando hablaba y sobre todo cuando soltaba sus características carcajadas sarcásticas, como para enrostrarle al mundo su profundo desprecio por la “sociedad de los hombres” y específicamente por el sexo masculino, por el cual decía sentir una cierta repulsión. Sin embargo, cuando más adelante tuvimos oportunidad de estar y compartir con otras mujeres, me dio la impresión de que rehuía su compañía, como si en realidad estuviera más cómoda entre nosotros. Claro está que poco la favorecía el contraste con las beldades polinésicas.

En fin, concluidas las primeras formalidades, el Capitán invitó a la tilla para brindar por este feliz encuentro, idea que la Generala acogió con entusiasmo, manifestando que sus reservas de “Habana Club” comenzaban a disminuir peligrosamente.

—Usted también, González —me incluyó el Capitán—, venga a servirse un trago con nosotros.

Así, cuando todos, menos el Onanista que ni por cortesía quiso abandonar su atalaya, estuvimos cómodamente instalados en torno a la mesa y algunos brindis hubieron facilitado el trato, la Generala se permitió preguntar por el destino de nuestro interrumpido viaje, pregunta que yo no habría sabido responder y cuya respuesta me interesaba tanto o más que a ella.

Por un momento un significativo silencio se instauró en el ámbito de esa cámara, apenas roto por los débiles crujidos de la madera a causa de los balanceos del barco, hasta que finalmente el argentino, medio en broma medio en serio, dijo:

—¡Estamos circunnavgando el mundo, doña!

—¿En qué dirección? —insistió ella, sin dejarse sorprender.

—Este Oeste —le respondió esta vez el Judío.

—¡Fantástico! —exclamó ella.

—¿Qué? —dijeron los tres al unísono.

—¡Que vuestro rumbo coincide exactamente con el mío! —replicó ella, sonriendo no sin picar día.

La mujer, que se había puesto de pie y acercado con su copa en la mano a una de las ventanas, la vació de un sólo trago y arrojándola simbólicamente vacía al mar dijo o, mejor, anunció lo que por lo menos tres de los presentes estaban temiendo: “como no quisiera incomodar ni transformarme en una carga inútil consideradme como un simple tripulante. En ningún caso un ocioso pasajero”.

El Judío, el argentino y el Capitán iniciaron un rico intercambio de solapadas miradas y pataditas por debajo de la mesa, una de las cuales no tan suave recibí en las canillas, pero ninguno de los tres se atrevió a oponerse de hecho ni de palabra a las intenciones de la mujer. Además, las circunstancias los obligaban a aceptarla a bordo, en el entendido que devolverla al mar habría sido empujarla a una muerte segura. En cuanto a mí, personalmente, aunque tampoco dije nada, porque no me correspondía y nadie estaba pidiendo mi opinión, su inclusión me pareció excelente y para mis adentros me alegré, pues creí ver en ella a la única persona capaz de reimplantar la disciplina a bordo, poner en movimiento el barco y fijarle una dirección, como en realidad sucedió, al menos por un tiempo.

Efectivamente a partir de ese día fue la Generala quien sin ninguna ceremonia ni oposición se hizo cargo del comando, relegando al Capitán al puesto subalterno de navegante, sin la menor resistencia de su parte.

—¿Cuál es nuestra situación? —fue la siguiente pregunta.

—Estamos a mil millas de Samoa, madame —le respondió el Capitán.

La Generala reflexionó algunos instantes, paseándose a nuestras espaldas alrededor de la mesa, y cuando se detuvo dijo: ¡Muy bien! ¡Qué le falta a Samoa que no le falte a Rapa Nui, con tal que eludamos a los franceses apestando a queso en Tahitii!

—¡Bravo! —la celebró el Judío, brindando.

—¡Abajo el camembert y arriba el mote con huesillos! —exclamó el argentino, volviendo a llenar las copas.

—Tenemos algunos problemas con el aparejo —la previno tímidamente el Capitán.

—¿Qué problemas? —lo interrogó la mujer.

El Capitán la puso al tanto de las averías en el bauprés, la jarcia muerta y los focos, así como del proyecto del sefardita para aparejar una nueva vela. La Generala quiso ver inmediatamente los planos que, justamente, estaban enrollados allí al alcance de la mano.

—¡Una utopía! —dijo, estudiándolos sin mucha atención ni respeto.

Pero luego de una breve discusión en la que el autor en cuestión argumentó ingenioso y elocuente en favor de su “utopía”, destacando especialmente la gran velocidad que merced a esa vela debería alcanzar la nave, la nueva Capitán se dio aparentemente por vencida y presidiéndonos de regreso a la espaciosa cubierta abrió su baúl y sacó agujas, hilo y tijeras, y nos puso a trabajar.

—¡Que baje ese pajarón! —me dijo al pasar, refiriéndose a nuestro vigía.

Durante siete días, sin un momento de reposo, la pequeña comunidad que componía la tripulación del Loncomilla conoció el rigor y la alegría que supone y genera el esfuerzo orientado hacia un solo fin: el sencillo y honorable trabajo, esa condenada actividad propia del hombre tan inhabitual para estos marinos excéntricos. Y concluida la jornada gozamos, como todos los mortales, de la gratificante recompensa de haber comenzado y terminado la tarea. Y debimos reconocer los méritos que en esta exitosa empresa le correspondieron a la Generala, quien durante todo el tiempo y sin desmayo nos impulsó con el ejemplo y, cuando alguno flaqueaba, con sus temibles improperios. Se diría, terminada la labor, que el trabajo por encima del cansancio físico había actuado en nosotros como un bálsamo amoroso, purificándonos el cuerpo y alejándonos las preocupaciones de la conciencia.

Cuando después de quebrar una botella de champagne contra el mayor levantamos el nuevo aparejo, el velamen se infló in-

menso con la primera ráfaga y el Loncomilla se inclinó peligrosamente a sotavento y, con el bauprés reensamblado, apuntó hacia el fondo mientras como si se les partiera el alma los palos soltaban fuertísimos crujidos. Verdaderos disparos. Pero a pesar del enorme empuje por un momento el barco permaneció en el mismo sitio, como si estuviera anclado o fuera imposible romper la inercia después de tanto tiempo al paio. En ese instante creo que las seis personas que estábamos a bordo contuvimos la respiración y nos encomendamos al Señor, hasta que nuestra Capitana dio un preciso golpe de timón que pareció cortar la cadeneta invisible que nos retenía y, acelerando gradualmente, la nave comenzó a moverse y a ganar rápidamente velocidad, trazando un amplio semicírculo rumbo a la Polinesia.

La vela del Judío resultó un completo acierto. Era una especie de foque rectangular de proporciones descomunales que se hinchó a proa, como un globo aerostático, construida de retazos multicolores con todos los trapos que pudimos echar mano, incluyendo un juego de sábanas de seda, o género similar, perteneciente al ajuar de la Generala y un viejo impermeable blanco invierno, propiedad del se far dita, que descosimos y pegamos al centro con las mangas extendidas, como un espantapájaros, a modo de refuerzo. El avejentado Loncomilla después de tanto tiempo sin navegar, parecía haber recuperado la salud y, como un albatros ahíto, sacó pecho y emprendió vuelo rasante trazando con las palmas una estela en el agua.

A bordo las caras y los ánimos trocaron la mustia tristeza por la alegre excitación que produce la velocidad, y la perspectiva de otro mundo. Arriba, en los palos, se escuchaba cantar al Onanista y hasta a los peces parecía haberseles contagiado nuestro optimismo. Una bandada de tuninas nos precedía divirtiéndose con sus sorprendentes cabriolas. Saltaban, sacando todo el cuerpo fuera del agua, y en el aire giraban sobre sí mismas para caer de costado, levantando columnas de agua y espuma. Los peces pilotos que,

confundiendo seguramente el casco con un tiburón aprovechaban los desperdicios que tirábamos al agua, reordenaron su típica formación en abanico y con todo su animado colorido abrían la marcha, sin dejarse distraer por los juguetones mamíferos. Por todas partes, surgiendo imprevistos como fuegos de artificio, aparecían también cantidad de peces voladores, así que entre todos formábamos una abigarrada muchedumbre peregrinando hacia la tierra dichosa que el Pacífico promete.

Los primeros días después de reiniciada la travesía la mar estaba serena y el viento tan suave que era una delicia, y hasta la Generala se olvidó de los turnos que ella misma había fijado, como si fuéramos de vacaciones por el *Mare nostrum* mediterráneo. De todas maneras por la noche yo hacía guardia, pero como la brisa era constante podía amarrar la caña e irme a tomar la fresca a la toldilla, estirado sobre una silla de lona, o echarme sobre el cabrestante a contemplar las estrellas. Si se corrían había que ver si no se había aflojado el timón o fijarse si estaba cambiando el viento. Era un verdadero regalo gobernar el Loncomilla por el cielo, reconocer los planetas y aprender a seguirlos en su giro.

Cuando nos acercamos al Ecuador y la Osa Mayor se levantó para el Norte, el Capitán anunció la Estrella Polar. Todos la esperamos bebiendo sobre cubierta e hicimos votos y nos abrazamos cuando a última hora una albacora plateada se destacó a proa y con la punta de la espada encendió la estrella en el horizonte.

Los antiguos polinésicos tomaban demarcaciones por el sol y las estrellas. Sabían que la tierra es redonda y tenían perfectamente definidos el Ecuador, los trópicos, el Norte y el Sur. En Hawaii fabricaban globos terráqueos con calabazas y detallados mapas con hojas de palmeras tejidas y conchitas para indicar las islas, y signos pintados para señalar la dirección de las corrientes. Conocían por lo menos cinco planetas, a los que llamaban estrellas errantes, y las distinguían claramente de las "fijas", para las cuales tenían más de doscientos nombres. Ellos sabían donde debían levantarse las

distintas constelaciones y donde estarían a diferentes horas y en cualquier época del año. Reconocían a los astros sobre las islas y muchas veces daban el mismo nombre a la isla y a la estrella que todas las noches titilaba sobre ella. Además de saber que el cielo se mueve de Este a Oeste, como un gigantesco compás iluminado, sabían que las estrellas sobre sus cabezas los remitían a un determinado punto del océano, lo que les permitió extenderse por todo el Pacífico, de América a Oceanía y desde allí a las Filipinas y más allá, traficando entre las islas y esporádicamente con los continentes, durante muchas generaciones.

Según el historiador y poeta chileno Juan Armando Lira, en su magnífico libro "Lecciones de Cosas", cuando los tahitianos visitaban Hawaii (2.000 millas al Noroeste), orientaban primero sus embarcaciones hacia el Norte, guiándose por el sol, hasta que sobre sus mástiles las estrellas les indicaban que estaban en la latitud del archipiélago, entonces giraban en ángulo recto al Oeste para que los pájaros y las nubes los encaminaran hasta las islas deseadas. Cito un párrafo:

"... ¿de dónde habían obtenido los polinésicos sus vastos conocimientos astronómicos y su calendario calculado con tan asombrosa exactitud? Al parecer no de los pueblos malayos o de la Melanesia, lejos hacia donde sopla constantemente el viento, pues el mundo gira en sentido contrario, sino de la misma raza desaparecida en América y cuyos vestigios se encuentran en estas islas: blancos barbudos, de orejas largas como los Moais, que habrían instruido primero a los Mayas y Aztecas y que los Incas habrían obligado a echarse al mar para derivar con la corriente y los Alisios (más o menos por la misma ruta del Loncomilla). Quizás esto explicaría que el calendario (como la religión y cultura) polinésico sea idéntico a los de esas civilizaciones americanas y tan avanzado, para la época, que con creces superaba a su equivalente europeo. Para dar un sólo ejemplo: en la Polinesia como en el Perú el calendario comenzaba el día en que la constelación de

las Pléyades aparece en el horizonte y en ambas regiones, tan distantes, ésta es considerada patrona de la agricultura. ¿Serían estos hombres los que Montezuma creyó reconocer en la huestes de Hernán Cortés?”.

Quince días después que la Generala nos metiera en ruta, y en cintura, comencé a tener algunos problemas para estudiar con tanta tranquilidad el firmamento. Poco a poco comenzó a aumentar el viento, y con él a encrespase la mar, y cuando salió la luna nueva el barco avanzaba como una flecha a ras del agua.

El Judío, que estaba muy contento con el resultado de su experimento, medía la velocidad tres veces al día y con mucho orgullo nos informaba que estábamos estableciendo un promedio extraordinario. La proa dividía el agua como un cuchillo y hasta al Onanista se lo veía en apuros en su puesto, con las mechas disparadas y los ojos repletos de viento.

El domingo siguiente, a eso del mediodía, vimos de pronto una ola de aspecto desacostumbrado que venía rompiéndose a barlovento y que se extendía a todo lo ancho de nuestro campo visual. Detrás de ella venía otra y más atrás las crestas espumeantes de una tercera, mayor aún. Giramos para hacer frente a la primera que, como una gran muralla, venía dividiendo la llanura del mar. El Loncomilla levantó la proa inclinándose a babor y cayó en seguida sobre la segunda que acababa de reventar, hirviendo como una catarata. Casi naufragamos con el agua bullente que por todos lados caía sobre cubierta, mientras el grueso de la ola se deslizaba bajo la quilla. En ese momento la popa se levantó en el aire y resbalamos hacia una profunda depresión y cuando estábamos abajo nos pilló la otra para volver a izar nos rápido y violentamente, y cuando estábamos precisamente en el filo de su cima rompió, haciéndonos girar en redondo, y ya fue imposible aproar la nave con la suficiente rapidez. Entonces, como una torre, se nos vino encima una última ola que había comenzado a derrumbarse antes de llegar a nosotros. Yo me agarré de una escota y guardé la respira-

ción mientras éramos catapultados al cielo, todos bañados de luz, agua y espuma pulverizada; pero en unos segundos ese barco, que deberían haber bautizado “La Maravilla”, estaba nuevamente a flote, deslizándose por la ladera posterior de esa montaña líquida.

Las cuatro grandes olas continuaron su veloz camino y cuando la mar hubo recobrado su turbulencia habitual, hacia popa vimos una larga hilera de cocos flotando a la deriva.

Nunca pudimos explicarnos satisfactoriamente de donde pudieron provenir esas olas solitarias y la sarta de cocos. El Judío aventuró la teoría de que el oleaje habría sido producido por disturbios volcánicos en el fondo marino, que no son muy raros en el Pacífico. Habló de misteriosas islas surgidas de la noche a la mañana, cuya masa rocosa levanta (“como un saco de plumas”) la fuerza ígnea que late bajo la gruesa capa de agua; y de otras historias por el estilo no menos fantásticas. El Capitán, que se ufana de haber leído todo lo poco que se ha escrito sobre este océano, recordó una historia atribuida a un octogenario nativo de Papeete, quién durante una travesía había visto a la distancia saltar en pedazos un atolón cercano a Rorotonga, cuya luminosa explosión había opacado el sol y causado una turbulencia similar a la que nosotros habíamos enfrentado, así como una espantosa mortandad de peces y aves en un perímetro de muchas millas; y que si él y sus compañeros de viaje habían salvado milagrosamente de naufragar, habían sufrido en cambio, por un extraño enrarecimiento del aire, atroces quemaduras en todo el cuerpo y en el pelo y la pérdida de la mayoría de los dientes.

Esa noche, después de esos terroríficos relatos, nadie pudo dormir muy tranquilo y al día siguiente, como si no hubiese sido suficiente o esas olas sólo un anuncio, debimos aguantar una tormenta.

Comenzó con un declinamiento casi absoluto del viento y con el reemplazo de las nubes blancas, que habitualmente acompañan a los Alisios, por un súbito banco de nubarrones grises y

negros, que venía del Sur. En seguida comenzaron a golpearnos sucesivas

ráfagas de las más inesperadas direcciones, de manera que fue haciéndose cada vez más difícil controlar la nave. Tan pronto como virábamos, para tomar mejor el viento, éste cambiaba a su turno y las velas comenzaban a gualtrapear, o la nave se escoraba tanto que era imposible mantenerse de pie. Después el viento se estabilizó del Sur y, mientras las nubes se rasgaban sobre los mástiles, fue aumentando sin cesar. En el plazo de unas horas las olas alcanzaron siete metros y otras crestas aisladas zumbaban más alto todavía, de manera que las veíamos por la arboladura cuando el barco bajaba a los profundos valles que se formaban.

Unos maldiciendo y otros rezando, trabajamos como enanos para recoger la famosa vela nueva. Una hora por lo menos estuvimos afanándonos hasta lograr replegarla y asegurarla en cubierta. Entre tanto el cielo se cubrió por completo y la mar se puso negra, y por donde se volviera la vista no se veían más que las blancas cúspides de las olas que reventaban por todas partes, y largas franjas de espuma, como estrías sobre el agua. Y los penachos de las olas al romperse salían volando con el viento y caían sobre nosotros, como si estuvieran pulverizándonos con salmuera. Y cuando una lluvia torrencial se tramó horizontalmente, el agua que nos corría por la cara y el lomo también era salobre.

Al perfilarse la tormenta hacia el Sur cualquiera hubiera podido leer en nuestros ojos el temor y la ansiedad que nos producía la espera, pero cuando el temporal ya estuvo sobre nosotros y comprobamos que el Loncomilla salvaba todos los obstáculos con la seguridad de un pez, la tormenta se nos convirtió en la más excitante y entretenida cabalgata, y gozamos con la desencadenada de los elementos, sintiéndonos unos auténticos titanes a los que nadie ni nada podría detener.

La tormenta duró casi veinticuatro horas y después fue amainando, hasta convertirse en una brisa fuerte con chubascos cortos

pero intensos que levantaban miles de clavitos en el agua. Volvimos a levantar las velas y seguimos avanzando, ahora que teníamos un destino definido, velozmente. Pero a medida que el tiempo fue componiéndose se produjo un fenómeno que algún biólogo tendría que explicar, porque lo que es yo no puedo: ¡se enfurecieron los habitantes del mar! El agua bullía de tiburones, atunes, delfines y resplandecientes bonitos, todos nadando rápidamente entreverados en una lucha aparentemente sin sentido ni tregua. Los espinazos de esos grandes peces se arqueaban sobre la superficie, lanzando destellos plateados, y luego se precipitaban hacia abajo, como cohetes, cazándose unos a otros con tal ferocidad que de un momento a otro y no sin espanto observamos que navegábamos en un mar ensangrentado.

Los principales combatientes eran los delfines y los atunes, que se movían ágilmente en bandadas numerosas. Los atunes, que eran los más agresivos, estaban al ataque y a menudo daban saltos en el aire llevando en el hocico la cabeza tronchada del enemigo, sin embargo aunque algunos delfines se daban a la fuga, des-pavoridos, en conjunto no cedían terreno, a pesar de que vimos a muchos de ellos con atroces heridas en el pescuezo, en la cola y otras partes del cuerpo. Los tiburones estaban enceguecidos con tanta sangre y los vimos alcanzar y pelear con los atunes, los que encontraban en los escaulos un adversario superior. Los peces pilotos se habían hecho humo. O habían sido todos devorados o habían huido hacia aguas más tranquilas, o estaban atrincherados bajo nuestra quilla. En todo caso ningún voluntario quiso bucear para despejar dicha incógnita.

Al otro día, cuando ya había disminuido el fragor de esa batalla incomprensible, la Generala se llevó una desagradable y divertida sorpresa.

Estaba encucillada a popa obedeciendo no sin dificultades a las ineludibles exigencias de su naturaleza cuando inesperadamente recibió una fuerte palmada en el trasero, como si una mano fría y pesada hubiese venido a reconvenirla en esa hora inoportuna.

— ¡Un tiburón! —gritó, espantada.

La dama dio un brinco y con el anca descubierta corrió gritando hasta proa, completamente convencida que llevaba un esqualo colgando, prendido con sus filudos dientes de sus redondeces.

Había sido un enorme atún que sacando sus setenta kilos fuera del agua se había levantado hasta la altura de la cubierta y propinado a nuestra Capitana tal correctivo con su flexible cola.

El pez, sin lugar a dudas atraído por la mujer, continuó dando saltos ornamentales hasta que consiguió a terrizar sobre la cubierta, donde en pago por su inocente pero ruda caricia recibió tal sarta de patadas e improperios que humillado, machucado y contorsionándose torpemente regresó por donde había venido, triste y solo cual amante despechado.

Cuando desaparecieron los últimos vestigios de la tormenta y los combatientes se cansaron de darse dentelladas, los peces pilotos (que eran nuestra más fiel compañía) regresaron junto al barco, al tiempo que los nubarrones oscuros se perdían hacia el Norte.

El sefardita tomó la altura del sol y calculó que estábamos a la misma distancia de las Marquesas que de las Tuamotu y que en tal situación corríamos serios riesgos de pasar, como el infortunado Magallanes, entre los dos archipiélagos sin siquiera avistarlos. La más cercana de las Marquesas debía estar, según él, 300 millas al Noroeste y la más próxima de las Tuamotu a otras tantas al Sudoeste. “El viento y las corrientes son inciertos, pero la resultante debería empujarnos al Oeste, es decir hacia mar abierto entre los dos archipiélagos”.

La Generala, el sefardita y el Capitán discutieron largamente sobre lo que debía hacerse. Recurrieron a todo tipo de mapas y libros sobre la región, incluida la historia verídica de Raveneau de Lussan: “Les Filibusteres de la Mer du Sud”, que en gran parte se desarrolla en el Caribe.

De las Marquesas, dijo el Capitán, la más cercana es Fatu Hiva, que es pequeña, montañosa, selvática y que se encuentra

poblada, “como la gran mayoría de las que conforman el accidentado archipiélago del cual forma parte”. Dijo, también, que los escasos picachos que constituyen las Marquesas, “que contra la voluntad de los isleños se encuentran bajo dominio francés”, están muy lejos entre sí y que la mar arrecia con mucha fuerza contra sus acantilados, y que había que estar extremadamente alerta para dar con la entrada de algunos de los pocos valles que descienden hasta la costa para dar lugar a una playa.

Sin duda el Capitán era el que estaba mejor documentado, y en esta reunión llevaba la voz cantante.

—Esa es una posibilidad —dijo en un momento, que yo pude escuchar—. La otra es dirigirse hacia las Tuamotu, que son mucho más numerosas y están más próximas unas de otras, y que cubren una gran extensión del mar. Pero hay que tener mucho cuidado —advirtió—, porque este grupo es especialmente peligroso para la navegación, siendo como es una formación de pólipos que constituyen traidores arrecifes y atolones, cubiertos de palmeras, que apenas se levantan dos o tres metros sobre el nivel del mar.

—¡Para eso tenemos un vigía perpetuo! —bromeó el sefardita.

Pero la decisión no iba a recaer en nuestras manos sino más bien en las poderosas fuerzas naturales, las corrientes y el viento, y en gran medida en el imprevisible azar que, como la ruleta, nos favorece a veces y nos pierde en la mayoría de los casos.

Cuando estábamos todavía a muchas millas de la Polinesia la misma naturaleza se encargó de anunciarnos que, si conservábamos la fe y no nos íbamos a pique, más adelante encontraríamos con certeza tierra, que nos estaba haciendo bastante falta.

Hasta más o menos mil millas de la costa americana nos escoltaron unos pequeños pájaros que la gente llama *fragatas*, los que habían desaparecido alrededor de los 100° Oeste y después, muy de tarde en tarde habíamos visto algunos preteles, que viven en alta mar. Ahora en cambio habían reaparecido los fragatas, y a continuación los seguimos encontrando ya sea volando muy alto o

pescando a ras del agua. Como estas aves no podían provenir de América, necesariamente, concluimos, tendrían que venir de otras tierras, al Oeste.

Poco después la madre natura se manifestó aún más explícitamente. La Generala que había decidido dedicar (con muy poca fortuna) una tarde a la pesca, terminó por sacar un toyo que, una vez en cubierta, vomitó una estrella de mar a medio digerir que evidentemente tendría que haber engullido en alguna costa relativamente cercana.

Cuando descubrimos dos grandes albatros en el horizonte fue un gran momento a bordo. Lentamente los vimos acercarse desde el Oeste y después descendieron planeando suavemente y en redondo hasta la altura de nuestros mástiles, como si fuesen dos ángeles enviados para anunciarnos el paraíso. Era sorprendente verlos girar una y otra vez, blancos e inmensos, en torno a los palos, estudiando instintivamente el punto óptimo para posarse a descansar. Pero nuestro vigía, que como siempre iba agazapado por allá arriba (y seguramente bien aburrido de tanto navegar sin encontrar nunca nada que le llamara la atención), dio sorpresivamente un salto descomunal, consiguiendo agarrarse de las patas de una de las aves. El albatros, aterrorizado, intentó ganar altura aleteando desordenadamente, pero como el hombre le pesaba demasiado para sus agotadas fuerzas, perdió irremediablemente altura para ir a amarizar con su carga a unos ciento cincuenta metros, en un jocoso enredo de alas, brazos, piernas, plumas y espuma.

Los curiosos y siempre hambrientos delfines fueron los primeros en llegar hasta el sitio del acuatizaje y debieron espantarlos a golpes de remos el judío y el argentino, cuando acudieron al rescate en el chinchorro, mientras el desconcertado albatros remontaba nuevamente el vuelo, dejando caer en su precipitado ascenso una hilera de plumas blancas, del mismo tipo que ésta con la que ahora refiero su historia.

Y no pocas dificultades tuvieron el argentino y el judío para sacar a nuestro Ícaro del agua, porque como no sabía nadar daba desordenados manotazos para mantenerse a flote que en lugar de ayudarlo impedían el salvataje. Al final el judío debió, igual que a los delfines, darle con el remo en la nuca a fin de aturdirlo y así poder subirlo al bote y traerlo medio ahogado de vuelta al barco, donde conseguimos reanimarlo.

Ahora que nos acercábamos a la Polinesia los peces voladores habían aumentado notablemente de tamaño y en su compañía nos dirigimos hacia Fatu Hiva, de acuerdo a la decisión tomada por la "asamblea". Pero como muchas veces uno elige una cosa y las circunstancias nos obligan a otra, nos agarró un Noroeste que nos desvió en la supuesta dirección de los atolones. El viento nos sacó de la corriente subecuatorial y nos metió en otras secundarias y muy irregulares, que aparecían y desaparecían en cosa de horas.

El sefardita, que entre otras virtudes tenía pasta de meteorólogo, hizo notar que cuando entrábamos en las corrientes más rápidas, la temperatura del agua bajaba un par de grados y la mar se encrespaba, y si por el contrario éstas eran más lentas, la temperatura subía en la misma medida.

A veces, después de muchas horas nos dábamos cuenta que, merced a estas contradictorias corrientes, navegábamos grandes distancias hacia atrás, como si la mar y los vientos quisieran devolvernos a Valparaíso, pero al fin los Alisios, que tanto nos habían ayudado, prestaron nuevamente su auxilio al Loncomilla para transponer la puerta invisible que abre el pórtico de la Polinesia.

Cada día que pasaba aparecían bandadas más y más numerosas de pájaros y nos daba la impresión de que giraban sin rumbo, pero una tarde, cuando el sol estaba por ponerse, observamos que todos volaban hacia Oeste, sin prestar atención al barco ni a los peces voladores, que eran su plato preferido. Yo mismo subí a la cofa y los vi perdiéndose por un solo punto y pensé que ellos,

desde su altura, probablemente estarían viendo lo que yo sólo podía imaginar. La Generala quebró el timón, siguiendo el ejemplo de los navegantes polinésicos, para tomar el mismo rumbo que las aves y aun después de la puesta del sol continuamos escuchando su estridente gritería en medio de la obscuridad.

Al día siguiente aparecieron todavía más pájaros y ya no necesitamos esperar a la tarde para ver por donde se dirigían a sus nidos, porque esta vez descubrimos una curiosa nube estacionaria sobre el horizonte.

Las nubes a que estábamos acostumbrados, con buen tiempo, eran como pelotas de lana que siempre venían del Oriente y pasaban por arriba arrastradas por los Alisios, pero esta nube solitaria no se movía, se alzaba curiosamente como una columna de humo, igual que si se hubiera declarado un incendio en alta mar.

Los polinésicos saben, desde hace mucho tiempo, que las islas se hallan debajo de estas nubes, porque como el sol retuesta la arena se crea una corriente de aire caliente cuyo vapor se condensa arriba, en una capa más fría de la atmósfera. Hacia allá apuntamos la proa, por lo menos hasta que dejamos de verla cuando el sol se llevó la luz tras la línea del horizonte.

Toda esa noche estuvimos soportando los agudos chillidos de los pájaros y a bordo un ambiente bastante cargado, en gran parte debido a esa misma estridencia que anunciaba algo nuevo muy próximo, o simplemente porque ese clamor sonaba a terreno, después de haber escuchado exclusivamente, durante tanto tiempo, el crujir de la jarcia y las maderas y el incesante rumor del mar.

La luna apareció inmensa y más redonda que nunca detrás de nuestro desnudo e impenitente vigía, y como estábamos bastante ansiosos todos nos acostamos tarde y por lo menos yo me dormí muy avanzada la noche.

A las cinco o seis de la mañana el Onanista bajó de los palos y se introdujo, como un fantasma, en la penumbra de mi pequeño

camarote y remeciéndome un hombro me despertó.

—¡Levántese! —me dijo— ¡Salga a echarle una miradita a la isla!

Yo, como estaba trasnochado, no terminaba de recordar.

—¡Avísele al Capitán! —me dijo, antes de dejarme.

Recién entonces reaccioné. Salté de la cama y en calzoncillos subí corriendo a cubierta, gritando ¡Tierra, Tierra!, como un desenfrenado.

No creo que nunca en mi vida haya sido tan feliz como en ese momento.



Un angelito. Archivo Talleres del Mar.

23. El Reino de los Cielos

La batahola que se armó a bordo con los gritos de tierra no dio tiempo a la Generala para vestirse y apareció en cubierta abotonándose la falda y con el pelo revoloteándole al viento como un banderín.

—¡González al timón! —gritó, mientras corría intentando sobre la marcha hacerse el moño sobre la nuca.

El Capitán desempolvó su catalejos de bronce, que era una valiosa antigüedad, y desplegándole sus decrecientes segmentos fue a situarse junto a ella, proyectando el instrumento hacia la costa. El judío, contradiciendo a la Generala, solicitó mi ayuda para bajar la “pera” (nombre que había dado a la vela de su invención) mientras el argentino descendía a la bodega en búsqueda de las primeras botellas que ese día en gran número íbamos a destapar. En cuanto al mentado Onanista, permaneció como siempre al tope, silencioso e impertérrito, como si después de una eternidad en el mar no sintiera ningún deseo de bajar a tierra.

La famosa isla no era en ningún caso un atolón, bajo y aplastado como los había descrito el Capitán. Ni nada semejante. Bien por el contrario, tenía una gran altura hacia el centro (casi con seguridad un volcán) que se recortaba claramente contra el cielo, como si fuese la joroba descomunal de una ballena petrificada. Y a lo lejos parecía cubierta prácticamente hasta esa cima de una exuberante vegetación selvática, lo que le confería al cerro y al conjunto de la isla un color verde oscuro que contrastaba con el azul claro del cielo y del mar. Sin embargo observamos que la isla estaba rodeada, a una cierta distancia, por un anillo de espuma que delataba, bajo el agua, una peligrosa corona de arrecifes.

Cuando el sol despuntó por el Este, a nuestras espaldas, tiramos una sonda a unos cuatrocientos metros de esa amenazadora guirnalda blanca y comenzamos, con buen fondo, a rodear cautelosamente el litoral en busca de una pasada hacia las cristalinas y protegidas aguas que desde los palos podíamos ver del otro lado de la escollera.

Ahora sentíamos fuerte el nostálgico y a la vez aterrador clamor de la rompiente que daba origen a la espuma y podíamos observar fácilmente la costa a simple vista, a media milla; pero ni con el auxilio del catalejo descubrimos ninguna choza ni la menor huella de la anhelada presencia humana. La isla se veía deshabitada, virgen y bella como un remoto paraíso, y sólo algunas gaviotas y otras aves menores surcaban en gran número el cielo y disfrutaban de sus doradas playas.

Como a la una y media de la tar de (en todo caso después de cinco o más horas de lenta circunnavegación), cuando ya creíamos haber contorneado toda la isla, comenzamos a perder las esperanzas de encontrar un paso a la laguna interior.

Qué terrible estar tan cerca de la tierra y no poder tocarla, comenté al sefardita, que había subido con un pedazo de charqui a hacerme compañía junto al timón. El se levantó la chupalla y miró hacia la punta de la montaña.

—Huidizo el islote donde vinimos a parar —dijo.

—Me pregunto si será Fatu Hiva. —le dije yo.

—Difícil saberlo todavía —me respondió—. Habrá que esperar la noche para tratar de reconocer las estrellas. Supongo que los astros no se equivocan porque nuestros cálculos empiezo a ponerlos en duda.

—Sea cual sea me gustaría tocarla —le dije yo.

—No puedes hacerte una idea de cómo te comprendo —me dijo él—. Es más, me hace recordar, esta ínsula esquiva, cierta personita todavía bien nítida en mi memoria que, como una encarnación de la felicidad, siempre conseguía sacarme el cuerpo un instante antes que pudiera alcanzarla.

—Qué vamos a hacer —aventuré.

—En fin —comentó él a su turno—, siempre nos queda el consuelo de la filosofía. Y sobre todo de la lectura de nuestra propia vida como un aburrido volumen de ciencia naturales.

Estábamos bromeando pero con el ánimo por los suelos cuando por detrás de una puntilla vimos lo que a primera vista nos

pareció un grupo de focas jugueteando en el agua, que reflejaban el sol en sus lomos mojados y brillantes. Instintivamente viré unos grados el timón para dirigir la proa hacia allá cuando junto a los presuntos mamíferos vimos claramente, recuperando la fe en esta vida, varias canoas cuyas tripulaciones bogaban de frente, doblando la espalda y gesticulando a intervalos con los brazos y los remos en alto, como si nos saludaran; y al poco tiempo pudimos escuchar voces entrecortadas, risas y gritos traídos por el viento, confundidos con el fragor del rompeolas. ¡Entonces caímos en cuenta, nosotros dos, y enseguida los demás (lo que dio origen a una cierta rivalidad por la posesión del catalejo), que el numeroso grupo que se arriesgaba a nado y a remo estaba compuesto exclusivamente por mujeres que desaprensivamente salían a encontrarnos, sin temor a los tiburones ni a los filos de coral, apenas cubiertas por sus largas cabelleras!

Aunque la brisa era relativamente moderada, había un oleaje permanente y grueso. Grandes tumbos llegaban de alta mar a levantarse cerca de la costa, rompiendo y descargando masas de agua contra la escollera que defendía, como las murallas de una fortaleza, la absoluta paz de la isla. Las canoas subían, como cáscaras de nueces milagrosamente a flote, y después desaparecían completamente de la vista para volver a proyectar sus agudas proas contra el cielo cuando las dábamos por perdidas. Antes que las muchachas alcanzaran el barco recogimos todo el trapo y el Loncomilla perdió lentamente velocidad hasta quedar detenido; tiramos el ancla y la nave quedó balanceándose sobre la quilla.

Las isleñas saltaron al abordaje sin problemas, agarrándose del barbiquejo y de la cadena del ancla, y de un instante a otro, formando diversos corrillos, recorrían traviesas como niños la nave de punta a cabo. Nuestro huraño vigía trepó aún más alto desde su ya empinada ubicación, como si esas alegres jóvenes pudieran ser caníbales; en cambio el sefar dita, invitándome a abandonar la barra, fue a mezclarse en compañía del argentino con las recién

llegadas, sirviéndoles de locuaz guía por cubierta y la cabina. El Capitán, que hacía visibles esfuerzos por conservar su habitual compostura, y el sombrero, debió rendirse a la curiosidad de las niñas que parecían querer arrancarle la casaquilla y los pantalones, y la barba, sin ninguna consideración por sus años ni por su rango, ni por sus achaques, como si todo para ellas fuera objeto de diversión. La Generala fue la única en cubierta que logró conservar las distancias, amedrentando a las turistas con la mirada, pues yo mismo sin ofrecer excesiva resistencia muy pronto me vi envuelto por ese torbellino adolescente.

Algunos minutos después, entendiéndonos exclusivamente con gestos y uno que otro monosílabo, pero favorecidos por la gran disposición que teníamos todos, o casi todos, echamos unos cabos a las canoas y entonces el Loncomilla, como un satisfecho califa que se deja arrastrar por los dulces brazos de su harem, recorrió la corta distancia que lo separaba de tierra a través de un canal (que evidentemente no habíamos visto) escondido entre unas rocas y la puntilla. Durante esa delicada maniobra, que por un pelo no nos abre el casco, el argentino comenzó a descorchar los navegados mostos y cuando por fin el ancla chapoteó en la laguna, y arañó la arena amarilla del fondo, el sefardita destapó una explosiva botella de champaña e incluso el Capitán, transportado de entusiasmo, accedió a brindar sin preocuparse de las copas ni de limpiar los gollates de las distintas botellas que le llegaban a las manos y se llevaba a los labios. Las nativas, para quienes nuestras bebidas constituían una novedad (después tendríamos oportunidad de embriagarnos con sus preparados), también se unieron a los sucesivos brindis, pero evidentemente menos por gusto que por mera chacota, pues sólo paladeaban poniendo las más divertidas caras y luego, como estrafalaria s catadoras, en lugar de tragar escupían estrepitosamente sin tomar la precaución de dar la espalda al viento ni de fijarse si había alguien al lado. Cuando el argentino recibió en el rostro una lluvia de tinto fue motivo de gene-

ral hilaridad y objeto de sus inocentes burlas, y cuando el agraviado para reparar su honra vació todo el contenido de la botella que tenía en la mano (un matarratas de 45°) sobre la cabeza de la damisela que lo había duchado, inauguró el desenfreno: todas lo quisieron remedar y antes que pudiéramos evitarlo el vino y muchos otros licores empapaban nuestras ropas y sus desnudos cuerpos, y la cubierta, y no mucho después por los imbornales comenzó a escurrir el trago, tiñendo rosadas esas transparentes aguas calipso.

Quizás ahora podría intentar describir la alegre algarabía con que fuimos recibidos a nuestra llegada a la "Porinesia", pero qué difícil y cuán tedioso resulta hablar de nuestros éxitos y alegrías, por lo mismo que jamás la comedia podrá disputar el interés que despierta la tragedia. Pero cómo omitir una recepción que sinceramente había superado las más optimistas expectativas y que ni en las noches más delirantes habría podido imaginar. La nostalgia y los sueños que desde mi infancia pugnaban en mi conciencia desaparecieron como por encanto y estoy seguro que, en esos momentos, todos deseamos febrilmente que aquello se prolongara indefinidamente, porque ni el limbo podría concebirlo tan placentero, a menos que ése y ningún otro fuera el tan manido Reino de los Cielos.

Apenas botamos el chinchorro el judío fue el primero en saltar a bordo, seguido del argentino. La Generala y el Capitán bajaron después y se acomodaron lo mejor que pudieron en la estrecha bancada de popa, en tanto que yo ya estaba instalado y me hacía cargo de los remos. El sefar dita, parado a proa cual conquistador, levantaba en una mano un bichero al cual había atado a guisa de bandera su transpirada camiseta, en tanto que en la otra sostenía un botellón empavonado de auténtica vodka Kubanska ya, elaborada con el trigo de la distante estepa siberiana. En tal postura y ya avanzado estado de intemperancia comprometía el precario equilibrio del botecito, lo que no le impedía reír de buena gana

y hacer toda suerte de musarañas a las nativas que, a bordo de sus canoas o simplemente a nado, nos escoltaban, tanto como a las que nos aguardaban en la playa. El Onanista fue el único que pese a todo permaneció en el barco montando la guardia arriba de los palos.

Cuando el Capitán puso su rodilla en la arena y como el Santo Padre besó esta nueva tierra cuyo pueblo nos acogía tan efusivamente, el Judío clavó el bichero con su banderola y anunció a las masas su inconclusa enciclopedia: "Descripción del universo y explicación de todas las cosas". Aun sentado en el esquife el Argentino los miraba como si los viera, desterni llándose de la risa, en tanto que la Generala estimó que exageraban y que su conducta, especialmente la del Judío y la del bonaerense, ofendía el candor de las nativas. Enojada bajó a tierra, mojándose las botas sin querer aceptar el brazo que yo le tendía, escupió a los pies del hebreo (¡hereje!, le dijo) y se internó sola por la playa dando tan rápidas y largas zancadas que su cabeza subía y bajaba con respecto a la horizontal. En tonces desembarcó el ciego, golpeteando la regala con su bastón, mientras yo a pie pelado y con los pantalones arremangados sujetaba el bote por la proa.

Entre tanto la pequeña caleta se había poblado de mujeres, ninguna más vestida ni menos bella que misia Eva, y con su ayuda retiré el chinchorro del agua y lo arrastramos fácilmente hasta ponerlo junto a sus canoas, a un costado, en lo alto de la playa. Desde allí contemplé después de tanto tiempo al Loncomilla a lo lejos. Parecía una miniatura embotellada con su infaltable vigía arriba, como una arañita enredada en la red del aparejo.

Pero esa imagen un tanto patética no me entretuvo mucho tiempo pues en tierra no faltaban distracciones. Estando yo todavía allí, junto a los botes, vi sumarse a la concurrencia una cantidad de niños, desnudos como sus madres o hermanas mayores, y con los dedos de los pies notablemente separados, seguramente de tanto corretear desc alzos por la selva, las rocas y la arena. Eran

morenitos y se veían bien alimentados y contentos, con los dientes blancos y sanos, y con los ojos muy abiertos nos miraban como a unos extraterrestres que imprevistamente hubieran descendido de visita. Pero si bien era evidente que en su vida habían visto gente pálida, barbuda y vestida como nosotros, no se mostraban esquivos, tal como los cervatillos que nunca han escuchado un disparo y jamás conocieron al hombre blanco.

Mas si ahora rememoro todo aquello con gran lujo de detalles, en ese momento ningún pensamiento perduraba en mi cabeza y, en realidad, no era la oportunidad de reflexionar ni de emitir juicios o de sacar conclusiones. Eran tan numerosos y agradables los estímulos que toda mi atención se había volcado a los sentidos. Hundía, por ejemplo, los pies en esa arena fina, tibia y seca y la sentía cosquillearme entre los dedos y, justamente, cuando de puro gusto me disponía a revolcarme, como un potrillo recién desensillado, sentí que me llamaban, en Castellano por supuesto. Era el Judío que deseaba invitarme a un trago. Él, el Capitán y el argentino se habían echado los brazos por encima de los hombros y, como alegres camaradas, zigzagueaban por la orilla del agua festejando nuestro feliz arribo a este mundo distinto, en medio de una ronda de nativas que los animaban con las palmas, cantando y bailando con su característico y sensual balanceo de caderas.

Todavía me da risa recordar las payasadas de ese trío, sobre todo por el aspecto que presentaban. Como el Capitán era el más bajito y había quedado al medio, parecía colgar de sus compañeros, agitando velozmente su única pierna en el aire sin conseguir alcanzar el suelo. Enseguida yo también me fundí en ese múltiple y viril abrazo y sentí que ninguna diferencia me separaba de esos bebedores fraternos, aunque ellos eran hombres que habían recibido una educación completa, seguido humanidades y estudios superiores y que dominaban dos o más lenguas aprendidas en el colegio y perfeccionadas en el extranjero. Pero esta aventura, sin embargo, realmente nos había unido y ahora a todos nos aguardaba un similar destino.

Un destino luminoso pensé cándidamente en ese momento, porque cuando place el presente todo nuestro pasado, por amargo que haya sido, adquiere un sentido y a través del prisma de la dicha lo malo y lo bueno encuentran su justo equilibrio, su preciso contrario, y cada acto su explicación, y ningún problema futuro parece demasiado grande y menos insuperable.

Ese día no sólo olvidamos las penurias del viaje sino las que cada uno arrastraba desde el mismo vientre materno, porque sin duda, yo en primer lugar y ellos después, todos teníamos suficientes motivos para considerarnos, así lo ocultáramos mejor o peor, relativamente poco afortunados. Pero allí, y especialmente hasta ahí, no había forma de sumirse en las penumbras del pensamiento, en lo que definitivamente eran recuerdos o en lo que nos reservaba el porvenir.

La bienvenida se prolongó a continuación en la alberca natural que se extendía de la playa a la escollera y en cuyo centro estaba anclado el Loncomilla. El judío, yo y hasta el Capitán nos despojamos sin vergüenza de los pantalones y en simples calzoncillos nos lanzamos al agua, gratamente acompañados de numerosas damas y niños. El Capitán, pese a su deficiencia física, era de los más entusiastas y se solazaba entre los chicos haciendo gala de su destreza y dando lecciones de natación en por lo menos cinco estilos distintos: mariposa, pecho, espalda, compadre (que permite nadar sin quitarse el sombrero) y un quinto sistema de carrera bajo el agua, aprendidos todos ellos durante su vida de cadete en la escuela naval. Pero aunque recordaba muy bien los movimientos de brazos y piernas y la forma correcta de sacar la cabeza para respirar, sin duda había perdido con los años la práctica, pues con ninguno de sus métodos consiguió superar en velocidad ni a la más lerda de las mujeres: Vanaa, la única muchacha lisiada que vimos, a la que un tiburón había cortado un brazo a la altura del codo. Claro que todas ellas, incluyéndola, eran unas consumadas deportistas y grandes nadadoras, de amplias espaldas y desarro-

llados deltoides. Y el Capitán, a su edad, un hombre mucho más teórico que práctico, como si todos sus conocimientos los hubiera sacado exclusivamente de los libros o dejado de aplicarlos hacía mucho tiempo.

En cuanto a nuestro amigo Segovia, prefirió quedarse bebiendo y fumando a la sombra de las palmeras, sentado junto a la ropa y la pierna de madera que el Capitán se sacara para ir al agua. Los niños, cuando se aburrían de las lecciones de natación, iban a merodear alrededor suyo procurando de que él no se diera cuenta. Sin duda el Ciego, con su mirada extraviada, despertaba en ellos gran curiosidad.

El Capitán y el Judío lo invitaron varias veces a bañarse, pero él les hizo saber de viva voz que el agua la soportaba regularmente como base de una buena sopa, pero que de ahí a sumergirse de cuerpo entero, voluntariamente, había la misma distancia que entre él y una almeja.

— ¡Creo que guardo malos recuerdos de mi bautizo! — explicó.

Después del baño nos ofrecieron y cenamos en la misma playa una suerte de curanto con camotes y otras verduras, y ave, cerdo y gran variedad de pescados y mariscos. Muy bueno. El jugo de ese sabroso cocido, magníficamente aderezado, nos corría por el mentón y por los codos mientras las muchachas “se disputaban el privilegio de servirnos y sobarnos la espalda”, luego de habernos coronado con unas especies de claveles y jazmines, como para aliviarnos con las manos de las tensiones del viaje y refrescarnos la frente con la exquisita fragancia de las flores.

Yo me imagino que todo esto a más de alguno podría parecerle increíble, pero créase o no aún hubo mucho más y estas atenciones representaban apenas el aperitivo.

Cuando el sol se ocultó tras el monte que se alzaba tierra adentro, y su dentada sombra se recortó sobre la playa, nos condujeron por un cuidado y a la vez natural sendero, bajo los árboles, hasta una pequeña aldea que se encontraba a breves minutos

de la costa, en un vallecito al abrigo del viento. Al llegar allí, como en el trópico el crepúsculo es muy corto, ya comenzaba a hacerse de noche y veíanse encendidas algunas teas en lo alto de unas piedras semitalladas, en forma de rústicas columnas, que hacían las veces de postes del alumbrado público.

En todo caso no fue mucho más lo que alcanzamos a ver esa noche porque afortunadamente (todos comenzábamos a sentirnos bastante fatigados, en pie desde las seis de la mañana) nos destinaron de inmediato una amplia y bien construida choza donde, con la excepción de nuestro infatigable vigía, pasaríamos la noche.

De la Generala no supimos hasta el día siguiente, pero esa noche como estábamos bien entonados nadie, ni yo mismo, se inquietó mayormente por su paradero. Tácitamente presumimos que había sido alojada en otro sector, reservado a las mujeres, o que por su propia iniciativa había regresado al barco, que no se encontraba a más de cincuenta metros de la orilla. En cuanto a nuestro consecuente vigía, seguramente continuaba en su puesto, donde lo habíamos visto durante toda la tarde y hasta última hora, como si no tuviera expectativas en esta agradable vida.

La choza, si es que puedo designar así a esa bien diseñada construcción, se constituía de una sola y espaciosa habitación, levantada sobre pilotes (treinta o cuarenta centímetros del suelo) que la aislaban de la humedad y de las sabandijas.

Valdría la pena describir rápidamente ese sencillo y cómodo edificio, aunque fuera por su interés meramente arquitectónico.

Básicamente era una estructura cúbica de madera cuyas cuatro paredes, constituidas por persianas (tres por cada lado), podían levantarse o bajarse a gusto para abrir o cerrar puertas y ventanas hacia los cuatro puntos cardinales, dosificando así la luz y la temperatura a lo largo de la jornada. El techo era de cuatro aguas, impermeabilizado con fibras vegetales, de largos alerones y un trecho levantado de los muros, de manera que en lo alto de la

pieza quedaba siempre un espacio abierto que permitía entrar indirectamente la claridad del día y circular el aire sin producir corrientes. El piso, de madera como el resto de la casa, estaba enteramente recubierto con una estera finamente tejida con dibujos lila y verde claro y, como en las tiendas de los gitanos, sobre esa superficie no había muebles sino únicamente cojines y mullidos plumones que servían de camas en la noche y como divanes en el día.

Cuando ingresamos a ese hospitalario albergue, las persianas, exceptuando la que hacía de puerta, estaban bajadas y adentro había una luz muy tenue, medio azulada y propicia al sueño, proveniente de una lamparita de aceite aromatizado que pendía del techo, enganchada de una viga igual que en las cámaras de a bordo.

Todos, aparte del Capitán, nos tiramos tal como estábamos en los almohadones y lanzamos los zapatos al rincón más cercano. Él, en cambio, se desvistió de acuerdo a la rigurosa rutina de la escuela naval y ordenó lo mejor que pudo su ropa, poco convencido de pasar la noche en tierra, pero perfectamente consciente de los inconvenientes que podrían derivarse de un desaire para con nuestras anfitrionas. De mala gana, y exigiendo más de la cuenta a su anquilosada espalda, extendió su cama tironeándola de las cuatro puntas hasta dejarla como aplanchada. El Capitán, como todos los que siguen la carrera de las armas, era sumamente ordenado, sobre todo en lo que se refiere a sus enseres personales, y tan exquisitamente refinado que tenía una escobillita con cerdas de jabalí exclusivamente para peinarse los bigotes y las cejas y eventualmente para cepillarse los dientes.

En fin. Los demás con cierta admiración, pero no sin sorna por parte de algunos, lo mirábamos hacer mientras comentábamos nuestra primera jornada en tierra. Al poco rato el Sefardita dijo que se le había espantado el sueño y que no pensaba desperdiciar su precioso tiempo durmiendo como un haragán cuando afuera brillaban las estrellas y se paseaban por la aldea —“como

gallinas cluecas” — las más deliciosas muchachas. El Argentino, que siempre se dejaba convencer por el judío (pues según tengo entendido sólo había sido admitido en este viaje gracias a él), inmediatamente se manifestó dispuesto a acompañarlo, “si es que estás proponiendo una salida”.

Entretanto el Capitán, que había terminado de extender su cama, se desamarró la pierna artificial y en calzoncillos largos y camiseta se arrellenó en su plumón, tapándose hasta el cuello. Recién entonces terció en la conversación.

— ¡Por mi parte —dijo— me parece un desatino salir y al menos yo voy a dormir hasta mañana, como Dios manda, a menos que sea formalmente invitado por las nativas, cosa que sinceramente espero no se produzca, porque en cuanto a acontecimientos emocionantes tengo más que suficiente por hoy día!

Dicho esto, se dio media vuelta en su lecho y, con esa desvergonzada libertad que se permiten los viejos y los niños de pecho, dejó escapar un sonoro bajo viento como si con ese trueno quisiera poner punto final a la jornada.

— ¡Ojo! —exclamó el judío, irguiéndose en su almohadón, sin dejarse intimidar— ¡La prudente sabiduría una vez más se manifiesta a través de los ancianos!

Toda la razón, pensé yo. Pero el Capitán que había captado el doble sentido de los elogios recibidos, con la voz apagada por las plumas, se defendió.

— Yo creo —dijo— que hasta aquí nuestra estadía no ha podido ser mejor, ni más placentera, y que jamás deliberadamente hubiéramos podido dar con este paraíso. Se detuvo un momento para apoyar mejor la cabeza y acto seguido sugirió “ceder a las nativas la iniciativa en lo que se refiere a nuestras interrelaciones, de cualquier género que éstas sean”.

— ¡Exactamente como hasta ahora! —insistió— Sin olvidar que ellas como anfitrionas han sido incomparables.

Finalmente, como para redondear su ponderado sermón, recomendó observar estrictamente las normas de educación que

a los huésped desconcierte: “aceptar lo que se nos ofrezca sin pedir un pelo de más”.

—¡Sí! —intercedió el Judío— ¡De acuerdo! ¡Pero no olvidemos también que, a menos que yo lo ignore, nadie de los aquí presentes ha conseguido, como diría cierto iracundo filósofo, la completa satisfacción de su voluntad!

El argentino soltó una carcajada forzosamente lujuriosa y el sefardita, elevando uno de sus índices, agregó: ¡capaz que el gran cacorro (refiriéndose sin duda al Onanista), con el viejo truco de la cantábrida muerta, se haya cocido la papa!

El argentino volvió a celebrar la ocurrencia de su amigo, con lo cual el judío terminó de animarse.

—¡Vamos a verlo! —propuso, levantándose para asomar la cabeza por encima de las persianas y espiar el exterior.

—¿Qué hay? —le preguntó el Ciego, que lo había sentido ponerse de pie.

—¡La toledana perfecta para un nictálope como tú! —le contestó el otro.

El Argentino me buscó desde sus tinieblas y tanteándome el hombro procuró mi complicidad. González, me dijo, ¿se arriesgaría usted a una expedición entre las Amazonas? Yo di un respingo, sorprendido al contacto de su mano, y sin encontrar respuesta miré hacia donde parecía dormir el Capitán que, con la boca abierta, comenzaba a roncar. Sin embargo desde el crepúsculo de los sueños vino en mi auxilio, cual espíritu benévolo que se comunica desde ultratumba.

—Yo no cometería ese error —murmuró.

No bien hubo el sonámbulo terminado de pronunciar esa sentencia sentimos ruidos en la puerta, y casi inmediatamente entraron un par de muchachas portando la primera una bandeja de frutas y la segunda una jarra de agua.

El judío, como un muchacho díscolo sorprendido en falta en el internado, abandonó su puesto de observación y se sumergió

velozmente en su “cama”, fingiéndose dormido. La presencia de esas muchachas puso fin, automáticamente, a cualquier tipo de planes. Depositaron la fruta y el agua en el centro de la estancia y enseguida nos armaron correctamente las camas. Ordenaron los zapatos y otras prendas e incluso, mientras una musitaba una cantinela que vagamente me recordó otra con que mi madre me arrullaba el sueño de niño, nos ayudaron a desvestirnos, amables y delicadas, pero sin dar ninguna “oportunidad suplementaria”, deferentes como auténticas enfermeras.

Vieron que nos acostáramos, que todo estuviera en su lugar y salieron, cerrando la persiana de la puerta por fuera.

Los porfiados hechos habían dado la razón al octogenario Capitán: la jornada estaba definitivamente clausurada.

Esa noche soñé que tenía alas, como un ángel, y que volaba de regreso por encima del mar.

24. Segunda jornada en tierra

A la mañana siguiente como durante la víspera habíamos navegado y madrugado, corrido, gritado, alternado con las nativas e incluso chapoteado en la laguna, pero sobre todo comido y bebido tanto, despertamos cerca del mediodía y el Capitán, que definitivamente se había excedido, amaneció enfermo.

Al principio nadie se había dado cuenta, porque como no se quejaba creíamos que seguía durmiendo. Después supimos que se había despertado mucho antes que nosotros y que en realidad había dormido pésimo, “pasado una noche de los mil demonios”, dijo, y tenido que salir a vomitar hasta los intestinos.

Estábamos en la penumbra del cuarto, estirándonos y bostezando sin resolver levantarnos todavía, cuando imprevista y silenciosamente entraron dos “mucamas” que nos traían el desayuno. Por lo visto habían estado esperando a que recordáramos por nuestra cuenta sin pretender imponernos sus hábitos de acostarse y levantarse con el sol, igual que los pájaros y la gente de campo.

Venían vestidas, para protegerse del fresco de la mañana, con unas especies de túnicas — *pareos* — estampadas con motivos autóctonos multicolores y calzadas con una rara suerte de sandalias con cordones de cáñamo y suela de palo.

La primera de ellas sujetaba contra la cadera una fuente de madera tallada en forma de pez, cargada de frutos diversos, pan negro, miel y pescado ahumado; mientras que la otra, que era muy jovencita aún, portaba sendos cuencos de agua fresca y leche.

El Sefardita, el Ciego y yo nos abalanzamos sobre esas vituallas, como si no nos hubiéramos hartado de comer pocas horas antes (parece que mientras más se come más se abre el apetito, igual que no por mucho dormir se pasa el sueño), en cambio el Capitán no quiso probar bocado, aceptando apenas un sorbo de agua.

Es curioso lo que ocurre con los males ajenos. A menos que presenten síntomas visibles, como pústulas o sangre, nos parecen mentiras, como si no fueran más que pretextos del enfermo para no levantarse y permanecer flojeando en cama; algo similar a lo que nos pasa en la juventud, cuando sin saberlo juzgamos imposible llegar a viejos, por lo menos hasta que no comienzan a caérsenos las muelas y nos vemos obligados a remojar el pan y a masticar la carne con los dientes de adelante.

Es exactamente lo que nos sucedía esa mañana. Ninguno de nosotros quería dar importancia a los malestares del Capitán, pareciéndonos mucho más interesantes el de sayuno y sobre todo las dos “mucamas”. Pero justamente ellas, revelando un instinto maternal insospechado, nos sorprendieron gratamente brindando al anciano extraordinarios cuidados.

La más joven, a una seña de la otra, levantó parcialmente una de las persianas para que entrara más luz y acelerar el escape de ciertos olores, que ellas seguramente debían percibir mejor que nosotros, y a continuación se sacó las rígidas sandalias y fue a sentarse sobre sus recogidas piernas a los pies del enfermo para darle un masaje en los dedos y planta de su único pie. Entre tanto la otra

(¡una madona de la san puta!, según el Argentino), ¡despojándose del pareo y de su calzado, se metió a la cama del paciente ofreciéndole, “cual madre ejemplar”, sus rebosantes y túrgidos pechos!

Tan inusitadas atenciones, supongo que no hace falta decirlo, nos llamó muchísimo la atención; y con el mayor disimulo y no sin envidia, mientras desayunábamos y después mientras nos vestíamos, mirábamos de soslayo al Capitán y su graciosa compañía. De primera “el afectado” parecía bastante avergonzado de recibir a vista y paciencia de nosotros, tres de sus compañeros de viaje, estos remedios naturales para las nativas pero tan reñidos con el mito del hombre curtido por los huracanes y la inmensa soledad del mar. Sin embargo mucho más temprano que tarde pudimos ver como se le distendían los músculos del rostro y le desaparecían de la frente las preocupantes arrugas que se le habían acentuado con los retortijones de estómago, e imaginar como paulatinamente relegaba al silencio los cada vez mas débiles reclamos de su conciencia para terminar entregándose, con una inocencia sobrecogedora, al abrazo de esa cariñosa madrina. Vimos a continuación como despreocupado, ignorándonos completamente, dejaba caer sus párpados en tanto que sus labios instintivamente buscaban aquellos chupetes que, alternados uno y otro, fueron devolviéndole sin demora no sólo la salud momentáneamente resentida sino una vitalidad perdida hacía muchos años.

Para cuando acabamos de vestirnos había recuperado los colores de la juventud (aquellos tiempos dichosos en que trepaba sin miedo ni dificultad los altos palos del buque escuela Esmeralda) y se sumía en un profundo y reparador sueño. Recién entonces las mujeres se apartaron, no sin cubrirlo previamente, y antes de abandonar el cuarto bajaron de nuevo la persiana que habían levantado recomendándonos salir a dar un paseo, para que conociéramos la aldea y lo dejáramos dormir tranquilo.

Afuera brillaba un sol esplendoroso y el argentino, el sefardita y yo, cuales alegres y desaprensivos turistas saludando galan-

tes para la do y lado, nos encaminamos por el ya conocido sendero que llevaba a la costa con el vago pretexto de echarle una ojeada al barco y recabar noticias de nuestros compañeros que, supuestamente, habían permanecido a bordo; sin siquiera sospechar que allí nos esperaba otro divertido y saludable espectáculo.

Efectivamente no habíamos llegado todavía a la playa cuando por entre las matas y los troncos de las palmeras vimos una gran canoa repleta de gente que, lenta y pesada, se separaba del Loncomilla en dirección de la isla.

¿Quién podía ser esa gente que, sin consentimiento del Capitán ni de ninguno de nosotros, acababa de desembarcar y qué podían haber estado haciendo a bordo en nuestra ausencia?

Preocupados y ansiosos por establecer su identidad nos echamos a correr y el Ciego, que no veía absolutamente nada, fue a parar directamente de cabeza a la laguna.

Pero cual no sería nuestra sorpresa y consecuente tranquilidad al distinguir, sentado contra el fondo del bote (entre un bosque de piernas femeninas), a nuestro inefable vigía. Se trataba una vez más de las traviesas nativas que, nadie supo cómo, habían conseguido desalojar al eremita de su reducto para traerlo a tierra.

En breve la cargada embarcación encalló prácticamente al lado nuestro y a viva fuerza el Onanista fue bajado de la canoa. El mañoso anacoreta, a quien desde que yo lo conociera nunca lo había visto fuera del barco, destacaba entre ese ramillete como una mancha de sangre en una sábana. Curiosamente, o quizás porque las perspectivas son distintas a bordo que en tierra, jamás me había fijado que era bastante bajito (casi tanto como el Capitán), al punto que incluso varias de las muchachas que lo retenían lo aventajaban por media cabeza. Pero sin duda no era por su estatura por lo que resaltaba tan nítidamente sino, y mucho más, por el salvaje estado de abandono, de olvido de sí mismo en que se encontraba, comparable a esos niños extraviados en la selva que han crecido al amparo de las fieras y aprendido a defenderse con las

ñas y los dientes y a alimentar se de insectos y raíces y, en el mejor de los casos, de carne cruda y frutas silvestres.

El pelo, casi completamente blanco y enredado hasta lo imposible, le caía apelmazado sobre los hombros y le cubría parcialmente la espalda. Pero no sólo el pelo se le había desteñido con el tiempo, a pesar de vivir desnudo a la intemperie su piel también era extraordinariamente pálida, al igual que su mirada. Por eso contrastaba con las nativas cuyos rasgos, si bien diferían de los negroides, compartían con los de esa raza la tez oscura de la gente del trópico.

Esa mañana luminosa el Onanista desembarcaba, rechinando los dientes, no más contento que un preso que sacan de su celda para conducirlo al patíbulo, mirándonos con más desprecio que odio.

Las chicas que lo conducían, como si no se percataran de su descontento, se detuvieron un momento con él junto a nosotros (que nos quedamos pasmados sin saber qué hacer ni decir) y luego se pusieron nuevamente en movimiento arrastrando al cautivo a través del transitado sendero en dirección a la aldea.

El Onanista, a la vanguardia entre dos amazonas, forcejeaba sin cesar por su libertad; procurando aprovechar el menor descuido de sus guardianas para desasirse de sus morenos y robustos brazos, pero como las jóvenes lo doblaban en número y ambas en fortaleza, por lo menos doce veces frustraron sus intenciones y obligadamente hubo de continuar su humillante calvario.

El Ciego con una mano en el hombro del sefardita y yo un poquito más atrás los seguimos a corta distancia, sin intervenir, pues a pesar del innegable grado de violencia no veíamos malas intenciones en la actitud sobre todo lúdica de las mujeres.

A poco andar, y ya en plena aldea, el grupo se detuvo en una abierta plazoleta situada a media altura hacia el centro del poblado, donde para espanto de nuestro compañero se apreciaba una sencilla pero hermosa pileta de piedra, llena casi hasta el bor-

de de agua dulce y cristalina; muy parecida por lo demás a la pila que hay en Castro, frente a la iglesia, y a tantas otras similares que adornan los pueblos y ciudades del mundo entero.

—¡La fuente de la eterna juventud! —exclamó el Sefar dita, lleno de júbilo.

Y probablemente lo era a juzgar por el aspecto de las nativas. Sin embargo al Onanista le bastó verla para adivinar las intenciones de las mujeres. Repentinamente se agachó y en cuatro patas se escurrió, como un pez, por entre medio de una verdadera selva de bien torneadas piernas, lanzado en una fuga sin destino.

Entre tanto el argentino, el judío y yo nos habíamos instalado cómodamente sobre un tronco acondicionado como asiento, y pulido por el uso, desde donde podíamos gozar a nuestro antojo de la tragicomedia que comenzaba a desarrollarse ante nuestros ojos.

Por un instante las muchachas permanecieron desconcertadas en sus puestos, pero en seguida reaccionaron y como un hato de gacelas celosas, se dispararon en una multitudinaria y bulliciosa persecución. El Onanista corría como una liebre, cambiando brusca e inesperadamente de dirección cada vez que iba a ser alcanzado, pero como estaba escrito o por escribir (que es prácticamente lo mismo) que antes de morir habría de darse un baño, las mujeres, conocedoras del terreno y desproporcionadamente superiores en número, le tendieron un estridente cerco humano que fue estrechándose hasta culminar con el prófugo acorralado y acezando, el pecho contra el suelo, desde donde fue levantado, transportado en vilo e introducido sin otros pormenores de cabeza en aquella fuente cuyas aguas, de acuerdo al judío, lo harían inmortal.

Sentado, con el agua a la cintura, estuvo en remojo hasta que comenzó a reblandecerse la costra salina que lo cubría. Entonces dos muchachas (premunidas de piedras pómez) iniciaron un prolijo frotado de codos, rodillas y talones mientras una tercera, por medio de un cuchillo de palo, le rasqueteaba los parásitos del lomo. Enseguida fue enteramente jabonado, incluidos cabello

y orejas, para concluir con repetidos enjuagues calientes aromatizados con yerbas y cortezas.

Después lo sentaron en el borde de la fuente, con las piernas colgando hacia afuera, y entre tres le dieron los siguientes retoques: una buena esquilada y afeitada (sin perdonar bigotes ni patillas), y recorte y pulido de uñas. Por fin, bien peinado y aceitado, nos lo entregaron absolutamente irreconocible. Impecable como un cadete.

Recobrada la libertad, y el humor, el Onanista vino a reunirse muy contento, aunque un poco avergonzado, con el grupo de espectadores que continuábamos recostados en el tronco; mientras otro hombre nuevo, pero reanimado con bien distintos métodos, también se unía al conjunto: el repuesto Capitán, que recién a esa hora (dos o tres de la tarde) se reincorporaba en plena forma.

El Onanista, de excelente ánimo, y el Capitán, que no podía estar mejor, se echaron uno en los brazos del otro como dos hermanos que se reencuentran después de años. A mí se me llenaron los ojos de lágrimas mientras el judío los colmaba de elogios.

—¡Ni la estrategia de Nelson ni todo el saber de Sócrates, ni la prudencia de Odiseo podrían compararse a la suma de tus virtudes, Charly! Y todo ello sin considerar tu noble apostura —fueron los epítetos dedicados al Capitán.

E inmediatamente después, dirigiéndose al remozado Vi-gía, le dedicó estos improvisados pero sutiles versos:

*¡Quebrad los espejos del mundo entero
y enturbiad las cristalinas fuentes,
(incluyendo aquella que señala mi dedo)
si no queréis, hijos de la gloria,
que el drama del bello, del bobo,
se cumpla de nuevo.
Porque no ha nacido entre él y tú
luz de las tinieblas
hombre comparable!*

—¡Bravo, aleluya, loados sean quienes mis empañados ojos no alcanzan a distinguir! —aplaudí el Argentino.

Pero su euforia iba a ser rápido y bruscamente interrumpida cuando dos de las muchachas que habían participado activamente en la “purificación” del Onanista se acercaron sin bulla y, suaves pero decididas, le tomaron una de cada brazo para someterle al mismo tratamiento profiláctico, cuya necesidad muy poca gente habría podido poner en duda.

Seguramente querían prevenir un brote infeccioso como tantos otros que, con consecuencias catastróficas, se han producido en estas islas y otras regiones al ser pisadas por el hombre blanco, donde los aborígenes carecen de las defensas correspondientes.

El Ciego, comprendiendo gracias a la reciente experiencia de su compañero que toda resistencia al baño sería del todo vana, se dejó conducir mansamente y luego desnudar sin resistencia. Le sacaron la camiseta y los pantalones, el bastón y los calzoncillos y a medida que iba quedando al desnudo fueron despertándose justificados comentarios y risas por parte de las nativas, hilaridad de la que no estuvo exento el grupo de espectadores que me incluía; y todo ello porque su desgarbado cuerpo estaba completamente cubierto de vellos.

Las nativas, con esa crueldad infantil que las caracterizaba, antes de zambullirlo en la pila lo corretearon llamándolo desde distintos puntos, como en el juego de la gallina ciega; humorada, celebrada por nosotros a la distancia, que hizo sufrir no poco al Argentino, que giraba para todos lados dando literalmente palos de ciego.

Pero si bien esta jugarreta a nosotros nos hacía bastante gracia, a las nativas les parecía el juego más jocoso del mundo, por lo menos a juzgar por las carcajadas y gritos que proferían, agarrándose el estómago a dos manos. Y evidentemente la algarabía fue escuchada y atraído más mujeres, al punto que al poco rato una apretada multitud repletaba la plaza y abucheaba sin piedad al

desgraciado argentino, que permanecía al centro solo y triste como un simio de dos metros.

Pero como cambia la suerte, de la ignominia se levantó sin proponérselo. De pronto los que estábamos mirando desde atrás comenzamos a percibir que paulatinamente las risas y burlas — porque era más lo que oíamos que lo que veíamos— iban siendo substituidas por exclamaciones de admiración ante esa notable particularidad pilosa, sobre todo en comparación con esas mujeres que (como las sirenas) carecían de vellos en los sobacos y en el pubis.

Y de la admiración casi sin pausa pasaron a un frenético entusiasmo.

En un momento, como si hubieran disparado un tiro al aire, se lanzaron en estampida sobre el Ciego, deseando probar, tocar, tener y en lo posible guardar un recuerdo de ese rioplatense que de un minuto a otro subía del lodo al cielo. Ascenso por lo demás tradicionalmente doloroso y del cual el argentino no saldría indemne. Después del “a salto de las diosas”, como lo calificara el sefardita, el argentino lucía numerosas peladuras y hematomas en el tronco y los miembros, pero magullado y todo se había convertido en un ídolo, en el regalón de las nativas, lo que no impidió que igualmente le fuera dado su bien merecido baño, de acuerdo a un procedimiento similar al del Onanista, pero que en este caso dio lugar a un verdadero milagro.

En este punto quisiera destacar dos aspectos aparentemente contradictorios en la conducta de las nativas, sin pretender describir sus costumbres, que por lo demás no alcancé a conocer. Me refiero, por una parte, a esa actitud constantemente juguetona e inocente y al mismo tiempo, y eso es lo curioso, un desarrollado espíritu cívico que podía apreciarse rápidamente, un alto grado de responsabilidad colectiva o, si se quiere, un ejemplar respeto por los deberes y derechos comunales, como supongo puede desprenderse del presente relato. Nada más.

Pero retomemos el baño del argentino, pues deseo referirme sin demora a sus espectaculares resultados.

Cuando lo estaban enjuagando, después de un meticuloso escobillado, se produjo uno de los fenómenos más inexplicables del viaje y de cuantos haya visto yo en mi vida. ¿Cómo ponerlo?

De pronto el Ciego se llevó las manos a la cara, como si le hubiera entrado jabón a los ojos, y profirió un breve alarido que cortó bruscamente el cacareo de las muchachas e instauró un expectante silencio en todo el ámbito de la plaza.

Permaneció así unos instantes, cubierto el rostro y encogida la espalda, y luego lentamente fue bajando las manos hasta descubrirse encandilado y con las mejillas llenas de lágrimas.

Todos los que estábamos alrededor de la pileta, por lo menos sesenta personas, lo observábamos atentamente y somos testigos del portento que refiero. El Ciego, con los párpados entreabiertos, se irguió dentro de la fuente, cuyas aguas por lo visto verdaderamente contenían elementos medicinales, y en seguida comenzó a girar en redondo, como si pasara alucinado revista a la sobrecogida muchedumbre que lo miraba. Nosotros cuatro, digo: el Capitán, el Onanista, el sefar dita y yo, abandonando nuestro desfavorecido puesto de observación (desde el cual veíamos muy poco) fuimos abriéndonos paso con discretos codazos entre la abigarrada muchedumbre, que de mala gana nos despejaba el camino permitiéndonos acercarnos a nuestro amigo, hasta llegar junto a la pileta. Entonces el propio argentino rompió el silencio para dirigirse, trémulo de emoción, al no menos conmovido Capitán.

—¡Charly! —le dijo, mirándolo— ¡Si no te viera no lo creería!

Efectivamente mediante ese sencillo pero eficaz tratamiento profiláctico había recuperado inesperadamente el sentido de la vista. Yo me per signé mientras el argentino, vitoreado por las nativas, hacía abandono de la pileta para precipitarse a los brazos del Capitán y del sefar dita, desde donde a su vez fue arrancado por las mujeres para ser transportado en andas, como un héroe, por todo el poblado.

Poco después, una vez atenuada la euforia del milagro — que tal vez habría que atribuirlo más a la humilde pero enérgica acción del agua con jabón que a algún otro poder superior al orden natural—, nos sirvieron un tardío almuerzo a la sombra de un árbol, sin que todavía tuviéramos noticias de la Generala: lechón asado al palo, camotes salteados y ensaladas surtidas.

Durante ese sencillo pero abundante ágape nos fue comunicado que para esa noche se nos invitaba, formalmente, a un festín en nuestro honor durante el cual seríamos recibidos oficialmente por “Maava”, primera autoridad isleña, a quien hasta ese momento no habíamos tenido oportunidad de conocer.

En ese almuerzo por primera vez la tripulación del Loncomilla me pareció un típico grupo de dicharacheros marinos preparándose para aprovechar lo mejor posible su breve estadía en tierra. El otrora ensimismado Onanista había cambiado considerablemente, como acabo de explicarlo, pero naturalmente conservaba su singular personalidad, vale decir su vocación para bogar siempre contra la corriente. Ahora que estábamos rodeados de gente desnuda se había puesto un recatado taparrabos de badana que no recuerdo de dónde ni en qué momento había sacado. Así a taviado, recién bañado y peinado (para atrás sin partidura) parecía haber rejuvenecido treinta años, y cualquier inadvertido lo habría tomado por un mozalbete de vacaciones en los cálidos y transparentes Mares del Sur.

Ahora no asustaba ni repugnaba mirarlo. Muy por el contrario, todos admiramos su apostura, su constitución atlética y despreocupado aire deportivo. Además se lo notaba contento y comunicativo! Y con un apetito de adolescente que daba gusto.

Recién entonces me di cuenta de la importancia que le correspondía en esta empresa y del cariño que le profesaban sus amigos y que sus opiniones eran escuchadas con interés y tomadas en consideración, particularmente por parte del Capitán, con quién evidentemente simpatizaba; cosa por lo demás nada extraordinaria.

ria, pues el Capitán sabía ganarse el afecto del todo el mundo con su carácter tolerante y ponderado.

Con el sefardita las relaciones del Onanista eran igualmente cordiales, aunque podía adivinarse entre ellos una contenida rivalidad por el liderazgo y las mujeres.

En cuanto al Judío, cuyas pretensiones cabalísticas no se contradecían con las mundanas, no bien llegado a la isla comenzó a preocuparse por su figura, especialmente por ciertos rollos indeseables que le desdibujaban la cintura. Sobre una esterita sentado en el prado se lo veía algo incómodo comiendo con el cinturón ajustado al mismo orificio con que lo usara a los 18 años, cuando fuera preseleccionado para el equipo de pelota vasca, en Bilbao.

Inútil hablar del Argentino que, vuelta la luz a sus ojos, exhibía un entusiasmo contagioso.

Durante ese agradable almuerzo campestre, que habría de ser el primero y último del grupo completo, nos acordamos con nostalgia de nuestra salida de Valparaíso y alegremente del fortuito arribo a la isla de “La Ballena”, pero sobre todo y con razón se habló de la hermosura e interesante manera de ser de las nativas, como de las maravillosas experiencias que en pocas horas habían trastornado para bien nuestros hábitos y estaban cambiando nuestras vidas.

A esas alturas ya identificábamos a muchas de ellas y entre todos nos arrebatábamos la palabra para referirnos cada uno a sus preferencias.

El sefardita había enloquecido por una mulata hechicera que se destacaba por su estatura y curvilíneas formas, aunque en cuanto a lo segundo prácticamente todas eran insuperables. Sin embargo el libidinoso cabalista no se cansaba de describirnos y de comparar cada miembro y hasta los más ínfimos detalles de su “musa”, como gustaba llamarla, a la que también motejaba de “Sacerdotisa del Sexo”, “Faraona de la Noche” y otros nombres no menos rimbombantes.

Afirmaba que la copa de sus ingrátidos pechos y el ancho de sus hombros eran al volumen de sus nalgas y a la envergadura de sus caderas, como su boca era igual a la suma de sus ojos y a la mitad de su vulva prodigiosa.

Estaba dispuesto a jurar, con el Talmud en la mano (y a grito pelado), que sus facciones eran las mismas de Afrodita, cuya efigie había visto y apreciado detenidamente durante una pasada por Atenas, y que “sus proporciones aureodivinas le habrían ahorrado mucho trabajo a don Leonardo, quien no hubiera desperdiciado su valioso tiempo inmortalizando a una ma donna cuya enigmática sonrisa no revelaba ninguna otra cosa que una inmensa insatisfacción de sus apetitos carnales”.

El Onanista, muchísimo más parco, pero no menos sensible a los encantos femeninos, terminó confesando su predilección por una joven de aspecto angelical, pero con unos labios africanos que parecían hechos para el beso. La “Bella” mantenía siempre los ojos perdidos en un difuso más allá, como si para ella nada en el mundo justificara su atención, puesto que por su increíble hermosura le bastaba respirar para ordenar el universo en torno a su persona. Y por muy poco no tenía razón. Era una auténtica diosa.

El Capitán, ecuaníme como siempre, estuvo de acuerdo con ambos y agregó que jamás había visto tanta belleza reunida; dijo que en Oriente había conocido mujeres hermosísimas, “pero son bellezas estilizadas, retocadas, éstas en cambio no se pintan la cara ni remodelan la figura con armazones de alambre ni barbas de ballena; se exhiben sin afeites ni vergüenza al natural y esa misma sencillez les confiere un fresco de scuido que resulta particularmente encantador”. Criticó la pretenciosa sofisticación que los hombres le han impuesto a las mujeres y sostuvo enfáticamente que en Europa sólo podía rescatarse a las gitanas, y que había que acercarse a Filipinas para encontrar mujeres que valieran la pena. Pero a pesar de ciertas presiones, principalmente por parte del argentino, se negó a admitir estar interesado por alguna en especial, “aunque todas y cada una de ellas bien merecen ser llevadas al altar”.

—Son demasiado jóvenes para mí —terminó diciendo—, que no me queda mucho por navegar.

El argentino, que recién ahora podía disfrutar de tal paisaje y que parecía decidido a recuperar el tiempo perdido, dijo estar dispuesto a “hacerles el favor a todas y repetirles el plato cuantas veces quisieran”. Evidentemente que después de haber vivido solo en Galápagos, entre tortugas e iguanas, e igualmente solo en los manglares quién sabe cuánto tiempo, y luego dos años en el Loncomilla sin vernos más que a nosotros, y medio borrosos, hasta la bruja Carballo, cara de caballo, habría sido un bocado apetecible para él.

Pero si bien es cierto que el tema de las mujeres (sobre todo desde el punto de vista anatómico) fue el principal durante el almuerzo, también se hicieron algunas conjeturas acerca de la extraña ausencia de hombres en la isla, pues aparte de nosotros mismos, del sexo masculino sólo habíamos visto uno que otro niño. Y ninguno mayor de diez años. Sobre el punto se impuso una sencilla explicación del Capitán: dijo que era costumbre en la Polinesia que los hombres se embarcaran por períodos relativamente largos; días, semanas y hasta meses enteros en expediciones de pesca o explorativas, o simplemente en visitas, ya fueran amistosas o bélicas, a otras islas perdidas en la inmensidad del Pacífico.

Para ser absolutamente franco, a ninguno nos inquietaba demasiado el paradero de tales caballeros.

—¡Probablemente se encuentran en un interesantísimo viaje alrededor del mundo! —dijo en broma el Judío, expresando cabalmente el sentir general del grupo.

Terminado el almuerzo el Capitán encendió su pipa y los cinco nos echamos en la hierba a bajar la comida y no mucho después dormíamos la siesta a pierna suelta.

25. Una fiesta memorable

Antes del ocaso, alrededor de las siete, ya estábamos de regreso en el barco arreglándonos para el banquete de la noche. La típica fiesta antes de la fiesta: los innumerables cambios de ropa buscando el traje más apropiado, la delicada elección de los perfumes, el betún *Leather & Saddle* (sic) en los zapatos, el trazado de la partidura (impeccable como un sablazo en el cráneo), las hebillas, los encajes, los puños y cuellos falsos, en fin las mil y una maneras de poner de relieve la masculinidad y seducir con formas, colores, aromas y texturas suaves, suertes y artificios en los que el capitán se reveló un maestro consumado.

Las cuatro cámaras y pasillos del Loncomilla se cubrieron de ropas tiradas en el piso o amontonadas sobre las mesas, camas y sillas. De los abiertos armarios y anaqueles brotaron, como por encanto, rumas de zapatos, calcetines, camisas y chaquetas. Saltaron las pesadas tapas de los baúles, cuyo contenido siempre es un misterio, y esta vez salieron, pasados a naftalina, gran surtido de sombreros, polainas, portaligas, corbatas de seda y translúcidos pañuelos con diversos motivos y colores; y hasta un cofrecillo repleto de pulseras, prendedores, aretes, anillos y colleras de oro y concheperla.

Cualquiera que hubiera subido esa noche febril a bordo habría pensado que formábamos una compañía teatral en gira por el océano presentando la tragicomedia por los podridos tablados isleños. Efectivamente esa noche la cabina bullía como las bambalinas de un teatro, con toda su enervante actividad previa al estreno.

En una frágil mesita de arrimo, atornillada en el vestíbulo que comunicaba los cuatro camarotes, se había abierto un bar del que podía elegirse a discreción ron de las Antillas, whisky escocés, pisco peruano y vino blanco de Lontué, o servirse (desde su respectiva cajita de madera) un habano o un rubio de Virginia.

Estaba allí, a disposición también, la decorada tablita de rapé del Capitán, que era una genuina pieza de colección, y que según él «había pertenecido a Luis XVI».

A la caída del sol, como para que no fuéramos a olvidar nuestro compromiso, comenzamos a escuchar desde la costa un par de tambores que parecían dialogar. Y a veces, cuando la brisa soplaba desde esa misma dirección unas voces femeninas, como si un coro de sirenas estuviera aclarándose la garganta.

El sefardita, con un tutú rosado luciendo sus gruesas pantorrillas, corría de una cámara a otra ensayando las cinco posiciones del ballet y otros pasos improvisados, mientras recordaba en alta voz su “estrategia de asalto y toma de la musa de acuerdo a un plan detallado y probadamente eficaz”. Si mal no recuerdo: “uno, levante por el talón el perfumado pie de la dama para besarlo en la planta. Dos, con devota gratitud, flagele su propia espalda para sancionar sin ninguna compasión la inmerecida osadía anterior. Y tres, haga una descripción apologética e *in-extenso* de las cualidades tanto físicas como espirituales de la pécora cuyos favores se pretenden”.

Pero, diga, ¿qué hacía yo, Alfredo González, en medio de toda esa parafernalia mundana? Difícil de explicar. En todo caso, como de la noche a la mañana me había hecho a la mar con muy poca ropa y con el paso del tiempo esas pilchas habían quedado reducidas a un par de pantalones parchados y dos camisetas agujereadas, no tenía mucho donde elegir y tuve que aceptarle al Capitán una camisa decente, pantalones, calcetines y zapatos blancos y, como nunca he sido muy fijado para vestirme, fui el primero en estar listo más que conforme con mi impecable tenida dominguera.

Al rato apareció el argentino con una estrafalaria capa de arzobispo, o similar, negra por fuera y fucsia por dentro, y con las repujadas botas hasta la rodilla que mucho antes intentara arrebatar al moribundo Capitán(11); indumentaria que en su conjunto le

(11) Ver Capítulo XVIII

confería un aspecto de atrabiliario mosquetero, pero que sin embargo a él lo dejaba muy conforme; y radiante de alegría vino a reunirse conmigo en el vestíbulo, junto a la mesita.

—¡Salud! —me dijo, vaciando de un sólo trago una copa.

Poco después (entonando los últimos compases del Ocaso de los Dioses) se presentó el judío, que había cambiado el tutú por un sayal de lino hasta los tobillos, tan rudo que parecía haberlo heredado directamente de Abraham o de algún anacoreta del Antiguo Testamento. Y si el traje del Ciego me pareció estrafalario éste, de todo punto de vista, lo juzgué inadecuado; recordaba antes a una mortaja que a un vestido de gala.

Es curioso que siendo como era el Sefardita, un hombre adinerado, hubiera elegido esa tenida miserable, tan humilde como las alpargatas con que se había calzado. Aunque pensándolo mejor, de qué podría disfrazarse un millonario sino de mendigo, la dueña de casa de prostituta, el sacerdote de satán y así siguiendo cada uno de su contrario y secreto anhelo.

He pasado por alto un pequeño detalle, estúpido si se quiere, pero preferir o no omitir nada que pueda hacer perder coherencia a mi relato. Comparé oportunamente los preparativos de la fiesta con la bohemia de un grupo histriónico, pero en realidad, después, como si cada uno necesitara recogerse para prepararse a su manera, los cuatro se encerraron en sus respectivas cámaras y desde allí fueron saliendo con sus trajes definitivos.

El mentado Onanista, por ejemplo, apareció en cuarto lugar con una bata de seda negra, zapatillas de ese mismo color y un cinturón de género amarillo que le daba dos vueltas a la cintura y se anudaba al vientre. Estaba muy elegante, solemne, casi fúnebre en su enlutado, pero con un peinado tan extravagante (todo el pelo tomado arriba de la cabeza en un moño) que se diría que una mano invisible lo llevaba colgando como a una marioneta.

El sefardita sirvió una ronda de pisco y los cuatro que ya estábamos listos brindamos deseándonos éxito mutuamente, aunque el Onanista, que durante el almuerzo había estado tan comu-

nicativo, comenzaba a recobrar su habitual mutismo. Me pareció demasiado serio, severo, como si en lugar de prepararse a una fiesta se dispusiera a un funeral. En cambio el judío y el argentino no cesaban de hablar de las isleñas y de sus eventuales conquistas durante el banquete.

Para esa hora hacía rato que se había hecho de noche y el resonar de los tambores era cada vez más intenso y apremiante. Ya no era uno o dos modestos tamborcitos sino atronadores timbales y bombos. El argentino se asomó por una claraboya y nos invitó a mirar lo que veía. Todos nos precipitamos: abajo el agua oscura y brillante y más allá, en sombra, la montaña apenas visible contra el cielo. Pero no era eso lo que había llamado la atención del ex-ciego sino unas luces, antorchas probablemente, que agitaban y desplazaban a la carrera por la playa. ¡La función estaba comenzando!

Impacientes (el “Mosquetero”, el Sefardita y yo) cortábamos las huinchas por partir y para qué voy a negar que estábamos nerviosos. Es lo que siempre pasa antes de las fiestas, como antes de una batalla, cuando se triplican las posibilidades de un encuentro importante, fatal incluso, o potencialmente capaz de cambiar nos radicalmente la suerte.

—¿Charly? —llamó el judío, golpeteando suavemente la cerrada puerta del Capitán—: ¡Las glándulas secretan desafordadas sus hormonas y los músculos se nos agarrotan de ansiedad por el combate!

—¡Ya voy! —contestó desde adentro el retrasado.

Sin embargo pasaba el tiempo y no veíamos la hora de partir. Por un momento yo habría jurado que no saldría jamás. El ex-ciego acercó su oreja ultrasensible a la puerta e informó que del otro lado el Capitán estaba “librando su propia y secreta batalla sentado a la bacínica”. Paciencia, aconsejó.

Regresamos al bar donde se comentó poco menos que a gritos la situación (¡quíténle la clisobomba!) (12), exprofeso para incomodar a quién necesitaba concentración. Pero al final el sefardita, que era el más gritón, puso término a las bromas con una máxima muy celebrada: “¡Después de todo, dijo, más vale capitán que sabe sentarse a tiempo que el que procede en mitad de la contienda!”

Pero al fin se abrió su puerta y apareció el Capitán, agradeciendo nuestros espontáneos aplausos, imponente como un mandatario en su antiguo pero impecable uniforme de oficial, rutilante de botones, charreteras y condecoraciones: la Orden al Mérito, la Cruz de Malta, la medalla y cinta de la Hermandad de la Costa, el Bauprés de Oro de Talleres del Mar y la estrella de la Unión Latinoamericana.

Abandonadme ahora a mi chochera senil pues, contra los mejores consejos de los más amenos narradores, demoraré mi relato para describir en este párrafo la indumentaria del Capitán: gorra blanca con un ancla almirantazgo encima de la visera de Carey, chaqueta azul con filigranas de oro en los puños, cuello y solapas; cinturón de cuero blanco con un caballo alado en relieve sobre la hebilla de bronce y, pendiendo de esa correa, los guantes y un espadín de ceremonias con el escudo de la familia engastado en el pomo de la empuñadura; pantalones azules, como la guerrera, pero con una guarda de botones rojos por la costura exterior y, por último, un zapato negro, lus trado a la perfección con betún, escobilla y trapo. ¡No le faltaba más que el pedestal inscrito de los próceres inmortalizados en granito!

—¡Muchachos —dijo, cuadrándose al frente—, propongo un templecito antes de abandonar el barco!

(12) Según el sefardita, el Capitán padecía desde hacía muchos años de una enfermedad incurable y poco conocida: la “Hidroanalia”, que debía tratarse diariamente con lavados intestinales por medio de una sofisticada lavativa que recibe el nombre de “Clisobomba”. Nota del texto original.

Un vibrante “¡hurra!” se escuchó a dos voces en el vestíbulo.

Regresó entonces el uniformado a su camarote para volver con una cajuela de ébano enchapada de donde sacó una especie de caluga de madera que depositó cuidadosamente sobre la mesa.

Dos cabezas (la del judío y la del argentino), como dos satélites desorbitados chocaron en el aire, mientras sus narices olisqueaban con respeto ese curioso palito, como si fuera una astilla de la Cruz u otra reliquia de valor incalculable que en esa hora feliz sacaba a relucir el lisiado.

El Capitán, desplazado por el impetuoso avance de los curiosos, desenvainó su espadín para recuperar su lugar y luego, verificando con la yema del pulgar el filo del arma, cortó de la maderita, con la precisión de un joyero, una muesca del tamaño de una arveja.

—¡Una pipita! —exclamó, como si olvidara algo.

Giró en consecuencia sobre su pata y desapareció nuevamente para regresar, tal como lo anunciara, con una pequeña pipa cerámica en cuya minúscula cazoleta depositó la muesca y le acercó un fósforo encendido, aspirando como si fuera el mejor tabaco.

La cachimbita comenzó a circular de boca en boca y en algunos minutos una cierta embriaguez se apoderó de mi cuerpo y mi cabeza, alterándome las perspectivas. El vestíbulo se me hizo angosto y el techo, aunque era suficientemente alto para el sefardita, se me vino encima, y los imperceptibles movimientos del barco me obligaron a buscar apoyo. De pronto, después de la tercera o cuarta vuelta (y de la segunda pipa), sentí que los cuatro estaban observándome, y no me gustó nada, pero en seguida me miré los zapatos y pensé que se fijaban en eso, porque me que daban chicos, y entre llorar o reír preferí reírme, primero de mis zapatos blancos y luego de sus tenidas, y por último por cualquier o ningún motivo, de puro gusto, hasta rodar literalmente por el piso.

En fin, antes de desembarcarnos (como para terminar nuestros preparativos con un truco macrobiótico), el Capitán echó mano

de una segunda y última cajuela de lata redonda, amarilla y con un ingenioso mecanismo giratorio en la tapa para expender una especie de semillitas negras compuestas, según se encargó de informarnos, de doce sustancias naturales: reglisse, cachou, glucosa, esencia de menta y otros ocho extractos medicinales para combatir los gases y refrescar el aliento (!).

Así ataviados, bien perfumados y entonados abordamos el chinchorro justo cuando la luna, como una hostia, comenzaba a levantarse por encima del monte.

A pesar de la borrachera, igual que siempre yo me hice cargo de los remos, pero me parecían más pesados y largos que nunca y cada palada me significaba gran trabajo, como si el agua estuviera viscosa; y comencé a sentir el esfuerzo en los brazos, en las piernas y la espalda, y la respiración se me fue acelerando y el corazón me llegaba a retumbar en el pecho, como los tambores que se oían desde la isla.

Y ese breve recorrido, que en condiciones normales no me hubiera tomado más de un minuto, se me hacía interminable, como si no avanzáramos, como si el botecito ("el Quiltro", se llamaba) flotara en mermelada y, aunque parezca mentira, yo que he doblado tres veces el Cabo me mareé como un turista en esa poza.

Y mientras remaba podía ver al Capitán, sentado a popa al frente mío (tieso para no arrugar el uniforme), severo en su investidura de embajador castrense en visita oficial a esta isla perdida, como si sobre sus hombros pesara la responsabilidad de representar ante ese pueblo primitivo los valores de una civilización lejana, avanzada y poderosa.

El judío y el argentino iban a proa, de manera que no podía verlos, pero sí escuchar su permanente parloteo. Se diría que para ellos la fiesta era un simple pasatiempo, una reunión destinada únicamente a la diversión, una ocasión propicia a la conquista amorosa, para el libre acercamiento y roce de pieles, desprovisto de todo compromiso serio. Y probablemente tenían razón, pero

yo me sentía excluido de su humor y el Capitán tampoco lo compartía. La Generala, que había preferido permanecer a bordo, ya los habría parado, pensé.

Entonces, nunca me lo hubiera esperado, el Onanista (que iba sentado justo detrás mío) me propuso cambiar de puestos. Yo di vuelta la cabeza para agradecerle e inmediatamente nos paramos para intercambiar lugares cuidando que no hiciera agua el pequeño “Quiltro”. Nos levantamos a firmándonos uno en los hombros del otro, yo tomé su sitio y él se instaló en la bancada del centro y se hizo cargo de los remos.

Cuando por fin llegamos a la playa fuimos recibidos por una pequeña comitiva, que seguramente nos esperaba hacía rato.

—¡Aloha! ¡Aloha! —nos saludaron, haciendo relucir en la obscuridad el esmalte de sus dientes.

—¡Aloha! —respondimos nosotros, que ya habíamos aprendido el uso de ese vocablo útil para casi todo lo bueno, positivo o alegre y que, como un comodín, significa según las circunstancias buenos días, buenas tardes, buenas noches, bien venido, buen viaje e incluso te amo.

La comitiva se componía de cinco gentiles muchachas (entre las cuales no estaba ninguna de nuestras “amigas”) que tomándonos de la mano nos condujeron a través del ya conocido sendero, señalándonos aquí y allá las ramas bajas y las raíces protuberantes para evitarnos chocar o tropezar, pues como la vereda iba bajo la fronda de los árboles, apenas atenuaban las tinieblas un farolito de papel que portaba la joven que abría la marcha (junto al judío) y otro similar con que nos alumbraba la última que, cerrando la fila, acompañaba al al Capitán.

Ahora que atravesábamos la tupida foresta, entre la playa y la aldea, podía escucharse mucho más claramente el incesante tamboreo, que al parecer provenía de la fiesta, pero evidentemente había algunas intérpretes confundidas con la espesura, pues el inquietante retumbar no sólo nos llegaba por delante, sino que a

veces surgía y desaparecía rápidamente (como señales codificadas) un redoble a la izquierda o a la derecha y, sin tardanza, el eco del mismo en el lado contrario.

Por medio de gestos y monosílabos yo intentaba obtener explicaciones de mi acompañante, pero ésta se limitaba a decirme que sí, moviendo la cabeza, y a repetirme “*a pee mai ia’u*” (sic), que quiere decir (más o menos) sígueme, y —con cierto énfasis— con la boca cerrada.

Y ese breve y ya recorrido camino también se me alargó enormemente, en alguna medida debido a lo tomado y fumado a bordo antes de partir, pero más que nada porque todo el grupo debía acomodar el paso al lerdo que imponía nuestro derrengado Capitán. Pero a diferencia de la travesía de la laguna ésta no me causaba ninguna ansiedad pues, en lugar de apretar los fríos y húmedos remos, cerraba en mi derecha la mano suave y tibia de la muchacha que, amable y segura, me guiaba como un ángel de la guarda en esa noche festiva.

No mucho después ingresamos al pueblo, iluminado irregularmente por algunos faroles colgando de los aleros de las chozas y, naturalmente, por las dos linternas que llevaba nuestra comitiva. Cruzamos por un costado de la ahora de sierta plazoleta donde estaba “la fuente de la eterna juventud” y salimos, poco más allá, a un potrerrillo arbolado, contiguo a las últimas construcciones por el lado del cerro, donde estaba dispuesto el banquete.

Pero tendré que, contra mi voluntad, detenerme aquí un momento, no con el afán de apartarme innecesariamente de nuestro tema, ni de prolongar artificialmente mi relato, sino por el contrario para encontrar la mejor forma de continuarlo.

Considero si no indispensable por lo menos conveniente formarse una idea lo más aproximada posible del lugar elegido por las nativas para celebrar esta fiesta, debido a los determinantes acontecimientos que durante la misma iban a desarrollarse. Pero en este momento soy incapaz de agregar otra palabra sin antes

develar, como un último recurso, ciertas debilidades. Ya me habrá captado suficientemente quien, a gusto o desganado, ha podido seguirme hasta aquí como para que ahora intente disimular mi humilde extracción, sobre la cual no tengo intenciones de extenderme ni inconvenientes en reconocer; pero desgraciadamente dicha condición y mi consecuente ignorancia, en este preciso caso, resulta difícilmente compatible con mis necesidades expresivas.

Creo haber informado que nací en Chiloé y que antes de embarcarme en el Loncomilla apenas podía leer y firmar con dificultad y ahora me encuentro, sin saber muy bien por qué, refiriendo este viaje de locos y ante la enorme dificultad, que lo diga un experto, de llevar al escrito el ambiente de una fiesta indescriptible, durante la cual habría de presenciar los luctuosos hechos que me propongo narrar.

Ponedme a bajar una vela en medio de un temporal, mandadme a desatar un cabo al tope del mayor y sabré cumplir mi cometido como el mejor. De la misma manera para esta tarea se requiere de una formación y práctica específicas y son insuficientes las buenas intenciones de un inspirado pero ignorante aficionado como este servidor.

Hechas estas aclaraciones (para más de algún versado innecesarias) espero que al menos se aprecie, si no mi oficio, el esfuerzo y la honestidad y, finalmente, que el hombre juicioso sepa perdonar deficiencias estilísticas para sacar alguna enseñanza de lo dicho hasta aquí y sobre todo de lo que viene a continuación.

El potrerrillo (como toda la aldea) ocupaba un pequeño claro en el bosque que se extendía prácticamente desde la misma playa hasta casi la cima del monte que formaba la "joroba de la ballena". Unos cuantos árboles y un hermoso prado natural hacían de este bello paraje un espacio especialmente adecuado para sacar, durante la fresca de la mañana, a los niños chicos y recién nacidos a tomar el sol, como para que la juventud se recreara jugando a la pelota o escondiéndose y persiguiéndose al caer la tarde.

También se habría prestado magníficamente para que los viejitos retirados se pasearan o buscando la sombra de los árboles se apoltronaran a gozar de la temperatura y del canto de los pájaros. Era también, ese bucólico jardín, el sitio perfecto para que los enamorados se encontraran y retozaran libremente en la mullida hierba. Pero cuando nosotros lo conocimos (alrededor de las nueve de la noche) obviamente estaba oscuro, de manera que había sido primorosamente iluminado con una enormidad de farolitos que colgaban de las ramas de los árboles y que le conferían a la fiesta un aire entre carnavalesco y navideño.

Provenía luz también de cinco o seis apreciables fogatas, en cuyas apartadas brasas se asaban chivos, gallinas y patos y en torno a las cuales se agrupaban, no por frío sino atraídas por el encanto de las llamas, la mayoría de las muchachas, muchas de las cuales ya bailaban suavemente, próximas al fuego, o se afanaban en los últimos preparativos culinarios: trayendo y llevando fuentes de ensaladas, frutas y bebidas frescas y alcohólicas.

El ambiente estaba ya bastante animado bajo el continuo estímulo de una orquesta que se encontraba ubicada bajo un frondoso árbol, llamado Tipanie, que estaba en plena floración.

Ocho o diez muchachas (como todas muy jóvenes y buenas mozas) conformaban esta banda entusiasta que, con sorprendente virtuosismo, ejecutaba alegres canciones con sus instrumentos de viento, cuerdas y percusión; sin mencionar, por ahora, sus cualidades vocales.

En lo que a vientos se refiere me pareció reconocer, con algunas modificaciones, a la quena andina, la zampoña, de misma cuna, y la flauta dulce o de pan; la ocarina (de greda) y el simple y popular silbato que, aunque puede dar una sola nota, más o menos larga e intensa según la oportunidad y sensibilidad del ejecutante, agrega al conjunto un matiz alegre que incita al baile.

Las cuerdas se componían de distintos tipos de guitarras: dos de pequeño tamaño y de sólo cuatro cuerdas (que las emplea-

ban sobre todo para llevar el ritmo) y dos muy similares a la clásica española, pero con la caja particularmente delgada, y por último una muy grande, como el guitarrón de los mariachis, con una cantidad de cuerdas de distintos largos y grosores que no tuve el cuidado de contar.

La percusión, que tenía mucha relevancia en el conjunto, se dividía básicamente en tres tipos de tambores: unos pequeños y ensamblados de a dos, de a tres y hasta de a cinco, que afinaban constantemente acercándolos o alejándolos del fuego; otros más largos y gruesos que percutían, colgados del cuello, por los dos extremos, y un gran bombo que ejecutaba la simpática zunquita que el día anterior se había bañado con nosotros en la laguna y puesto en ridículo a nuestro profesor de natación, y que ahora parecía ser la directora de la orquesta. A todo ello habría que agregar un largo y pulido tronco hueco que podía ser percutido por una, dos o más personas y una infinidad de sonajas, raspas, matracas, calabazos, maracas, panderos, chicharras y otros incontables cachibaches que, cuando la fiesta estuvo en su apogeo, pasaron a las manos de la concurrencia.

Cuando nosotros aparecimos en el potrerillo la manquita levantó su baqueta y la música se detuvo instantáneamente, al mismo tiempo que cesaban las conversaciones, risas y bailes. En ese momento, o quizás un instante antes, las cinco chicas que nos acompañaban nos soltaron la mano, li brándonos a nuestra suerte, mientras ellas sin decir una palabra desaparecían entre la muchedumbre; y por el espacio de un minuto todo el mundo permaneció fijo y callado en su puesto. Nosotros observando incrédulos ese gentío reunido en nuestro honor y ellas por su parte mirando, tanto o más sorprendidas, a esos cinco personajes de novela que no había manera de encajar en esa no menos excéntrica fiesta. Pero una vez cumplido ese minuto de tenso silencio, un multitudinario movimiento de mujeres abrió un camino desde el punto en que estábamos parados hasta el centro del potrerillo, donde sobre una

tarima baja y rectangular se encontraba sentada, como un Budha asexual e inexpresivo, una mujer de mediana edad y voluminosas proporciones en quien inmediatamente reconocimos a Maava, la reina de la “isla de la ballena”.

—¡Ustedes adelante! —dijo por lo bajo el Sefar dita, empujando por las costillas al Capitán y al Onanista.

El Capitán asintió con un leve movimiento de cabeza y, flanqueado por el Onanista, ocupó resueltamente la vanguardia de nuestra pequeña columna. El judío y el argentino se ordenaron en la segunda fila y yo, de acuerdo a mi rango, cerré la formación. En ese orden avanzamos lentamente entre ese gentío silencioso, como una especie de cortejo nupcial (con novios, padrinos y un monaguillo) que por el centro de la iglesia va al encuentro del sacerdote para sellar ante el Altísimo su compromiso.

En cuanto al oficiante (en esta ocasión esa verdadera ballenita morena), con las piernas cruzadas sobre su altar de madera, permanecía inmutable mientras nos acercábamos, completamente dueña de sí misma en medio de su colmena.

Cuando estábamos a mitad de camino, el judío le susurró al Capitán que debíamos haber pensado en algún regalo, “para adular a la gorda”. El Capitán le hizo un breve ademán para tranquilizarlo y continuó avanzando, tan seguro como en los viejos tiempos y como la propia reina, hasta detenerse a pocos pasos de ella.

La mujer, como la inmensa mayoría de las jóvenes, estaba completamente desnuda y lucía sin vergüenza su corpacho brillante, aceitado de los pies a la cabeza. Sus rasgos, si bien carecían de la perfección de los de sus súbditas, eran típicamente polinésicos (en realidad ella era la que mejor coincidía con las características de esa raza): la piel morena, los ojos pequeños, oscuros y rasgados, los labios gruesos y la nariz ancha y chata; el pelo negro y liso, tomado detrás de la nuca en un moño similar al de nuestro extravagante vigía, y un cuello corto y robusto que apenas le separaba la cabeza de su pecho generoso.

Inmensa la señora descansaba sobre su amplia popa, de donde apenas sobresalían sus muslos gelatinosos y sus rollizas pantorrillas.

El momento era tenso y solemne. Yo jamás había asistido a una ceremonia de esta naturaleza y estaba nervioso, pero tenía fe en el Capitán que había adquirido mucha experiencia a lo largo de su carrera, y no iba a defraudarme.

¿A quién correspondería la primera palabra? ¿Seríamos aceptados por la mofletuda soberana o expulsados, después de todo, como una banda de piratas?

Afortunadamente no iba a esperar demasiado para despertar ambas incógnitas. El Capitán, con un aplomo envidiable, introdujo una mano en uno de los bolsillos de su guerrera y sacando un cofrecillo de marfil amarillento se lo entregó al Onanista. Este dio unos pasos y haciendo una reverencia hizo entrega del regalo mientras el Capitán, con su mejor voz de barítono, decía: “Excelencia, háganos el favor de aceptar este sencillo presente, como símbolo de nuestra dócil amistad”.

La mujer tomó el cofrecito, lo abrió sin dificultad, y sacando de su interior una bella sortija la introdujo con indisimulado gusto en su anillo izquierdo. Estiró a continuación, visiblemente satisfecha, su brazo para mejor apreciar su mano joyada y luego comenzó a girarla con un movimiento no exento de graciosa coquetería a fin de exhibir el anillo a las nativas más próximas a la tarima. En tonces habló.

—Eres bienvenida General (lo trataba de tú, errando el género) y bienvenidas tus compañeras que han cruzado contigo el «continente» (el mar).

Hablaba un pésimo Castellano, pero se daba a entender. En todo caso lo más importante era que habíamos sido admitidos, en gran parte (presumo) debido al oportuno presente del Capitán. Además, sus conocimientos de nuestra lengua facilitarían enormemente la comunicación con esa comunidad.

El Capitán se inclinó caballerosamente, dedicándole una sonrisa aun bastante entera. La soberana, a todas luces bien impresionada por el porte del oficial, inclinó tiernamente la cabeza y le devolvió un tanto sonrojada la sonrisa. Y enseguida, dejando caer la cabeza hacia atrás, rió con gran espontaneidad; hilaridad a la que se sumó (por precaución) el piquete de viajeros que me incluía tanto como la siempre dispuesta corte femenina, al tiempo que la orquesta acometía una rítmica canción (que perfectamente pudo tratarse de su himno nacional), inaugurando definitivamente la fiesta.

El Capitán fue invitado a tomar asiento a la diestra de la señora, sobre un pulido taburete de una pieza que una mano atenta deslizó entre sus nalgas y la tarima. El Onanista, el judío y el argentino, en ese mismo orden, ocuparon la otra banda y a mí me ubicaron junto al Capitán, como si fuese su ordenanza.

No bien estuvimos relativamente acomodados, sentados con las piernas cruzadas como los indios, una diligente servidumbre fue instalándonos delante la más opípara y deliciosa cena.

¡Qué alegría sentarse a una “mesa” tan hermosa y exquisitamente servida! Bastaba respirar y abrir los ojos para que a uno se le aguara la boca de sólo oler y mirar las fuentes colmadas de jugosos cochinitos, gallinas enjundiosas, patos asados, langostas y grandes trozos de albacora frita y colitas de camarones con ají. Y huevos duros con mayonesa y abundantes mariscales con cebollita y cilantro picado.

Plátanos, piñas, cocos, duraznos, guayabas, mangos, melones y sandías formaban coloridas rumas que adornaban la mesa, pero las salsas picantes estaban más cerca y los picadillos de ajo, cebolla y tomates, con abundante aceite, se ofrecían sin cilantro como el causeo, pero con otras yerbas buenas quedaban tan sabrosos como el pebre.

El jurel lo preparaban arrebozado y frito, como se hace el congrio. La corvina la asaban, igual que en San Antonio y el atún lo cocían envuelto en hojas, como el sureño curanto. El ceviche de

jaiva estaba de tres chupetes, como decía mi padre, macerado en limón desde la víspera y fue lo primero que atacamos, tanto por gusto como para combatir el escorbuto.

De dónde salían tal variedad de peces, verduras y frutas, muchos de ellos supuestamente desconocidos en estas latitudes, a nadie se le ocurrió preguntarlo, ocupados como estábamos en zamparnos las machas y choritos crudos y los retostados tutos de los plumíferos con cuero.

Pero quizás nos hubiera sido imposible comer tanto si todo ello no hubiera estado bien regado, porque entre bocado y bocado brindábamos con una especie de sidra parecida a la de manzana, pero más oscura y digestiva y menos diurética. Excelente.

Y mientras literalmente nos ati borrábamos, como si hubiéramos pasado semanas sin probar un sólo bocado, disfrutábamos de la música orquestada y de las canciones que hasta a tres y cuatro voces coreaban las más animadas, así como con el baile de otras tantas impulsivas que, con el ritmo en la sangre, antes de haber terminado la cena ya danzaban alegremente cerca de la orquesta y entre las comensales.

Un numeroso grupo de adolescentes, que estaban comiendo cerca nuestro, se reían a hurtadillas de nuestra exótica apariencia y de vernos masticar sin tregua, como verdaderos heliogábalos. Maava, que era de tan buen apetito como lo hacían suponer sus proporciones, estaba también gozando de lo lindo y llevaba el ritmo con la cuchara, y con su poderosa mandíbula, y cuando ella como nosotros estuvo medio abotagada le hizo una seña a una de las chicas del servicio, la que sin tar danza le trajo una fuente vacía.

La soberana se la puso debajo de la barbilla y metiéndose una mano a la boca devolvió casi todo lo que había tragado para enseguida continuar comiendo de esos inacabables manjares. Similares azafates nos fueron ofrecidos a continuación a cada uno de nosotros y para no desairar a la reina, y también porque deseábamos probar todos los platos, seguimos sin hacernos de rogar su curioso ejemplo.

— Una costumbre tan sana como antigua — comentó el Sefardita.

Para esa hora el baile se había extendido como un incendio y las muchachas parecían deseosas de mostrarnos su habilidad y la belleza de sus danzas autóctonas. En un momento se hizo una pausa y luego dos tumbadoras iniciaron un rítmico diálogo. Como los payadores se contestaban y proponían nuevos y cada vez más difíciles cambios, y cuando las manos parecían desaparecer en los rapidísimos redobles las intérpretes dejaban escapar sensuales quejidos y se lanzaban mutuamente de saños. Y cuando ese singular duelo alcanzaba el paroxismo la manquita atacó con el bombo y en la frase siguiente entraron las guitarrillas rítmicas empujando a la bordona a un punteo melódico.

Las bailarinas se ordenaron en dos círculos concéntricos que giraban en sentido contrario, como si no tocaran el suelo, en un torbellino progresivo. Para este baile particular, las muchachas se habían ataviado con unos pollerines confeccionados con fibras vegetales que volaban al girar y producían un susurro muy agradable.

El público (que hacía las veces de coro) y la orquesta encontraban en la manquita una directora estricta y vivaz que, con su único brazo y baqueta, daba carácter al conjunto destacando un instrumento u otro o enfatizando las voces, como un consumado maestro.

Sin embargo al principio las bailarinas parecían un tanto cohibidas por nuestra presencia, pero cuando se dieron cuenta que nosotros estábamos gozando como chinos con el espectáculo sus movimientos se fueron soltando más y más, pero sin perder la armonía.

Todas poseían un sentido del ritmo espléndido y se movían con una gracia que daban ganas de imitar, sin que evidentemente ninguno de nosotros tuviera la menor posibilidad de éxito.

Cuando la luna apareció por encima de la copa de los árboles, iluminando el banquete como un aquelarre, los dos círculos se abrieron en dos filas que integraron prácticamente a todo el mundo y que culebreaban por el potrerrillo cruzándose de mil maneras sin enredarse jamás, como si hubieran ensayado.

Transportadas por el ritmo, las muchachas habían dejado de preocuparse de esos cinco viajeros que las miraban boquiabiertos, porque el espectáculo era tan endiabladamente atrayente que, como decían antiguamente, en Talca, París o Londres habría despertado la misma admiración.

A todo esto nosotros todavía continuábamos atrincherados en la tarima de la reina, hasta que un numeroso grupo de muchachas vino a instalarse encucilladas formando una medialuna delante de esa suerte de tribuna y, todas a una, comenzaron a golpetear rítmicamente con las manos en sus muslos o directamente en el suelo, lentamente primero y más rápido después, en un “in crescendo” muy excitante.

De pronto se les unió un tambor que redobló la cadencia y cuando el ritmo alcanzó gran velocidad saltó imprevistamente a la pista la “Faraona”, que traía como único atuendo un collar cuyas cuentas (dientes de tiburón) parecía que fueran a clavar se en sus túrgidos pechos.

Este número espontáneo causó mucho revuelo en la tribuna, particularmente entre nosotros y específicamente en el judío, que le refulgían los ojos mientras la doncella llevaba el compás con los pies sobre la hierba, las rodillas semiflectadas, las caderas ondulando y los brazos curvados por encima de la cabeza en el más clásico estilo del Pacífico.

La Faraona era sin ninguna duda una de las mujeres más lindas y graciosas de la isla, y de cuantas haya visto yo en mi vida, y una bailarina consumada que inmediatamente captó la atención de la asistencia que, rodeándola, la alentábamos con las palmas y permítaseme una figura, con el corazón en la boca. Sin embargo ella, sin desconcentrarse un instante, se movía con increíble suavidad, siguiendo perfectamente el ritmo, como una sombra luminosa.

El sordo golpeteo de las manos en el pasto, en las piernas y el repique del tambor fueron acelerando todavía más el compás y los movimientos de la muchacha fueron tornándose más salvajes.

Yo comencé a sentir una especie de temblor que me corría por la espalda, y las piernas, y las manos me tiritaban sin control. Y seguramente a toda la tripulación del Loncomilla le estaba ocurriendo algo parecido, o por lo menos al Judío, que aunque continuaba sentado daba la impresión que con las piernas cruzadas iba a elevarse, levitando como un santo.

En ese momento, rompiendo su equilibrio perfecto, Maava se inclinó hacia el Capitán y le dijo: “¿Ma tei?”. Quería preguntarle con esa sola palabra si estaba contento, si había quedado satisfecho con la comida y, en resumen, si le agradaba la fiesta.

—¡Matei! —le contestó éste, sonriéndole sinceramente.

—¿Matei? —volvió a preguntar la matrona, dirigiéndose esta vez hacia el otro costado.

—¡Matei! —le contestaron a coro.

Entonces ella, inflando su pecho oceánico, se indicó a sí misma con el dedo recién anillado y repitió esa palabra que, como “aloha”, traducía toda la gama de sentimientos análogos a la felicidad.

Entre tanto la presión del ritmo seguía subiendo y la Faraona (brillante de aceite y transpiración, con los pelos pegados a la espalda y a la cara) dejó de darse vueltas y encaró al judío, y balanceando las caderas con una gracia irresistible extendió los brazos hacia él, invitándolo.

El sefardita, como un zorro acorralado, comenzó a mesarse las barbas y a farfullar insostenibles disculpas pretendiendo no comprender lo que para todos era evidente, pero entonces el Capitán, como para animarlo, y al mismo tiempo vengarse de las bromas sufridas antes de desembarcar, levantó la voz y le dijo:

“¡Vamos muchacho, como vas a desairarla tú que eres un connotado bailarín!”

Evidentemente que, tomada en serio, tal afirmación no era más que una mentira piadosa y probablemente nadie tanto como el propio judío lo sabía mejor, sin embargo si no era ésa difícilmente tendría otra oportunidad mejor para aprender y como además

sentía, qué duda podía haber, no sólo ganas de bailar con esa belleza terminó por decidirse y, en medio de una ruidosa aclamación, saltó a la pista y encorvándose para tratar de nivelarse con la muchacha intentó con relativo éxito seguir sus aparentemente simples movimientos.

El ritmo apresuró aún más la cadencia y finalmente sólo quedó el tambor en un trémulo sostenido. La “Sacerdotisa”, como un pandero viviente, vibraba de los pies a la cabeza mientras nuestro amigo se zangoloteaba como mejor podía, hasta que bruscamente el tambor se detuvo en seco y la muchacha quedó inmóvil, equilibrada en un solo pie como una escultura griega, al tiempo que el Cabalista se derrumbaba como un saco de papas sobre el pasto, perdidos el aliento, la compostura y la conciencia.

La noche era nuestra. Algunas chicas comenzaron a retirar fuentes vacías, cáscaras, espinas y huesos, mientras el centro de la fiesta se trasladaba poco a poco a los alrededores del árbol bajo el cual se situaba la orquesta.

El Ciego se integró al baile, revoleando el pañuelo como una boleadora por encima de la cabeza, y yo mismo venciendo mi timidez salí zapateando a despercutir el cuerpo. Pero de todas maneras el judío, una vez repuesto, era el más entusiasta y desenfadado. Como un poseso, girando con los brazos en cruz, hacía volar su túnica y exhibía sin vergüenza sus gruesas, blancas e hirsutas pantorrillas.

Al rato volví junto a la tarima, donde continuaban sentados el Capitán, la reina y el Onanista. Quería reposar un poco y escanciarme alguna bebida cuando se me acercó el judío para pedirme, “como un gran favor”, que fuera hasta el barco a buscarle cierto brazalete que deseaba obsequiar a la Sacerdotisa.

Accedí sin inconvenientes, diciéndole que iría no bien terminara el trago que acababa de servirme. Y mientras el sefardita me gritaba en la oreja, explicándome las características de la pulsera y el lugar donde la guardaba, observé que varias muchachas

intentaban convencer al Capitán para que saliera a la pista, sin que aparentemente consideraran un impedimento su evidente deficiencia física.

Pero no habría habido manera de persuadirlo de abandonar su taburete y su pipa si no hubiese sido porque la misma Maava — ¡levantándose por sus propios medios! — entró en la arena ejecutando algunos pasos, no exentos de gracia, tendientes a convencer al oficial.

Los ojos y la boca del Capitán se abrieron más de la cuenta y la encendida cachimba cayó sobre la tarima mientras la madona le sonreía seductoramente, y como el marino se excusara señalando su pierna de madera, la hercúlea soberana lo tomó y levantó prácticamente en vilo para depositarlo sobre la hierba.

El Capitán, que otrora brillara en los salones viñamarinos con sus entonces famosos pasitos dobles y escobillados, intentó recordar algunas rutinas mientras su pareja balanceaba sus inmensas caderas en un depurado estilo polinésico. En definitiva ambos ofrecían un espectáculo tan simpático que todo el mundo fue congregándose alrededor de ellos, pues nadie quería perderse el baile de las autoridades, quienes muy conscientes de su edad y de su posición, y con un gran sentido del humor, bailaban burlándose de sí mismos, y de la concurrencia, y de sólo mirarlos todos llorábamos de risa, tanto que al final tuvieron que regresar (tomados de la mano) a la tarima, porque hasta las muchachas de la orquesta no pudieron seguir conteniendo las carcajadas.

Terminado (con un aplauso cerrado) el baile de la reina con el Capitán, creí llegado el momento de ir al barco a cumplir con el favor prometido para volver lo más rápidamente posible a la fiesta que, para citar otra vez a mi padre, estaba que ardía.

Me alejé del círculo iluminado sintiendo a mis espaldas apagarse las voces y la música, oriné largamente contra el tronco de un árbol, y al trote atravesé la aldea y tomé el sendero hasta la playa.

Allí, extrañamente, no pude encontrar nuestro chinchorro, de manera que después de buscarlo un buen rato eché una de las canoas al agua y en menos de un minuto estuve a bordo.

Me dirigí directamente a popa, bajé a la cabina y, segunda sorpresa, descubrí que salía luz por debajo de la puerta que nuestra desaparecida Capitana había confiscado al Onanista.

Subí de nuevo a cubierta y asomándome por la banda del mar vi que ahí estaba, perfectamente amarrado, el botecito. Deducción: la Generala había vuelto al redil.

Regresé entonces, procurando no hacer ruido, junto a su puerta y, sin que ella se diera cuenta, acerqué un ojo al portillo de la cerradura para llevarme la tercera y mayor sorpresa: ¡Estaba desnuda frente al espejo! O casi, porque conservaba sus lustrosos botines de charol.

Debería darme (y me da) vergüenza referirme a estas cosas, pero decidido a revelar la verdad más vale largarla enterita, aunque en este caso me desfavorezca.

Es cierto, estaba de pie (tal como vino al mundo) girando sobre sí misma delante del espejo, como si reestudiara su cuerpo o, tal vez, como si estuviera comparándose con las nativas.

Como yo había venido al trote y después remando sin chumaceras, tenía que respirar por la boca para no dejarme sorprender. Quiero agregar no obstante, en mi defensa, que no forma parte de mis hábitos andar espiando a la gente y que no era tampoco mi intención en ese momento, sin embargo (y a pesar de haber visto durante la fiesta tantas bellezas al natural) algo muy especial en ella me retenía allí, con el ojo pegado a la cerradura.

Desde ahí aun alcanzaban a sentirse tamboreos de la fiesta y ella, en la soledad de su cámara y de su alma, ejecutaba unas figuritas siguiendo el ritmo con singular y discreto donaire.

A pesar de ser pequeñita Leonora —su nombre de pila— era bastante bien proporcionada y sobre todo tenía bonitos pechos; quizás algo excesivos para una escultura, pero perfectos para

un hombre solo, sano y sencillo como este servidor; los cuales, a juzgar por la atención que les dedicaba, eran su principal orgullo, y no sin razón. Se los miraba y levantaba un poquito pensando probablemente que los años comenzaban a pesar sobre ellos y que mejor aún estarían un centímetro más arriba. Pero evidentemente lo más llamativo era su abundante y renegrida cabellera, y particularmente un mechón selvático que le salía de la nuca, y a lo largo de la espalda, hasta perderse en tre sus glúteos de pera.

Y para ser veraz hasta las últimas consecuencias diré que, mirándola por la cerradura, me traspiraron las manos y me apretó el calzoncillo, como no me había pasado durante toda la noche.

Esa tusa me dislocó, pero me faltó valor para derribar la puerta y saltar sobre ella. Preferí, como un adolescente, desabotonarme el pantalón y con mis propias manos desahogarme sobre el pañuelo.

Entré después, sigilosamente, al camarote del judío y de acuerdo con sus instrucciones registré su repisa tratando de no meter bulla, me guardé la pulsera y en punta de pies subí y retomé la canoa para ganar velozmente la playa sin que Leonora, que yo sepa, se percatara de mi presencia.

La fiesta continuaba viento en popa. Únicamente la reina, el Capitán y el Onanista seguían sentados mirando y haciendo comentarios desde lo alto de la tribuna.

Justamente hacia allá me dirigía, en busca de otra copa, cuando la orquesta hizo un inter val o y vi al Sefardita que traía el mismo rumbo mío (pero mucho más resuelto que yo) para enseguida desconcertar a todo el mundo al interpelar en estos términos a la obesa soberana:

—¡Excelencia —le dijo—, hace dos o tres días que estamos entre ustedes y un número similar de horas comiendo y bailando en vuestra graciosísima compañía, todo lo cual no ha podido ser más de mi agrado, pero quisiera decirle con la esperanza de a través suyo encontrar una explicación, que por más esfuerzos que sincera y cariñosamente hago aún no he podido ni siquiera tocar a ninguna de sus encantadoras muchachas! ¡Y que comienzo a desalentarme!

Sus palabras produjeron un efecto paralizante, como si una granizada repentina se hubiera descargado sobre la isla. Su moderada pero inequívoca exposición tuvo la indeseable facultad de romper la magia de la fiesta, y toda la concurrencia pese a ignorar nuestra lengua comenzó a acercarse poniendo la atención sobre aquel iconoclasta, como si el sonido y la forma discursiva del judío les hubiera bastado para comprender que había dicho algo indebido. Fue una situación realmente muy incómoda (sobre todo para el resto de la tripulación del Loncomilla) que el Capitán intentó remediar preguntándole a qué exactamente se refería; agravando más las cosas.

—Me refiero —dijo— a que la comida ha estado exquisita, la música maravillosa, fantástico el baile y para qué hablar de la inmejorable compañía, pero llevamos no sé cuántos días aquí, después de una eternidad en el “continente” y lo que es hasta ahora... bueno, quiero decir que al menos yo quisiera pasar a los hechos.

Entonces, ligeramente contrariada y no sin razón, lo interrumpió Maava, desafiándolo.

—¡A ver! —le dijo— ¿Cuáles son tus argumentos?

La pregunta de la reina cayó como un espada sobre el rebelde y todas las muchachas, que no querían perderse un solo detalle del diálogo, se acercaron aun más.

Yo creí que el Cabalista salvaría la coyuntura con alguna de sus típicas salidas humorísticas, pero en lugar de ello se levantó sin titubear el sayal y, como si tuviera motivos de orgullo, exhibió toda su naturaleza para consideración de la dama.

La gruesa soberana lo miró de alto a abajo, examinándolo cual fogueado perito, y finalmente con una tranquilidad que ponía de manifiesto su escepticismo le dijo, a modo de autorizado veredicto:

—¡No creo que con eso puedas impresionar a mucha gente!

—¡No se deje engañar —le replicó el judío— es el coeficiente de dilatación lo que verdaderamente cuenta!

La soberana dejó escapar, sin ningún disimulo, un fuertísimo eructo, que después de todo no tenía porque obedecer a otra causa que a un desahogo natural de su sobrecargado intestino, pero que sin embargo en ese preciso instante sonó y bien podía interpretarse como una onomatopeya destinada a subrayar su precedente juicio ante los no muy con vincentes “argumentos” de nuestro amigo.

La situación era totalmente tirada de las mechas. ¿Por qué tenía que venir este hombre a reclamar lo que bien podía arreglar por su cuenta? ¡Sin echarnos a perder a todos la fiesta!

Sea como fuere, la gorda estiró la columna, pero siempre conservando las nalgas pegadas a la tarima, y levantando sus ojos magníficos hacia la muchedumbre enhebró una arenga que a juzgar por sus consecuencias podría traducirse sintéticamente así: “¿Hay alguna entre ustedes dispuesta a complacer a este ansioso caballero?”

Debo decir que yo supongo que dijo eso. En todo caso un creciente murmullo, como una ola, corrió entre todas las muchachas. Y creo que los cinco hombres que estábamos presentes nos sentimos bastante incómodos en nuestros respectivos pellejos.

Yo vacié mi copa al seco. El Capitán se entretuvo recargando cuidadosamente su pipa. El argentino, que recién se reincorporaba a la tribuna, miraba inquieto para todos lados y finalmente se entregó a la contemplación del firmamento; y hasta el propio juicio giraba sobre sí mismo aparentemente arrependido de su osadía, como si buscara entre la muchedumbre una brecha por donde darse a la fuga.

El Onanista solamente permaneció exteriormente inmutable, como si desde la salida de Valparaíso supiera que lo que estaba ocurriendo tendría que pasar tarde o temprano.

Yo me servía una segunda copa cuando desde el apretado grupo de muchachas que teníamos al frente, justamente detrás del sefardita, se destacó una jovencita muy hermosa que avanzó

tímidamente, como un cervatillo, y se detuvo al lado del judío, a escasos dos metros de la mesa de honor. Desde donde seguíamos atentamente cada uno de sus gestos.

La muchachita hizo una breve venia hacia la tribuna y luego separó las piernas, de espaldas al Cabalista y, sin flexionar las rodillas, se agachó con gran soltura hasta apoyar las manos en el suelo, proyectando el trasero hacia el cielo.

Algunas chicas de la orquesta, que se habían aproximado con sus guitarrillas, levantaron sus instrumentos y comenzaron a tocar suavemente.

El sefardita se despojó de su transpirado sayal por encima de la cabeza, conservando como único vestido sus alpargatas, hizo a su vez una venia en dirección de la tribuna, y a continuación se acercó sin apuro a la niña apuntándola con su discutido atributo.

La muchachita, con un coraje quizás digno de mejor causa, lo miraba aproximarse por debajo de sus bellas piernas, sin ceder un palmo de terreno, hasta que lo perdió de vista cuando lo tuvo encima y resintió el espolonazo que le arrancó un gemido histórico.

Acusó así recibo de todo el ímpetu de una raza en fuga que después de dos mil quinientos años, en la persona del Calculista, rompía su marginalidad genética para integrarse nueva y profundamente al tronco de la especie.

Las guitarristas continuaron tocando al ritmo de la pareja y sólo se detuvieron cuando el sefardita, como si lo hubiera alcanzado un dardo, se desplomó sobre la espalda de la núbil.

La muchachita, incapaz de soportar su peso, alcanzó a dar tres pasos con el judío a cuestas, hasta que se le doblaron las rodillas y se fue de bruces, quedando aprisionada contra el suelo; para después liberarse y en cuatro patas buscar refugio entre sus iguales.

Todo había terminado mucho más rápido y brutalmente que la descarga solitaria que yo me había permitido espiando a Leonora. Sobre la hierba, acezando boca abajo, el judío se recuperaba del reciente salto, del anterior baile con la Faraona, del viaje y proba-

blemente de una vida entera huyendo y persiguiendo incansablemente ese objetivo.

Durante al menos un minuto nadie, ni la propia reina, se atrevió a mover un solo dedo, todos crispados mirando sin pestañear a ese hombre desnudo botado en el pasto, como si sobre él hubieran recaído los pecados, la miseria, en fin, todas las deudas de la humanidad, y él fuera el anticordero llamado al sacrificio sin redención. Pero finalmente se levantó, lánguido y pesado como el último gigante, y se volvió hacia la tribuna.

—¿Contenta? —le preguntó Maava, herrando una vez más el género.

El Sefardita se encogió de hombros, expresando sin palabras, pero claramente que no había estado del todo mal, para comenzar, pero que aún le restaban energías que prodigar. Y después, sacando con gran entereza la voz para despejar posibles dudas, le dijo: “¡No he dilapidado mi fortuna y atravesado el “continente” para desflorar una inocente, Madame! ¡Además e estoy convencido de que su pueblo espera mucho más de este casto corazón!

Los universales gestos con que se manifiesta el asombro modificaron el hasta entonces plácido rostro de la soberana, sorprendida sin lugar a dudas por la inquebrantable insolencia de ese verdadero gladiador del sexo que tenía al frente, pero muy probablemente también porque si bien ella como todo el mundo había comprendido perfectamente el sentido de sus palabras, el significado exacto se le escapaba.

Justamente le pedía explicaciones al Capitán cuando nuestra atención fue desviada por una segunda muchacha que acababa de separarse de la multitud y que, aunque había superado la adolescencia, no era menos hermosa que la primera.

La joven se acercó con un paso desafiante y cuando estuvo al lado del judío lo señaló con el dedo y dijo algo que arrancó risas de sus compañeras y distendió el rostro de la reina y luego, con increíble serenidad, se tendió tranquilamente de espaldas en

el pasto con las piernas semiflectadas, las rodillas separadas y los brazos cruzados por detrás de la nuca, como si despreocupadamente se dispusiera a tomar un saludable baño de luna.

Y por segunda vez durante esa noche de lujuria pudimos admirar aquella prodigiosa erección y presenciar como el judío, recogiendo el guante, se echaba encima de esa segunda dama para complacerla con tanto ímpetu como a la primera.

Terminado este ayuntamiento, que como no fuera por las circunstancias, resultó muy natural, la mujer se levantó y tan risueña como había venido fue a mezclarse, todavía bromeando, con sus amigas. En cambio el Sefar dita permaneció sentado en el suelo con la cabeza entre las piernas, en una pose de franca fatiga; fatiga sobradamente explicable por lo demás en un hombre juvenil, pero que ya superaba la media suela.

Pero aún no había terminado de sacar la respiración cuando una tercera muchacha se aproximó y sin prevenirlo situó su entrepiernas de sirena a la altura de esa sesuda pero abatida cabeza. Enseguida cerró los ojos y en sus párpados morenos se reflejó dos veces la luna; quebró el cuello hacia atrás y doblando sus desarrolladas piernas fue dándole a conocer a su amante todas y cada parte de su envidiable humanidad, confundiendo lo alto con lo bajo lo pequeño con lo grande y las luces con las sombras en un solo y múltiple abrazo.

En fin, para no dejarme confundir por los retruécanos de la escritura, diré sencillamente que cuando esa mujer se retiró, a todas luces satisfecha de su cometido, y fue a reunirse con las otras muchachas, nuestro amigo quedó en el piso, supongo que contento también, pero tan cansado que parecía incapaz, al menos por esa noche, de intentar otra aventura.

Estaba de espaldas en el piso, extendidos sus brazos y las piernas, cuando —arrancando aplausos de la concurrencia— consiguió templar nuevamente el arpón. Y una cuarta muchacha, evidentemente impresionada por tamaña demostración de virilidad,

se acercó y sin mayores preámbulos saltó sobre el Cabalista y con una cierta ansiedad lo condujo a su fragua. Y como si se le fundieran los huesos, olvidando a los numerosos testigos, comenzó a dar voces y brincar con tal ímpetu que a las exclamaciones de la dama se sumaron las de nuestro amigo.

Después, cuando la muchacha (recobrada la calma) se puso de pie, ayudó al judío a incorporarse. Pero una cosa es que hubiera conseguido pararse y otra muy distinta que así pudiera permanecer. En realidad, tambaleándose como un beodo, ofrecía un espectáculo deplorable.

De pronto, llevado por su propio vaivén, nos dio la espalda y para su asombro se encontró con una ordenada fila de muchachas esperando sus respectivos turnos. En ese momento el Capitán me alcanzó un vaso de sidra.

—Démosle de beber a ese hombre —me dijo.

Yo me separé de la tarima para alcanzárselo.

El Cabalista se lo despachó al seco. Enseguida me devolvió la copa y, mirándome como si fuera la última vez que me vería, me puso cariñosamente una mano en un hombro y la otra encima de la cabeza, agradeciéndome la bebida.

A mí no se me ocurrió qué decirle. Me limité a sonreír, no sabría explicar por qué, medio achunchado. Pero después le dije, “el Capitán se la envía”.

—Agradécele de mi parte, entonces —me dijo él.

Enseguida se dio vuelta y, mientras yo volvía junto a la tarima, se dirigió a las chicas (en cualquier y ningún idioma) disponiendo que las primeras cinco de la fila se tendieran “de cúbito dorsal para servir las más rápido y eficazmente”.

Pero ya sea porque no le comprendieron o porque cada una de ellas aspiraba a un trato preferencial, se produjo una acalorada discusión en la que tuvo que intervenir Maava, para calmar los ánimos.

Aceptado el hecho de que el codiciado sefardita no contaba más que con una herramienta útil para los fines requeridos se re-

signaron a regresar a la fila, pero desgraciadamente aquélla que antes ocupaba el sexto puesto había avanzado hasta el primero y la séptima, ni tonta ni perezosa, se había pegado a sus espaldas y así todas las demás para atrás, en una apretada y nerviosa culebra humana.

Fue un divertido asunto de justicia que el argentino celebró con algunas risotadas y que el Capitán dirimió con una sentencia salomónica: la joven que merced a su sangre fría se había hecho con el primer puesto, lo conservaba y las cinco primeras que habían perdido sus lugares debían ubicarse detrás de ella, en el orden original.

Pero antes de continuar habría de resolverse otro problema: ahora que el Cabalista era requerido masivamente —“que la demanda se ha ido a las nubes”— exigía algunas comodidades. Quería un catre (“de bronce si es posible”) para escucharlo rechinar bajo sus huesos. Pero, como ni siquiera las frazadas se conocían en la isla, debió contentarse con dos esteras superpuestas, a modo de colchón, y con un género floreado a guisa de sábana. Y sobre esa improvisada pero confortable cama de plaza y media se acomodó con las cinco primeras chicas, a quienes fue atendiendo sucesiva y metódicamente.

Y, mientras él saltaba de una mujer a otra, la orquesta, así como las jóvenes que aguardaban sus respectivos turnos, lo alentaban con una suerte de miserere que repetía tres frases indefinidamente. Pero cuando las cinco primeras favorecidas comenzaban a hacer abandono del castigado tálamo, la orquesta y el coro se interrumpió bruscamente y todo el mundo se volvió para ver a la manquita del bombo que, sin respetar el orden de la fila, se abría paso con su bracito mocho para caer como una fiera sobre el apetecido sefardita.

Y tan violento y decidido fue el asalto de la sunquita que las que estaban en la fila permanecieron como aturcidas en sus puestos sin siquiera atreverse a protestar.

Terminado el (por decir lo menos) duelo que el sefardita debió sostener y yo diría perder con la impetuosa inválida, intentó tomarse un bien ganado descanso, pero como sus demandas en tal sentido fueran recibidas con una cerrada rechifla, apenas pudo hacer una pausa para tomarse otro trago e inmediatamente retomar la tarea, dando muestras evidentes de fatiga.

Y otra vez yo fui el encargado de proporcionarle la bebida.

El sefardita agotaba sus últimos bríos sobre su colchón de campaña, pero cuando vio que me acercaba trató de incorporarse. A duras penas consiguió despegar el torso y sostenerse con un codo, para recibirme con la otra mano el jarro de sidra.

Bebió un trago mirándome con los ojos secos, como un viejito que hubiera estado llorando la vida entera y ya no le quedaran lágrimas por derramar.

—¡Salud! —me dijo.

Enseguida giró un poco la cabeza y miró al Capitán.

—El mundo seguirá girando igual si continuas como si abandonas —le dijo éste.

Era una salida razonable que le ofrecía el Capitán, quien comenzaba a prever el fin de este capítulo.

Entre tanto yo continuaba de pie, a la expectativa, junto al Judío; apretando en el bolsillo la pulsera que no mucho antes me enviara a buscar, y lo sentía respirar ruidosamente, como si el aire fresco y puro de la noche estuviera lijándole los bronquios. El levantó la jarra en la dirección del Capitán, sonrió, y se mandó un buen trago al pecho.

Después giró otro poco la cabeza y bebió sin rencor a la salud de la reina, que estaba visiblemente conmovida con el inesperado curso que había tomado la fiesta.

Giró aun otro tanto y miró al Onanista.

—Quedan saldadas nuestras deudas —le dijo.

A qué deudas se refería, apenas alcanzo a imaginarlo: los créditos para la construcción del barco, probablemente. Quedará

la incógnita porque, como era de esperarse, aquél respondió con el silencio.

Por fin, forzando el cuello, el Calculista terminó de vaciar el jarro a la salud de su protegido: el argentino, quién emocionado hasta las lágrimas gemía como una criatura. Y acto seguido, mientras yo me apartaba con el brazalete definitivamente en mi poder, llamó a otras cinco muchachas y fue cubriéndolas una tras otra sin un instante de reposo.

Eran quince las mujeres que en el lapso de una hora habían disfrutado su lecho. Quince seres magníficos le habían abierto su corazón, sin embargo daba lástima verlo. En esa sola noche había perdido la mitad de su peso y si por fin, después de tanto sufrir, habían desaparecido los rollos de su cintura, no por eso había mejorado mucho su aspecto: la piel parecía colgarle del esqueleto como ropa puesta a secar en un alambre.

Pero si no era simple placer, porque a esas alturas no podía serlo, y si no le habían administrado ningún filtro, ¿qué (sobradamente saciados sus apetitos) lo empujaba como a un *ginecólatra* (sic) a insistir mucho más allá de donde el peor vicioso se hubiera detenido? En todo caso yo ni ninguno de nosotros podíamos intervenir si de propio abrazaba la muerte. Yo fui a sentarme al borde de la tarima cuando todavía otra muchacha, la única rubia de la isla (Catiri, la llamaban), rindiéndole merecido homenaje se arrojó junto a él para lavar con la lengua, emulando a Magdalena, al llagado circunciso que, de espaldas con los ojos perdidos en el cielo, se dejaba asistir mansamente.

La orquesta y el coro se habían detenido y todo el mundo, incluyéndome, parecía sentir en alguna parte de su organismo esos afectuosos besos, y cuando Catiri se levantó, secándose las lágrimas con el dorso de la mano, se escuchaban sus piro por todas partes, y observé que la reina miraba de reojo al Capitán y se removía en su sitio, como si una pulga hubiera saltado a su trono y la estuviera picando en la grupa.

Después, todo pareció concluir. El sefardita yacía inmóvil en medio del silencio. Pero entonces se escuchó un murmullo que venía desde atrás y luego vi que las mujeres se abrían para dar paso a una mujer que ese hombre había rebautizado. Era la diosa definitiva.

Traía un pareo hermosísimo hasta las pantorrillas, el pelo suelto y los ojos refulgentes de pena y cólera. Nadie dijo nada ni intentó detenerla. Ella se acercó directamente a la tarima y, sin decir una sola palabra, se sirvió y llenó la boca de sidra que, sin tragar, fue a dársela de beber a su amor, besándolo con menos pasión que cariño.

Deshizo, después, el nudo que sujetaba su traje y con ese delicado género le secó la frente. Yo no podría asegurar si él la había reconocido, pero pese a su extrema debilidad parecía querer tocarla. Sin embargo, esa noche de lujuria con la presencia de ella había cambiado de signo y todos los mirábamos arrobados de auténtico romanticismo.

Cuando lo sentimos hablar por última vez ya estaban cantando los pájaros.

—¡Charly, Charly! —llamaba.

El viejo bajó de la tarima, se aproximó, y no sin trabajo puso una oreja cerca de la boca del moribundo, para poder escucharle.

Nadie más que él pudo oír lo que decía.

Finalmente, el oficial le retuvo una mano un instante, a modo de despedida, y luego, dejándolo en compañía de la Faraona, regresó a la tarima para transmitir al oído de la reina sus últimos deseos.

—¿Qué pasa? —le pregunté yo, sin poder contenerme.

—¡No pierdas esta gran oportunidad de guardar silencio!
—me amonestó el Capitán.

Entonces Maava se puso de pie y en su idioma retrasmirió a la Faraona el recado.

Esta pareció protestar, arguyendo quién sabe qué, pero como el propio judío dilapidaba sus últimas fuerzas tratando de alcanzarla, terminó por ceder. Y parándose a horcajadas sobre él, dándole la espalda, flectó lentamente las rodillas hasta quedar prácticamente sentada sobre la cara del moribundo.

Y por la decimoséptima vez, provocando una exclamación general, vimos aquel fenómeno recobrar su extraordinaria vitalidad.

La Faraona tomó entonces entre sus manos ese verdadero símbolo de la fertilidad, orientándolo hacia el lucero del alba, mientras todos los presentes guardábamos un reverente silencio. Pero de pronto la mujer soltó un gemido telúrico y simultáneamente el remo entre sus manos proyectó un potente surtidor blanco, luego un chiquete amarillo y finalmente —que me perdone Dios si miento— un tercer e incontenible manantial escarlata.

El drama había terminado. La Faraona vertió sus lágrimas sobre el cuerpo inerme de su amante mientras el Capitán, Maa va, el Onanista, yo y toda la aldea nos levantábamos consternados.

—Después de todo murió a pata pelada —escuché que lloriqueaba el argentino.

26. Nuevamente el mar

*Se apagó la estrella de David
y recibimos el nuevo día
con un funeral*

Temperado el asombro (el espanto diría yo) que nos produjo esa muerte demencial, la reina se puso de pie y desde la tarima arengó nuevamente a su pueblo, pero esta vez en términos muy enérgicos, y terminadas sus breves palabras las muchachas comenzaron a abandonar silenciosamente el potrero en dirección a la aldea, dejando a sus dobladas espaldas los despojos de la fiesta: brasas humeantes, restos de comida y, por tierra, el cuerpo del sefardita aún en compañía de la Sacerdotisa, que continuaba llorando cabizbaja a su lado.

Enseguida la soberana se dispuso también a dejar del lugar, pero antes de partir se dirigió al Capitán para decirle de un modo imperativo que se hiciera cargo del cadáver.

—¡General —le dijo— debes llevarte inmediatamente el cuerpo!

En realidad no había violencia en sus palabras, pero sí una inquebrantable decisión muy bien reflejada en sus ojillos fijos, que no admitía réplicas. Y esa mirada no era ni mucho menos mera apariencia, por el contrario, correspondía a la actitud intransigente que adoptada en ese momento por la reina la mantendría porfiadamente hasta que la perdimos de vista, al despedirnos en la playa.

Imaginad la contrariedad del Capitán, impedido de sepultar cristianamente al Judío y tener que, contra las costumbres tradicionales del mar y mínimas normas sanitarias, zarpar con un difunto a bordo.

Yo creo que hasta el turista más ignorante sabe que cuando un hombre muere en el mar, a menos que la costa quede demasiado lejos (a muchos días de navegación), o que la situación sea muy

crítica, como en casos de pestes o guerra, se prefiere esperar a tocar tierra firme donde poder sepultarlo. Nada que ver con este atrabiliario caso donde habiendo el occiso expirado en la isla se nos conminaba a subirlo a bordo para buscar otras costas, en el caso de encontrarlas pronto, o vernos en la lamentable necesidad de echarlo por la borda para alimento de los peces. Pero ya estaba visto que en esta isla, como a lo largo de todo el viaje, la norma era anormal y una vez entendido no valía la pena tratar de apelar al sentido común o a cualquier forma conocida de racionalidad.

Quizás esta inexplicable exigencia nos sirva para recordar que no todo lo que parece ilógico o aberrante lo es necesariamente, por mucho que nos cueste aceptarlo sin comprenderlo, y que es muy probable que en el desarrollo de la historia, así como en el de nuestra propia existencia, actúen misteriosas fuerzas que, justamente por estar fuera del alcance de nuestro limitado entendimiento, produzcan consecuencias inexplicables. Y no sería raro que, creyendo conducir al menos parcialmente nuestro destino, naveguemos a ciegas, a dos manos agarrados de una barra que no gobierna el timón.

En todo caso estas no son más que elucubraciones y no pretendo esgrimir las y ni siquiera admitirlas como verdades. Además, si debiera aceptarlas, aunque fuera como hipótesis, tendría que aceptar también que todos estamos completamente dementes, y que sin ningún control sobre nuestra suerte las explicaciones que nos damos no corresponden a los hechos, ni a la experiencia, y que por lo tanto carecen del más mínimo rigor. Conclusión bien poco saludable para nuestro precario equilibrio mental.

Pero a quién en definitiva le interesa la controvertida verdad y la desagradable realidad si podemos continuar como hasta ahora soñando con un mundo que no existe y persiguiendo ideales de nuestra propia y sobre todo ajena invención.

En fin, el tema da para mucho y para eso están los filósofos, los teólogos, los científicos y otros notables a quienes cedo respetuosamente la palabra para no retardar más mi relato.

Visto y considerando, a una señal del Capitán, yo y el argentino, apartamos con la mayor delicadeza posible a la Faraona y levantamos el cuerpo aun tibio del judío. Lo cubrimos con su abandonado sayal, le pusimos una de las alpargatas que se le había salido, y con él en andas nos encaminamos hacia el barco. El Capitán y el Onanista, que nos acompañaban, trataban de confortar a la Sacerdotisa que, pobre muchacha, totalmente desconsolada intentaba cerrarnos el camino.

Al atravesar la aldea, como si todo no hubiera sido ya suficientemente dramático, se nos unió una pequeña banda (unas diez muchachas con sendos tambores colgados de una correa que les cruzaba diagonalmente entre los pechos) que nos acompañó hasta la playa ejecutando un monótono redoble, opacado el sonido por medio de unos paños negros con que cubrían el cuero sobre el que percutían. Y al ritmo de esa marcha fúnebre cubrimos por última vez el sendero que llevaba hasta la laguna.

Allí nos encontramos nuevamente con la reina (que se nos había adelantado sorpresivamente por un desconocido atajo), algunas damas de su séquito y otras tantas muchachas que espontáneamente habían acudido a despedirnos y que ya habían echado cuatro canoas al agua.

El argentino y yo subimos con el cuerpo a la canoa más grande, a la que subió también con o sin autorización la compungida Faraona, e inmediatamente cinco nativas tomaron los remos y bogando de frente sin chumaceras, como era su costumbre, nos despegamos de la tierra. Y mientras nos aproximábamos al Loncomilla todavía pude ver, a la distancia, al Capitán parlamentando con la reina y al Onanista entrelazado con la bella de los ojos angélicos, que le hacía entrega de una guitarrita. Después ellos abordaron otra canoa que se lanzó tras nuestra estela.

El Onanista venía sentado al centro, con el instrumento entre las piernas, y el Capitán inmediatamente detrás, de pie en señal de duelo, tomado con una mano del moño de su compañero,

que no parecía disconforme de prestar su novedoso peinado como punto de apoyo.

En la playa quedó la reina con su séquito y el piquete de tamboristas, que no cesó de tocar hasta que subimos el cuerpo a bordo, bajo la vigilancia de nuestra propia soberana, que había salido a cubierta sin poder comprender qué había pasado y por qué traíamos un muerto a bordo, pero visiblemente contenta con la perspectiva de abandonar la isla. Era evidente que para ella ese pueblo extraordinario no tenía mucho atractivo, como que la muerte del sefardita no le producía excesiva pena. Ella misma dispuso que de momento lo pusiéramos en la tilla y ahí lo dejamos, sobre la mesa, a cargo de la inconsolable Faraona, mientras nosotros regresábamos a cubierta para recibir al Capitán.

A pesar del luto y de la precipitada despedida, léase una velada expulsión, se vivía ese ambiente agitado, cargado de promesas y colorido, propio de los zarpes: voces de mando, recados de última hora, un desordenado chapotear de remos, carreras por cubierta y gente que entra y sale por las escotillas.

El Capitán se encaramó a bordo masticando su apagada cachimba, como si mordiéndola pudiera ayudarse por la escalera al mismo tiempo que tascar su malhumor por el intempestivo fin de nuestra visita.

El Onanista montó detrás de él y más atrás tres nativas destacadas para colaborar en los preparativos. Dos largas canoas se acercaron abarrotadas de frutas y hortalizas, así como de agua dulce, carne fresca y salada, y otras vituallas que fueron cargadas y estibadas con diligencia.

El Onanista y Leonora, como dos ociosos pasajeros de primera, desaparecieron bajo el puente y ya no volvería a véseles hasta el día siguiente, cuando estábamos a considerable distancia de la isla. En cambio el Capitán, sobreponiéndose al cansancio de la vigilia y a la tristeza, permaneció en cubierta para dirigir las maniobras.

A mediodía, sin ni siquiera una pausa para el almuerzo, tenemos cuatro cables entre el barco y otras tantas canoas que se habían arrimado de a dos por cada banda. Yo, el argentino y las tres “estibadoras” hicimos girar el cabrestante y junto con el ancla sacamos un cangrejo. Y cuando la nave se puso en movimiento subí a la barra y enfilamos la única vía de entrada y salida de la isla.

Tan angosto era ese canal, que con menos precauciones atravesamos en sentido contrario, que las canoas para no estorbarse debían ordenarse unas detrás de otras, con cabos decrecientes, como los briosos perros de un trineo flotante.

Salvado ese estrecho, perdimos de vista la playa, pero para mayor seguridad nos siguieron remolcando un buen trecho, casi una milla más allá de la rompiente, y los arrecifes, mar a fuera. Recién entonces las muchachas de las canoas levantaron los remos y soltaron los cabos, que con el argentino recogimos y arrumbamos a proa, mientras las tres “estibadoras”, que continuaban a bordo disfrutando del paseo, subían con el Capitán a la toldilla para separar a la triste Faraona de su “Romeo”, y conducirla prácticamente a la rastra a cubierta.

¡Pobre chica! En su desesperación se arrojó a los pies del Capitán, suplicándole que la dejara permanecer a bordo, pero sus tres compañeras —que sin duda le hacían un favor— la obligaron a levantarse y a descender por la escala hasta una de las canoas que, balanceándose atracada al casco, las esperaba para llevarlas a tierra.

Yo me quedé mirándolas alejarse hasta que se perdieron y al rato desplegué sin ganas un trapo que impulsó la nave en la dirección opuesta.

De nuevo en alta mar no tardó en reproducirse el tradicional ambiente propio del Loncomilla. El lunático Onanista descuidó la impecable elegancia con que asistiera a la fiesta. Durante algunos días no se sacó ni para dormir su curioso traje, pero antes de una semana ya viajaba pilucho, colgado de la arboladura, de vuel-

ta a sus monólogos herméticos. El Capitán también conservó su uniforme, pero sus condecoraciones y botones paulatinamente fueron perdiendo brillo, e incluso comenzaron a cubrirse de un moho verdoso, oxidación que puso de manifiesto que lo que parecía oro no era más que bronce o peltre patinado, y hasta el ancla de su visera acusó su humilde factura, abollada después de un cabezazo contra una viga.

El Ciego, que evidentemente era el más afectado por la muerte de su contrincante, se entregó resueltamente a la abulia, pero reservándose voluntariamente el trabajo de descorchar botellas, no sin diligencia. Al poco tiempo volvió a servirse de su bastoncillo y de propio cerró esos ojos, que no volvería a abrir “¡hasta que los ángeles vengan a zamarrearne para conducirme a los cielos!”

El difunto, que un día después de abandonar la isla habíamos limpiado y vestido de etiqueta, fue quedando a la espera de que avistáramos tierra, porque de momento ni la Generala quería tomar la iniciativa de echarlo al agua. Además no incomodaba. Ella y el Capitán lo bajaron de la mesa y lo pusieron en un silloncito de resortes con el Bardo Todol entre las manos, “para que vaya orientándose por los vericuetos del infierno o por donde quiera que sus andanzas por la vida lo conduzcan ahora que está muerto.”

Con ese libro en la mecedora se me hizo tan familiar que me habría hecho falta si lo hubieran tirado al mar. El Capitán, que también se sentía solo, subía todas las tardes a esa sala y se sentaba junto a él a leer y mirar el Poniente, y cualquier extraño que hubiera entrado allí, sin ser advertido, difícilmente hubiera adivinado que uno de los dos no respiraba, porque parecía que el Capitán iba a quedarse dormido para siempre, fijado en el horizonte, o enfrascado en la lectura de “Los Recuerdos del Pasado”, su libro preferido.

Desde su inmovilidad estatuaria el judío parecía también participar de la actividad y se diría que su callada presencia presidía con gran moderación la tripulación del Loncomilla. Como una

figura de cera imponía respeto con su mirada de vidrio y su cutis de niño, y lo macabro de todo esto se veía muy atenuado por un saludable aroma a lavanda que le emanaba del pelo y que imperceptiblemente fue impregnando la tilla.

Leonora por su parte cambió substancialmente de conducta. Desde que abandonamos la isla comenzó a moderarse y, como si quisiera recuperar los encantos propios de su sexo, le daba cada vez más importancia a su aspecto. Para iniciar la jornada (mucho más tarde que antes) se escobillaba pacientemente el pelo, sentada frente al espejo, alrededor del cual había ordenado sus ahora numerosos artículos de tocador. Además se dejó crecer las uñas para después barnizárselas de colores diferentes y, como si eso fuera poco, se delineaba los ojos con una línea negra, matizándose los párpados con brillos y sombras. Abandonó su prosaica tenida de voluntaria para estrenar cada día nuevos y sofisticados trajes de salón y escena. Dejó de maldecir por cualquier motivo, erradicó los garabatos de su vocabulario, e incluso le dio por adornar las palabras soplando las eses y por alterar el orden corriente (“vulgar”) de las frases, intercalando metáforas de un lirismo no siempre desafortunado. Y así como el Capitán pasaba las tardes en la tilla, junto al judío, ella descubrió para esa hora instalarse en cubierta, vestida de fiesta, a rasguear la guitarrita que le habían regalado al Onanista y a entonar románticas barcarolas, al estilo de los gondoleros venecianos. Se interesó también, como nunca antes, en los asuntos de la cocina y me ordenó desengrasar y pulir los sartenes y ollas con jabón de Marsella y virutilla fina, y guardarlas secas de mayor a menor en las repisas respectivas. Armada de “La Buena Mesa” o de “La Cuisine Bretonne” me disponía, aun en bata y pantuflas, el almuerzo y la comida, y fritos dulces para la once. Y en la mesa había que poner copa para el vino blanco, para el tinto y para el agua; servilletas, pañitos individuales, y cubiertos para cada plato y para el postre: cuchillo para la carne y el pescado, y otro de palo para la mantequilla. Todo sobre una carpeta almidonada.

Se había convertido prácticamente de la noche a la mañana en la más refinada y diligente dueña de casa. Ahora no era suficiente baldear la cubierta, había que encerarla semanalmente y para mantenerla seca y brillante teníamos que caminar arrastrando los pies sobre dos trozos de fieltro, inútil a fán que hacía gemir de nostalgia al argentino, pues de niño su madre lo obligaba a hacer lo mismo. En los cuatro camarotes puso flores de género y cortinitas de gusto discutible (según opinión del Capitán) con motivos del horóscopo de acuerdo al signo de cada cual. Así que en definitiva el barco parecía, al menos por dentro, un monono departamentito, porque lo que es el casco desde Valparaíso que no conocía la rasqueta, la brea, la estopa ni la pintura.

El Capitán, aunque no siempre compartía sus criterios estéticos, en general estaba encantado, acostumbrado a la vida fácil y ordenada de los oficiales: comida cuatro veces al día y dos horas reser vadas para la siesta. Pero más temprano que tarde comprendimos que no era a él, ni al argentino y mucho menos a mí a quienes estaban destinadas tales delicadezas, sino a ése que no había manera de bajar a tierra, es decir a la mesa, el inefable Ismael, motejado el Onanista, que después de todo había conseguido seducirla con su indiferencia a toda prueba.

Su cámara relucía como ninguna, plumereada todos los días, pero su mullido y pulcro lecho lo esperaba en vano, porque desde que salimos de “La Ballena” no recuerdo haberlo visto bajar a comer ni a dormir, prefiriendo quedarse el día y la noche entera pescado de los palos, como un mur ciélago.

Cada vez se hizo más evidente que las barcarolas, los boleiros y los sentidos tangos se orientaban hacia las alturas, hacia los oídos sordos del noctámbulo nudista. El Capitán, compadecido de verla afanarse y suspirar por un amor que el sabía condenado, procuraba confortarla con bien intencionadas aunque inútiles lisonjas, que a la larga no podían sino retar dar el dramático desenlace.

Un día le elogiaba el vestido o el peinado y al otro el perfume o tal o cual salsa blanca con harina de arroz, mostaza, pimienta y ajo.

Al principio todo estaba muy bien y era muy bonito, pero a medida que fue pasando el tiempo sin que Leonora consiguiera motivar ese corazón empedernido, su pasión fue en aumento y sus tentativas más directas. Le dio por bailar con un cojín apretado contra el pecho y, lo peor, comenzó a cocinar de su propia mano guisos exuberantes, sazonados en exceso.

Confundida ponía sal a los tragos dulces y azúcar flor en los estofados. El Capitán y el argentino, preocupados por su salud y por sus propios estómagos, elogiaban sus recetas a la espera de que se distrajera para vaciar por las claraboyas los pulpitos en almíbar y los jarros de ponche con sal fina.

Sus canciones se independizaron de su texto y música original y pasó a improvisar con relativo éxito, agregando frases sugestivas y prolongados trémulos. Por último, sin rendirse a la evidencia, perdió su encantador orgullo y sus coplas devinieron súplicas y sus elaborados platos incomedibles fritangas que hasta los tiburones desechaban. Terminó como el clásico despechado entregada a la bebida, chupando desde la mañana como una esponja.

Bajo los efectos del alcohol renunció a sus trajes de gala y retomó su pollera-pantalón y sus botitas de charol, media caña y taquito tres cuartos.

Tanta era su desolación que yo mismo subí a la cofa a rogarle al Onanista que bajara a cubierta, “aunque más no sea para conservar la disciplina a bordo”, pero si ni los aromas ni las serenatas lo habían conmovido mucho menos iba a hacerlo yo con mis prosaicos argumentos.

Entonces llegó el día que ella se decidió a perseguirlo por la arboladura, implorándole una mirada, y en una de esas no alcanzó a venirse al suelo, pero se dislocó una clavícula.

Medio aturdida la bajamos y la metimos en su cama y le echamos llave a la puerta por fuera.

Esa noche la pasé en vela contando las tablas y clavos sobre mi cabeza. Bien pasadas las doce me levanté y fui a ver si el Capitán estaba despierto.

— ¡Pase! — me dijo, cuando golpeé despacito.

Estaba leyendo en la cama. Entonces, lamentando importunarlo, le planteé con toda franqueza mis inquietudes.

— Encomendémonos al Señor — me aconsejó él.

— ¿Pero por qué no volvemos a casa? — insistí.

El juntó el libro, se levantó las antiparras y sin separar la cabeza de la almohada me miró.

— Esta es mi casa o único albergue que yo tengo en este mundo — me dijo.

¡Sería todo!, pensé para mis adentros. ¿Qué más iba a decirle?

Salí a cubierta y en mi desesperación se me ocurrió tratar de razonar con el vigía, pero estaba lloviendo a cántaros y no quise exponerme a otro accidente. La mañana me sorprendió en la tilla confesándome con el Judío, que en su imparcialidad cadavérica parecía el más cuerdo. Junto a él ordené algunas ideas y concebí una imagen bastante tenebrosa de nuestro futuro. Supe que los acontecimientos me superaban. ¡Si bastaba mirar a mi confesor para darse cuenta que escapaban a mi dominio! Y mi reacción no fue en absoluto original, igual que Leonora y el argentino bajé tambaleándome a la surtida bodega para buscar estímulo y consuelo en su oscura y espirituosa atmósfera.

— ¡Idos a la misma cresta, pero dejadme beber tranquilo!

Lo que se llama una huelga de brazos caídos, con declive al pisco.

En el crepúsculo de la cala y de mi embriaguez comprendí que ni ratones había en el Loncomilla. Con mejor olfato que yo jamás lo habían abordado, ni con toda la *gástrica* (sic) embarcada en Valparaíso. Al parecer yo había sido el único cándido que me había embarcado sin saber exactamente lo que hacía.

Quizás debería referirme ahora a la forma y a las circunstancias en que me enrolé para este viaje y estoy seguro de que se me comprendería, pero obligado a elegir entre esa historia y ésta, pospongo la primera para continuar donde iba (13).

Si bien no era ésta mi primera borrachera, nunca me había curado tanto y tan sistemáticamente. Tomé hasta caer de svanecido y al despertar (quién sabe cuántas horas después) seguí chupando, como un contratado, y probablemente no hubiera parado ni salido más de allí si no hubiera sido porque el Argentino, que no podía conformarse de haber perdido a su compañero de juegos, bajó a buscarme para desafiarme al ajedrez.

Parece mentira mi relato, pero es que no hay nada tan extraordinario como narrar sin rodeos, lisa y llanamente, los hechos concretos.

En la humedad de la sentina aprendí el tortuoso salto de los caballos, el desplazamiento oblicuo de los alfiles, los locos, y el camino sin regreso de los humildes peones. Ahí y con el cuadrículado de por medio brotó, como una flor de un día, mi corta amistad con el Argentino.

El me contó la verdadera, rectifico, su versión (mucho menos romántica) de la vida y milagros de la Sirena y de las andanzas del judío por Europa. El Ciego era un gran ajedrecista, había sido subcampeón juvenil de la provincia de Buenos Aires, jugado en Cuba y alternado con grandes maestros. En esa época de gloria se habituó a jugar simultáneas en la calle sin mirar el tablero.

—Descubrí que jugaba mejor con los ojos cerrados, y después no quería abrirlos. El mundo me parecía triste e insulso. Y sigue pareciéndomelo.

Me dijo que era cierto que el sefardita había desposado en Italia a una “zíngara capaz de resucitar un muerto”, y que lo había arruinado con su manía de conservar los calcetines en el lecho.

(13) Ver Cap. XXXII “Valparaíso”. Nota del editor.

—En este valle de lágrimas, che, lo mejor es el mar. Por lo menos aquí se respira oxígeno.

Había salido de su casa, y del país, a los 17 años, cuando lo llamaron para a la “colimba”, y después se acostumbró a viajar. “Me ganaba la vida jugando en clubes de barrio, haciendo demostraciones en provincia. En Barcelona conoció al judío, que era muy aficionado y no podía convencerse que lo ganaran con los ojos vendados. Se juntaban todas las tardes en la Rambla y apostaban la cena.

—¡Subí de peso! —me dijo, muerto de risa— Pero no creas que era llegar y besar el santo, ni mucho menos. En los anales de la justa ajedrecística, si algún despierto se hubiera dado el trabajo de anotar nuestro juego, ese duelo ocuparía hoy un lugar de privilegio en el recuerdo, como una lección de cuán pesada es la carga ligada a la lucha junto al tablero.

—Desgraciadamente el Judío se fue poco después a Libia, ganando en libras esterlinas, y yo seguí para el Norte hasta que me detuvieron en Suecia, por falta de papeles.

—¡Vieras que cárcel tan linda! Me tenían en una celda exclusiva, con baño y buena vista. Y me cambiaban sábanas todos los días.

Pero al mes me mandaron para Buenos Aires. La vieja seguía viva, ocupaba una pieza donde tenía una Singer semi-industrial que remecía todo el edificio. La muchachada se había casado y los solteros pirado con Los Montoneros para el Chaco.

Pasó a Chile por Uspallata, con dos maletas de lencería, y en Viña del Mar conoció, dejó embarazada y se comprometió con una joven que tenía labio leporino, pero una herencia millonaria.

—Pertenece a la familia de los Meneses, criadores de ovejas en Tierra del Fuego.

Pero el suegro le echó a los carabineros y tuvo que emplumárselas para Ecuador, amparado por la mujer de don Aurelio Venturino, el conocido empresario y señor Corales del circo Las Águilas Humanas.

No obstante esta nueva amistad continuaba sintiéndome tan afligido, confinado en esa nave sin destino, que buscando una válvula de escape o mejor aun, como un ejercicio de libertad, comencé a escribir estas memorias al estilo de los libros que encontraba en la biblioteca o a copiar, al pie de la letra, párrafos enteros cuando me resultaban muy interesantes.

La tinta, la pluma y el papel me devolvieron, como por encanto, el alma al cuerpo y de a poco fui acomodándome a una rutina distinta. Retomé mi trabajo de tripulante, pese a que el argentino me distraía con sus historias de soplar peones, tomarlos al paso, coronar, enrocar, gambitos y defensas sicilianas, que siempre terminaban por darme jaquecas y mate.

Por la noche y por la mañana, si el tiempo lo permitía, verificaba las tensiones y amarras y me instalaba en cualquier parte con mi cuaderno a transcribir mis entrevistas con el Capitán, los cuentos del Ciego, mis propios recuerdos u otras impresiones.

Cuando el Capitán se dio cuenta que me había dado por las letras se manifestó, con su gentileza habitual, muy interesado. Con una paciencia de santo y horrorizado de mi ortografía, me corregía la letra, la puntuación, la construcción de las frases y su coordinación para formar correctamente las oraciones; los modismos y pleonasmos, las aliteraciones, los arcaísmos, las cacofonías y las rimas no deliberadas; las metáforas y adjetivos innecesarios, en fin, la gramática en general, obligándome a pasar una y otra vez en limpio hasta dejarlo satisfecho.

Ahora que lo pienso, mucho más tranquilo, me digo que su interés por mi repentina grafomanía tiene que haber obedecido más a su curiosidad científica que a mi afinidad con las letras. En todo caso yo lo considero mi profesor de Castellano y directo responsable de estas memorias.

Tanto es así que, no contento con enmendarme las planas, decidió orientar mis lecturas y explicarme los rudimentos de la rima para prevenirme contra los “señuelos de la poesía”, a la que conside-

raba en el 90% de los casos un subterfugio para escamotear la verdad y no llamar a las cosas por su nombre; “al pan, pan y al vino, vino”.

Me recomendó a Lautremont, el conde maldito que bajó a la Divinidad al burdel, para darle densidad a mi prosa, y las cartas de Bolívar para que aprendiera algo de historia.

El, como el Libertador, como Ugarte, Miranda, Bilbao y otros iluminados creía en la unión de Iberoamérica, con un parlamento continental y un Presidente de la “Patria Grande”.

—Sólo así —decía— negociaremos con el Norte en igualdad de condiciones.

Volvió a vivirse un período de cierta armonía a bordo del Loncomilla. El rudo pero eficaz tratamiento de encerrar a Leonora dio resultado y pudo ser dejada nuevamente en libertad. Pero cuando le abrimos la puerta ya no era la misma ni volvería a serlo, al menos durante un buen tiempo (mientras le crecía el pelo).

Durante los primeros diez días de su obligada y creo indispensable reclusión gritó y lloró, como una poseída, y de paso destruyó casi todos los objetos de su alcoba. Después, aun fuera de sus casillas, se negó a recibir alimentos durante una semana, prácticamente decidida a dejarse morir de hambre y, finalmente, quizás como una forma de remedio o de repudio a su infeliz condición femenina, se cortó el pelo al rape y enseguida se afeitó el cráneo. En todo caso, superada la crisis, cuando el Capitán la autorizó a salir, había perdido definitivamente su voluntariosa insolencia y su modo de caminar y, como si se hubiera resignado para siempre a la indiferencia masculina, buscó consuelo en el trago y la comida, y sus tiernas nalgas e indómitos pechos comenzaron a derrumbarse bajo el peso del tedio y la edad.

Durante ese período yo diría que terminé por habituarme a la lectura, y a la escritura, al mismo tiempo que con el Capitán se consolidaba nuestra relación de maestro-discípulo.

Ambos disfrutábamos paseándonos por cubierta mientras él se playaba sobre diversos tópicos de interés artístico, científi-

co o filosófico, del todo novedosos para mí. *Verbi gratia*, los complicados vínculos entre el mundo y la imaginación.

Al respecto recuerdo que en mi inocencia le manifesté mi deseo (muy loable por lo demás) de escribir con la mayor sinceridad posible, a fin de dar una visión auténtica de nuestro viaje; lo que justamente dio lugar a una de sus memorables e irreproducibles peroratas.

Inútil sería, en consecuencia, tratar de resumir ahora esa charla, más aún si considero cuanto me cuesta y tar do para describir una simple ancla. No obstante, aunque más no sea como un ejercicio nemotécnico, me gustaría apuntar de paso algunos de sus conceptos, los cuales si bien o mal consigo retener no por ello he terminado de comprender.

Me dijo (“para que abras los ojos de una vez por todas”) que todo lo que pudiera escribir, por más que honestamente quisiera ceñirme a la verdad y a la realidad, por el sólo hecho de ser una interpretación, una versión, una traducción en tal o cual lenguaje, caería necesariamente en el terreno de la ficción, “lo que de ninguna manera le resta mérito ni mucho menos verosimilitud; porque ¿cómo —me preguntó— podemos distinguir cuándo leemos un texto fabuloso y cuándo uno documental?

—¡Porque se nota a simple vista! —respondí sin titubear— De la misma manera que sabemos cuando un hombre miente o dice la verdad.

—¡Sí! ¡El arcaico y siempre joven método intuitivo! Pero ¡jojo! Podemos descubrir la verdad, y no siempre, por la manera de hablar, pero cuando leemos lo que está mejor escrito resulta más veraz, aunque sea integralmente fruto de la imaginación.

—Claro, pero...

—Lo que desmiente a quienes sostienen que la ficción nos aleja de la verdad, además que, desde muy antiguo, se conoce el empleo de ésta en beneficio del saber.

—Capitán...

—No obstante, mientras por un lado este empleo ha sido siempre meramente operativo y práctico, por otra parte no se ha logrado discernir con claridad entre la ficción y otros elementos afines, tales como la suposición y la hipótesis.

—¿Entonces dónde estaría el límite entre la historia y la literatura?

—¡No me interrumpas y abre las orejas! La ficción se nos presenta con un signo negativo en cuanto designa simplemente el carácter irreal de las expresiones, pero su positividad se abre paso al mismo tiempo que se va adquiriendo conciencia de su valor como herramienta de conocimiento.

—Entiendo.

—De ahí que tienen sentido los términos *Fictio Rationis* y *Entia rationis*.

—¿Fictio qué?

—¡Rationis! Considerados como la representación de acciones útiles para los fines del saber.

—Ósea que...

—Precisamente, y por eso no es sorprendente descubrir la rica terminología que expresa las distintas formas de la ficción o, mejor dicho, los diferentes aspectos que asume la visión de la realidad bajo la forma del “como si”, que inconscientemente empleas a cada rato en tus apuntes.

El sí que tenía cosas que decir. Sabía mucho, pero quizás eso mismo le impedía tomar la pluma y a lo mejor creía que instruyéndome podría difundir sus conocimientos, pero estaba tan achacoso que de sólo hablar se agotaba, como si estuviera en fermo de viejo.

—Es el *hipoœsmos* que me está recuperando —decía.

Yo no podía ni aún puedo saber a qué exactamente se refería, pero lo cierto es que los años se le habían venido encima y muchas veces desvariaba con otra teoría de su cosecha, que llamaba “del chaqueteo universal”, y que explica que los seres o sis-

temas en la medida que se desarrollan se complican y perfeccionan perdiendo materia en beneficio de la energía pura o vida, alejándose de lo pequeño a través de sucesivas etapas, cada vez mayores, hasta alcanzar las estrellas o cielos, la plena existencia individual, en una lucha eterna y sin cuartel contra la fuerza coercitiva del gran sólido, o conjunto de *microseres* que buscan el equilibrio del todo por la igualdad más simple e inmóvil posible, que concebimos como el infierno o la muerte y que conforma el sustrato de la vida, y que la Biblia expresa con la sentencia: “polvo eres y en polvo te convertirás”.

Yo le dije que lo que había que hacer era sepultar al muerto, que no podíamos seguir con él a bordo, ni aunque oliera a Agua de Colonia.

—Descompone el ambiente, Capitán.

Le volví a decir que debíamos poner rumbo a tierra, que nos sirviéramos (a modo de homenaje) de la vela diseñada por el difunto. Pero él no quería preocuparse de nada que lo distrajera de sus reflexiones ni de su callado duelo con el submundo invisible.

—Haz como quieras —me dijo—. Ya no estoy en edad para hacerme cargo de tus problemas. (!)

Así entonces, fui yo quien resolvió, sin dar cuentas a nadie, dar una sobria pero honorable sepultura marina al Judío, y sin postergarla ni un día más.

Dije buenas noches y me fui a acostar decidido a llevar a la práctica mis intenciones. Pero me costó trabajo que darme dormido, excitado como estaba. Sin embargo desperté temprano, con apetito y ganas de ponerme en actividad.

Subí a cubierta cuando aún no se había puesto el lucero y todo el mundo con tinuaba durmiendo, salvo el Onanista que, como un enorme búho blanco, permanecía vigilando el mar desde la arboladura.

27. El cardumen

Seguramente habrá tenido usted ocasión de presenciar como rellenan la fosa donde previamente han bajado a uno de sus familiares. La pregunta es si le ha tocado a usted participar de un entierro. Para mí el primero fue el del finado Urrutia, sargento primero del regimiento Andalién.

—Murió de porfiado —se lamentaba la viuda.

En ese cementerio a la gente la enterraban bajo techo, en unas piezas cuyos muros tenían una suerte de cajones, desde el suelo hasta el cielo raso. Así evitaban a los deudos la visión y al finado el contacto directo con la tierra, en un encomiable esfuerzo por retardar la descomposición y la desaparición definitiva.

Y este extraño procedimiento no por lo curioso es muy raro. Tan penosa es la muerte de nuestros semejantes que desde la antigüedad la gente ha tratado de conservar por distintos medios a sus muertos el mayor tiempo posible, como al viejo Tutankamón, por ejemplo, cuyo cuerpo embalsamado aún permanece en el Cairo.

Intento decir que, si a nadie agrada la muerte, menos gustan las bacterias que, con una vitalidad envidiable, devoran nuestras células para nutrir sus propios organismos. Y en este sentido la carne es inmortal, toda vez que nuestros cuerpos alimentan a esos *microseres* que, bajo tierra y en el agua, nos aguardan para dar cuenta de nuestra apetitosa estructura física.

Pero para que aburrir con disquisiciones evidentes si puedo ser mucho más preciso. Si bien podemos resignarnos a acompañar a nuestros muertos hasta el nicho, probablemente muy pocos podríamos admitir que los metieran en una tumba donde a simple vista pudiéramos ver las lombrices. Que una vez puesta la lápida se abran paso a través de las tablas y los tejidos, de acuerdo, pero no antes.

Fue muy parecido lo que nos pasó con nuestro frustrado sepelio, que consultaba de slizar al judío por un tablón inclinado al agua, como suele procederse con quienes mueren en el mar. Pero esa mañana al asomarme distraídamente por la borda, como quien verifica la adecuada profundidad de la fosa, noté que si bien la mar estaba tranquila, había una cantidad de peces muy superior a la normal. Seguramente un cardumen de sardinas progresaba hacia aguas más ricas o huía de otros peces mayores que, como el hombre, encuentran en ellas su aperitivo favorito.

Era tal la abundancia de peces alrededor del barco, ¡y hasta donde alcanzaba la vista!, que de momento hubo que posponer las exequias, pues echar allí el cadáver habría sido como meterlo en una cacerola hirviente. Hubiera sido devorado en cosa de minutos.

Leonora salió de su camarote, donde últimamente pasaba gran parte del día, e igual cosa hizo el Capitán que, atraído por la novedad, apareció en bata y pantuflas. Los tres nos instalamos a mirar y a esperar a que pasara el multitudinario banco. Pero a medida que transcurría el tiempo en lugar de menguar nos parecía que se hacía cada vez más denso, como si fuera una suerte de varazón en alta mar.

Era una capa de sardinas, anchovetas, pejerreyes y otras familias de peces menores tan gruesa y compacta que los que estaban por encima apenas tomaban contacto con el agua, y se retorcián al sol emitiendo miles de brillos y un sonido continuo, parecido al de las chicharras en el campo. De tanto en tanto, sobre esa alfombra viviente, surgían a lo lejos voraces cuadrillas de sierras que avanzaban, como flechas, batiendo las fauces y dejando un reguero de sangre.

El argentino, que se había levantado de humor, y bueno y sano, desplegó sobre la toldilla un taburete de lona y un completo equipo de pesca: caña, carrete, lienza y anzuelo que lanzaba una y otra vez sin carnada engancho fáclmente por la cola y el es-

pinazo las más variadas presas. Era tan milagrosa la cosecha que yo subí de la cocina con una sartén y un canasto de dos orejas, recipientes que para envidia de los aficionados fueron colmados en un santiamén.

Pero nos duró poco el entusiasmo, porque una nube de peces voladores (azulados, verdes y dorados) se dejó caer sobre el cardumen, y el barco, obligándonos a suspender la pesca para buscar refugio bajo cubierta.

Como en el Antiguo Testamento llovían por millares. Golpeaban sobre el puente y se deslizaban culebreando por las escotillas.

Así, el velorio se trasladó a la cocina, donde me cupo el honor de preparar unos pejerreyes rebozados, anticuchos de sardina, sierra asada y corvina a la plancha, mientras el Capitán aderezaba un caldillo de cabezas, con papas, cebolla y vino blanco. Y cuando más tarde salimos empachados a respirar el aire de la noche, apenas podíamos caminar por la cubierta atestada de peces, y en el mar sobrepoblado la luna se reflejaba como sobre una inmensa plancha de aluminio. Y antes de pensar en acostarse hubo que barrer de la cubierta cientos de peces, aun coleteando, sacar de la cabina los que se habían colado para abajo y sacudir las escamas de las frazadas. Esa noche, en realidad, difícilmente hubiéramos muerto de hambre, cuando se corría peligro de quedarse dormido con la boca abierta y tragar se un arenque.

A la mañana siguiente la mar seguía tan repleta como la víspera, pero ya no eran sardinas y pejerreyes, sino peces mucho mayores: róbalos, corvinas, cojinoas y apetitosos atunes; y jureles, toyo y peces martillos, hoscos como boxeadores; y pescadas, dorados, palometas, caballas, sardas, pejes diablos y evidentemente los viejos y conocidos tiburones, duros, lisos y abrasivos, como lija. Y tintoretas, torpedos, rayas y algunos peces ángeles, medio bobos, y pataos, cuberas y otros innumerables peces que cubrían totalmente la superficie del mar.

Yo recuerdo haber visto una varazón que tapó las playas de Curanipe y también he visto ballenas asfixiándose en la arena por docenas, pero de un banco como éste ni yo ni nadie a bordo había tenido noticia.

El día anterior habíamos tratado sin conseguirlo de determinar la dirección del cardumen, pero ahora veíamos claramente que, dentro de un relativo desorden, el conjunto conservaba el mismo rumbo, Oeste, exactamente el opuesto que yo le había fijado al barco, con la secreta esperanza de aproximarnos a América. Y estas trayectorias contrapuestas fueron juzgadas convenientes, pues nos permitirían superar más rápido el cardumen que, tanto por lo numeroso como por el creciente tamaño de los peces, comenzaba a preocuparnos.

Quisiera consignar de pasada una cosa curiosa. Aunque en el conglomerado nadaban “codo a codo” distintas especies, muchas de ellas tradicionalmente rivales, ahora no se agredían, aparte de uno que otro aletazo para ganarse el espacio vital indispensable.

El ciego, que cuando quería veía de lo más bien, dijo de repente que parecían protestantes.

— ¡Parecen canutos! — dijo en realidad. Y su observación no por lo graciosa carecía de sentido. Esa mansedumbre podía perfectamente recordar una procesión religiosa, como las que los domingos no es raro ver pasar, levantando una polvareda, por las plazas y calles residenciales. Después de todo era primero de noviembre, día de Todos los Santos, y a mí me dio con que a lo mejor iban rezando e incluso cantando en una frecuencia inaudible para el oído humano, o por lo menos que respondían a un llamado del océano, a una poderosa y desconocida voz de la naturaleza.

En todo caso era un soberbio espectáculo que nos tuvo como hipnotizados el día entero. El Onanista agazapado arriba y la Generala, el argentino y yo deambulando por cubierta, mirando ya las evoluciones de una albacora, de un atún o de un tiburón

descomunales, parecido a ese que hacía meses había arponeado el sefardita. Sólo el Capitán estuvo prácticamente toda la jornada abajo, porque no se sentía bien, y se quedó en cama, pero igual antes de la puesta del sol subió a asomarse por la borda, muy demacrado y casi incapaz de sostenerse por sus propios medios.

—Estamos llegando al fin del mar —dijo en un tono sumamente dramático.

Afirmado en la amura se quedó mirando los peces lar go rato y después, sin decir otra palabra, volvió a su cama, de la cual ya no se levantaría más.

Había dormitado todo el día y después de salir a cubierta pareció quedarse definitivamente dormido, sin embargo se despertó un rato a la hora de la cena cuando yo le bajé de comer. Pero no quiso probar bocado. Efectivamente se había debilitado tanto que le faltaron las fuerzas para despegar la cabeza de la almohada.

Preocupado, fui a llamar a Leonora. Ella se dio cuenta que estaba grave. Le puso una mano en la frente y dijo que estaba frío, como un pescado.

Lo tapamos bien tapado, con dos frazadas y un poncho araucano, pero seguía helado, a pesar de que tenía gotitas de transpiración en la frente. Al rato bajó el Onanista, cubierto con su capa de cuero, y se quedó con nosotros, acompañándolo. Recién como a la tres de la mañana el Capitán abrió los ojos y nos miró. Todos estábamos reunidos junto a su cama, pensando en la misma cosa: ese ejército interminable y sigiloso que pasaba por el lado.

En la penumbra de esa cámara se nos erizaron los pelos y contuvimos la respiración para escuchar hasta por los poros el rumor de ese mundo paralelo que palpitaba ahí mismo, a pocos centímetros, del otro lado del casco,

Esa noche, con excepción del Capitán, todos permanecemos en vela. Leonora sentada al lado de él, y el argentino, el Onanista y yo vagando como zombies por todas partes y asomándonos de vez en cuando por la borda para mirar alucinados ese conjunto infinito

de negros, fríos y musculosos cuerpos con la cabeza sumergida en otro elemento.

Como a las seis de la mañana el Capitán volvió a despertarse y todos bajamos a su cámara. El farolito que pendía del techo proyectaba una luz amarillenta sobre el enfermo. El vio que todos estábamos alrededor suyo y pidió agua, y después volvió a quedarse dormido. Y un poco más tarde, cuando a través de la cortinita de su ventana notamos que estaba aclarando salimos a mirar, pero había caído una neblina tan espesa que no podíamos distinguir prácticamente nada y sólo escuchábamos una serie como de géiseres surgidos imprevisiblemente del mar. Pero a medida que el sol fue disipando la bruma comenzamos a ver por todos lados grandes lomos sobresaliendo del agua. Había mermado el número de animales, pero ahora eran todavía mayores: delfines, tuninas, orcas, cachalotes y otras variadas especies de ballenas, desde la pequeña marsopa, que es apenas como un hipopótamo, hasta la voluminosa ballena azul, que supera los treinta metros.

Era la artillería de esa armada que venía pulverizando el cielo con sus surtidores simples y dobles. Impresionaban los ronquidos de esos pulmones cavernarios resoplando como si la atmósfera entera fuera insuficiente para oxigenar tanta sangre, y para qué decir los aletazos y coletazos que azotaban y batían el agua, uno sólo de los cuales hubiera bastado para desguazarnos la nave y despacharnos a todos, vivos y muertos, a las profundidades más profundas.

En realidad era tan aterrador el desfile (de cual participábamos involuntariamente) que nuestro vigía, que momentáneamente había abandonado su puesto para estar cerca del Capitán, perdió completamente su calma habitual y despojándose de su rudimentaria vestidura abandonó la cubierta, saltando de flechaste en flechaste, y gritando tremendamente alarmado: “¡ahora voy a morir, ahora voy a morir!”

Pero los brutos, que ni siquiera veían el barco, mal podían compadecerse de sus lamentos. Tan insignificante era el barco al lado de esos mastodontes que muchos lo topeaban sin querer con el morro de grasa, cuando no pasaban por debajo rasque teándonos la quilla con el espinazo.

En la emergencia traté de evolucionar para poner la proa a las ballenas, pero si con suerte conseguía esquivar un rocual por una banda, otra especie subía a respirar para llevarnos unos metros sobre el lomo.

Leonora permaneció junto al Capitán, sujetándolo al lecho, en tanto que el ar gentino (¡revelando un valor insospechado y una vista de lince!) se armó de un bichero para pinchar a uno y otro lado procurando ahuyentar a los monstruos más cercanos, valiéndose, además del bichero, de algunas expresiones del malevaje porteño o de la pampa, vaya uno a saber:

*¡Yo te voy a enseñar ladino
a salirnos al camino!*

Y

*¡Maldice al Padre Eterno
como a los santos benditos
pidiéndole al diablo a gritos
tu pasaje p' al abismo. Trompeta!*

Lo que no quiere decir que no estaban atacando, de haber sido así no estaría contando el cuento. Simplemente nos interponíamos en su camino y les faltaba espacio para evitarnos.

El sudor me salaba los ojos. Me dolían los brazos de mover la caña. Y aunque a medio día seguíamos a flote, nada nos permitía esperar una tarde más tranquila. Desde el timón yo veía la mar repleta y desde mucho más arriba nuestro horrozado vigía anunciaba ballenas por todas partes.

Tantas bestias acezando alrededor nuestro, recalentaban el vapor que respirábamos, y el agua parecía leche con tanta espuma.

De pronto el vigía, que en lugar de cooperar confundía con sus gritos, se dejó caer como una exhalación sobre cubierta y desde allí, sin que nadie alcanzara ni a pensarlo, saltó con un puñal entre los dientes sobre la joroba de un cachalote inmenso que pasaba por la banda.

Era, probablemente, el animal más grande del cardumen y, tanto por sus proporciones descomunales como por la cantidad de cicatrices y arrugas que tenía, debía estar viviendo en estos mares desde hacía muchos años.

Cualquiera y hasta el veraneante más obtuso sabe que una ballena adulta vive con facilidad un siglo, pero un anciano malas pulgas como este Matusalén tendría por lo menos el doble y hasta el triple, y le habría sobrado tiempo para desfondar una docena de balleneras y enviar al infierno a otros tantos intrépidos, como nuestro desgraciado amigo que ahora le brincaba encima y le clavaba en el lomo repetidas veces su pequeño e inofensivo estilete.

Pero si uno, dos, tres o quizás cuántos arpones templados en sangre no habían bastado para acabar con ese diablo, mal podría haberlo conseguido nuestro vigía con su cuchillita.

Era un animal de aspecto tan temible que hasta sus propios congéneres no parecían tranquilos a su lado y se apretaban entre sí con tal de no ponerse al alcance de sus fauces. Es que normalmente estos viejos cascarrabias prefieren las soledades, porque cuando ya ni las hembras los atraen poca disposición tienen para la vida social y mucha menos para la escandalosa compañía juvenil, y si ahora formaba parte a disgusto de esta procesión, indudablemente se debía a circunstancias muy ajenas a su voluntad.

Pese al miedo, a la brevedad y confusión del momento, y al inexorable paso del tiempo, todavía recuerdo que llevaba ensartado por lo menos un hierro oxidado bajo una aleta, y si bien el cuero le había cicatrizado alrededor del arpón, sin duda esa espina contribuía sensiblemente a su evidente mal genio. En todo caso, con esa gruesa piel de elefante, el canoso cetáceo debió sentirse

más bien agradecido de que le rascaran la espalda gratuitamente y para demostrar su beneplácito viró en 45 grados y dio un poderoso coletazo fuera del agua que sacó al Loncomilla de su sitio para enviarlo por los aires, como una hoja de papel arrugado que se envía al cesto.

Rendiré un brevísimo homenaje, sin dejar pasar otro instante, a los expertos constructores de esa nave, cuya flexible armazón se arqueó como una varilla antes de caer nuevamente sobre su arrufado casco. Pero lo que en dos años no habían logrado los elementos lo consiguió al primer intento ese gigante. Uno de los palos, como hacía una década le sucediera al Andrea, se quebró como un palillo, cayendo de medio lado y arrastrando consigo, igual que un árbol en el bosque, los cientos de cabos que lo amarraban al resto de la arboladura y al casco, percutiendo de paso con su extremo superior, igual que el puntero de un profesor, la dura cabeza de un ballenato asustado que pasaba por allí, sin tener nada o muy poco que ver en este asunto.

Entre tanto el veterano ce táceo, disparando altísimo su grueso surtidor, se alejó con su liviana carga humana poniendo entre él y nosotros montañas de carne, grasa y agua. Y cuando en el escorado Loncomilla conseguí ponerme de pie, todavía alcancé a divisar a nuestro deschavetao vigía insistiendo vehemente con su quisca en la nevada joroba del monstruo, y sólo he vuelto a abrigar esperanzas de verlo ahora, cuando tirando estas líneas preparo las valijas para mi última travesía.

Cualquiera, en dichas circunstancias, comprendería que no hubo posibilidades de intentar rescatar al Onanista, cuando a punto de naufragar difícilmente hubiéramos podido pensar siquiera en echar un bote al agua. Lo único razonable y apenas factible fue salvar la nave, y a los pocos sobrevivientes que continuábamos a bordo.

Y ésta es una cuestión que me interesa dejar por escrito, porque no quisiera ser acusado de negligencia o de haber empuja-

do a saltar al vigía sobre el levia tán, “atacado de celos”, versión de los hechos tan libre como falaz a la luz de estos detallados antecedentes. Yo sé por qué lo digo.

Como se pudo cortamos los cabos que mantenían amarrado el mástil quebrado, escorando peligrosamente la nave, y cuando lo conseguimos por lo menos el barco recuperó el equilibrio; pero la arboladura había quedado tan dañada que para seguir navegando (si no teníamos otro encontrón por el estilo) tendríamos que aparejar en el otro palo, con retazos de velas, algún sistema provisorio para tomar el viento.

Gracias a Dios al caer la noche la situación estaba prácticamente controlada, mermaban ostensiblemente los cetáceos y se restablecía la calma.

Cuando bajé a ver al Capitán, Leonora ya le había ordenado un poco la pieza y él parecía tranquilo, pero cuando entré abrió los ojos y quiso imponerse de todo.

Para no preocuparlo innecesariamente yo le hice un informe lo más moderado posible, dándole a entender que había sido conjurado el peligro.

—Habrà que hacer algunas reparaciones —le dije.

Con respecto al hombre que habíamos perdido ya había sido informado por Leonora, que se había enterado poco después del incidente. De todas maneras me preguntó por él y no tuve más remedio que confirmarle la desgracia.

—No tuvimos tiempo para nada —me justifiqué.

Estaba dándole algunos detalles cuando otro barquinazo remeció la nave, ofreciéndome la posibilidad de escapar.

—Voy a subir —dije, disculpándome.

—¡Espere! —me retuvo— Quiero, oficialmente, transmitirle el mando.

—¡Capitán! —alcancé a protestar.

—¡Si! —me interrumpió— ¡Usted, Alfredo, queda al mando! ¡Hágase cargo!

—¡A sus órdenes Señor!

Esa noche, igual que la anterior, la pasé sin dar una pestañada. Pero esta vez junto a Leonora, en la cámara del Capitán, pensando en las nuevas responsabilidades que ahora pesarían sobre mis hombros y en los imponderables que se me vendrían encima.

Sobre el escritorio podían verse algunos de los libros del anciano, recogidos del piso por Leonora. Los “Recuerdos”, entre otros. Y un volumen de poesías escogidas de Horacio. Podían verse también, apilados, una serie de mapas; su juego de pipas, un barrilito de tabaco y sobre la carpeta de papel secante un cuaderno abierto y en blanco, sobre el que se había volcado el tintero. Seguramente el Capitán, antes de caer definitivamente a la cama, había tenido intenciones de dejar un escrito, testar de su puño y letra, pero a última hora debió sentirse demasiado debilitado para intentarlo, y ya ni siquiera lo haría oralmente. No obstante, en medio de la noche abrió los ojos y dijo: “no he plantado un árbol, ni escrito ningún libro y que yo sepa jamás he tenido un hijo y, a pesar de todo, ahora que voy a morir tengo la conciencia tranquila”.

—No se preocupe patrón —le dije yo—, esas son cosas que dice la gente.

Pero no se si me escuchó, porque volvió a dormirse.

En la silla, Leonora también roncaba. Ella, cuyos pechos había visto y recordado tantas veces. Mirarla dormir y apreciar su perfil detenidamente me despertó un deseo que recién ahora podía permitirme: unas ganas locas de tomarla en mis brazos, de sentir la temperatura de su cuerpo, de respirar su aliento. Y descubrí que ese deseo me bullía en el pecho desde hacía tiempo, exactamente desde la dichosa noche de la fiesta.

Al aclarar, los cetáceos definitivamente nos habían dejado atrás. Ya no se escuchaban sus surtidores ni sus gualetazos en el agua. El barco estaba inmóvil, como si una grúa lo hubiera sacado en medio del Pacífico a dique seco.

Leonora despertó cuando el Capitán, con un hilo de voz, intentó decirnos algo. Con gran esfuerzo consiguió mover una mano para señalar la claraboya. La claridad del nuevo día se traslucía a través de la cortinita, iluminando apenas el cuarto. Leonora y yo nos inclinamos para poder escucharlo.

—Más luz —alcanzó a decir.

Yo me levanté a descorrer la cortina y el primer rayo de ese cuatro de noviembre le iluminó la cara. Tenía los ojos fijos en el cielo.

Nos había dejado solos en el mar.

28. El mar muerto

Ese cuatro de noviembre, aún no olvido la fecha, fue muy triste. Si bien el día anterior había tomado el mando, lo que para cualquiera hubiera sido motivo de orgullo e incluso de alegría, no lo fue en absoluto para mí y puedo jurar que hubiera preferido continuar como simple tripulante antes que ver la luz de esa mañana investido de ese inmerecido rango.

La multitud de peces y mamíferos se había llevado consigo no sólo las últimas palabras del Capitán sino todo vestigio vital, igual que una plaga de langostas que va dejando el yermo a su paso por el campo. Al despuntar el sol uno de sus rayos nos había iluminado, pero después se cubrió y aunque no hacía frío el día recordaba el invierno, Punta Arenas, el Estrecho de Magallanes.

Y si el cielo estaba feo, el mar tenía un aspecto más lúgubre todavía: ni la menor brisa ni onda alguna alteraban la superficie del agua, como si todo se hubiera detenido de una vez y para siempre. Estancada la mar había adquirido un descolorido gris, como si en su cuenca igual que en un crisol gigantesco se hubieran fundido y solidificado toneladas de plomo. Duro y aplanado se me figuraba la inmensa lápida de nuestra era, donde sólo faltaba inscribir con la filuda quilla “descansad todos en paz, a perpetuidad”.

¡Díganme ahora que el desierto de Atacama es más estéril todavía! Yo hubiera cantado de júbilo repasando la colorida gama de sus metales. ¡Háblenme de su aridez! Yo hubiera llorado de alegría en esos pastizales, pues nunca nadie ha visto esta pampa absoluta que refiero.

¡Comparad impropriamente el desierto con las espinas de Cristo!

¡Entonces estos son los mohosos clavos!

Piense, allá usted, que después de tantas páginas me he dejado tentar por la poesía, que cercado por la muerte he cedido a sus encantos y, contra los consejos de quien lloro, me engolosino con palabras.

Diga que miento y que jamás he surcado los mares, ni abandonado las almidonadas enaguas de mi madre.

¡Hínchese de orgullo porque al fin encontró otro más embustero que usted!

Sueñe, sueñe sosegado

y permítame a solas esta pena lamentar.

Hola viejo Capitán ¡Salud!

Viejo, deja que los jóvenes se revuelquen de la risa

que pronto nos veremos en la impercedera.

Viejo, yo tomaré el relevo de tu olorosa pipa y seguiré acordándome de tus recuerdos.

Noble que supiste morir como un héroe

severo entre las inmaculadas sábanas
recibe mi breve y humilde homenaje.

Efectivamente la mañana estaba ploma y si los días anteriores habíamos estado rodeados de vida turbulenta, y a punto de naufragar por eso mismo, ahora en trábamos en unas aguas muertas y fétidas, como una fosa séptica. Relativa conjunción para hacerse cargo de un navío.

Además, desde ese día no volvió a soplar el viento y de momento quedó, principalmente por ello, excluida toda posibilidad de navegar. Para aprovechar la espera decidí hacer una buena limpieza a lo largo y ancho del barco, comenzando por enfrentar de una vez por todas el asunto de los muertos. Así, mi primera medida fue trasladar al judío a cubierta, sacarle el libro que aún sostenía en las manos y, reemplazándolo por una caja de tornillos, pasarlo por encima de la borda para mirarlo hundirse provocando apenas unas burbujitas.

Pero antes hicimos un pequeño hallazgo que nos enterneció hasta las lágrimas. Al desplazar el sillón encontramos en el piso una serie de frasquitos aromáticos: polvos lupulinos, resina de pino o “zopisa”, mentolado del Perú, ámbar gris, sangre de drago, grasiña de tigre, pez griega, aceite de María y estoraque líquido, todos ungüentos que evidentemente habían servido tanto para ungir como para maquillar el cadáver, otorgándole ese olor tan agradable y esa notable incorruptibilidad.

Hechas las consiguientes averiguaciones se estableció sin demora que ninguno de los tres presentes habíamos hecho uso de tales bálsamos, por lo que necesariamente tendría que haber sido o el Onanista, recientemente desaparecido (lo que considerando su carácter no parecía probable), o el fallecido Capitán, que solía pasar las tardes en la tilla velando al finado. En todo caso con o sin ungüentos es un hecho que el judío se había conservado mucho más de lo normal. Todo lo contrario del Capitán que el mismo día de su muerte, si no antes, ya estaba muy estragado. Por eso mismo, lamentándolo en el alma, le abotonamos la guerrera y a su turno también lo hicimos pasar por encima de la borda, anónimo, sin responsos ni sombrero, y con un anclote atado a los pies.

Al día siguiente (por una cuestión más de forma que de otra cosa) trasladé mis pocos bártulos a popa, donde corresponde se aloje el Capitán, reservándome la cámara que ocupara el judío. Por respeto no quise instalarme en la del Capitán. Esa la cerré,

como un museo, dejando cada cosa en su lugar, con excepción de la bitácora, algunos instrumentos ópticos indispensables, una pipa y el barrilito de tabaco, y naturalmente las cartas de navegación, entre ellas la del océano Pacífico con el timbre de Los Insobornables que mucho tiempo antes había estado estudiando subrepticamente en esa misma pieza.

Precisamente premunido de esa carta e instrumentos, y decidido a regresar a Valparaíso, intenté determinar nuestra situación, pero como de día y de noche permanecía cubierto no podía ver el sol ni las estrellas, de manera que sin puntos de referencia ni viento era imposible hacer otra cosa que esperar.

De todas maneras no nos faltó trabajo reacondicionando el aparejo mientras cambiaba el tiempo. Pero a la semana todo estaba preparado y el cielo continuaba impenetrable, nula la brisa y el mar como un pantano.

Levanté un cubo para examinar el agua de cerca y salió barrosa, como si el mitológico Neptuno se hubiera estado dedicando a escarbar con su tridente el fondo podrido del mar. Turbia a la vista y repugnante al paladar, de esa agua emanaba una hediondez que hacía casi insoportable la tórrida atmósfera que respirábamos. Pese a todo, a bordo las cosas no iban mal. Tanto Leonora como el argentino parecían haber aceptado de buen grado mi ascenso e, inactivos, cada uno se las entendía como mejor podía con sus pensamientos. Por mi parte establecí un régimen de comidas con horarios relativamente fijos e inventarié prolijamente nuestras reservas, donde todavía abundaba el vino y otras bebidas y escaseaba el agua, cuyas raciones debieron limitarse.

Deseo aquí abrir un breve paréntesis para intercalar una información, relativa a la arquitectura del Loncomilla, que he ido dejando de lado y que aunque no altera para nada el sentido de esta historia no quisiera pasarla por alto; además que (sin duda a causa de mi edad y consecuente deterioro de la memoria) ya son muchas las cosas que he dejado y dejaré en el tintero y otras tantas en las que, sin darme cuenta, insisto hasta el cansancio.

Repito como mi abuelita Amalia, como el maestro Laureano, como el Capitán y la mayoría de los octogenarios. Por ejemplo, he hecho muchas veces hincapié en la abundancia de vino que transportaba el Loncomilla, y en la creciente abundancia con que se consumía. Pero en realidad éste no es un buen ejemplo, puesto que yo jamás había navegado en un barco tan bien provisto y donde desde Capitán a grumete se bebiera tanto. Pero evidentemente no sólo de vino se componía la carga y es precisamente a esto a lo que apunto. En efecto si bien el Loncomilla no era propiamente un mercante tampoco era un barco de pasajeros, pues si disponía de algunas comodidades contaba también con una amplia bodega, dividida en dos partes desiguales. La más pequeña y a popa estaba justamente dedicada a las provisiones de boca, incluyendo los seleccionados mostos. En cuanto a la segunda, que ocupaba la mayor parte del volumen del casco, desde que zarpamos y hasta que yo asumiera el mando permaneció siempre cerrada con un candado cuyas llaves, a la muerte del Capitán y cuando yo quise inspeccionarla, no aparecieron por ninguna parte; de tal manera que, por esas cosas de la vida y particularmente de este viaje, sólo al final del trayecto vine a enterarme, y por casualidad, de su contenido, inusual cargamento que después de todo no tenía nada de extraordinario.

Dicho esto sigo adelante, puesto que para los fines de mi relato prefiero respetar el orden cronológico con que hice éste y otros descubrimientos. Es una opción que mi calidad de autor me permite, y que tomo con el manifiesto propósito de agregar una inocente intriga al prolongado drama que relato, que por fin se acerca a su término.

Recuerdo la lentitud con que pasaba el tiempo en esa especie de cloaca estancada, durante esa letárgica espera que ignorábamos cómo y cuándo iba a terminar. Yo, y creo que los tres, estábamos preocupados, aunque cada uno a su manera trataba de disimularlo o, mejor, sobrellevar la ansiedad sin perder los estribos.

Leonora inició la confección de un vestido blanco, bordado en ese mismo color del escote al ruedo. Era una tarea tan meticulosa como inútil, pero que le servía perfectamente para abstraerse y quizás rememorar otros tiempos y lugares mejores. A veces se inspiraba tanto con la aguja que terminaba por abandonarla para tomar la guitarrita que dejara el desaparecido Onanista y rasgear nostálgicos boleros.

Roberto, que había querido conservar la pierna de madera del Capitán, que después de todo él le había tallado, solía entreteñerse grabándole con el cortaplumas arabescos en bajorrelieve. Pero en realidad sobre todo fumaba, tomaba y dormía, y probablemente esa misma abulia y el aislamiento, como la ansiosa espera, terminaron por socavar su buen humor y tornarlo mañoso. E incluso de repente le bajaban los achaques típicos de los viejos: dolores a las coyunturas, frío en los pies y ceguera, que por lo visto le venía periódicamente según sus conveniencias.

Yo instalé mi puesto de mando en la tilla. Rodeado de libros, mapas e instrumentos me atrincheré en ese bastión flotante decidido a resistir la adversidad mientras no se pudriera el casco.

Allí me sentaba a meditar, y a echar humo por la pipa, con los codos en la mesa sobre cuya superficie conservaba extendida la carta del Pacífico y nivelada al milímetro la brújula con la aguja pivotando porfiadamente al Norte. Sabía, por el calor sofocante, que debíamos estar cerca de la línea del Ecuador y por la brújula la supuesta dirección de los puntos cardinales, y esos pocos e imprecisos elementos barajaba hasta el infinito mientras rogaba por el regreso del viento.

El velamen, dispuesto, colgaba de los palos formando pesados pliegues, como escultóricos mantos de mármol, y todo el barco, incluyéndome, podría compararlo a un atleta mustio en la raya de partida esperando para siempre el fogonazo inicial.

Con el índice repasé tantas veces la carta que me aprendí de memoria la ubicación de todas las islas que aparecen vecinas a

esa línea imaginaria o grado cero, que a lo ancho del Pacífico se extiende desde el Ecuador, por el Este, hasta las Célebes, por el Oeste, sobre una distancia dos tercios la cintura de la tierra.

En síntesis, no ocurría nada, hasta que un día, después de haber pasado toda la mañana estrujándome los sesos, sentí dormidas las piernas y para reactivar la circulación me puse de pie y me aproximé con el largavista a una ventana.

La neblina era tan densa y baja que no podía ver el horizonte, en realidad la visibilidad no alcanzaba a más de cincuenta o sesenta metros y la vista se perdía en esa nubosidad grisácea que cubría el mar. Sin embargo, de pronto creí distinguir un bulto inmóvil relativamente cerca del barco. Intrigado regulé mi instrumento intentando definir el objeto, pero por más que ajusté y reajusté las lentes no conseguí la precisión suficiente.

—¡Un bote! —pensé de primera.

—¡Un naufragio! —fue la segunda idea que se me vino a la cabeza. Y ya en plena paranoia— ¡Un monstruo submarino que despertando de un sueño antediluviano emerge desde el fango!

Enfocaba todavía, atemorizado, cuando escuché la campanilla con que Leonora llamaba al almuerzo. Replegué y dejé sobre la mesa el catalejo y descendí. Pero una vez instalado delante de mi plato me di cuenta que no tenía hambre, intrigado como estaba con ese asunto que no me resolvía a comunicar, por temor a alarmar inútilmente a mis compañeros. Pero Leonora que conocía mi apetito endémico preguntó qué me pasaba. Entonces hablé y convinimos en subir a mirar no bien termináramos de comer, pero acicateados por la incertidumbre dejamos la comida a medias y subimos a buscar el antejo. Sin embargo ni por más empeño que pusimos nos fue posible determinar la naturaleza de ese cuerpo flotante. Entonces Leonora hizo una proposición tan obvia como inteligente.

—¿Por qué no bajan el bote y van a verlo?

Y así lo hicimos, sin demora, pero tan asustados que primero nos armamos (el argentino y yo) de una carabina del 44 y un bichero, y después remando tímidamente fuimos al encuentro de esa cosa que, para nuestro espanto, resultó ser el cadáver del sefar dita que, hinchado por los gases bajo el agua, había regresado a la superficie.

Este fenómeno, perfectamente explicable, nos produjo (debido a que estábamos con los nervios de punta) un pánico desproporcionado, sobre todo a Roberto que había sido tan amigo del difunto. Lo que sucedió fue que como no había corrientes, ni olas, ni viento, tanto el barco como el cuerpo habían permanecido prácticamente en el mismo sitio.

Hay que decir (aunque nadie pueda confesárselo): es verdad que cuando se echa un cuerpo al mar se espera que los peces y crustáceos lo devoren. Y lo ocurrido en este caso se explica únicamente por la absoluta falta de vida de esas aguas. Al menos ésa fue mi manera de pensar, que por lo general soy renuente a interpretar de buenas a primeras lo que no se entiende claramente como prodigios, o magia. Y hago la salvedad porque el argentino, en su delirio, quería convencerse de que el judío regresaba a este mundo.

De cualquier manera ese funesto reencuentro nos sirvió para sacudirnos la inercia fatalista en la cual nos encontrábamos. ¡Si el viento no viene a tí, ve hacia el viento!

Precisamente no bien regresamos a bordo tendí un cabo entre el barco y el "Quiltro", instalé una brújula en el botecito, frente a mis ojos, y poniendo proa al Este comencé a remar vigorosamente.

Al principio eran vanos todos mis esfuerzos y aunque remaba como loco parecía que jamás iba a conseguir sacar el barco de ese sitio, pero porfiando conseguí infundirle movimiento y lentamente comenzamos a alejarnos de esa tumba marina.

¡Adiós amigo, que los espíritus te asistan donde nada podemos hacer los que aún animamos el cuerpo!

Bogué, con la vista fija en la aguja magnética bogué toda la tarde, obstinado, sin pensar en otra cosa que en remar. Mi vieja camiseta roja arrojé empapada a ese mar muerto.

De tanto en tanto veía que Leonora se asomaba por la borda a mirarme remar y, aunque no me decía nada, su presencia me infundía ánimo.

Todo ese día remé, como un galeote, hasta que el sol debió ponerse en algún punto invisible llevándose la luz hacia otra parte, y sólo cuando ya me fue imposible distinguir la brújula dejé los remos y el botecito para regresar a bordo, con la espalda molida como si me hubieran martillado una a una las veinticuatro vértebras.

Esa noche Leonora abrió un vino francés y me repitió el plato, y se quedó conversando conmigo después de levantar la mesa. Pero cuando me fui a la cama no pude quedarme dormido, pensando que del otro lado del tabique ella estaría en camisa de dormir y probablemente tan despierta como yo.

A la mañana siguiente abordamos a Roberto para proponerle que se turnara conmigo en el bote, programa que acogió con muchas reservas arguyendo que estaba tan mal de la vista que con dificultad distinguía el día de la noche y que, “lógicamente, no veo cómo podría seguir el curso indicado por una pequeña aguja”.

—No te preocupes —le dijo Leonora—, y yo puedo corregirte desde el barco cada vez que te desvíes.

Aceptó prácticamente forzado. Y aunque cuando él remaba no cundía mucho, navegamos de esa manera hasta que un domingo comenzó a caer una llovizna que celebramos como un buen presagio. Y no nos equivocamos, me acuerdo bien.

Amaneció garugando y como a las tres de la tarde escuchamos unos truenos impresionantes, y vimos varios rayos, y al rato se descargó un aguacero que no paró hasta la noche, de manera que nos sobró tiempo para recoger y llenar nuestros depósitos de agua.

Cuando empezó a llover fue tanta nuestra alegría, que yo (que me encontraba en el bote) regresé a bordo gritando y Leonora, que estaba en la cocina, subió al mismo tiempo a cubierta, donde coincidimos y nos abrazamos espontáneamente.

Eufóricos uno en los brazos del otro nos dejamos mojar hasta que de repente caímos en cuenta, como si nos despertáramos, de que estábamos abrazados y balbuceando excusas nos separamos medio achunchados.

Durante la cena (un valdiviano con abundante charqui) estuvimos muy animados, trazando todo tipo de planes y brindando con lo mejor de la bodega, y cuando nos fuimos a acostar nos deseamos felices sueños, completamente reconciliados con la vida. Y por la mañana desperté de amanecida con el antiguo ruido del viento en las velas, todavía mojadas.

Saltando trepé por la arboladura, como antaño lo hiciera nuestro desaparecido vigía, y desde allí contemplé la salida del sol gozando de la fresca en la cara, en el pecho y en el pelo.

29. Un romance

En ese período póstumo (como en los últimos días a soleados del otoño) pese a algunos inconvenientes con el argentino pudimos gozar de una relativa bonanza. Regresó el viento, nuevamente pudimos contemplar el sol y las estrellas, y navegar sin contratiempos.

Sin pretensiones de ninguna especie me atrevería a decir que conmigo al mando nos organizamos mejor que nunca. Leonora, que había estado tan mal, abandonó la bebida y sin ella parecieron mitigarse sus penas y angustias; y con toda naturalidad asumió el controvertido oficio de “dueña de casa”, me refiero a las labores de aseo y cocina, principalmente. Lo que no le impidió desempeñarse al mismo tiempo como una suerte de contra maestre, secundándome ya fuera en las maniobras del aparejo o sujetando la caña cual experimentado timonel, como leyendo e incluso instruyéndome en el uso y manejo de los instrumentos.

Pero como nada en este mundo puede ser perfecto, ahora que por fin teníamos un rumbo fijo surgían problemas con Roberto, el argentino, quién sin acertar con ninguna tarea específica contribuía poco o nada al buen curso de la nave y, en general, de los acontecimientos. Lo cierto es que beodo la mayor parte del día no prestaba utilidad ninguna y estorbaba con su presencia desaseada, por no decir francamente cochina. Si hacía frío no había manera de sacarlo de la cama, hasta donde se llevaba los platos servidos para comer acostado, sin tomarse la molestia de devolverlos después a la cocina; razón por la cual Leonora lo criticaba justificadamente, pues ella no sólo cocinaba, lavaba y fregaba las ollas, sino que además tenía que ir a recoger platos y ceniceros a la pieza del Ciego, que se contentaba con arrumbarlos, una vez satisfecho, sobre su mesita velador. Y si el día estaba asoleado podía vérselo emerger percutiendo ruidosamente con su bastoncillo los peldaños de la escalera, a eso del mediodía, para instalarse a escupir como un jubilado sobre cubierta.

Como desayuno se bajaba media botella de mezcal, y luego iba combinando distintos tragos, y cuando ya no podía con su alma partía tambaleándose en nuestra búsqueda para insistirnos que nos uniéramos a sus libaciones. Desde la toldilla yo lo escuchaba gritar, solicitando compañía, y como no la consiguiera rápidamente pasaba a los insultos, maldiciendo la suerte de viajar con “semejantes pendejos”.

Era como un pasajero cuya mala conducta se hacía cada día más intolerable. Que su cámara la mantuviera como un chiquero podía tolerarse, pero cuando comenzó a hacer sus diligencias descaradamente sobre cubierta la cosa se puso más delicada, y resbaladiza. ¡Era mucha desidia! Para esos menesteres se había acondicionado un tablón a modo de retrete directo sobre el mar, pero evidentemente él lo consideraba demasiado riesgoso y la verdad es que con el equilibrio alterado no hubiera sido difícil caerse desde esa plancha al agua. En todo caso él, para evitarse complicaciones, cuando tenía necesidad se limitaba a bajarse los pantalones para obrar en los lugares más inesperados.

Cualquier persona que haya estado a bordo (o padecido diarrea) más de alguna vez habrá tenido que recurrir a un modesto balde que, puesto bajo las asentaderas, hace las veces de letrina. Sin embargo el argentino consideraba éste, ése o aquel sitio tan bueno como otro, sin importarle que por allí circulara gente. Leonora que lo calificaba de “roteque”, dejó de dirigirle la palabra e incluso le quitó el saludo, pero a mí me venía con las quejas, recordándome mi deber de conservar la disciplina y la higiene a bordo.

Tanto insistió, y con razones tan convincentes, que no tuve más remedio que encararlo, una mañana, en su cámara. Con mis mejores modales le dije que nadie le impediría tomar y dormir cuanto quisiera, pero que a mi modo de ver lo mejor era dormir de noche, levantarse temprano y beber con las comidas. Le pedí considerar que no estaba solo y que pensara un poco en los demás. Le

dije que si bien nadie le exigía colaborar en las muchas tareas que a diario alguien tenía necesariamente que asumir, que por lo menos no contribuyera al desorden dejando platos sucios, botellas y puchos por todo el barco y, sobre todo, haciendo sus menesteres en cubierta. Y que, si no era mucha la molestia, se dignara servirse del retrete como lo había hecho el Capitán hasta el último día, lo que en estricto rigor no era cierto, porque el viejo siempre había preferido valerse de una bacinica enlozada que guardaba en su velador, y que no pocas veces me tocó enjuagar.

En fin, traté de explicarle que yo comprendía perfectamente que estuviera hasta la coronilla de navegar, pero lo instaba a hacer un esfuerzo habida cuenta que de acuerdo a nuestros verificables cálculos, con algo de suerte y buen tiempo, antes de un mes tendríamos que estar avistando la costa.

El me escuchó, envuelto en su frazada, sin interrumpirme, pero cuando hube terminado sacó la cabeza para decirme que le daba exactamente lo mismo si nos dirigíamos a tierra o al infierno y que él estaba suficientemente grande como para recibir consejos. Y que ni yo ni nadie tenía por qué arrogarse más autoridad de la que en rigor tenía”.

— ¡Yo —dijo— estoy en esta empresa desde mucho antes que usted, y que “madamme”, y exijo que mi antigüedad sea tomada en cuenta!

—Después de todo —preguntó— ¿quiénes son ustedes para decirme lo que debo hacer y cómo comportarme si ni mi propia madre, que en paz descansa, se sintió jamás con el derecho de hacerlo?

— ¡Probablemente ahí radique el problema! —le dije, abandonando el cuarto.

Pero no todo eran dificultades, por que entre tanto Leonora y yo nos habíamos acercado mucho y pasábamos momentos muy agradables. Dejando un poco de lado nuestras diferencias de cuna.

Todas las noches subíamos juntos a mirar las estrellas desde la toldilla para verificar a diario nuestra situación y corregir con esa misma frecuencia nuestro curso. Y me parecía que mientras rastreábamos los astros en lo alto íbamos encontrando, aquí abajo, sentimientos muy afines. Una de esas veces por ejemplo, estando ambos apoyados en la barandilla, con la cabeza levantada y la vista perdida en el cielo, sentí de pronto que una de sus manos tocaba una mía, al mismo tiempo que un aerolito caía al mar en lontananza.

—Cuando tenía siete años con mi padre vimos pasar el cometa —me dijo, como si me hiciera una confidencia.

En ese momento nuestras manos se separaron, como dos estrellitas que por un instante coinciden en el tiempo para luego alejarse por sus respectivas órbitas. Leonora se pasó los dedos por la boca y después cambiando de tono me preguntó si yo había pedido un deseo, tuteándome, entusiasmada por la fugaz visión compartida.

—Sí —le respondí.

—¿Supongo que no puedo conocerlo?

—Siempre he escuchado que los deseos hay que callarlos para que se cumplan.

—Yo también pedí uno —me dijo ella.

—¿Cuál? —le pregunté.

Entonces ella me respondió algo maravilloso: “Que se cumpla el tuyo”.

Después bajamos a la tilla, compartiendo un mismo silencio, y cada uno se enfrascó en un libro, como si el otro no estuviera al otro lado de la mesa, pero cuando levantábamos los ojos, simultáneamente, nos daba risa la sincronía.

A pesar de las deterioradas relaciones con el Ciego íbamos contentos porque finalmente teníamos trazado un destino: nuestra querida y añorada patria.

Leonora me había hablado de una parcelita que decía haber heredado en Arauco, cuya casa junto al río me describía en detalle. Allí iba a veranear de chica con su familia y ahora quería, después de tanto mundo, instalarse definitivamente en el campito.

En algunos aspectos Leonora para mí había substituido al Capitán, sirviéndome por ejemplo de guía para los efectos de mi relato. Aunque después de la muerte de aquél y de mi ascenso al mando tenía medio abandonada la escritura, que me había servido principalmente para llenar mis ratos de ocio. Ahora, en cambio, casi siempre estaba ocupado y evidentemente las nuevas perspectivas me habían levantado mucho el ánimo. Y como las letras no se avienen tanto con la alegría como con la pena y más con la soledad que con la compañía, rara vez me sentía inspirado y a duras penas la paciencia me alcanzaba para releer y sacar o poner una que otra coma. Lo que antes escribía ahora prefería comentarlo directamente con ella, que era mucho más fácil y divertido. En todo caso Leonora, a diferencia del Capitán, se inclinaba por la lírica y a medida que nuestro diálogo fue enriqueciéndose encontró la confianza suficiente como para darme a conocer su cuaderno de poemas, y hasta el día de hoy guardo, como una joya, un soneto que me regaló dedicado.

*Espuma de los polos
que en las rocas hacen anillos de sal,
hacendosas,
son las sirenas que esperan ansiosas,
clavar sus blancos encajes y tocas.
¿Qué bergantín esperan estas locas
espuma de los polos, blancas rosas,
romper en mil astillas venenosas,
besándoles a los naufragos las bocas?*

Pero Leonora no sólo estaba dotada para la poesía, también dibujaba con mucha soltura y cuando tomaba la guitarrilla polinésica podía sacarle un sonido cálido y afinado, y rasguitarla

con destreza para acompañarse un variado repertorio que iba desde el tango al folclore andaluz.

*En alta mar, había un marinero
que la guitarra, gustaba de tocar
y cuando se acordaba, de su patria querida
tomaba la guitarra y poníase a cantar.
En alta mar, en alta mar, en alta mar.*

Algo muy especial estaba ocurriendo entre Leonora y yo. Una especie de íntima complicidad que me había sensibilizado a una cantidad de detalles que nunca antes me habían preocupado. Y por la noche, al irme a dormir, no podía dejar de pensar en ella, tanto así que a esa hora me inquietaba bastante menos la costa lejana que reencontrarme al desayuno nuevamente con ella.

Mucho tiempo después de abandonar la isla de “La Ballena” continué soñando a diario con las nativas. Al meterme a la cama se me llenaba la cabeza con el recuerdo de las isleñas. Paso a paso reproducía la (de una cierta manera) envidiable muerte del judío y me solazaba en el lecho imaginándome en su lugar con cada una de esas diecisiete muchachas.

Pero ahora todas esas imágenes habían desaparecido para dar lugar a la de esa mujer que dormía en la cámara contigua.

Cuantas veces no estuve a punto de transponer el tabique o de golpetear en él, como los presos, pero siempre me contuvo el temor de interrumpir por atarantado una amistad tan espontánea y bella.

Y así como por la noche la pasión me hacía hervir la sangre, durante el día me asaltaban otras preocupaciones, menos urgentes, pero igualmente reales. Suponiendo que llegáramos sanos y salvos a Valparaíso, donde estaba matriculado el barco, ¿qué explicación daría a las autoridades portuarias? “Hemos perdido al Capitán y dos tripulantes y encontrado una mujer en alta mar..” Otra cosa. ¿A quién pertenecía ahora el Loncomilla, que mal que mal representaba un considerable capital? ¿Al Argentino, en el su-

puesto que él poseyera originalmente un porcentaje? ¿O Leonora y yo habíamos pasado a ser, por derecho de uso y natural, copropietarios?

Era un asunto complicado y desagradable que tarde o temprano habría que dilucidar, pero sobre el cual yo prefería no hablar demasiado a fin de evitar pleitos anticipados, malos entendidos y los inevitables conflictos que surgen cuando está en juego dinero.

Leonora se refirió un día a ciertos documentos o escrituras archivadas en su cámara por el desaparecido Onanista (que por otra parte y afortunadamente se habían salvado de la destrucción cuando ella fuera encerrada allí).

—Es muy posible que allí encontremos antecedentes útiles —le dije yo.

—Claro —me dijo ella—, ¿por qué no vienes conmigo para que revisemos juntos?

Por extraño que parezca yo nunca había entrado a ese cuarto y me intrigaba pensando que sin duda allí deberían quedar muchas cosas pertenecientes a nuestro excéntrico vigía, cuya intempestiva desaparición había dejado en la incógnita no pocas interrogantes.

Durante todo el viaje habíamos intercambiado apenas unas cuantas palabras, pero estaba y sigo estando convencido que su presencia a bordo debió tener mucha más relevancia de lo que parecía.

Entrar a esa cámara significaba al mismo tiempo, no voy a negarlo, penetrar o por lo menos dar un largo paso hacia la intimidad de esa mujer que vivía a mi lado y cuyo cuerpo y alma se habían transformado en el primer motivo de mis desvelos.

La “reunión” se produjo después de la cena. Nos levantamos de la mesa, dejando el lavado para el día siguiente, y con una palmatoria en la mano Leonora me condujo a su cámara que, como las otras tres, tenía la cama adosada por la cabecera al casco y por un costado, al mamparo que separaba esa cámara de la primera bodega.

Valga una breve descripción.

La cama, como en todas las embarcaciones, estaba integrada a la estructura y suficientemente alta como para dejar espacio debajo a una amplia cajonera. A los pies un ropero de alto abajo llegaba hasta el tabique de la puerta. Y del otro lado, contiguo a mi propia cámara, había una mesa-escritorio; repisas, una percha de tres ganchos y una silla con el asiento enjuncado. Sin embargo siendo esa cámara de las mismas dimensiones que las demás parecía más grande, porque junto al escritorio y frente a la cama había empotrado un desconchado espejo tres cuartos que producía esa ilusión. El mismo sobre el que viera reflejada a Leonora la noche que, por el ojo de la chapa, la sorprendiera desnuda. Pero si bien esa cámara pertenecía originalmente al Onanista, Leonora la había decorado a su gusto y a primera vista podía reconocerse allí la mano femenina. Una colcha de seda, rellena de plumas, confería al ambiente y especialmente a la cama un aspecto mullido y acogedor. Sobre esa colcha, que ella llamaba “cuet”, se disponían seis o siete almohadones estampados con motivos de caza y amor: un príncipe hindú tendiendo el arco desde su caballo encabritado; un ave del paraíso con el cuello atravesado en pleno vuelo por un venablo; una pareja de zingaros besándose en la boca; un castillo de leyendas, en la cúspide de un escarpado peñasco; un volcán al fondo de un lago y una cuadriga de cisnes arrastrando un trineo con una ninfa de cuyos sueltos cabellos iban desprendiéndose soles y planetas. Entre los cojines se recostaba una finísima muñeca con el cuerpo de trapo y la cabeza de porcelana, vestida con un traje hasta los tobillos cuajado de lentejuelas en el escote y mostacillas en el ruedo, y zapatillitas de charol en miniatura. Sobre el escritorio podía verse un candelabro de bronce, un tintero de cristal y plata, plumas de acero, un secante de balancín y un cuchillo cortapapeles tallado en un diente de cachalote; hojas sueltas y su cuaderno de poemas. Descansaba allí también un hermoso marquito autosoportante con el desvaído fotograbado de un ma-

rinero apoyado en un malecón junto a una graciosa muchacha que coquetamente mordía la punta de su delantal. Imagen que más tarde incluiría en mi propio archivo. Levanté, justamente, ese objeto para examinarlo de cerca y le pregunté de quienes se trataba, pensando que serían familiares suyos.

—Es el antiguo ocupante de este cuarto —me contestó, con enigmática violencia. Refiriéndose al Onanista.

—¿Y ella?

—Ella no sé —me dijo, como si la incomodara el asunto.

—Jamás lo habría reconocido —le dije yo.

—No me extraña —me replicó — porque de eso hace mucho tiempo.

—¿Entonces usted lo conocía...?

Leonora, que se había instalado en la silla, permaneció pensativa, como si me ocultara algo, pero al fin pareció decidirse. Todavía dudando dijo sí. Pero ya había dado el primer paso y el segundo no lo pudo evitar.

—Eramos muy jóvenes los dos...

Evidentemente a través del marquito, como por una escotilla mágica, Leonora bajaba contra su voluntad pero a favor de sus sentimientos al fondo de su memoria.

De pie, yo había apoyado la espalda contra la litera y los codos sobre la acolchada cubrecama, de medio perfil con respecto a ella y, como si estuviera leyendo sus pensamientos, me dije que quizás ella ponía en duda sus innegables atractivos. En todo caso su expresión era de un gran desconsuelo. Yo creo que reflató tristes episodios relegados al olvido. Me pregunté si ella habría sido feliz. Hice un esfuerzo, pero en ese momento me fue imposible imaginarla en un lugar distinto al barco, como no fuera a horcajadas sobre el baúl en que había llegado. Pero en seguida giré la cabeza y vi colgando de la percha el vestido blanco que tan laboriosamente se había confeccionado, y entonces la concebí dichosa, vestida de novia a la salida de la iglesia, bajo una copiosa lluvia de arroz.

La palmatoria, y un candelabro que habíamos encendido al entrar, y nuestras agitadas respiraciones más el lastre del pasado sobrecargaban la reducida atmósfera del cuarto.

Leonora comenzó a toser.

Yo me acerqué al único ventanuco y lo abrí para renovar el aire.

—¡Era su mujer! —dijo ella a mis espaldas.

—¿Quién? —pregunté yo.

—¡Esa, la del retrato!

Yo me había quedado mirando la noche.

—¡Era una fresca que se creía no sé qué!

—¡Fue por su culpa que él se puso como se puso!

Yo me di vuelta, dije y en seguida me arrepentí.

—¿No fue siempre así, tan calladito?

—¡No! —me respondió— En sus tiempos era un muchacho jovial y galante, quizás demasiado. Todas andaban locas por él hasta que apareció esa idiota.

Y diciendo esto alzó el marquito, que yo había dejado en su lugar, y lo despedazó contra el suelo.

Yo me quedé helado un momento y después me agaché a recoger la imagen y volví a mirarla con renovado interés. Entonces pude relacionar a ese marinero con el Ismael que habíamos redescubierto en “La Ballena”, recién bañado y afeitado. Miré también detenidamente a la muchacha.

—A ésa no le interesaba más que el dinero —me dijo Leonora—. Él le daba todo lo necesario pero ella no se conformaba nunca. Es que Ismael fue siempre un soñador y no podía pagarle sus caprichos. Pero eso no sería nada. Un día, al volver a casa, la encontró en su propia cama con otro.

Un poco incómodo por el género de las confidencias que escuchaba le pregunté si habían tenido hijos, sin que en realidad me preocupara la cuestión.

—Un par de mellicitos preciosos —me contestó. Pero él casi no alcanzó a conocerlos porque cuando la pilló con el tipo los ni-



Un día de franco en Valparaíso. Fotografía atribuida a Ismael, el apodado Onanista, en compañía de una joven porteña. Archivo Talleres del Mar.

ños eran todavía muy chicos y como él se embarcaba casi inmediatamente apenas tuvo tiempo de abrazarlos. Y a su regreso, nueve meses después, los niños ya no vivían con ella sino con sus abuelos maternos, casa donde no lo recibían porque lo consideraban indigno de su mujer. ¡Tenían pretensiones los viejos con su hijita y nunca supieron, porque nadie quiso ni tuvo el valor de abrirles los ojos, que era una descarada conocida en todos los cerros y el puerto! ¡El valía mucho más que ella! —concluyó, tiritando de ira.

Entonces comencé a comprender desde cuándo, cómo y cuánto lo había amado, y que por ese amor se había hecho a la mar y recorrido el mundo sin poder conseguir que él olvidara a esa mujer, que tanto lo había hecho sufrir, para poner sus ojos en ella. Todavía, ni aún ahora, podía saber cómo Leonora había conseguido encontrarnos en el Pacífico, pero entendí que ese encuentro estaba relacionado con su desdicha y secretamente me felicité de no haberme complicado con ella, teniendo su corazón propietario. Sin embargo estiré una mano para apartarle unos cabellos que se le habían venido a cara y ese breve y tímido gesto bastó para que liberara un llanto contenido probablemente durante años.

Esa misma mujer que con sus ademanes y voces de mando había hecho trabajar a Los Insobornables, y que sola en el mar no había temido a los tiburones, se abrazó a mi cintura igual como una criatura se refugia en las faldas de su padre.

Y mientras ella se desahogaba me percaté que, frente a mis ojos, en la repisa, se encontraba el mentado archivador que originalmente habíamos venido a examinar. Era uno de esos grandes cartapacios que utilizan en las reparticiones públicas con un mecanismo de resortes al centro para sujetar, poner y sacar las hojas previamente perforadas, en cuyo lomo podía leerse con toda claridad: “*Los Insobornables*”.

Y debajo, a modo de subtítulo: “Una Historia Real”. ¡Exactamente el mismo nombre que encabezaba la carta del Pacífico que yo había recuperado de la cámara del Capitán, el mismo nombre

que yo pensaba dar a mi memorioso testamento y el mismo con que gustaban autodenominarse mis desaparecidos compañeros de viaje!

Mientras conjeturaba sobre esas coincidencias Leonora fue sosegándose y como la viera más tranquila se me ocurrió hacer una ronda para verificar que todo estuviera en orden, y darme tiempo para estudiar a solas mis sentimientos.

Tomé sus manos y se las puse en la falda y le dije que saldría a dar una vuelta. Ella me miró con los ojos llenos de lágrimas, asintió y, tratándome por segunda vez de tú, me pidió que regresara.

—¿Vas a volver? — me preguntó.

—Por supuesto —le respondí. Y separándome de ella hice abandono del cuarto.

Pasé frente a la puerta semiabierta del Ciego y lo vi durmiendo a pierna suelta. La junté, despacito para no despertarlo, y subí a revisar la caña y el aparejo. La noche estaba tibia y despejada. Corría una ligera brisa, apenas suficiente para impulsar la nave, y en el cielo desfondado, arbitrariamente, imaginé las estrellas colgando de invisibles hilos. Aseguré, nudo a nudo, todas las escotas y luego subí a la toldilla para hacer otro tanto con la barra. Miré el compás, fijé el rumbo y amarré de nuevo.

“¿Vas a volver?” Cómo interpretar correctamente sus palabras.

Sin conseguirlo bajé a la tilla. Estaba encendido el farolito que la iluminaba desde el techo, humeando, chamuscada la mecha falta de combustible. Un cancionero, “El libro de oro de la canción popular”, estaba abandonado sobre la mesa. Y una silla fuera de su lugar.

Tomé el volumen y leí al azar:

«Lo que tu fantasía quiere, hago

Y mi vida te rindo si es necesario».

Volví a dejarlo donde estaba, arrimé la silla y por si más tarde se levantaba viento revisé los pestillos de las ventanas. Apagué la luz y descendí a cubierta.

Qué había querido decir con ese “¿vas a volver?”. Evidentemente ella había amado y amaba a Ismael, ¿pero no me habría trasferido ese afecto?

Cuántas veces fui y volví por cubierta, buscando un pretexto para demorar mi regreso no podría decirlo. Pero finalmente (serían por lo menos las doce de la noche) bajé intentando desalentarme cualquier expectativa.

Después de todo, me decía, ella me lo ha pedido y es natural que, ame a quien ame, necesite un poco de compañía. Probablemente sólo quiere conversar otro rato y yo, ingenuamente, cultivo mis ilusiones.

Así, aleccionándome sin cesar, llegué nuevamente frente a la puerta del argentino. Me detuve un momento: roncaba como un serrucho. Entonces seguí adelante y di tres golpes en la puerta de ella, con los nudillos.

30. La desilusión

Qué pasó después no tiene mayor importancia, ni quiero detenerme en ello. Otra más, triste y monótona historia de amor. Una apasionada euforia inicial y rápidamente las secuelas del desilusionante tedio, cuyos detalles por decoro prefiero abreviar.

De acuerdo a esa fórmula “no contar plata delante de los pobres”, y también porque naturalmente Leonora y yo deseábamos guardar nuestra intimidad, preferíamos no hacer demostraciones amorosas delante del Ciego, pero, quiérase o no, los sentimientos siempre se reflejan en pequeños pero inequívocos detalles: la forma inhabitual de tratarse de tú o usted, rodillas que se rozan debajo de la mesa, sonrisas, miradas, y otra serie de señales evidentes hasta para el más lerdo.

De cualquier manera, como el argentino estaba muy alcohólico no necesitábamos esperar mucho para satisfacer libremente, ya fuera en mi cámara o en la de ella, en la toldilla junto a la barra o sobre una mesa, las ansias de nuestro amor. Pero como el argentino no tenía un pelo de tonto (y eso que tenía muchos y un oído de zorzal) desde un principio se había percatado de todo y aunque en general disimulaba no perdía la ocasión de ridiculizarnos dejando caer, como por casualidad, comentarios sarcásticos.

Quizás porque ahora el tiempo me separa de esos amoríos puedo comprender que el argentino se sintiera molesto, y no necesariamente por celos, sino porque cuando tres personas comparten el mismo techo es incómodo, para quien queda excluido, la complicidad que se establece entre los otros; como molesta a la pareja convivir con un testigo de sus debilidades y más aún si, como en este caso, los enamorados se empeñan en conservar su nidito limpio y ordenado. Al último es un problema de costumbres pues mucha gente, independientemente del estado de sus finanzas y/o de su corazón, gusta de la higiene mientras otros se encuentran a sus anchas en la inmundicia. Por otra parte tanto Leonora como yo sabíamos perfectamente que el argentino desde hacía mucho “no

le veía el ojo a la papa”, como decía el finado sefardita, razón por la cual nos resultaba particularmente incómoda la sola sospecha de que mientras nosotros dábamos rienda suelta a la naturaleza él pudiera estar escuchándonos. Por eso mismo muchas veces para evitarle(nos) ese problema nos valíamos de una simple estratagema: bajaba yo a buscarla a la cocina, o donde quiera que se encontrara, y echándomela a la espalda me la llevaba hasta el sitio más distante posible. Con este inocente ardid pretendíamos engañar auditivamente al Ciego, haciéndolo creer que nos encontrábamos separados cuando en realidad gozábamos en silencio. Y esta sencilla triquiñuela nos causaba mucha gracia, porque si ella hubiera estado paralítica estoy seguro que no la hubiera cargado tan a gusto ni con tanta frecuencia. Así, carreras van carreras vienen, fuimos felices algún tiempo. Cortísimo con respecto al viaje y aún más breve en relación a mi prolongada soltería. Sin embargo debo decir que, por lo menos en lo que a mí se refiere, nunca antes ni después conocí una mujer que amara de esa manera, ni me sentí tan atraído, y que ni aunque hubiera dado veinte veces la vuelta al mundo hubiera aprendido tanto como durante mi noviazgo con Leonora, cuya inteligencia amorosa habría enriquecido mucho sino superado las notables páginas de Ariel Polvette (14), que entre muchas otras cosas enseña las técnicas de la reabsorción de la esperma y de las palpaciones a voluntad del glande. Durante esos días me contó de su pasado y algunos sorprendentes pormenores de su escapada durante nuestra estadía en “La Ballena”, asunto que dejaré en suspenso para apresurarme a confirmar que esa inesperada felicidad muy poco después cambió de signo, y que menos triste es ser que quedarse solo y tanto o más duele la ausencia como gustó el placer compartido. Valga una somera explicación.

Antes de que iniciáramos nuestras relaciones, digamos íntimas, yo al igual que el argentino había vivido casi tres años sin

(14) “La Dernier Nuit de Gomorre”. Marseille, 1793, Ed. Calvín. Nota del texto original.

saber lo que es una mujer, sin embargo esa larga abstinencia no me había impedido desarrollar normalmente mis actividades habituales y sólo de tarde en tarde, en la obscuridad de mi cuarto, me subía la temperatura; pero en general había navegado sin contacto físico satisfactoriamente. En cambio ahora que había probado sus labios, mis pensamientos se habían disparado y era incapaz de pasarme dos horas sin desearla imperiosamente, como si nunca en mi vida hubiera podido gustar las delicias por las que Adán se farreó sin pensarlo dos veces el paraíso.

Por algo dicen que el amor es tan bueno y saludable en su medida como pernicioso y hasta satánico cuando envicia.

Pero mejor olvidar esa máxima de bolsillo para volver a los hechos.

Mientras nuestras incontenibles ansias encontraron eco no hubo ningún problema, ni rincón inútil para liberar nuestra pasión (si hasta en el viejo reducto del Onanista, en lo alto de la cofa, aprovechamos el vaivén de los palos para compenetrarnos con el cielo).

Pero al poco tiempo Leonora comenzó a diferir nuestros encuentros con pretextos cada vez más parecidos al desdén. Un día descubrió que yo tenía las orejas sucias y después, como si la luna se hubiera detenido en su órbita, el período le duraba veintiocho días. Resultado que, tal si el ímpetu de ambos se hubiera reconcentrado en mi sola persona, de pronto fui invariablemente yo quien la buscaba, rogándola sin orgullo ni pudor, cambio casi imperceptible al principio que fue acentuándose rápidamente y que por medio de complejos mecanismos terminó situándome en una incómoda y angustiada posición subordinada, y en deuda perpetua, que le otorgó un poder que ni cuando grumete sufrí tan duramente.

En esa época me faltaba la perspectiva que el distanciamiento me ofrece hoy, y me sentía día a día más desgraciado, al punto que por conseguir sus favores no tuve inconvenientes en pisotear mi dignidad.

Ella, por su parte, fue adoptando aires de gran señora y pronto la cocina le pareció inapropiada para sus delicadas manos y en lugar de poner a remojar y despellejar los garbanzos prefería ocupar su precioso tiempo frente al espejo, pintándose las uñas, peinándose y maquillándose, como lo había hecho cuando dejamos “La Ballena”.

También se distraía paseándose por cubierta con su coquetona sombrilla china, ¡charlando de lo más animada con el tanvilipendiado ciego!, mientras el “Capitán”, quien les habla, naufragaba en los vapores de la cocina preparando uno y otro platillo nunca del todo a punto.

Y cuando llegaba la hora de irse a dormir ambos se retiraban tranquilamente como si mantener la guardia y el lavado fueran asuntos de mi exclusiva incumbencia, abuso que finalmente yo aceptaba porque prefería desvelarme trabajando que en la cama, donde — aunque me sintiera agotado— me revolcaba la noche entera sin conseguir pegar un ojo, cuando no me levantaba para implorar a Leonora que al menos me permitiera tocarle los pies.

Me gustaría saber cuántos frascos de aceite esparcí durante dichas sesiones sobre su espalda, para después regresar a mi cámara a consolarme con la almohada. Algunas veces, sin embargo, tras prolongadas y minuciosas fricciones —menos destinadas, es cierto, a relajar su musculatura que a estimularla— lograba que su organismo abandonara la indolente indiferencia y se arqueara al contacto de mis manos. Pero entonces me abalanzaba con tal ansiedad sobre sus caderas que la dejaba insatisfecha.

Déjame dormir tranquila mejor, solía ser la sentencia con que me enviaba de regreso a mi cámara. Solo, triste y abandonado, y sabiendo que el Ciego seguía paso a paso la ignominia de mi ruina.

Y en la caída fui de paso destruyendo cualquier ilusión que pude haber alimentado en Leonora y aumentando, por contrapartida, mi dependencia física y mental de ella.

Pero no sólo la defraudé como amante, en la misma medida desdeñó mi charla y su cuaderno de poesías se cerró, cuando me interesaba más que nunca, definitivamente para mí. Y al mismo tiempo que me alejaba fue acercándose al Ciego, en quien encontró un interlocutor más cultivado y divertido.

Entonces no solamente sentí menoscabada mi hombría, además resentí el desprecio que, a la hora de la verdad, abriga la gente que ha nacido y sido educada en la ciudad por quienes antes de familiarizarse con el abecedario aprenden a ensillar, a cortar leña y a estirarle el cogote a una gallina.

Humillado, enfermo de celos perdí la respetabilidad que me había ganado. Sin apetito ni voluntad sólo atiné a perforar un agujero en el mamparo que separaba nuestros compartimientos, para mirarla sin ser visto, y pegado a esa mirilla cedí al vicio de satisfacerme por mi cuenta.

Pero si bien ese socorrido sistema es veloz, sencillo y efectivo, la ausencia del otro no puede suplirse con ningún recurso, por más ingenioso que éste sea, como es el caso de la "Mano dormida" que recomienda el citado Polvette y que procura justamente paliar dicha deficiencia.

El sistema consiste en tenderse de costado en la cama, o en cualquier otra superficie, dejando un brazo aplastado bajo el cuerpo a fin de entorpecer la circulación por el mismo. Al cabo de un momento, que no debe exceder los cinco minutos, se experimenta un cosquileo a lo largo del brazo que alcanza hasta los dedos. Es la señal de que el miembro ha perdido su sensibilidad natural y se lo considera dormido. Una vez conseguido ese estado se procede como de costumbre con esa mano que al tacto parece ajena.

Pero más temprano que tarde tenía que ocurrirme lo peor, igual como ninguna situación puede resolverse sin concluir, de la misma manera que la vida no se cumple integralmente hasta la muerte.

Una noche escuché voces y ruidos sospechosos en la cámara vecina y llevado por una curiosidad intolerable retiré el corcho con que tapaba el agujero. ¡Nunca lo hubiera hecho! Afortunadamente no abarcaba el cuadro completo, debido a mi agudo ángulo de observación, pero para mi desgracia lo que no veía lo suplía con creces mi imaginación.

Vi, creí ver o quise ver a Leonora vestida únicamente con sus botines de charol, arrodillada a los pies del argentino, mientras éste le descargaba sin piedad su varilla de ciego sobre la espalda, en tanto que ella lejos de protestar suplicaba más castigo.

Fue tan chocante el espectáculo que una súbita fiebre me abrasó entero, obnubilándome los sentidos, y comencé a traspasar la impotencia de verte, amor, haciéndote mancillar voluntariamente por el no vidente.

Delirando de celos, pegado a ese portillo como si se me hubiese permitido atisbar por la escotilla del infierno, vi, pude haber visto o te imaginé, Leonora, hurgueteando en la bragueta de Roberto, mientras arreciaba la fusta que, si bien laceraba la piel de tus hombros, a mí me hería como si la estuviera recibiendo directamente en los sesos.

Finalmente, sin embargo, te derrumbaste sin sentido, extasiada de dolor, tascando el entablado con tu valiosa dentadura. El argentino abandonó entonces su vara, dejó deslizar sus pantalones y, echando afuera orinó largamente sobre tu carne.

Aliviada la vejiga, el hombre levantó la cabeza y por un momento me pareció que su mirada estrábica se fijaba en el agujero que me delataba, pero en seguida su atención se volcó nuevamente hacia tí y con una amargura infinita te escupió su desprecio y, a continuación, en un acto tan aberrante como inexplicable se llevó bruscamente las manos a los ojos arrancándose ambos globos oculares, cuyo humor escurrió de sus puños tal como si estrujara un racimo de uvas en cada mano!

Es todo lo que creo recordar.

Perdí yo también el uso de mis facultades y me sumergí en un prolongado delirio cuya duración ni aproximadamente consigo calcular. Y cuando finalmente volví en mí, uno, dos o quizás cuántos días después, me encontré absolutamente solo, como un espectro en ese barco abandonado.

¿Qué había ocurrido con mis dos últimos compañeros de viaje? Nunca conseguiré saberlo. Vagamente me parece haberlos visto junto a mi cama intentando administrarme algún medicamento, o simplemente tratando de establecer la gravedad de mi enfermedad. Pero no podría asegurarlo. Vi, también, o soñé que un barco se aproximaba. No es imposible que a pesar de la fiebre me haya incorporado medio sonámbulo para atisbar por la claraboya.

Y digo barco si es que puedo llamar así a esa estructura flotante, a ese destartado esqueleto náutico: quilla, roda, codaste y cuadernas al aire, ensambladas por milagro, entre las cuales diez o quince esclavos desnudos y encadenados a los remos bogaban descoordinados mientras cantaban para darse ánimos, sin conseguirlo, un réquiem interminable, como si en ese pontón caduco se dirigieran sin apuro pero irremediabilmente al abismo.

31. Solo en el mar

No bien alguna luz se hizo en mi conciencia intenté hacerme cargo de la situación.

Cuando abrí los ojos me encontré en la cama, envuelto en una frazada acartonada por mis propios excrementos. Sentía una sed tan grande que sin pensarlo dos veces me levanté a buscar agua, pero como había estado mucho tiempo sin ejercicio ni alimento me flaquearon las piernas y me fui al suelo. Reconsideré con alarma mi condición y para volver a incorporarme tuve que agarrarme del catre, como un lisiado, y luego apoyándome del picaporte y los muebles me encaminé por el pasillo.

Auxilio hubiera gritado si hubiera podido hablar, pero tenía la boca como yesca y la lengua como un tiento de cuero.

Todo estaba en silencio. Mi respiración era lo único que sonaba a bordo, y en el mar.

Ya en el pasillo intuí que estaba solo. Saberme abandonado más que un pensamiento fue una sensación que me aplastó el esternón y me enervó los poros alrededor del cuello.

En la mesita de arrimo, donde otrora brindara alegremente junto a *Los Insobornables*, descubrí una botella a medias que destapé con gran esfuerzo y que precipitadamente me llevé a los labios, sin olfatear primero el alcohol que contenía. Fue como tragarme un erizo.

En la cocina, por fin, di con una jarra de agua, pero esta vez tuve el cuidado de examinarla. Estaba más podrida que mi conciencia.

Bajé a la bodega y tras lidiar no poco con un barrilito pude agregar líquido a mi deshidratado organismo. Permanecí allí, acezando a la sombra, y cuando me sentí más repuesto reinicié mi recorrido. Volví a la cabina e ingresé a la deshabitada cámara de Leonora, ¡donde imprevistamente fui recibido por el famélico Onanista, que me miraba perplejo desde el espejo!

Un lamento espantoso, como un graznido, me salió de la garganta al mismo tiempo que el fantasma mostraba las encías. Entonces caí en cuenta que esa imagen era mi propio reflejo, lo que en lugar de tranquilizarme redobló mi pavor. Mi cuerpo antes joven y fornido estaba en los huesos. Palpé mis costillas prominentes, como si contándomelas quisiera asegurarme que las tenía en su sitio, y luego me llevé una mano a la boca y sin el menor trabajo fui arrancándome uno a uno los dientes.

¿Qué ha podido ocurrirme? Me interrogué horrorizado frente a ese maldito espejo.

Mi pelo y mi raleada barba cenicienta se desprendían con la misma facilidad que la dentadura, y por tratar de ordenarme la chasca yo mismo me dejé prácticamente calvo.

¿Qué puedo agregar? Lloré como un niño. Condenado en cuerpo y alma invoqué al Señor, derrumbado a mis propios pies, orando como un converso.

*Padre nuestro que estás en todas partes
santificado sea para siempre tu nombre
señorea Señor en tus reinos
y has tu voluntad en el cielo
en la tierra
y en estos mares eternos*

Entre paréntesis, el cuerpo del Capitán ya no estaba en su cuarto.

32. Valparaíso

Quizás no debiera referirme a mí ahora, a última hora, cuando apenas me queda aliento. Pero aunque me tiemble el puño quiero

apuntar los fúnebres hechos que me empujaron al mar, cuando dejé Valparaíso para embarcarme en esta historia que, contra mi voluntad, estoy protagonizando.

Un conecedor del alma humana temería que al proponerme hablar de mí me remonte a mis abuelos, quienes poco tienen que ver con todo esto. Estoy consciente de que uno se entretiene hablando de sí mismo. Por eso cuando la gente toma la palabra para hacerlo muchas veces se extiende innecesariamente. Afortunadamente no es mi caso. O desgraciadamente, por que a lo largo de mi vida faltan episodios heroicos y no recuerdo hazañas de las que pudiera presumir. Tampoco cuento con antepasados ilustres. Que yo sepa ninguno participó en batallas memorables ni figuró siquiera en la columna de defunciones de “La Estrella”, el tabloide popular. En fin, para tranquilidad de mis parientes, por respeto al lector y a las letras universales, me circunscribiré estrictamente al período inmediatamente posterior a mi desembarco en Valparaíso hasta la fecha en que me enrolé en el Loncomilla.

Recuerdo que al fondear El Andrea en ese puerto, desoyendo la solicitud del Capitán para continuar a sus órdenes y acompañarlo a Galápagos, preferí que darme en tierra, cansado de vagabundear sin echar el ancla en ningún sitio. Yo había estado anteriormente en Valparaíso, de paso, y lo tenía por un lugar a decuado para radicarse y prosperar. Gente hospitalaria, clima templado y activa vida comercial.

Recibí conforme mi paga, abracé a mis compañeros y pisé tierra chilena cuando a pocas cuadras, en la Iglesia de la Matriz, el carillón bendecía el mediodía con su repique sacro. De manera

que con tiempo para presentarme a las autoridades, almorzar y turistar un poco, recorrí con mi maleta la callejuelas empedradas que *recovequean* alrededor de la aduana, distrayendo la vista y abriéndome el apetito frente a las vitrinas que exhiben, sobre una cama de lechugas, congrios rebozados, piures, locos con mayonesa, lengüitas de erizo, papas con cilantro y otros platillos del litoral; hasta que me dejé tentar por el menú del *Bar Restaurant Americano*, donde entré a almorzar cuando ya la mayoría de la clientela se había retirado.

Por aquel entonces atendía el comedor, y la barra por la noche, un muchacho de mi edad con quien tuve la oportunidad de conversar y posteriormente de cultivar una despreocupada amistad. Él, mientras ponía mi mesa y recogía las vecinas, me recomendó la pensión de doña María Pardo y me dio la dirección escrita en un pedazo de mantel: León XIII 49.

Reposé bien reposada la comida (que por cierto no fue poca ni cara) con un bajativo regional y después, caminado sin apuro, salí a pasearme por el comercio. Y recién cuando comenzaba a bajar el calor subí aquel Cerro Alegre que después recorrería tantas veces, preguntando cada tanto por la dirección anotada, que resultó hallarse en una escalera.

Para el recién llegado esta excursión resulta tan fatigante para las piernas como estimulante para la imaginación, pues pareciera que uno escala las gradas de un colosal teatro abierto, con barcos verdaderos surtos por docenas en el proscenio.

El hotelito de doña María era un hermoso chalet de madera construido en el declive, de tal manera que por el lado del cerro tenía dos pisos y tres por el lado del mar. En la planta baja, el comedor abría sus ventanas al jardín: una pieza bien iluminada con una larga mesa y sillas para veinticuatro comensales, presidida por un reloj mural detenido diez para las diez desde que muriera don Miguel, el difunto esposo de doña María y única persona que había sabido nivelarlo para que el péndulo no dejara de oscilar.

Por una puerta de vaivén se entraba al semisubterráneo repostero, comunicado a la despensa, a la cocina y a una piececita de servicio que ocupaba una empleada sureña, Elvira, araucana de pura cepa. Al jardín de abajo daba también el escritorio de don Miguel, habilitado como oficina, donde aún se conservaban muchos de los objetos personales del difunto, que había sido un abogado de renombre: un catalejo en su funda de cuero, sus bastones y pipas y un apreciable surtido de revistas ilustradas en inglés y castellano. Había también un magnífico retrato ecuestre de Napoleón con el código en la mano y una carabela a escala con la insignia de Colón en el mastelero. En ese despacho húmedo se respiraba el olor del pasado y se cumplía mensualmente con la discreta ceremonia del pago.

Una escalerita retorcida conducía al pasillo del primer o segundo piso (según por donde se entrara) desde donde se accedía a cuatro dormitorios y dos baños, y al salón con sus grandes sillones forrados en tela de buque. Desde allí se disfrutaba de una amplia vista de la bahía y sin despegar el trasero del asiento podía observarse el movimiento de los barcos en el puerto.

La escalera caracoleaba otra vez y terminaba en el segundo, tercer o último piso, donde para aumentar el número de camas don Miguel había hecho construir, levantando sectores del techo, medio baño y tres cuartos suplementarios con las vigas a la vista: noble roble americano sin descascarar, como rudos mástiles, de los cuales uno podía colgarse y hacer piruetas en calzoncillos antes de acostarse, o al despertar, para estirar los músculos y separar las vértebras del espinazo.

Doña María, que me acompañó sin fatigarse hasta arriba, me destinó el cuarto del medio, que era el menor de los tres y de la casa, llamado acertadamente “el nidito” porque entre sus rojizas paredes de madera y sobre todo en la mullida cama, escuchando el oleaje en lontananza, uno se sentía como un polluelo entre las cálidas plumas de la gallina.

Pero si la pieza y la casa eran acogedoras, doblemente lo era su propietaria. Doña María andaría por los setenta y estaba completamente desmemoriada, pero tenía las pantorrillas vigorosas y en general un cuerpo muy bien conservado. Repetía los cuentos o una misma pregunta seis o siete veces seguidas y si alguien se lo hacía notar comentaba, riéndose de sí misma, que tenía las piernas de quince y la cabeza de una cucaracha. Efectivamente pese a su edad no se levantaba muy temprano y tomaba desayuno en cama, pero nunca se acostaba antes de las dos de la mañana y durante toda la jornada no permanecía un instante ociosa.

En verano compraba membrillos por sacos y en una paila de cobre fabricaba dulce, que amoldaba en cajones, para todo el año. Una manito a trofiada de nacimiento no le impedía tejer durante el invierno gruesos chalecos que mandaba por encomienda para Santiago, donde vivían sus hijos y nietos. Secundada por Elvira mantenía la casa en orden, comida preparada y la tetera caliente a cualquier hora del día.

Los domingos, después de misa, recogía los caracoles para que no se comieran los cardenales del jardín y se los daba en una bolsa de papel a monsieur Coussieu, un vecino francés que se los comía como caramelos.

Sin ser en absoluto tacaña, Doña María sabía aprovechar hasta los desperdicios. Para dar un sólo ejemplo: con sus medias viejas confeccionaba unas especies de almohadillas para fregar las ollas y artefactos de baño.

Sus cinco hijos estaban todos casados y trabajaban en Santiago, pero para las vacaciones venían por turnos a veranear con sus familias; entonces el chalet se transformaba en una verdadera colonia, con toallas y trajes de baño secándose por las ventanas. Ella en cambio jamás se movía de su casa y se negaba rotundamente a viajar a Santiago donde, decía, se sofocaba.

Su asombrosa vitalidad era la alegría de sus nietos cuando para escándalo de sus nueras — ¡cuidado señora María, no se vaya

a caer!— se subía sobre unos altos zancos y recorría a toda velocidad los senderos y escaleras del jardín inclinado.

Ella me recomendó a su amigo y pretendiente don Felipe Alsop, uno de los comerciantes más serios de Valparaíso, en cuyo emporio me empleó como bodeguero. Era un trabajo sencillo y seguro. Carga y descarga de mercadería, estiba, repartos y otras pequeñas labores de aseo y orden de la tienda. Es decir, más o menos la misma actividad para la que más tarde sería contratado en el Loncomilla: el trabajo pesado.

Pero si adjetivo así mi labor, que no sólo en Valparaíso y a bordo ejercí, sino a lo largo de toda mi vida, no debe interpretarse como una queja. Por el contrario la recuerdo con la satisfacción que siempre encontré utilizando las manos, ganándome el puchero honradamente y acostándome con la conciencia tranquila para disfrutar del reparador “sueño de los justos”, precisamente cuando se duerme como tronco, sin pesadillas, se ronca como una escofina y se despierta despejado y temprano.

La tienda daba a la calle (delante de la bodega) en la primera cuadra de Lord Cochrane, cerca de la plaza de la Victoria, y todavía debe estar allí si aún existe y no han demolido. Bien administrada y mejor surtida, abastecía principalmente a los barcos que recalaban en el puerto, pero también distribuía para el Norte y, en la zona, a otros establecimientos menores. En sus cajones y estanterías podía encontrarse desde clavos de bronce hasta porotos burros, arroz, harina, chuchoca, sal de mar, azúcar, charqui de mula, grasa, color y cabos alquitranados especiales para soportar la humedad del mar.

El mostrador lo atendían dos hombres que de acuerdo a su importancia en este episodio me permitiré semblantar, enfatizando al mayor, un viejo loco por el que llegué a sentir un gran afecto.

El menor se llamaba José Feliciano Salgado. Había nacido en Quillota y estaba casado con una mujer que podría haber sido

su mamá y que con sus excesivos cuidados lo mantenía un tanto subido de peso, y a quién había desposado, decían, aconsejado por su difunta madre. Feliciano era un hombre de unos 35 años, alto y corpulento, como un capón, sin embargo no servía para el trabajo pesado porque sufría asma desde niño, enfermedad crónica que su señora combatía dándole día por medio albóndigas de gato y leche de cabra con ajo.

A pesar de los rumores, que por lo demás nunca faltan y que lo sindicaban de “maraco”, yo siempre lo tuve por un hombre más bien simple e incapaz de causarle molestias a nadie. Un tipo inofensivo que cumplía su trabajo satisfactoriamente, y con enfermante exactitud. Cuando abría el emporio todo el barrio sabía que eran un cuarto para las ocho y cuando se retiraba a almorzar, las doce y media en punto, contribuyendo así involuntariamente a la puntualidad del vecindario.

Sin apurar se jamás, Feliciano realizaba sus tareas cotidianas con la calma de quien tempranamente ha asegurado su vida y su retiro, y lo espera un confortable nicho en el cementerio. Sin ser propiamente lo que llaman un “burgués”, merced al ahorro y a un buen matrimonio, gozaba de los beneficios de los ricos y, probablemente, eso mismo daba lugar a los comentarios. “Pepe”, como le decía familiarmente su esposa, si hubiese tenido una filosofía, que por lo demás no le hacía falta, la habría podido resumir haciendo propio el refrán “a Dios rogando y con el palo dando”.

No me alejaría tampoco de la verdad si afirmara que sus ambiciones se limitaban a comer regularmente y sano, no pasar fríos, guardarse de las corrientes de aire y trabajar lo justo y necesario para disponer de lo indispensable sin gastar la totalidad de su salario.

Del emporio salía para su casa y de su casa para el emporio y sólo rara vez, para Navidad, Año Nuevo, Fiestas Patrias y Semana Santa, podía vérselo por el centro de terno cruzado. Casero y quitado de bulla no hacía excepciones ni con Dios y para saldar sus

cuentas con El asistía con su esposa todos los domingos a misa de doce y, llegada la hora de la colecta, recogía cabizbajo y silencioso la limosna y ponía de su bolsillo una moneda de un peso: el dinero del culto.

El otro caballero que atendía el mostrador era don René de la Fuente, hombre al final de una vida, se diría, opuesta a la de su compañero de trabajo e historia, como dicen, digna de mejor pluma. Un viejo alto y flaco, de bigotes y un solo diente teñido por el tabaco que había vivido en el Norte Grande de las riquezas minerales del desierto.

“Poeta aficionado y minero por vocación”, se definía a sí mismo.

Pertenecía a una de las buenas familias del país, con grandes predios en el Sur, casa en Santiago, cargos en el gobierno e intereses en las salitreras; sin embargo él personalmente carecía de fortuna a causa de su “carácter independiente y conducta descarriada”.

Como el Hijo Pródigo, abandonó muy joven sus estudios de Derecho, a los que por su natural elocuencia lo había destinado su padre.

Su alegre temperamento bohemio amaba la noche, el vino y los cigarrillos, al mismo tiempo que la naturaleza, la soledad y las mujeres (especialmente bonitas) sobre quienes gozaba de un particular ascendiente. Gustaba asimismo de los libros históricos y de la poesía, que escribía poco, pero que recitaba con gran sentimiento.

Estuviera donde estuviera era siempre el invitado indispensable cuando se quería animar la tertulia y aun cuando a mí me tocó conocerlo, bordeando los setenta, era popular en los mejores bares y salones del puerto. No pasaba una noche sin que tuviera un convite en alguna casa de familia, en la sede social de la Hermandad de la Costa, en el Club de la Unión o en la Compañía de Bomberos, donde habitualmente presidía para Fiestas Patrias el jurado que elegía y coronaba a la belleza del año.

Aunque gustaba escandalizar a las señoras haciendo gala de su empedernida soltería, y encarnizando el “sagrado connubio”, no ocultaba un desliz de su inexperta juventud, “cuando soltara el anillo a una joven de la sociedad penquista”, hija de un ministro de la Corte Suprema.

Pero evidentemente don René no estaba hecho para el matrimonio y ese lazo se cortó antes de que naciera su única hija, Carmen, cuyo recuerdo guardo como un tesoro. El partió para Iquique en busca del desierto, el sol y las dilatadas playas de Atacama donde, contaba, había caminado 700 kilómetros apenas ataviado con un cinturón y un cuchillo, sacando agua de los erizos para beber.

Curiosamente, él que tenía lo que llaman “don de gente”, o quizás por eso mismo, no temía al de sampar o y amaba la precaria y azarosa vida del pirquinero, y se pasó como un Cristo cuarenta años escarbando el caliche y los faldeos de la Cordillera sin dar jamás con una veta de ley.

Pero esa suerte que para otro hubiera sido una tragedia no lo había sido para él, porque si bien buscó oro sin encontrarlo, encontró sin buscar el corazón abierto y limpio, como el cielo, del desperdigado pueblo que habita esas pampas.

Fue en realidad Carmen, ya en edad de casarse, quien marchó tras sus pasos para traerlo a la civilización y sólo por darle gusto a ella se vino a Valparaíso donde se instalaron juntos, como dos enamorados, en un par de piecitas con un balcón florido al mar. En esta ciudad don Felipe, que había sido discípulo suyo en el colegio de los Padres Franceses, le ofreció el trabajo del emporio y un sueldito que le permitía solventar dignamente los gastos de la vida sencilla que llevaba con su hija. Y ahí mismo, tras el mostrador que atendía diariamente, atento y divertido con la clientela, tuve la suerte de conocerlo y la desgracia de verlo morir de tan horrenda como absurda manera.

Los hechos se produjeron como sigue y quien lo ponga en duda puede consultar los diarios de la época, ediciones del 21/XII/1831 y siguientes. Se encontrará igualmente mucha información sobre estos sucesos, que conmovieron a todo el país, en los empolvados anales del Congreso, Primer Juzgado del Crimen de Valparaíso y Corte de Apelaciones de Santiago, donde se ventiló, dictó sentencia y apeló sin resultados el caso. Y por si aún restaran suspicacias, pregúntese en la Gobernación Marítima o en la Aduana, cuyos espantados funcionarios contemplaron desde las ventanas de sus oficinas, pendiendo de una grúa, el cuerpo del ajusticiado Capitán Henry Paddock y que, como todos los ciudadanos honorables de la ciudad, prohibieron durante tres días a sus hijos merodear por el puerto, a fin de ahorrarles un espectáculo que les habría quedado grabado en la retina hasta el día de sus muertes, como a mí mismo, que todavía cargo en la memoria el recuerdo de su crimen y castigo.

Ese día veinte, y último de la primavera, amaneció despejado, tibio y transparente como un acuario. La víspera había llovido a cántaros y poniendo atención podían verse en los aleros, en los pasamanos de las escaleras o sobre las piedras encaladas, pequeñas lagartijas que habían salido a recibir el calorcito, mimetizadas con las cosas, anunciando con su presencia la proximidad del estío. Era una mañana ideal para haraganear por la costanera o para hacerse lustrar los zapatos leyendo el diario en la plaza. Encima era miércoles, el día más liviano de la semana, en el que si bien todo el mundo debe levantarse temprano, como cualquier otro día laboral, lo hace de buena gana porque sabe que apenas trabajará un rato por la mañana y que la tarde tradicionalmente está perdonada.

Para no ser menos, yo me había instalado en la puerta del emporio a mirar distraídamente a los transeúntes, entregado a la delicia de dejar correr los minutos recibiendo el sol en la cara y en las manos, tanto o más satisfecho que los pequeños reptiles.

Era tan apacible el ambiente que nadie hubiera podido figurarse que a mitad de la jornada una terrible tragedia enlutaría la ciudad. Sin embargo alrededor de las diez recibimos una visita inesperada que, con un día nublado, podría haber sido interpretada como un presagio, encarnado en la mujer de Feliciano.

Yo creo que por la misma belleza de la mañana hasta él había alterado sus hábitos, olvidando echarse al bolsillo antes de salir de su casa unas pastillitas homeopáticas que a causa de su enfermedad debía ponerse debajo de la lengua; dejándolas olvidadas en el cajón del velador. La mujer, cual puntillosa enfermera, venía en consecuencia a traérselas al trabajo.

Era una dama más envejecida por el tedio y su estricta formación religiosa que por los años. Vestía siempre de negro, como si hubiese sido educada para la viudez, y cualquiera idea feliz comenzaba a desdibujarse en presencia de su figura beata. Una mujer flaca y fea que para poner de relieve sus virtudes humanitarias vivía comentando, lamentando y compadeciéndose de una serie interminable de propias y ajenas desgracias, que parecían ser su único alimento.

Me saludó parcamente e ingresó al negocio para administrarle a su marido tanto la medicina que portaba en la cartera como una severa reprimenda, que yo sin desearlo escuché desde la puerta.

— ¡Yo me paso la vida preocupándome de tus pulmones y tú, que eres el principal interesado, dejas tus remedios como si pudieras prescindir de ellos! ¡Un día de estos voy a aburrirme contigo y entonces veremos cómo te las arreglas!

Feliciano salió poco después a la calle a despedirla, prometiéndole que éste sería su último olvido. Visiblemente molesto de ser amonestado en público.

— ¡Sí mi amor! ¡No volverá a suceder mi amor!

Pero al fin doña Eufemia se fue para su casa y los saurios pudimos volver a disfrutar del solcito, mientras Feliciano regresaba a su puesto chupando sus pastillitas y tratando de explicar lo inexplicable a su anciano compañero.

Entonces tuvimos el agrado de acoger a una segunda visitante, esta vez esperada y habitual, pues se presentaba diariamente más o menos a esa hora y en gran medida a ella habría que atribuir mi presencia en la puerta.

Esta personita, que me place y duele recordar, representaba para mí todo lo bello y amable que tiene esta vida. Era Carmen, que normalmente antes del mediodía traía el almuerzo que su padre acostumbraba a servirse en la tienda para luego hacer la siesta en un catre de campaña que tenía armado en la fresca penumbra de la bodega.

Carmen era una joven de buena estatura, como su padre, con una piel blanca en perpetua rivalidad con sus ojos oscuros y abundante cabellera negra. Una beldad cuya sangre sintetizaba Andalucía, Navarra y Arauco, y por quien no habría sido difícil imaginar al propio Cid campeando toda Iberia y América, arriesgando sus huestes contra la media luna y la serpiente emplumada, y que explicaba, por ese solo motivo, la verdadera adoración que sentía su padre por ella.

Ese día, como otro cualquiera, vestía un sencillo traje amarillo que al caminar apenas le insinuaba las caderas, permitiéndole lucir únicamente los tobillos, pero su natural elegancia la hacía verse sin proponérselo distinguida, porque no sólo tenía un gracioso cuerpo, al cual sentaba cualquier tenida, sino también un alegre y generoso carácter que sin caer en lo frívolo le confería un áurea sumamente atractivo; número de cualidades más que suficiente como para haber sido la mujer más cortejada del puerto, si se lo hubiera propuesto; porque ella, a ten ta con todos sin ser por ello provocativa, guardaba muy bien las distancias.

Yo, como tantos otros, la admiraba con toda el alma, pero teniendo en cuenta las diferencias que nos separaban procuraba manifestarle con sinceridad mi afecto sin reconocer una pasión que tratándose de ella me hubiera parecido una falta de respeto. Y estoy seguro de que si hubiera seguido cerca de ella la habría amado la vida entera sin jamás osar confesarle mis sentimientos.

Carmen era para mí como la Virgen del mismo nombre: una mujer a la que no se puede dejar de venerar, pero que en su elevado pedestal se encuentra muy por encima de ciertos anhelos terrenos.

Es evidente, por otra parte, que su proximidad contribuía mucho a hacer tan llevadero mi trabajo, pues todas las cosas se iban iluminando a su paso, como si ella estuviera tocada por la santidad.

Apenas me divisó, en el peldaño de la entrada, me dedicó una sonrisa y los rayos solares parecieron surtir mayor efecto sobre mis mejillas, y cuando estuvo a mi lado se detuvo un momento para conversar conmigo. No recuerdo qué me dijo en aquella ocasión, ni lo que torpemente debo haber balbuceado, pues la charla con ella se desarrollaba fuera del tiempo y en un lenguaje donde las palabras valían menos por su estricto significado que por sus sonidos. De sus labios parecía salir únicamente música y su mirada infundía tales sentimientos que hasta un notario hubiera jurado que era ella, como un niño juega con un cometa, la que remontaba y corría con el sol, gobernándolo con un hilo.

Me estrechó la mano y luego, acomodándose la cesta en el ángulo del codo, se levantó el ruedo del vestido para salvar el escalón de la entrada. Y al salir, unos minutos después, me regaló un panecillo aún tibio, amasado por ella misma esa mañana.

Estaba todavía como separado del suelo saboreando ese maná cuando apareció nuestro último cliente de esa jornada fatal: Mister Henry Paddock, Capitán de la fragata ballenera Catalina, quién ya había estado dos veces en el emporio, por lo que no tenía nada de raro volverlo a ver, como no fuera por el hosco y rápido tranco que traía.

Hacía exactamente una semana que la Catalina se encontraba en el puerto, después de una infructuosa temporada en el Antártico, y ya se aprestaba a regresar al Norte con las bodegas tan vacías como las había traído, lo que sin duda originaba, al me-

nos en gran parte, el manifiesto mal genio del Capitán. Venía rengueando cuesta arriba y soltando escupitajos a cada paso por debajo de su sombrero, como si maldijera hasta la suerte de haber nacido.

En su breve estadía el capitán Paddock se había hecho célebre por sus malas pulgas y todo el mundo lo conocía por el apodo que en secreto le daban a bordo de su nave: “Morfina”.

Precisamente el sábado anterior yo había estado escuchando en el “Americano” una de las tantas historias que corrían sobre él, referida por un par de marinos chilenos que habían hecho la temporada en su barco.

Decían que a bordo de la Catalina vivía un niño, Virginio Emero, que según algunos era hijo ilegítimo de Paddock con una prostituta italiana, en tanto que otros afirmaban que lo había trocado por una bolsa de harina en Lima. Virginio tenía estrictamente prohibido bajar a tierra y sólo podía salir a cubierta cuando la nave estaba en alta mar. De cualquier manera Emero siempre debía estar al alcance de su amo para servirlo día y noche, como un verdadero esclavo. Pero lo más curioso de la

historia, según referían, era que Virginio en sus catorce años de existencia nunca había visto una mujer y las tenía por seres mitológicos producto de la imaginación de los balleneros.

Cuando Morfina estuvo a mi lado aplastó contra el suelo el habano que traía en la boca y, sin molestarse en saludarme, subió el peldaño arrastrando su tiesa pierna derecha, mientras yo permanecía en mi sitio dejando a quienes correspondía ocuparse de tan desagradable cliente. Sin embargo, desde donde yo estaba, comencé a escuchar maldiciones en inglés y casi simultáneamente unos golpes muy extraños. Entré rápidamente y para mi espanto vi a don René de espaldas sobre el mostrador con una horrible herida en el pecho y a Feliciano reculando aterrorizado e inútilmente, puesto que en un instante era alcanzado y herido a su vez por la navaja ensangrentada que esgrimía el asesino.

Obedeciendo a no sé qué cobarde instinto yo me parapeté detrás de unos cajones apilados cerca de la puerta, mientras Paddock tan iracundo como había llegado ganaba nuevamente la calle, bajando en dirección al puerto.

Yo me apresuré a asistir a los heridos, pero consumada la tragedia sólo pude ver expirar ruidosamente al asmático Feliciano, que en paz descansa, y ser testigo de la última humorada de don René.

—Reza muchacho —me dijo— porque la inmortalidad del alma no sea puro cuento.

Conteniendo las lágrimas saqué mi pañuelo y se lo puse en la cara y cuando salí a la calle todavía alcancé a ver al asesino alejándose velozmente. Pero no huía como un quien acaba de dar muerte a dos cristianos, y prueba de ello es que aún llevaba abierta en la mano su filuda navaja de afeitar.

Cuando dobló la esquina lo perdí por un momento de vista y me lancé en su persecución, pero en realidad sin muchas ganas de alcanzarlo. Entre tanto Morfina entró impunemente al bar restaurante “La Estrella”, propiedad de don José Squella, donde conversaban inocentes de todo y amigablemente don José Larraín, entonces gobernador de la isla Juan Fernandez, con mister John Wheelrigh, capitán de la goleta norteamericana Fourth of July, a quienes agredió tan sin motivos como a mis compañeros, resultando el primero muerto y el segundo herido de gravedad.

El enajenado ballenero abandonó en seguida ese local y pasó como una exhalación por mi lado (que venía llegando), casi rozándose, pero sin prestarme atención, como si yo no existiera o mi cuerpo se hubiera vuelto invisible para él. Pero fue interceptado un poco más abajo, y a mano limpia, por cuatro estibadores que habían sido puestos en guardia por los gritos de don José Squella, que pedía auxilio desde la entrada de su establecimiento.

Sin embargo Morfina consiguió sacarse de encima a los cuatro hombres, que no eran ningunos peleles sino gente acostum-

brada a transportar sacos y otros pesos, dejando mal herido y en el suelo a un *guachimán* (sic) de nombre Luterio, que se había sumado a los estibadores y que, en conjunto, no habían logrado detenerlo.

Recién entonces, mediante algunos espasmos, salí de mi estupor y me agaché a recoger una piedra semicanteada, como un pequeño adoquín, y levantándola en el aire se la zumbé por la cabeza con tan buena suerte que al primer intento dejé al ballenero sin sentido, sangrándole la nuca, tendido sobre la calzada, poniendo término a sus correrías.

Los gritos y puñetes atrajeron mucha gente, que guardaba prudente distancia, pero cuando Morfina cayó al suelo se precipitaron formando estrechos círculos en torno a él y alrededor mío, mientras otros socorrían a los magullados y contusos, y al *guachimán* que en la refriega había perdido un dedo, y el anillo que en el tenía puesto.

Pronto aparecieron dos guardianes, traspirando bajo sus uniformes de paño, e inmediatamente maniataron al homicida, aún medio aturdido; en tanto que los heridos que habían conseguido incorporarse y otros curiosos que los apuntalaban, y que habían presenciado la pelea, se acercaban a felicitarme e incluso a agradecerme por haberles salvado la vida(!).

A los pocos minutos todo un gentío se había reunido y cuando los uniformados se llevaron al prisionero, que había recuperado el sentido y el sombrero, me pidieron que los acompañara, y muchas otras personas nos siguieron comentando mi presencia de ánimo y buena puntería e insultando e intentando golpear al ahora impotente Morfina, que debía ser protegido por los dos guardias.

Don José Squella condujo al hospital al hombre que había perdido el dedo y a Mr. Wheelrigh, que tenía un tajo en un muslo, mientras que los restantes partícipes de la reyerta concurrían junto al detenido y a mí para prestar declaraciones.

A todo esto la noticia se había extendido por todo el puerto y cuando atravesamos la plaza Victoria caminábamos en medio de un estrecho callejón humano. Todos los transeúntes se detenían a mirarnos pasar. Los viejitos abandonaban los escaños, las señoras se asomaban a las ventanas y los pelusas se encaramaban a los árboles y a testaban la cubierta de la "Esmeralda", buque esculpido en bronce que naufraga con la bandera al tope en el centro de la plaza.

Paddock, que había dejado de sangrar y recuperaba sus fuerzas, dirigía funestos insultos en su lengua extranjera a los guardias que lo defendían y sujetaban y a cuantos caían dentro de su campo visual, siendo retribuido desde lo alto por los niños con una auténtica lluvia de cáscaras de naranja. Yo, que iba un tanto rezagado, apenas alcanzaba a verle el sombrero girando de un lado para otro, una cabeza por encima de la gente que lo rodeaba.

Y así como Paddock era el blanco de las ofensas yo lo era de los elogios. Todo el mundo quería caminar a mi lado. Perros y chiquillos se me enredaban entre las piernas; los hombres me golpeteaban la espalda y hasta algunas mujeres me lanzaban miradas de admiración y agradecimiento, como si fuera el héroe de la jornada, en circunstancias que yo sabía que en su candidez faltaban a la justicia.

Pensaba que pese a la tragedia la gente era feliz, y hasta gracias a ella, porque en un sólo día habían encontrado a Barrabás y a Cristo, un hombre que merecía la cruz y otro la gracia eterna. Un hombre hacia el cual podían desviarse todas las injurias y atribuirle la maldad absoluta y otro que ponía de manifiesto sus virtudes ocultas. En fin, dos seres que por un momento animaban sus vidas y les hacían olvidar sus padecimientos. Pero no tanto por eso sus halagos me dejaban indiferente, sino porque los sabía inmerecidos. Un piedrazo afortunado no podía compensar el haber contemplado impávido como Morfina acababa, delante de mis ojos, con dos hombres y que por mi misma culpa hubiera encontrado la

muerte otra persona, sin contar los heridos. Pensaba que si ese día alguien revelaba dignidad, al último ése era el propio Paddock que, aunque matando, obedecía a su voluntad y no yo que había permanecido estático, como un muerto, para salvar mi pellejo.

Mientras caminaba y después en la comisaría sentí respeto y hasta envidia por ese hombre, comparable al deprecio que me inspiraba yo mismo. En realidad quizás no pensaba todo eso y mi memoria traduce así, tantos años después, mis sentimientos. En rigor mi cabeza estuvo, durante todo el trayecto e incluso mientras declaraba, en otro sitio, exactamente en el interior de la tienda, donde adivinaba la más triste de las escenas: esa mujer que una hora antes me regalara un panecillo, inclinada, llorando junto al cuerpo sin vida de su padre.

Y una aflicción sin límites comenzó a corroerme al tiempo que crecía, junto con recriminarme todas esas muertes, el desprecio por una persona que recién ahora principiaba a conocer, y que no era otra que yo mismo. El fin de Feliciano, del Gobernador y sobre todo de don René era algo que no podía perdonarme y que no me perdonaría jamás. Y si alguna certeza podía encontrar en mi corazón, ésta era que a causa de mi injustificable cobardía ya no podría volver a mirar esos ojos maravillosos, y que me había hecho merecedor del repudio de esa mujer que, ahora lo veía con claridad, idolatraba.

En mis declaraciones no omití detalles, ni los más vergonzosos, pero todo el mundo, incluido el juez de instrucción, parecía haberse coludido no sólo para perdonarme sino para justificar legal y moralmente mi conducta, intentando convencerme de que “había hecho lo humanamente posible” y que no podía haberme conducido “razonablemente de otra forma”. Pero yo sabía que, aunque tuvieran razón no era verdad, y que si bien probablemente no habría tenido tiempo de salvar a don René, perfectamente pude haber ayudado a Feliciano e interceptado a Paddock antes de que entrara a la cantina de los Squella.

Cuando el patrón vino de propio a recogerme a la comisaría se me llenaron los ojos de lágrimas.

Trató de consolarme diciéndome que estas cosas no las disponemos los hombres.

—Es necesario saber aceptar la voluntad del cielo —me dijo.

—¡Pero yo lo vi venir con malas intenciones! —protesté.

—Sí, pero no por eso podías saber lo que sucedería. Nadie podría habérselo imaginado, ni aunque fuera adivino.

El, que era una persona de mucho carácter también estaba nervioso y muy triste. Me dio unos días de licencia y cerró por duelo el almacén durante una semana. Del resto me informé indirectamente, enclaustrado en el “nidito”, a través de los periódicos que me hacía llegar doña María.

De más está decir que no tuve el valor de asistir al velorio. Tres días ardieron los cirios en la Catedral y todo el puerto fue al entierro; menos yo que, como si me negara a aceptar los hechos, me cubría la cabeza con la almohada para no escuchar las campanas tocando a difuntos.

Don Felipe estuvo varias veces de visita, preguntando a doña María por mí, y unos días después de los funerales vino Carmen, pero fui incapaz de recibirla, ni siquiera por cortesía. Después supe que había venido a despedirse antes de regresar a Concepción para ingresar poco más tarde a las Carmelitas.

El caso fue muy destacado por la prensa. Con dificultad yo leía todo lo que se publicaba, como si todavía no pudiera convencerme de lo que había ocurrido, obsesionado con lo que podría haber pasado si yo no hubiera sido el que era y hubiera hecho lo que no hice.

Los diarios recogían todo tipo de comentarios: “Se cree que se hallaba bajo el influjo de una enajenación mental, o tal vez de una rabia canina. Al parecer tal enajenación se habría originado de la errónea creencia de que habrían intentado envenenarlo e, incluso, de que ya estaba envenenado”.

Uno de los hombres de su tripulación, originario de Louisiana, declaró: “Jamás habíamos notado en él desarreglos mentales dignos de mención, como no fuera una ligera infantofobia.

Julio Piñones, un vista de aduanas, agregaba por su parte con bastante realismo: “...algunos suponen como posible causa de su frenesí el escaso éxito de su expedición al Polo”.

El 25 de diciembre, a escasos cuatro días de los hechos de sangre, el Juez de Letras de Valparaíso dispuso que Paddock fuera fusilado a las cinco de la mañana del día siguiente y que a continuación se colgara su cuerpo en la vía pública durante 72 horas. Sin embargo la sentencia fue suspendida dos veces, entre otros motivos debido a una carta del encargado de negocios de los Estados Unidos al Congreso Nacional, intercediendo en favor de su compatriota.

Finalmente el 11 de enero (todavía retengo la fecha) llegó a Valparaíso la confirmación de la sentencia y el Juez fijó la ejecución para las tres de la tarde del Sábado 12, en el muelle, donde sería colgado una vez muerto.

Las descargas las escuché claramente desde mi cuarto y me pareció que, junto con poner fin a la atormentada vida de Paddock, rompían algo denso en el fondo de mi alma, cuya naturaleza no podría discernir.

Al día siguiente, como si obedeciera un orden del más allá, interrumpí mi voluntario encierro, al caer la tarde, y bajé al muelle para ver por última vez a ese hombre que había tronchado el mío y tantos otros destinos, colgando de una grúa a cinco metros del suelo.

Meditando bajo su cadáver me asaltaron los más tétricos pensamientos y tuve la certeza de que nunca más sería el que había sido y que a partir de ese momento vería el mundo con ojos distintos. Ese fúnebre crepúsculo pareció bajar para siempre un telón que ponía fin a mis sueños, tal como si Paddock a cuchillazos me hubiera abierto el empedrado camino de otra realidad, impla-

cable como las olas que durante milenios habían estado estrellándose contra las rocas a mis pies.

—Es la locura la que nos vuelve locos —me dije tristemente.

El sol hacía rato que se había puesto y en la noche cerrada no podía verse la cuerda de la que colgaba el cadáver, que parecía flotar en el aire como un ángel justiciero venido a expulsarme de Valparaíso.

Levanté los ojos y, como para apartar su influencia de mi espíritu, intenté definir la silueta de las naves surtas en la bahía, cuyas débiles luces de tope me anunciaban que la vida sin embargo continuaba y que, a pesar de todo, el sol volvería a salir por la mañana y que esos barcos desplegarían nuevamente sus velas para llevarse la carga, sus tripulantes y pasajeros hacia otros rumbos, iguales pero diferentes.

Pasado las diez emprendí el regreso y cuando llegué a la pensión doña María estaba tejiendo en la sala, sentada debajo de una lámpara de pie. Al verme entrar levantó la vista para decirme que dos hombres habían venido a preguntar por mí, dejándome una tarjeta, que me señaló, sobre el aparador.

“Estimado Alfredo —decía—, dentro de quince días zarpará desde este mismo puerto la goleta Loncomilla, en una expedición al Pacífico. Si usted se encuentra disponible mucho me agradecería poder contar nuevamente con sus servicios.

Desde ya agradecido y siempre suyo...”

Capitán Rubén Navarro

Era mi oportunidad de alejarme de todo eso.

33. Epílogo

Inútil alargarme más. Se me acaba el papel, la tinta y ya no soporto el peso de mi propio cuerpo.

Cuando ya no esperaba nada, cuando la propia vida había dejado de importarme divisé la tierra. Tantas veces había soñado con ese momento que cuando finalmente ocurrió me quedé indiferente.

Fue la mar, en realidad, quien escupió al Loncomilla sobre este islote plano, como un huevo a la plancha.

Al principio no podía creerlo. Era como un espejismo, una versión desteñida del viejo sueño. Y no terminé de convencerme hasta que no vi los esqueletos. Parecían piedras, inmensos trozos de tiza a lo largo de la playa. En realidad, sólo cuando estuve muy cerca pude darme cuenta de que se trataba: huesos, osamentas de una infinidad de ballenas. Un cementerio de ballenas.

Hacía mucho que yo ya no intentaba gobernar la nave. Y no fue necesario. La corriente, las olas y el viento hicieron el trabajo. El Loncomilla hundió toda la quilla en la arena y como el último cetáceo varó a escasos metros de la orilla.

Apenas tuve fuerzas ese día para desembarcar lo más indispensable:

1 silla

4 resmas de papel

1 damajuana de agua

1 barrilito de harina tostada (en el que he estado pensando devolver al mar estas memorias).

Después de tanto tiempo volver a caminar en tierra firme me mareaba. Recogía y dejaba escapar entre los dedos puñados de arena.

Estaba tan acostumbrado al mar que si me hubieran salido escamas no me habría extrañado.

Varios días después rescaté la sombrilla de Leonora, que me ha servido para salir a recorrer, aunque no haya gran cosa que mirar. Ni una sola palmera crece en este islote. Apenas algunos líquenes aquí y allá, a la orilla del agua. Lo único digno de mencionar son los esqueletos. Quién sabe cuántas ballenas a lo largo de los siglos han estado viniendo a morir aquí. Si pudiera retomar contacto con el mundo y no tuviera los años que tengo, y si no estuviera transformado en una tortuga, otro gallo me habría cantado...

Ayer o antes de ayer, no sé bien cuando, rescaté la famosa mesita de arrimo que antaño sirviera de bar en el Loncomilla, y un par de frazadas. Y retazos del velamen con los que he cubierto parte del costillar, limpio y blanco, de esta ballena en cuyo interior estoy refugiado. Al abrigo del viento.

Bajé a tierra también, por curiosidad, el famoso cartapacio propiedad del Onanista, que aún estaba en su anegada cámara.

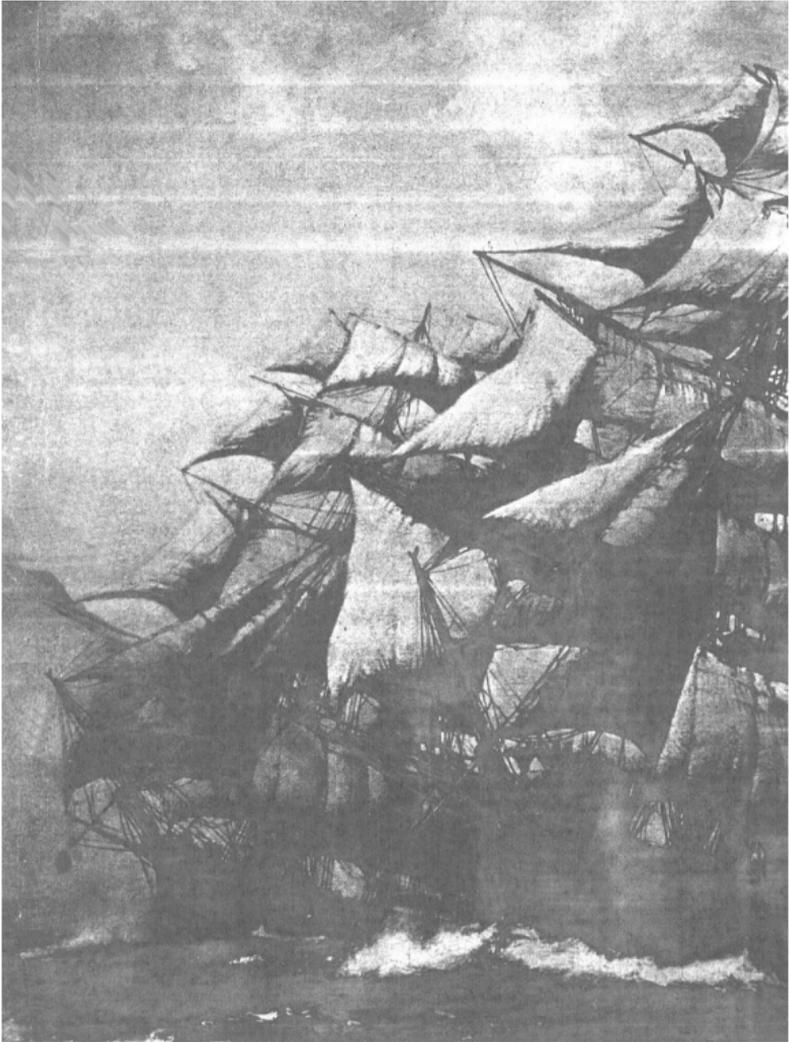
Encontré allí los grabados, que incluyo, y sus manuscritos, algunos de los cuales puse al principio: "La Pierna de Madera", "Galápagos" y sus diálogos con el Capitán, que refieren la génesis de este malogrado viaje. También rescaté, directamente del agua, que lentamente ha ido inundando el barco, la libreta del Sefardita, como doy cuenta en el apartado "Cabalística". Y recién hoy en la mañana recuperé, dispersos por la playa, parte de los cientos de libros que fueron saliendo, a través de una vía de agua, de la clausurada bodega principal: "El Banquete", "Cavendish" y una edición con tapas de cuero de "Los Recuerdos del Pasado". Y otra enormidad de títulos olvidados.

La estrafalaria carga del Loncomilla.

Anexo

Léxico Marino

Nombres, dichos y expresiones más usadas en el mar
Las palabras seguidas por un asterisco pueden buscarse en su lugar
respectivo de acuerdo al orden alfabético



A

Abarloar. Situar un buque al costado de otro para remolcarlo*.

Abitar. Ammarar a las bitas* el cable* del ancla* fondeada*.

Abordaje. Acción de abordar*. Subir a bordo*.

Abordar. Acercar un barco a otro o a un desembarcadero*. Subir a bordo*.

A bordo. Encontrarse una cosa o persona sobre o al interior de un barco.

Achacar. Cargar, atribuir una cosa o un defecto a alguien.

Achacoso. Viejo, enfermizo.

Achicar. Bombear;(se) perder el coraje, acobardarse.

Acuartelar. Presentar mejor al viento la superficie de una vela.

Achunchar(se). Avergonzar(se).

Adujar. Recoger con cierto orden cabos, cadenas o velas, conformando roscas.

Aferrar. Atar velas y/o cabos.

Agua. Grieta o agujero por donde entra a una embarcación el agua.

Ala. Vela pequeña.

A la capa (ponerse a la). Anclar una nave a las afueras del puerto a la espera del permiso y/o de un sitio para entrar.

A la cuadra. Navegar con el viento perpendicular a la banda*.

Alapa. A la espalda. «Llevar alapa», cargar a alguien sobre la espalda.

Aletas. Zona de la borda* donde comienza a curvarse para formar la popa*. Extremidades de los peces y mamíferos marinos que les sirven para guiarse y nadar.

Alma. Madero o hierro que se mete al interior de algunas piezas para darles firmeza y resistencia. Hueco de alguna cosa. Espiga*.

Alta mar. Parte del océano distante de la costa*.

Altiro. Inmediatamente.

Alunamiento. Curva que forma la relinga* de pujamen* de algunas velas.

Alzar velas. Desplegar velas; disponerse a navegar.

Amante. Cabo grueso provisto de un aparejo* que sirve para resistir grandes pesos.

Amantillar. Realizar algún trabajo por medio de un aparejo*.

Amura. Parte del costado del barco donde comienza a estrecharse para formar la proa*.

Ancla. Instrumento de hierro en forma de anzuelo* doble que, pendiente de una cadena*, se echa al fondo del mar para que allí se aferre y sujete la embarcación.

Ancla de mar. Suerte de cuadro de lona sobre un bastidor de madera que, introducido verticalmente en el agua al extremo de un cabo, actúa en el sentido contrario a la dirección que lleva el barco*.

Ancla de respeto. Ancla* de repuesto.

Anclote. Ancla* pequeña.

Anzuelo. Garfio de metal en que se pone algún cebo* para pescar.

A ojo. Medida que se calcula sin instrumentos.

A palo seco (navegar a). Navegar sin ninguna vela desplegada.

Aparejar. Poner a un buque su aparejo*.

Aparejo. Conjunto de palos*, vergas*, jarcias* y velas de un buque. Aparato de palos y cabos para realizar cualquier trabajo.

Árbol. Cada uno de los palos* de un barco.

Arboladura. Conjunto de velas de un barco.

Arbolar. Poner la arboladura*.

Arbotante. Cualquier palo que sale del casco* para sostener algo.

Arganeo. Anilla de hierro al extremo de la caña* del ancla*.

Armazón. Esqueleto*.

Arpón. Instrumento de pesca que se compone de un astil de madera con una punta de hierro que forma a cada lado un pico aguzado y vuelto hacia atrás para que haga presa una vez clavado.

Arrastraculo. Vela pequeña que se larga debajo de la botavara*.

Arrastradera. Ala* del trinquete*.

Arriar. Bajar velas o banderas izadas.

Arrufado. Dícese cuando el arrufo* es acentuado.

Arrufo. Arco que forma la línea de la borda* con respecto a la recta.

Astrolabio. Instrumento para calcular la altura de los astros.

Atinar. Acertar.

A todo trapo. Navegar a toda vela, con todas las velas desplegadas. Rápidamente.

Atracar. Arrimar* una embarcación a tierra o a otra nave y, por extensión, una persona a otra con intenciones amorosas.

A un largo. Navegar con el viento por el cuadrante* de popa*.

B

Babor. Lado izquierdo.

Bajel. Embarcación relativamente pequeña.

Balandra. Embarcación relativamente pequeña, con cubierta* y un palo*.

Ballenera. Chalupa* de doble bancada* y poco calado*.

Baluma. Caída* de popa* de las velas de cuchillo*.

Ballestrinque. Nudo* que se mantiene firme sin apretarse.

Bancada. Asiento en los botes y embarcaciones pequeñas.

Banda. Cualquiera de los lados de un barco.

Bao. Cada una de las piezas de la armazón del casco que atraviesan de un costado a otro y sostienen la cubierta*.

Baquiano. Conocedor, experimentado, guía.

Barbiquejo. Cabo* que sujeta el bauprés* a la proa*.

Barca. Embarcación pequeña para pescar, navegar en las costas.

Barca de pasaje. Lancha grande y plana que se utiliza para atravesar los ríos.

Barcarola. Canto marinero en compás de seis por ocho. Canción popular de los gondoleros de Venecia.

Barco. Vehículo flotante y de forma adecuada para llevar en su interior personas o cosas.

Barloa. Cabo* grueso con que se sujetan los buques* abar-loaos*.

Barlovento. Dirección de donde viene el viento.

Barquilla. Tablita lastrada* que se ata al cordel de la corredera* y se echa al agua.

Bastarda. Vela mayor* en el aparejo* latino.

Bauprés. Palo inclinado que sobresale de la proa*.

Bergantín. Embarcación de dos palos, velas cuadradas* y una cangreja* en el popel*.

Bergantín goleta*. Bergantín que usa un aparejo* compuesto de cuerdas* y cangrejas*.

Beta. Cabo* delgado.

Bichero. Asta larga que lleva en su extremo una punta de hierro y un gancho, y que sirve para atracar* y desatracar* embarcaciones pequeñas.

Bitá. Cada uno de los postes de madera o hierro que sirven para amarrar los cables* del ancla* cuando se fondea* la nave.

Bitácora. Armario inmediato al timón* en el que se pone la brújula*.

Bitadura. Porción del cable* del ancla* que se tiene preparada sobre cubierta* para fondear*.

Bitar. Abitar*.

Bogar. Remar.

Bolina. «Navegar de bolina». Cuando la quilla* forma con el viento el menor ángulo; Ceñir*.

Borda. Canto superior del costado del barco.

Bordada. Derrota* que hace entre dos viradas una embarcación.

Botalón. Perchas* de la arboladura* que salen hacia afuera de la nave.

Botavara. Palo* horizontal que caza* la cangreja* y que pivota sobre la parte baja de cualquiera de los mástiles*, especialmente del popel*.

Bote. Embarcación pequeña, sin cubierta*.

Bracear. Halar de las brazas* para hacer girar las vergas*.

Braza. Medida de longitud igual a dos varas. Cabo que laborea por el penol* de las vergas* con objeto de orientarlas.

Brea. Sustancia viscosa de color rojo oscuro que se obtiene por la destilación de ciertas maderas; mezcla de brea*, pez*, sebo* y aceite, y que se usa para calafatear*.

Brújula. Barrita imanada que, puesta horizontalmente en equilibrio, se vuelve siempre hacia el norte magnético.

Burda. Cabo* que sujeta cada palo* hacia la aleta*; vientos* que se complementan con los obenques* y stays* para mantener fijos los mástiles*.

C

Cabilla(s). Barras de madera que sirven para gobernar* la rueda del timón*. También aquellas insertas en la Meseta de Cabillas*, útiles para amarrar la jarcia viva*.

Cable. Cabo grueso de unas 120 brazas*.

Cabo. Cualquiera de las cuerdas usadas a bordo*.

Cabeza de pescado. Idea inconducente.

Cabrestante. Torno vertical que al girar arrolla una maroma*, para mover grandes pesos, como para levantar el ancla*.

Cabría. Aparejo* de tres puntales* y un motón*, para levantar pesos.

Cacha. Mango o puño. Coito.

Cachar. Darse cuenta; apercibirse.

Cadena. Cadena o serie de palos unidos por cables o eslabonados que sirven para cerrar un puerto, estrecho o boca de río. (Con una de ellas se pretendió, en el siglo XVI, cerrar el Estrecho de Magallanes para impedir el paso de los piratas al Pacífico.)

Caída. Altura o largo de una vela.

Cala. Parte más baja del interior de un barco.

Calabrote. Cabo grueso.

Calado. Profundidad que llega a la quilla*; medida de la línea de flotación*.

Calafatear. Cerrar con estopa* y brea* las juntas de las embarcaciones para que no entre agua*.

Calcés. Pieza en la parte superior de los palos mayores para insertar los masteleros* y en la cabeza de los masteleros para insertar los mastelerillos*.

Caldos de cabeza. Conjunto de ideas que se repiten inútilmente.

Cámara. Habitación dentro de un barco.

Canalete. Remo* de pala* ancha y/o con una pala* en cada extremo.

Cáncamo. Armella fija que sirve para sujetar motones*, cabos, etc.

Cangreja. Vela de cuchillo, de forma trapezoidal, envergada en el pico* y palo correspondiente.

Cangrejo. Verga* que tiene en uno de sus extremos una boca semicircular por donde ajusta al palo* del buque.

Canilla(s). Femur(es).

Caña. Palanca encajada en la cabeza del timón* y con la cual se gobierna*. Parte comprendida entre la cruz* y el arganeo*. Vaso de forma ligeramente cónica, alto y estrecho y que sirve como medida para vino.

- Capa.** En derecho marítimo; cantidad que percibe el capitán de una nave y que se hace constar en la póliza de fletamento*.
- Carenar.** Reparar o componer el casco*, especialmente rasparlo.
- Cargar.** Aumentar la superficie vélica. Lado del pantalón donde los varones llevan los genitales.
- Carlinga.** Hueco, generalmente cuadrado, donde se encaja la espiga* de un palo.
- Carnada.** Cebo*.
- Carrera.** Lugar y maderos puestos en el suelo sobre los que se construye un barco.
- Casco.** Cuerpo flotante de un barco.
- Castillo de proa.** Parte elevada sobre la cubierta entre el trinquete* y la proa*.
- Cazar.** Tezar* velas para tomar mejor el viento*.
- Cañir.** Navegar con el viento* por el cuadrante* de proa*. Dícese, también, navegar de bolina*.
- Ceviche.** Plato de pescado macerado en limón.
- Cliper.** Velero muy grande y veloz, aparejado* con velas cuadras*.
- Cobrar.** Tirar y recoger un cabo*.
- Codaste.** Pieza que forma la proa*.
- Cofa.** Meseta colocada horizontalmente en la punta de los palos* y que sirve para pararse sobre ella y otear* a la distancia.
- Coger (velas).** Moderar la superficie total de las velas para aminorar la marcha.
- Compinche.** Socio con que se realizan actos deshonestos.
- Corbeta.** Navío de guerra relativamente menor.
- Contrafoque.** Foque* más pequeño que el principal y que se enverga* por su cara de popa*.
- Cordaje.** Jarcia*.

Cornamusa. Pieza que se fija por el centro de manera que sus extremos libres sirven para amarrar cabos*. También horquilla que se inserta en la regala* de los botes* para que en ella(s) se sostenga(n) el o los remos*.

Coronamiento. Parte de la borda* correspondiente a la popa*.

Corredera. Sistema para medir distancias recorridas consistente en una barquilla* con hélice* que gira al ser arrastrada por el agua* y que acciona un reloj.

Corriente. Movimiento de las aguas en una dirección determinada.

Costa. Orilla del mar. Faja de tierra que está cerca del mar.

Costillas. Cuadernas*.

Cote. Nudo simple.

Coy. Trozo de lona que sujeto en el aire por cuatro puntos sirve de cama a bordo*.

Cruceta. Meseta que hace de cofa* en la cabeza de los masteleros*.

Crujía. Espacio de popa* a proa* en medio de la cubierta*.

Cuaderna (s). Cada una de las piezas curvas que arrancan de ambos lados de la quilla* conformando el costillar* del casco*.

Cuadra. Vela cuadrangular.

Cuadrante. Cada una de las cuatro partes en que se considera dividido el horizonte y la rosa náutica*.

Cubierta. Cada uno de los suelos que dividen las estancias de una embarcación mayor y especialmente el más alto y que está a la intemperie.

Cuerdas. Maderos derechos que van endentados a los baos*.

Cucho (s). Gato de a bordo.

Curar (se). Emborracharse, beber excesivamente.

Ch

Chalana. Embarcación menor para transportes en parajes de poco calado.

Chalupa. Bote* de doble proa* y doble bancada*.

Chantar. Frenar; beber; dar, generalmente, un golpe.

Chicha. Zumo de uva, manzana u otro fruto fermentado.

Chicha. (calma chicha*). Calma absoluta del mar.

Chicote. Punta de un cabo*.

Chinchorro. Bote* pequeño de desembarco*.

Chiquillo. Niño; grumete*.

Chumacera. Pieza con una muesca en que descansa horizontalmente y gira cualquier eje o un remo*.

Chucha. Vagina.

D

Demarcación. Angulo que forma la visual dirigida a una marca o a un astro con respecto al rumbo.

Deriva. Abatamiento* del rumbo. Desviación producida por las corrientes* u otras causas.

Derrota. Rumbo.

Desatracar. Separar una embarcación de otra o de la parte en que se atracó*.

Desembarcadero. Lugar destinado para desembarcar.

Desembarcar. Sacar de la embarcación y poner en tierra lo embarcado. Dejar de pertenecer un marino a la dotación de un buque.

Desguazar. Desarmar un barco.

Driza. Cabo que sirve para izar y arriar* las vergas* y para otros usos.

Drizar. Arriar* o izar las vergas*.

E

Empalletado. Blindaje que se pone al casco* para protegerlo de la fusilería.

Empalomadura. Atadura fuerte con que se une la relinga* a su vela.

- Empavesar.** Engalanar una embarcación con banderas y gallardetes*.
- Emplumárselas.** Darse a la fuga.
- Empopado.** Navegar con viento de popa*.
- Encapillada.** Vela que el viento echa sobre una verga* o estay*.
- Encolchar.** Forrar los cabos.
- Entrepuen te.** Entrecubiertas.
- Envergadura.** Ancho de una vela medido en el gratil*.
- Envergar.** Sujetar las velas a las vergas*.
- Envergue.** Cada uno de los cabos delgados que pasan por los ollaos* y que sirven para afirmar la vela al nervio* de la verga*.
- Escálamo.** Estaca pequeña y redonda, fijada en el borde de la embarcación, que sirve para apoyar y sujetar el remo*.
- Escandallo.** Sonda*.
- Escandalosa.** Vela pequeña que con buen tiempo se orienta sobre la cangreja*.
- Escobén.** Hueco por donde pasa la cadena del ancla*.
- Escollo.** Peñasco a flor de agua o que no se descubre bien.
- Escora.** Inclinación lateral de un barco. Maderos con que se sujeta lateralmente el casco en su carrera* durante su construcción.
- Escota.** Cabo* que sirve para cazar* las velas.
- Escotilla.** Aberturas sobre cubierta* para el servicio de la nave.
- Eslora.** Largo total de un navío.
- Espeque.** Palanca de madera redonda por una punta y cuadrada por la otra que se encaja en el cabrestante* para hacerlo girar.
- Espía.** Cabo de gran mena* para amarrar un barco a tierra*.
- Espiar.** Halar de un cabo* firme a un ancla* o a otro objeto fijo.
- Espiga.** Cabeza o punta de los masteleros.
- Esqueleto.** Armazón; principalmente las cuadernas*.
- Estanco.** Compartimento al cual no puede entrar el agua*.

Estay. Cabo* que sujeta la cabeza de un mástil* en el sentido longitudinal.

Estiba. Carga y pesos de un barco.

Estibador. Hombre que se ocupa de cargar o descargar los barcos; cargador.

Estibar. Distribuir convenientemente los pesos y cargas de un barco.

Estopa. Jarcia* vieja, deshilachada y deshecha que sirve para calafatear*.

Estrepada. Esfuerzo que para bogar* hace un remero* y en general el esfuerzo de todos los remeros* a la vez.

Estribor. Lado derecho.

Estribos. Piezas dispuestas de trecho en trecho a lo largo de las vergas* que suspenden el marchapié*.

Estrobo. Pedazo de cabo unido por sus chicotes* que sirve para suspender cosas pesadas, sujetar los remos* a los toletes*, etc.

F

Falacear. Forrar los chicotes* de un cabo.

Filástica. Hilo de que se forman los cabos.

Flechaste. Cada cabo horizontal que ligados a los obenques* sirven de escalones para subir por el aparejo*.

Fletamento. Contrato mercantil en el que se estipula el flete*.

Flete. Precio estipulado por el alquiler de una nave o una parte de ella. Carga de un buque.

Fondeadero. Paraje situado en la costa*, puerto* o ría*, donde una embarcación puede fondear*.

Fondear. Asegurar la embarcación por medio de anclas* o grandes pesos.

Fondo. Superficie sólida sobre la cual reposa el agua*; cacerola de gran tamaño y profundidad.

Foque. Vela* triangular que se orienta y amarra sobre el bauprés*.

Fragata. Gran embarcación de tres o cuatro palos* y velas* cuadradas*.

Fresca. Viento fuerte. Frío moderado.

G

Gástrica. Comida y, por extensión, hambre.

Gavia. Vela* que se coloca en el mastelero* del mayor* y, por extensión, cada una de las de los otros palos*.

Gaviero. Marinero* que cuida de la gavia* y explora desde ella el horizonte.

Gobernar. Dirigir un buque por medio del timón*.

Goleta. Embarcación relativamente pequeña aparejada* con una cangreja* y foques*.

Góndola. Embarcación* pequeña de recreo, sin palos ni cubierta*, que se usa principalmente en Venecia.

Gratil. Orilla de las velas* por donde se unen al palo*.

Guachimán. Hombre, generalmente de edad, que se ocupa en el puerto* de montar la guardia de una embarcación en ausencia de su tripulación*.

Guacho. Huérfano.

Gualdrpear o **Gualtrpear.** Movimiento irregular de las velas* cuando toman incorrectamente el viento*.

Gualdrapazo. Golpe que dan las velas* contra los palos* y las jarcias*.

Guapo. Valiente; hombre de coraje.

Guapear. Desafiar.

Guinda. Altura total de la arboladura*, medida desde la cubierta* hasta el tope*.

Guindaleza. Cabo* grueso y largo.

H

Huachimán. Ver guachimán.

Hélice. Conjunto de dos o más paletas helicoidales que, al girar sobre su eje, se enroscan en el fluido ambiente (a la manera del tornillo en su tuerca) produciendo una fuerza.

Horizonte. Línea que parece formada por la unión del cielo y el mar*.

I

Imbornales. Agujeros por donde escurre el agua* que cae sobre cubierta*.

J

Juanete. Cada una de las vergas* que se cruzan sobre las gavias* y las velas* que en aquellas se envergan*.

Juanetero. Marinero encargado de la maniobra* de los juanetes*.

Jarcia. Todos los cabos del aparejo*.

Jarcia muerta. Todos los cabos fijos del aparejo*.

Jarcia viva. Cabos del aparejo* que no están fijos.

L

Lancha. Embarcación menor

Lanchero. Patrón* de una lancha.

Largar. Soltar, desplegar amarras o velas.

Lastrar. poner lastre*.

Lastre. Piedras, arena u otro material de peso que se carga en el fondo de una nave para obtener el calado* y la estabilidad convenientes.

Latitud. Distancia medida en unidades angulares que hay desde un punto cualquiera de la superficie terrestre al Ecuador, contada sobre el meridiano de dicho punto.

Levar. Recoger; largar*; zarpar*.

Ligasones. Costillas* menores que van entre las cuadernas*.

Línea de flotación. La que el agua no debe depasar estando el barco cargado al máximo.

Longitud. Distancia de un lugar de la tierra* el meridiano* que se toma como origen, contada en unidades angulares sobre el Ecuador y haciendo referencia a la situación*. Este u Oeste de tal lugar con respecto al meridiano* original.

Lúa. Revés de las velas.

M

Mallete. Elemento transversal dentro de los eslabones de algunas cadenas.

Mamparo. Separaciones verticales al interior de los barcos.

Maniobra. Faena.

Manga. Ancho de un barco.

Manta. Vela grande. Porción extensa de mar* cubierta de sargos*.

Mar. Masa de agua salada que cubre dos terceras partes de la superficie de la tierra*.

Marchapié. Cabo* que corre por debajo de las vergas* para sostener a la marinería* que trabaja en ellas.

Marea. Movimiento periódico de ascenso y descenso de las aguas del mar*, producido -según se cree- por la atracción del sol y la luna.

Marejada. Movimiento tumultuoso de grandes olas*.

Marinería. Profesión o ejercicio de marinero. Marineros.

Marinero. Hombre que trabaja a bordo*. Calidad de un barco.

Marino mercante*. El que sirve en la marina mercante.

Maroma. Cabo* grueso de esparto* o cáñamo. Asunto complicado.

Mascarón (de proa*). Figura alegórica que adorna la parte alta de la proa* de algunas naves.

Mástil. Palo* vertical y principal de la arboladura*. Trinquete*,

Mayor* y Mesana*; a proa*, al centro y a popa*, respectivamente.

Mastelerillo. Palo* menor que se pone a continuación de los mayores.

Mayor. Mástil* principal o vela principal.

Mecate. Espiga de ensamble. Alma* de un palo.

Mena. Cabo* grueso. Medida del grosor de un cabo*.

Mercante. Barco mercantil.

Merlín. Cabo* delgado de cáñamo alquitranado.

Mesa (de guarnición). Lugar donde se amarra la jarcia* de labor (escotas*, drizas*, etc.).

Mesana. Mástil más a popa*.

Meseta (de cabillas). Lugar sobre la banda* donde se mantienen insertadas las cabillas*.

Moo (s). Pequeñas perchas que penden de la cabeza del bauprés* y que sirven para guiar los cabos* que lo aseguran.

Mostachos. Cabos* que aseguran el bauprés*.

Motón. Polea de una roldana.

N

Nervio. Cabo* fijo en la cara alta de las vergas*, al cual se atan las velas por la relinga*.

Nudo. Medida de velocidad igual a una milla marina por hora. Lazo que se cierra y estrecha con una o más cuerdas, cabos, etc. para unirlos entre sí o para sujetar alguna cosa.

O

Obenque. Cada uno de los cabos* que desde las bandas* sujetan la cabeza de los mástiles*.

Obra (muerta). Parte del casco* sobre la línea de flotación*.

Obra (viva). Parte del casco* bajo la línea de flotación*.

Océano. Conjunto de los grandes mares. Cada uno de ellos.

Ola. Onda de gran amplitud que se produce en la superficie de las aguas.

Ollaos. Ojales reforzados de las velas.

Orza. Pieza auxiliar, en forma de pala, que se baja paralela a la quilla* para evitar la deriva* y/o inclinar la proa* hacia barlovento*.

Osta. Conjunto de cabos* que mantienen firmes los picos cangrejos*.

Otear. Escudriñar. Mirar alrededor.

P

Pairo (ponerse al). Estar quieta la nave con las velas tendidas y largas las esotas*.

Pala. Parte del timón* que actúa sobre el agua*. Parte del remo* que actúa sobre el agua.

Palo. Mástil*.

Pantoque. Parte curva del casco* que une una banda* con el fondo*.

Paño. Vela*.

Pañol. Cualquiera de los compartimentos destinados a guardar cosas en un barco.

Pasteca. Motón* compuesto de varias roldanas.

Patrón. Marinero que manda una embarcación mercante.

Pelusa (s). Niños pobres, muchas veces sin hogar conocido, que merodean por los puertos.

Pega. Trabajo a salariado.

Penca. Adjvo. De mala calidad. Lamentable. Azote.

Penol. Extremo de las vergas*.

Percha. Cabo* que lleva un motón* en un extremo y que por el otro se fija en el penol* de la verga*.

Perico. Juanete* del palo* de mesana*.

Pescante. Instrumento destinado a sostener, bajar o subir cualquier objeto a bordo*.

Pescante (de gata). Aparejo* para subir el ancla*.

Petifoque. Foque* más pequeño que el contrafoque*.

Pez. Substancia resinosa, sólida, de color pardo amarillento. Se obtiene echando en agua fría el residuo que deja la trementina al acabar de sacarle el aguarrás.

Pico. Punta, verga*.

Pillar. Alcanzar. Sorprender.

Pinta. Para referirse a la tenida cuando esta es cuidada; o al porte o contextura de un marino.

Pirar (se). Partir. Irse.

Piola. Cabo* delgado.

Poliza de fletamento. Guía que acredita no ser de contrabando las mercaderías que se transportan.

Polizon. El que se embarca clandestinamente.

Popa. Parte posterior de un barco.

Popel. Dícese de una cosa situada más a popa* que otra, especialmente el mástil* posterior.

Práctico. El que por el conocimiento especial del lugar en que navega dirige a ojo* el rumbo*. Normalmente los barcos entran y salen del puerto con un práctico a bordo*, que no pertenece necesariamente a la tripulación*.

Proa. Parte anterior de un barco.

Proel. Dícese de una cosa situada más a proa* que otra.

Puchero. Comida. Ración. Gástrica*.

Pujamen. Relinga* inferior de una vela.

Puntal. Altura de un barco medida desde la línea de flotación* hasta la cubierta*.

Puño. Cualquiera de los ángulos de una vela*.

Q

Quilla. Pieza que va por el fondo* de una nave de proa* a popa* y en que se asienta toda la armazón*.

Quintante. Instrumento astronómico que consiste en un sector graduado provisto de dos reflectores y un antejojo.

R

Rabiza. Cabo* corto y delgado unido por un extremo a un objeto cualquiera para facilitar su manejo o sujeción al sitio que convenga.

Racamento. Especie de collar mediante el cual se unen las vergas* a sus palos* y que corre a lo largo de ellos.

Racel. Cada una de las partes de la popa* en las que se estrecha el pantoque*.

Rasca. Penca*. De mala calidad.

Recalar. Llegar un buque a la vista de un punto de la costa*.

Refrescar. Aumentar el viento.

Regala. Tablón que forma la parte superior de la borda*.

Regalado. Que puede conseguirse con facilidad.

Relinga. Cabo* con que se refuerza las orillas de las velas*.

Remar. Mover convenientemente los remos* para impeler una embarcación en el agua*.

Remera. Cada una de las plumas grandes con que terminan las alas de las aves marinas.

Remero. Persona de rema*.

Remo. Instrumento compuesto de una caña* y una pala* en uno de sus extremos, por medio del cual puede ejercerse una cierta presión sobre el agua* para impulsar una embarcación.

Remolcar. Llevar una embarcación sobre el agua, tirando de ella con un cable* o cadena*.

Remolcador. Embarcación pequeña que sirve para remolcar*.

Rezón. Ancla* pequeña de cuatro uñas*.

Riso. Cada uno de los pedazos de cabos* que, pasando por los ollaos*, sirven de envergues* o tomadores para reducir la superficie vélica*.

Roda. Pieza que forma la proa*.

Rosa (de los vientos). Círculo que tiene marcados los treinta y dos rumbos* en que se divide la vuelta del horizonte.

Rosa Náutica. Ver Rosa de los vientos*.

S

Sardinel. Cabo* de tres cordones con dos filásticas* cada uno.

Sebo. Grasa sólida y dura que se saca de los animales herbívoros. Carnada*.

Seboso. Que contiene mucho sebo*. Gor do.

Sentina. Cavidad inferior de la bodega.

Serení. Bote* pequeño.

Sextante. Instrumento parecido al quintante* y cuyo sector es de sesenta grados.

Sonda. Cabo* con un peso en su extremidad para medir la profundidad de las aguas y explorar el fondo*.

Sorda. Marejada* que va en dirección diversa a la del viento*. Persona del sexo femenino que oye poco o nada.

Sosegar (se). Calmar (se).

Sotavento. Parte hacia donde sale el viento*.

T

Talla. Burla. Ironía.

Tajamar. Tablón curvado que se ensambla exteriormente a la proa*.

Tenida. Traje. Vestidura. Pinta*.

Tezar. Tensar.

Tierra. Parte superficial del planeta del mismo nombre que no ocupa el mar*.

Tilla. Cámara común de a bordo* destinada a la oficialidad.

Timón. Plancha fuerte articulada verticalmente sobre goznes en el codaste* de la nave, y que sirve para gobernarla*.

Toldilla. Cubierta* parcial a la altura de la borda* que va desde el mesana* hasta el coronamiento* de la popa*.

Tolete. Escálaro*. Garrote. Palo corto.

Tomar (risos*). disminuir la superficie vélica* por medio de los risos*.

Tope. Punta del mastelerillo* o extremo superior de la arboladura*.

Tormentín. Palo* y verga* pequeños sobre el bauprés*.

Travesía. Viento cuya dirección es perpendicular a la costa*. Viático que se da al marino mercante*.

Trincar. Tezar*.

Trinquete. Mástil más a proa*.

Trinquetilla. Foque* pequeño.

Tripa(s). Intestinos.

Tripa pollo (a la). Forma de dormir dos o más personas en una misma cama, de suerte que algunos quedan para la cabeza y otros para los pies.

U

Uña. Punta triangular en que rematan los brazos del ancla*.

V

Vaina. Doblado que se hace en las orillas de las velas* para reforzarlas.

Vaivén. Cabo* delgado que sirve para falcacear* otro más grueso. Movimientos semirregulares en el sentido lateral de un barco.

Vela. Pieza de lona o lienzo fuerte que se amarra a las vergas* para recibir el viento* que impele a las naves.

Vela de abanico. La que se compone de paños cortados al sesgo y reunidos en un puño* por la parte más estrecha.

Vela de cruz. Cualquiera de las cuerdas* o trapezoidales que se envergan* en las vergas* que se cruzan sobre los mástiles.

Vela cuadra. La que es cuadrangular.

Vela de cuchillo. Cualquiera de las velas envergadas* en los nervios* colocados en el plano longitudinal.

Vela latina. Vela triangular.

Vela Cangreja. Vela* trapezoidal envergada en el pico* y palo* correspondientes.

Vela tarquina. Vela trapezoidal muy alta de baluma* y baja de caída*.

Velacho. Gavia* del trinque te*.

Velamen. Conjunto de velas*.

Vericuelo (s). Meandros, vueltas complicadas, pasadizos estrechos con muchas curvas.

Verga (s). Palos* horizontales de los mástiles*. Vertello. Bola de madera que, ensartada con otras iguales en un cabo*, forma el racamento* de las vergas*.

Viento(s). Llámasele así a algunos de los cabos* que conforman la jarcia muerta*.

Viento abierto. El que forma con la derrota* un ángulo mayor de seis cuartas.

Viento a la cuadra. El que sopla perpendicularmente al rumbo a que se navega.

Viento Cardinal. El que sopla de alguno de los cuatro puntos cardinales.

Viento de bolina. El que viene de proa*.

Viento fresco. El que llena bien el aparejo* y permite llevar largas* las velas* altas.

Viento largo. El que sopla desde cualquier dirección comprendida entre la perpendicular al rumbo y la que coincide con este.

Vientos Alisios. Vientos fijos que soplan de la zona tórrida, con inclinación al Nordeste o al Sudeste, según el hemisferio en que reinan.

Vientos Altanos. Los que alternativamente corren del mar* a la tierra* y viceversa. Dícese también: **Medio viento.** Cada uno de los ocho que equidistan de los enteros en la rosa náutica*.

Alargar el viento. Soplar más largo o más para popa*.

A los cuatro vientos. En todas direcciones.

Cargar el viento. Aumentar mucho su fuerza.

Contra viento y marea. Arrostrando inconvenientes y dificultades.

Echarse el viento. Calmarse el viento.

Saltar el viento. Cuando muda repentinamente de dirección.

Tomar el viento. Acomodar las velas de modo que el viento las hiera.

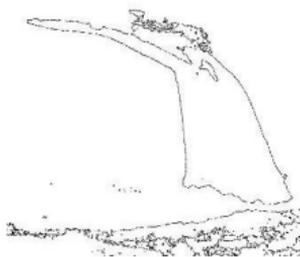
Viento en popa. Buena suerte. Prosperidad. Favorable.

Y

Yola. Chalana*. Embarcación ligera y estrecha y de poco calado*.

Z

Zarpar. Partir (una embarcación). Iniciar la navegación.



Se terminó de corregir y editar esta versión de Los Insobornables
en Chiloé, Chile, en octubre del año 2023